







# EL EVANGELIO

## EN TRIUMPHO,

## Ó HISTORIA

## DE UN PHILOSOPHO DESENGAÑADO.

TERCERA EDICION.

TOMO QUARTO.

EN VALENCIA
EN LA IMPRENTA DE JOSEPH DE ORGA.
AÑO MDCCXCIX.
*CON REAL PRIVILEGIO.*

*Pietas ad omnia utilis est, promissionem habens vitae, quae nunc est, et futurae.*

La piedad es útil para todas las cosas, pues contiene la promesa de la vida presente y de la que está por venir.

*1. ad Timoth.* IV. 8.

# CARTA XXXIV.

## *El Philósopho á Theodoro.*

Theodoro mio : Ya recibí la nueva carta que esperaba, y te la voy á copiar literalmente. Dice así:

Hoy, señor, es el dia de los pobres; y empiezo por confesar, que la naturaleza basta para excitarnos á la compasion y amor que se les debe. ¡Pero qué diferencia entre la humanidad natural que el tumulto de las pasiones adormece y aletarga tantas veces, y la sensibilidad siempre viva que despierta y anima la Religion! Sin duda que la naturaleza inspira estos sentimientos; pero los vicios los sofocan, y yacen muertos en los corazones de que se apoderan. La gloria de la Fe es, que jamas entra en ellos sin que al instante los resucite.

Bien puede ser que los tenga el que nunca ha conocido la doctrina de Jesu Christo. Pero es muy dificil que pueda conservarlos animados y vivos aquel que despues de haber visto la grande luz del Evangelio, despues de haber reconocido su profunda sabiduría, los prostituye y abandona por el interes de sus pasiones. Y es mas dificil que los tenga aquel que despues de haber conocido la Religion, adopta con obstinacion el absurdo systema de la incredulidad. Un entendimiento tan torcido, que no alcanza á ver la luz, que ella

derrama, un corazon tan mal formado que no fuera capaz de sentir los efectos que inspira, no lo seria tampoco de ninguna sensibilidad humana: seria un Ente nulo, y que no pensaria mas que en sus propias y viles satisfacciones; pero por fortuna no se hallan ó son muy raros estos monstruos.

Vos me diréis, que no todos los incrédulos cierran su corazon á toda especie de conmiseracion y generosidad, y que muchos de los infelices deben una parte de los socorros que sostienen su penosa exîstencia á hombres que se han dejado arrastrar por la corrupcion del siglo al abysmo de la irreligion. Y yo confesaré que así es. Desapruebo mucho el zelo injusto y amargo de los que quieren disminuir el bien que otros hacen, ó envilecen los motivos que los animan. Se debe estimacion y respeto á toda criatura que socorre, alivia ó consuela á otra sin exâminar la intencion que la determina; porque el deseo sólido y esencial de un corazon christiano es, que el desvalido sea ayudado, y el indigente socorrido.

Pero no es eso lo que quiero decir. Yo supongo un hombre, y no creo el caso posible, á lo ménos no he conocido á ninguno, que despues de haber visto la luz, creyera no haberla visto, y quedara enteramente convencido de la realidad de las tinieblas. Aunque repito, que este hombre no exîste, ó que es un monstruo raro; lo supongo, y de este digo, que no fuera capaz de ninguna humanidad verdadera, y que si se vieran en él algunos vestigios, seria menester atribuirlos á los intereses de la política, ó á los artificios de la ambicion.

Vos podréis citarme hombres que no solo satisfacen sus pasiones, sino que se jactan de su incredulidad, y que con todo son generosos y benéficos: y aquí está, señor, vuestro engaño; porque vos los suponeis tan incrédulos como aquel de quien hablo, y como ellos parecen y se dicen. Pero en efecto no lo son. Acordaos de Don Manuel. Sabed que todos ó los mas que viven á gusto de sus pasiones, aunque parezcan incrédulos, y aunque ellos trabagen por persuadírselo á sí mismos y persuadirlo á los otros, conservan á su pesar las ideas de la Religion en mas alto grado que quisieran, y tal vez mas impresas de lo que imaginan.

Así si por acaso observais, que alguno á pesar de los vicios á que se abandona, á pesar de las impiedades á que se entrega, y de la notoria incredulidad que profesa, tiene buen corazon, y que con ánimo compasivo y generoso socorre al indigente, consuela al afligido, y sostiene al débil contra el fuerte, tened por cierto, que él ha pretendido por contentar sus pasiones arrojar de su seno una Religion que le parecia incómoda, pero que ella está todavía escondida en su corazon, y que quizá un dia volverá á restablecerse con honor. Creed que todo lo que conserva de honradez, humanidad y virtud está continuamente trabajando en su alma para rechazar sus errores: que aquel corazon nació para ser fiel al Evangelio: que quando renunció á Jesu Christo, desmintió su carácter verdadero, y que no es propio para representar papel tan infame.

Creed que su incredulidad no es mas que un

esfuerzo de sus pasiones contra la evidencia y necesidad del culto : un conato de su corazon para desprenderse de toda sugecion y sacrificio : un deseo de separarse de toda relacion que le incomode. Pero pues todavía no se ha establecido centro y último fin de todas sus acciones ; pues no se ha concentrado en la solicitud de su bien personal ; pues no estima únicamente en los otros hombres lo que puede contribuir á sus gustos ; pues no se arma con ferocidad contra lo que puede oponerse á sus pasiones insaciables , y le quedan sentimientos que le excitan á compadecerse de los males agenos , y lo estimulan al socorro de los infelices ; tened por cierto , digo , que no es un incrédulo , sino que es un hombre enfermo , y que quando sus pasiones se sosieguen , ó la luz del Cielo lo alumbre , volverá á adorar la Religion que aun no ha perdido enteramente.

Hay otros ménos temerarios y que no tienen osadía para tanto arrojo ; hombres que no llegan á la extrema depravacion , y conservan la impresion de algunas virtudes , y respetan la decencia. Pero estos no han de ser contados entre los monstruosos campeones de la irreligion. Despues de devorar todas las angustias y remordimientos que cuesta el vicio ; despues de perder todas las esperanzas y consuelos que ofrece la virtud , no logran el título de Philósophos ni la consideracion de los corifeos de la secta.

No cito , señor , otro testigo que á vos mismo. Nadie mejor que vos puede distinguir la diferencia que hay entre la caridad christiana y la humanidad philosóphica. Nadie mejor que vos puede

juzgar quanto mas interes tienen los pobres en que los Philósophos se hagan Christianos, que no en que los Christianos se hagan Philósophos. Decidlo. ¿Esta humanidad que tanto se exâlta os ha hecho enjugar muchas lágrimas, quando no tenia vuestra conducta otro principio? ¿Qué comparacion entre esas liberalidades cortas, raras y pasageras arrancadas por las importunidades y el llanto de los indigentes con esos montones de oro sacrificados tantas veces al lujo y á la venalidad del vicio?

Siento, señor, mucho recordar vuestros errores; pero sé que no quereis olvidarlos, así para no volver á repetirlos, como para reconocer sin cesar la grande y soberana fuerza que os ha sacado de este abysmo. Vos sabeis quantos miserables hubierais hecho felices derramando en sus pobres chozas los thesoros que invertiais en vuestros placeres pasageros. Vos sabeis como viven los de vuestra clase, que siguen las mismas pisadas, y lo poco á que se reducen los beneficios del rico, que no tienen mas impulso que el de su estéril Philosophía.

Quando los gastos incesantes y renacientes de un lujo que todo lo devora no cerraran sus corazones á las necesidades del infortunio, ¿cómo puede interesarlos el espectáculo de la indigencia? ¿Cómo puede enternecerlos, si tan pocas veces se presenta á sus ojos? Porque en efecto es tan raro, que la opulencia que rodea á los ricos sea accesible á la pobreza, como la adulacion que cerca á los grandes lo sea á la verdad. ¿Cómo ni quándo podrá un rico interesarse por un infeliz? Él goza tranquilo en su palacio de su abundancia deliciosa, sin que miéntras el arte se apura, y la industria se

anima para avivar su saciedad y crearle nuevos gustos, le venga siquiera al pensamiento, que en aquel momento hay millares de madres desesperadas, porque no pueden acallar el llanto de sus hijos que les piden pan: que hay otros tantos padres despechados, porque no pueden mantener las criaturas que les deben el ser, y que extienden sus manos inocentes, pereciendo entre los horrores del hambre y de la desnudez.

Si el rico sale del techo dorado que lo cubre, la rapidez del coche que lo arrastra le roba la vista de las miserias, y el pobre léjos de esperar algun consuelo, huye temeroso por el riesgo de hacerse aun mas desdichado. Á la clase honrada de la mediocridad está reservado únicamente el triste espectáculo de las penas y angustias de la indigencia. Los que apénas pueden vivir por su escasez, son los que mas se encuentran con la imágen espantosa de la extrema miseria: son los que vén correr el llanto y escuchan los gemidos de los que vegetan en las tribulaciones de la mendicidad: estos como son los que están mas cerca de la pobreza, son tambien no solo los testigos compasivos de sus penas, sino los únicos recursos de sus necesidades.

El miserable que quando se acuesta sobre su duro lecho, no sabe de dónde le vendrá el pan del otro dia, si tiene alguna esperanza de encontrarlo, no es en los pórticos de los poderosos, sino en la modesta habitacion de estos hombres ordinarios y obscuros, cuyo buen corazon parte con los infelices su frugal substancia; de estos hombres que por amor de Jesu Christo dan á los pobres la mejor parte del triste y corto salario que les ha cos-

tado tantas fatigas y sudores. Parece que solo los que han experimentado las amarguras, que se sufren con las privaciones, sean capaces de enternecerse con las instancias y solicitudes de los necesitados.

La Religion Christiana es la única que puede despertar á los ricos de este letargo; la única que puede conducirlos á sentimientos de humanidad; y la única que les puede quitar el apego á las riquezas, y restituir al pobre su dignidad de hombre. Detengámonos pues un instante á contemplar el gran carácter de divinidad que resplandece en su doctrina, en esta doctrina, cuya primera basa es el desprecio del oro y de las prosperidades humanas. Considerad, señor, esta soberana fuerza del Evangelio: cómo transforma en buenos y generosos á los que le siguen: cómo produce y entretiene esta circulacion de dones y servicios que hace felices á todos; y cómo con ella firma la seguridad y consistencia de todas las sociedades de la tierra.

¿Qué otro Philósopho que Jesu Christo hubiera imaginado un systema de grandeza y felicidad fundado sobre el desprecio de las riquezas y dignidades, sobre el abandono de todos los placeres de las pasiones? Ideas tan altas y tan contrarias á todos los intereses de los hombres no le podian ocurrir á ningun hombre. El Autor del Christianismo es el primero que se ha presentado al mundo diciéndole: *Bienaventurados los pobres*. Pero por eso tambien es el único que pudo asegurar, que traia una doctrina sacada del santuario de la luz eterna en que reside la verdad; el único que ha podido decirse Enviado del Cielo, Hijo de Dios y sabedor de sus secretos.

Los demás hombres que en todos tiempos se han ingerido á dar á los otros consejos ó preceptos, jamas han podido derivar su enseñanza de una esfera tan alta: jamas pudieron hacer promesas tan ricas y agradables, ni presentar una perspectiva tan larga, que va mas allá de la consumacion de los siglos. Por eso ninguno se ha atrevido á proponer el sacrificio del lujo y de las comodidades de la vida. Todos consideraban á los hombres muy terrenos para que se persuadiesen que podrian abandonar sus placeres y su gloria, y sugetarse á tan penosos sacrificios.

Jesu Christo solo pudo mostrarnos thesoros capaces de recompensar con abundancia todos los sacrificios que exîgia. Jesu Christo nos reveló mysterios asombrosos y profundos, que nos prometen inmensas esperanzas. Jesu Christo nos descubrió, que somos de la familia de Dios: que nuestro Reyno como el suyo no es de este mundo: que el universo con todo su oro y todas sus grandezas es ménos que un frágil átomo, ménos que un menudo grano de arena comparado con la elevacion y la inmortalidad de una alma: que el hombre tiene las mas fuertes razones para despreciar todo lo que en la tierra parece mas precioso; porque siendo semejante á Dios eterno, sobrevivirá como él al trastorno de todas las fortunas y á la destruccion de todas las riquezas.

Por eso Jesu Christo, y Jesu Christo solo pudo revestido de tan nueva y divina luz mostrar un carácter tan superior, y hablar con un estilo que ningun otro ha podido imitar. Si la autoridad de sus preceptos hace estremecer nuestros sentidos; si

la inflexîble severidad de su Ley hace temblar nuestra flaqueza, y si nos sugeta á desapegos y privaciones que consternan al amor propio, tambien nos da los medios de sostenernos, para que nuestra razon obtenga la victoria en esta lucha. Nos advierte que somos demasiado grandes para apegarnos á lo que perece; y que siendo formados á la imágen de Dios, solo una felicidad infinita puede llenar las medidas de nuestro corazon.

¡Qué consuelo! ¡Qué perspectiva para el pobre! ¿Cómo pueden afligirle las privaciones y los sufrimientos de esta vida, si sabe que quanto mas padece, quanto mas desnudo se vé, tanto mas dispuesto está para conseguir la inmensa gloria, y el Reyno eterno que está destinado á los Mártyres de la abnegacion y de la penitencia?

En efecto, señor, yo corro con mi imaginacion la Escritura sagrada; yo la repaso en toda su extension, y observo, que en todas las ocasiones y desde los primeros tiempos á los últimos, la pobreza ha sido siempre obgeto de su estimacion y sus elogios. Los Prophetas que nos mostráron de tan léjos las condiciones y promesas del Evangelio, quando hablan de ellas, nos trasportan á sitios pobres, á lugares humildes, á las cabañas que la paja cubre y en que habita la dulce inocencia en medio de la modesta pobreza. Como si Dios escogiera estos simples y tranquilos asilos para cumplir allí los designios mas grandes y derramar en ellos los thesoros de su magnificencia. ¡Ó montañas! decian: Preparaos á recibir esta paz tan deseada, esta paz que solicitais para consuelo de sus habitadores afligidos y menesterosos.

Todas las figuras con que los oráculos divinos anuncian la salud á los hombres, son siempre favorables á los pobres. Ya son arroyos abundantes, que corren deliciosos en los amenos campos que cercan las humildes chozas del triste mendigo, de la viuda afligida, ó del laborioso Labrador; ya son raudales cristalinos y mysteriosos, que la misericordia divina hará á su tiempo brotar de las inagotables fuentes del Salvador.

Otras veces: Las colinas y los valles, las Ciudades y los desiertos, los peñascos y los troncos se agitarán con alegría quando vean que viene su Señor, se regocijarán con todos los infelices de la tierra de su libertad y elevacion; porque este Libertador tan necesario al universo, será especialmente Protector de los abandonados, arrimo de los débiles, Padre de los huérfanos, y el título de pobre será siempre para él grande y respetable.

Llega en efecto el memorable instante señalado para la Redencion del género humano: y el mas alto de los mysterios, aquel gran secreto que estaba oculto toda la eternidad en el inescrutable abysmo de los decretos divinos, se revela y se egecuta en el seno de la pobreza y en el silencio de la obscuridad. Los Libros santos dicen: Quando la noche estaba en la mitad de su carrera, quando el cetro de los Césares sojuzgaba al universo, quando todas las naciones estaban reducidas á un yugo de espanto y de terror, quando todo parecia inmóvil en la tierra, y que en fin una paz universal y profunda indicaba ya el grande acontecimiento que debia mudar el aspecto de todos los Imperios; de repente y en un rincon

obscuro, sin que los Grandes del mundo lo supieran, el Christo de Dios vino á coronar las esperanzas de quatro mil años.

El Verbo divino, la Sabiduría increada, el Autor de la vida, el que es la vida eterna, y que hasta entónces no habia residido sino entre los esplendores de su Padre, se encontró en el intacto seno que su Divino Espíritu dispuso para que fuese digno de ser su Tabernáculo; y en esta manifestacion de su gloria en la tierra puso fin á todas las revoluciones que habian preparado tan inefable término.

Este grande suceso superior á todas las ideas de los hombres, que los siglos no viéron, que no volverán á vèr, y que solo pudo entrar en la infinita extension de la mente divina, se egecuta todo entre Dios y una humilde Doncella, y en el solitario recinto de una pobre casa. El Evangelio mismo para contar un hecho tan inaudito como sublime, y que no cabe en las ideas de las inteligencias superiores, solo dice con simplicidad: María parió á su Hijo, y lo reclinó en un pesebre, porque no habia otro lugar en la posada.

De manera que Abraham y todos los Patriarcas, Moyses y todos los Prophetas, Jerusalem y toda la pompa de su culto, los Israelitas y todas las magnificencias de su Templo, toda esta economía tan antigua como mysteriosa; esas ceremonias en que todo era tan venerable y tan augusto, ese grande y rico aparato, esas predicciones, esas figuras, esos inmensos preparativos anunciados desde tan léjos; en fin quanto Dios habia hecho desde que crió el mundo hasta aquel instante venturoso, todo se ha-

lló cumplido y terminado, y todo está comprehendido en este corto y sencillo discurso del Evangelista: *María parió á su Hijo, y lo reclinó sobre un pesebre.* El lugar mas humilde de la tierra se transformó en el primer Templo que el Santo de los Santos consagró con su augusta presencia, y el Deseado de las naciones manifestó en el desabrigo, en la indigencia y la desnudez con que entró en el mundo, las primicias del thesoro con que debia enriquecer al universo.

Los primeros confidentes de esta grande noticia, que interesaba tanto á todas las naciones de la tierra, son tambien hombres simples, pobladores de los campos, y de la clase de los pobres y pequeños. Habia en aquella Region Pastores que pastoreaban sus ganados, y estos son los primeros á quienes el Cielo anuncia la venida del Reyno de Dios. Estos rústicos Pastores desconocidos á toda la tierra son preferidos, y Dios los tiene por mas dignos de entrar en los secretos de su Sabiduría, que los terribles depositarios del poder Romano, que se imaginaban árbitros de los destinos del universo.

Era justo, señor, que pues la eterna Santidad bajaba de las alturas de su solio para destruir las iniquidades de la tierra, escogiese su habitacion entre las clases que no estaban deshonradas con los vicios; que prefiriese lo que no estaba depravado, y que hiciese brillar los primeros rayos de la luz, que preparaba para alumbrar al universo, á los ojos que no estaban ofuscados por las pasiones, porque eran mas inocentes.

En todo tiempo la Gracia ha huido de los que abusan de la prosperidad y de las riquezas; y ordina-

rlamente es mas fácil encontrar virtudes, buscándolas en los desiertos ó en las cuevas, y tambien en esos recintos escondidos, donde en la austeridad de una vida humilde y laboriosa la mano del Señor labra en silencio las indestructibles piedras de su eterno edificio. La morada de los Santos suele hallarse en esos templos solitarios y rústicos, en que la sangre del Cordero marca mas escogidos que en los altares magestuosos de las Ciudades opulentas, donde el fastuoso cortejo del orgullo viene muchas veces á profanar la santidad del Ara. La luz de Dios por su naturaleza inescrutable es mas inaccesible á los sabios, á los ricos y á los grandes del siglo, y manifiesta mas á los sencillos y los pobres aquel esplendor radioso, que eleva nuestras inteligencias sobre las Dominaciones y los Thronos.

El verdadero Bienhechor del género humano fué Jesu Christo Señor nuestro. Sin duda que vino á iluminar todos los hombres; pero parece que se dedicó con atencion mas cuidadosa, con mas amoroso afan á consolar á los humildes y los pobres: como si el cuidado de evangelizarlos fuera el mas glorioso, ó el principal carácter de su ministerio. Seguid á este Hombre Dios en los continuos y penosos trabajos que emprendió para santificar á los hombres, y veréis que los lugares mas comunes y obscuros fuéron el theatro de sus predicaciones; y que los mas infelices eran los obgetos mas ordinarios de su aplicacion y de su ternura.

Si alguna vez parece en presencia de los grandes del mundo, como que suspende entónces la actividad de su zelo, el austero y profundo silencio

que guarda, parece advertir, que los dichosos del siglo no son los mas propios á recibir la doctrina del Evangelio. Si se digna tal vez de hacerles oir su voz, el discurso que pronuncia es corto, rápido y grave, dando á entender, que su Gracia no puede encontrar en almas corrompidas por la prosperidad cosa alguna en que puedan fructificar los sentimientos de la Fe.

Pero observadlo en medio de los pobres. Allí le veréis con toda la amenidad de su dulzura. Parece que está con ellos, como un padre en medio de sus hijos, como un padre tierno, que quando está con su familia, dilata su corazon en el seno de la naturaleza. No hay mas que ver como los trata, para reconocer que de esta porcion desvalida y despreciada cuenta sacar los herederos de su Reyno y los compañeros de su gloria.

Quando corre las Aldeas y Lugares de la Judea y Galilea, los pobres son los que le acompañan. Con los pobres toma sus inocentes y sobrias comidas. Á los pobres hace ver con sus milagros la Divinidad de su doctrina y la de su Persona. Entre los pobres escoge sus cooperadores para salvar al mundo. Á los pobres promete, que un dia se sentarán sobre thronos excelentes, y juzgarán con él todas las Tribus y generaciones humanas. Á los pobres dijo: Vosotros sois mis amigos, mis parientes, mis hermanos, mi grey, mi eterna compañía; y finalmente sobre los pobres tenia los ojos fijos, quando exclamó, levantando las manos: Padre Santo, mi deseo es, que los hombres se vean conmigo en la Gloria, donde habito de toda eternidad; para que vean mi esplendor, y conozcan quánto me ha-

beis amado desde ántes de la creacion del mundo.

¿Cómo pues un pobre que por sí solo debe conmover á piedad todo buen corazon, no excitará el respeto y la ternura de un Christiano? El egemplo de su divino Maestro debe transformar su compasion en reverencia, y darle el carácter de una especie de culto religioso. ¿Qué obgeto puede haber mas venerable y mas sagrado para el que conoce y adora á Jesu Christo? Un pobre paciente, que sufre resignado sus miserias, es un emblema ó una representacion del sacrosanto y doloroso mysterio de la Cruz.

¡Ay señor! ¡Qué viva seria nuestra compasion hácia los infelices, si nuestra fe nos hiciera considerar la íntima unidad del hombre Dios con los que se postran, se humillan y padecen! Los pobres virtuosos son hijos tiernos del Dios vivo; y el hombre duro que los desprecia y los rechaza, reniega de su sangre y de su Dios. Si es desalmado y perverso á los ojos de la humanidad, es sacrílego y profanador á los ojos de la Religion.

Reflexîonad, señor, ¿por qué Jesu Christo se comunica con tan visible prediléccion á los desafortunados de la tierra? Porque veia en ellos Mártyres incoados; criaturas preparadas á recibir su Espíritu: Almas que desembarazadas de los estorbos de la ambicion y la riqueza, no esperaban mas que el soplo de vida con que el calor Evangélico enciende lo que anima, para elevarse hasta la eternidad. Lo mas difícil para convertir á los hombres y salvarlos, es reducirlos á privaciones y sacrificios: y esta gran dificultad está vencida en los que no conocen mas que las pena-

lidades y miserias. Con ménos embarazo llegan á ser penitentes del Evangelio aquellos que lo son tambien de la necesidad.

Estos son los principios del Christianismo. Estas máxîmas nacen de su substancia, y de ellas debeis inferir, que nuestra adopcion en la alianza de Jesu Christo es una union íntima con todos los que padecen; y pues habeis reconocido al Gefe de los que han sufrido, debeis entrar en la familia de los que sufren; y pues ya sois hijo de la Cruz, debeis ser hermano de los que la llevan; pues los pobres en el sentido mas riguroso y verdadero son ya carne de vuestras carnes y hueso de vuestros huesos. Que por este parentesco Evangélico, el mas santo é íntimo de todos, los necesitados, enfermos y miserables son ya hijos vuestros: y todos juntos seréis el rebaño inmortal del divino Pastor. Y en fin que ya no pueden derramar una lágrima ni exhalar un suspiro, que no sea la queja de una preciosa porcion de vos mismo.

La naturaleza nos excita á socorrer á los indigentes; pero la Religion nos lo manda y nos grita con voz mas poderosa: *No desprecies á tu propia carne.* Así, señor, desde que vuestro corazon se volvió á Jesu Christo, se asoció con todos los que lloran, se hizo como renuevo de los santos; esto es, se declaró heredero y descendiente de los hombres que han sido mas pobres, y de los que mas sufren en la tierra. Los Prophetas, los Apóstoles, los Mártyres, todos esos hombres divinos, que ántes y despues de Jesu Christo marcháron por los caminos de la tribulacion, viviéron

siempre en la indigencia: peregrináron en los montes cubiertos con pieles de animales, sufriéron todo género de aflicciones: no halláron acogida mas que en las grutas y cavernas de la tierra, y fuéron en fin despreciados y perseguidos por un mundo que no era digno de ellos. Estos son, señor, los augustos Abuelos que os dió la Religion, quando os llamó á su seno y os movió á penitencia.

Si pues entre los hombres que desprecian al mundo, y se glorían de ser Christianos, se hallara alguno que fuera insensible á las miserias del indigente, se pudiera decir sin titubear, que su Christianismo es falso, y que Dios abomina sus adoraciones y sacrificios. La mas severa separacion del mundo y de sus vanidades, la renuncia mas completa y universal de los honores, el retiro ménos interrumpido en lo interior de los oratorios ó de los templos, y en fin las mayores penitencias, lágrimas y expiaciones no pudieran presentar al Cielo mas que una inanimada multitud de obras muertas, ó una abultada masa de egercicios sin consistencia ni valor, si nos obligaran á separar de los necesitados, que deben ser consolados ó socorridos.

La verdadera santidad, la que puede llamarse mas austera y perfecta es la que produce mayor zelo, la que inspira mas tierno amor, y la que excita un interes mas vivo y mas ardiente en favor de los desvalidos. Si hubiera una Religion que se olvidara de este primer deber, que es un instinto de la naturaleza y de la humanidad, este defecto bastaria para descubrir su carácter de impostura. »La verdadera Religion, dice un Após-

"tol [a], la única que puede ser agradable á Dios "Padre y Bienhechor de toda criatura, es aquella "que enjuga las lágrimas de la viuda y del huér"fano, y que sabe conservarse sin mancha en me"dio de los escándalos y vicios de este mundo.

Pues que ya haceis vuestra ocupacion mas continua de la lectura y meditacion del Evangelio, observad una cosa muy digna de atencion. En la descripcion que nos hace Jesu Christo de lo que ha de acaecer el último de los dias, y quando se egecutará la separacion irrevocable de los buenos y de los malos, parece que hace depender de los pobres los eternos destinos de los hombres. Lo cierto es, que el mismo Jesu Christo toma personalmente el lugar de todos los pobres, y recibe como suyos los consuelos y los desprecios que han sufrido en la tierra.

Al justo ni le pesa ni le menciona mas que las acciones y virtudes con que ha sido útil á los menesterosos. Vosotros, les dice [b], me habeis dado de comer, quando tenia hambre; me habeis vestido en mi desnudez y consolado en mi cautiverio: *Por eso sois benditos de mi Padre, que va á abriros las puertas celestiales, y poneros en posesion del Reyno, que os preparó desde el principio del mundo.* Y quando maldice y arroja de sí al réprobo, tampoco le recuerda ni baldona sus desórdenes ni sus blasphemias. Para justificar su terrible sentencia solo le recuerda la dureza de su corazon poco sensible á la misericordia. Por este motivo lo separa para siempre de la familia de Dios, y lo precipita en los fuegos inextinguibles.

*a Iacob. 1. 27.* *b Matth. xx. 34.*

Era menester, señor, que este gran mandamiento de la conmiseracion y caridad animase mucho el corazon de Jesu Christo, pues se aplicaba con tan incesante teson á grabarlo en el de los hombres. Era menester que le interesase con extremo, pues se le vé exâltar siempre, y con los mas magníficos colores la dignidad y la excelencia de los pobres. Siempre los representa como los héroes del gran dia del Señor, como los príncipes de la eternidad, y como los árbitros de los destinos de todos los mortales.

Es propio de la justicia divina, que todo lo que fué pequeño en la tierra, sea grande en el Cielo: que todo lo que fué obgeto del desprecio y de la injusticia de los hombres, lo sea de su divino amor, y un espectáculo excelso para los espíritus celestes: y en fin que tantos lamentos exhalados por órganos desfallecidos que oprimia la miseria con su peso, sean presagio de grandeza y de poder para el tremendo dia, en que todas las Naciones trémulas y humilladas ante el Throno de la suprema Magestad, aguardarán el decreto de su inmutable suerte.

Decidme, señor, y consideradlo bien: ¿Habeis hallado alguna vez en la bondad natural de vuestro corazon, ó en los principios de algun systema de Philosophía Moral, motivos tan urgentes y persuasivos, razones de un interes tan poderoso para obligaros con esta fuerza á ser generoso, compasivo y liberal? ¡Ay, señor! Toda Philosophía sin Religion es estéril, todo moral que no pasa de esta vida es inútil: la naturaleza corrompida inspira para el bien sentimientos mas débiles

que los de las pasiones : no basta haber nacido sensible y bueno : no basta estar convencido de la satisfaccion y del honor que nos producen nuestros beneficios. Son necesarios estímulos mas vivos para socorrer á los míseros con zelo y en toda la extension de sus necesidades. La compasion quando no es mas que humana se contenta con dar poco, y las leyes de la sociedad se cumplen con ligeros sacrificios.

El rico que en uno de sus festines consume la substancia de mil pobres, crée hacer mucho, y su corazon queda muy satisfecho, quando manda que se dé á los viejos mendigos, que el hambre devora al umbral de su puerta, los restos de su sensualidad, y de la glotonería de sus criados. Esto sucede así quando la Religion no dirige la caridad. Porque qualquier otro systema que se proponga las consideraciones mas imperiosas que quieran alegarse, tendrá siempre el defecto que hace lenta y corta la mano de los hombres para dar, y es que no les quita el engaño y la ilusion en que están de que la felicidad humana depende de las riquezas.

Jesu Christo es el único Sabio que envileciéndolas ha sabido desengañarlos de este error, y ha enseñado esta virtud la mas necesaria á los mortales. Es el único que ha sabido ganar á los hombres por su interes y por el lado que los podia sugetar, prometiéndoles otros bienes mayores con la esperanza de ser eternos y felices ; y no se puede negar, que es el único que ha tomado el camino que los podia persuadir ; porque desacreditar desde luego las riquezas de la tierra, prometer

por ellas un precio infinito, recompensar su abandono con una felicidad eterna, pagar con una gloria sin fin la débil generosidad de distribuirlas con alivio y consuelo de los que sufren la pobreza, era en cierta manera forzar al corazon humano, á que por su propio interes, pero mas noble y mejor entendido, fuera generoso y liberal; pues le hacia conocer, que para ser rico y feliz en la eternidad es menester que haga felices á sus hermanos en el tiempo.

Así, señor, quando no hubiera tantos motivos de increpar á la falsa Philosophía la injusticia de haber combatido la verdad, bastara para detestarla ver la sinrazon con que trabaja por desacreditar el Evangelio, y el insensato teson con que procura destruir los recursos y esperanzas de los pobres: jamas podrá purgarse de esta iniquidad: jamas podrá lavarse de esta mancha. Por mas que afecte en su falaz estilo usurpar los nombres de humanidad y de beneficencia, se vé que todo no es mas que ruido de palabras, rumor vano y sin efecto. Porque su systema es un systema de inhumanidad merecedor de todo el odio de las almas honradas, de todo el desprecio de los corazones sensibles y buenos. Y supuesto que los pobres y los menesterosos ganan infinito en que los ricos sean Christianos, el que desacredita esta Religion es un monstruo que egerce un ministerio bárbaro y odioso.

¿Qué pues se ha de pensar de esos Philósophos atrevidos, que sin carácter ni mision para mudar la Religion establecida, tratan con osadía tan desenfrenada un culto en que Dios es tan grande y los hombres deben ser tan buenos? ¿Qué es lo

que pueden conseguir estos insensatos? Cerrar á los miserables de un golpe la entrada al seno de su Dios y al corazon de los hombres: quitarles las esperanzas de la otra vida y los socorros de esta. ¿Qué males mas horribles les pudiera hacer su mayor enemigo? ¿Quién pudiera imaginar un medio mas horroroso y mas seguro de completar las desgracias de los que ya son víctimas de la adversidad y de la penuria?

Si exîstiera en la tierra un corazon tan bárbaro, que no pudiese satisfacer su ferocidad ó su venganza, sino añadiendo afliccion al afligido: que buscase el medio de llevar el dolor y las angustias hasta el último extremo de la posibilidad; y que calculando los grados de rigor de que es susceptible el continuado suplicio del indigente, lo quisiera aumentar hasta el punto en que ya no pudiera subir mas, pregunto: ¿Qué otra cosa pudiera inventar este monstruo para contentar su natural feroz? Porque ¿quál puede ser el colmo ó el último y mas acerbo grado de la desgracia y del dolor, sino la necesidad de devorar sus amarguras, sin aguardar socorro de los hombres ni tener esperanzas en su Dios?

¡Ó pobres! ¡Ó porcion respetable de mi sangre! ¡Compañeros augustos y queridos de mis dulces y eternas esperanzas! No: El Dios Santo, el Dios justo que os hizo, es vuestro Padre; y si os ha sugetado á las tristes solicitudes que agitan nuestra inquieta y fatigada vida, no es sin designio, no es sin un profundo motivo de su misericordia. Vosotros sois criaturas muy preciosas á sus ojos: vuestros suspiros y trabajos están escritos en el

libro eterno. Mas se ocupa el Cielo en vuestra obscura suerte, que en los grandes sucesos de todos los Imperios: vuestros menores sacrificios serán coronados con todo el peso de una gloria inmortal. ¡Ah queridos amigos! No os canseis nunca de estrechar con vuestros secos y descoloridos labios esa adorable Cruz, la riqueza verdadera y esperanza del mundo. Respirad un momento y consolad vuestros dolores con la vista de esa víctima divina, que valora todas vuestras angustias.

Jesu Christo es vuestro solo y verdadero Padre. Únicamente á su bondad debeis el consuelo de esperar un por venir feliz, y de hallar en la tierra corazones compasivos y dadivosos. De sus Templos salen los medios que os socorren, los auxîlios que la caridad evangélica perpetúa para vuestra subsistencia. La insensata Philosophía hace jactancia de su humanidad; pero si faltara el Evangelio, presto veriais disminuir la circulacion de vuestros socorros.

Y vosotros, Pastores zelosos y benéficos, depositarios venerables de las limosnas que la caridad modesta esconde en vuestras manos, decidnos si la fuente que con tanto ruido mana ostentosa de la Philosophía, es mas copiosa que la que trae su orígen del humilde y devoto Christianismo. Explicadnos de dónde vienen estos abundantes y sagrados thesoros, que derramais sin intermision en la parte necesitada de vuestro rebaño; estos thesoros que van á buscar á la viuda desconsolada, al artesano enfermo, y al huérfano abandonado hasta en las tinieblas del rincon mas obscuro.

¡Pero adónde voy! Perdonad, señor; mi zelo

me ha transportado. Yo no queria hablaros mas que del Evangelio, y me hallo de repente en la region del entusiasmo. ¿Pero quién puede ser insensible al descubrir la dureza de los ricos? ¿Quién puede ver sin horror la bárbara conducta de los que prefieren consumir sus riquezas en frívolos y pasageros placeres, al inefable consuelo, á la renaciente y dulce satisfaccion de sostener familias virtuosas, de recompensar la inocencia, y socorrer los afligidos? ¡Ah! ¡Corazones corrompidos, no conoceis, no, el indecible placer que produce en un alma sensible y generosa el enjugar con su mano el llanto de la pobreza honesta y desdichada!

Yo no puedo, señor, entrar en ningun por menor, porque esto depende de las circunstancias, y pertenece á la prudencia. Me he contentado con presentaros en general los grandes y sublimes motivos con que la Religion anima á la caridad christiana. Pero un corazon que por sí mismo es compasivo y generoso, quando está ilustrado con sus divinas luces, sabe aplicar sus principios segun las ocurrencias. Yo pudiera deciros mucho mas; pero nunca digera lo bastante, y estoy persuadido de que vos no necesitais de tanto.

Y espero que en ese lugar á que por dicha os condujo la Providencia vais á ser á un tiempo el amigo de Dios y de los hombres. Figuraos que esa es la familia que Dios os señala para que la adopteis. Tratadla como padre: que no haya miserables al rededor de vos; que no haya quien se aflija porque le falta pan. Dad á los unos los medios de ganarlo: dad á los otros el socorro que necesitan: enjugad todas las lágrimas: desterrad to-

dos los vicios; y enseñad á todos la virtud. Yo pido á Dios que os eche sus bendiciones, y que os guarde muchos años.

¿Qué me dices, Theodoro, de esta nueva Carta? En quanto á mí no sé qué decir, sino dar gracias á Dios de haberme hecho conocer al hombre que llena todas las medidas de mi corazon. Estas Cartas serán mi manual y el de mis hijos. Oxalá lo fueran de todos los hombres. Ellas aumentan cada dia mi respeto hácia la Religion, y mi amor hácia la virtud. Ellas me iluminan y me acaloran. Siento que me elevan á mis propios ojos, y que al tiempo que descubren mis obligaciones, me inspiran el deseo de desempeñarlas. Sí, amigo: mis hijos, mis criados, mis vasallos y los pobres van á ser el obgeto de mis solicitudes. Ellos me llevarán toda mi atencion, y ya vés que no me faltará en qué ocuparme. Quando no estuviera persuadido de antemano, estas Cartas bastarian á determinarme. Es imposible resistir á la verdad de los retratos que pintan, y á la fuerza de la impresion que producen. Sí, Theodoro. Yo las he reflexîonado muchas veces, y me han despertado remordimientos tan voraces, que no me dejan sosegar. ¡Ay amigo! Si se viviera dos veces; si fuera posible que yo volviera á empezar mi carrera, ¿quán diferente seria mi conducta? ¿Qué desgracia es quedar dueño de sus acciones en edad temprana sin ninguna educacion? Ser heredero y poseedor de una gran fortuna, quando ni la prudencia asiste, ni la experiencia aconseja, y sobre todo quando la Religion no alumbra; ¡qué manantial de errores y de vicios ocasiona! ¿Qué uso puede hacer de sus bienes un jóven disoluto, sino

contentar sus pasiones, y saciarse de placeres, aumentar cada dia la variedad de sus caprichos; endurecerse y hacerse insensible á los males agenos?

Esta es mi historia en compendio: y si lo reflexîonas, es lo que te habrá sucedido y sucede á la mayor parte de los jóvenes que se casan. Desde que se piensa en darnos una Esposa, se nos arregla un estado de casa y familia. Y como si los hombres no nacieran sino para vivir con pompa y esplendor, como si el Cielo no nos concediera las riquezas sino para contentar nuestro orgullo, y hacernos brillar con un lucimiento, que en nuestro juicio nos haga superiores á los demas de nuestra esfera, los que dirigen nuestra juventud, y se encargan de formar este establecimiento, no piensan mas que en arreglar nuestro estado y el número de los criados, y todos los demas obgetos de lujo y de ostentacion.

De aquí nace que á cada uno se le arregla todo segun la renta con que puede contar. Este es el único principio que dirige la operacion. Al que tiene por egemplo diez mil pesos de renta, se le forma un estado de mesa, coches, libreas y criados proporcionado de manera, que pueda consumir esta suma. Al que tiene veinte, se le da el doble; al que tuviera quarenta, se le proporcionaria el quadruplo, y esta proporcion creceria siempre en razon de la mayor renta, que pudiera tener. Siendo lo singular, que en esta multiplicacion de gasto, no se consultan jamas las reglas de la comodidad, sino las del lujo y de ostentacion; y que la diferencia que habrá de un hombre de diez mil pesos de renta á otro de cincuen-

ta será, que este tendrá mas criados, coches y mulas.

Ya se vé que esta conducta tan contraria al espíritu de la Religion, es tambien insensata y opuesta á todas las reglas de una sana razon. Pues nada añaden al verdadero mérito del hombre todos los falsos resplandores de un lucimiento exterior, que solo pueden servir de alimentar su orgullo. Quando no se consultaran mas luces que las de una razon natural, se debieran por lo ménos preferir las satifacciones de la propia comodidad, y el placer de comunicarlas con los que no las tienen. Pero tal es el error del mundo; y el orgullo domina tanto los corazones, que en la mayor parte de estos establecimientos ne se piensa mas que en multiplicar los obgetos de esta falsa grandeza, y solo se busca el medio de sobrepujar á los otros en lo que satisface una vanidad tan mal entendida.

Así se hizo conmigo. Habiendo quedado en mi tierna edad heredero de mi Padre, los que descuidáron tanto mi educacion, no gobernáron con mas cordura mis negocios; y quando me casé, me arregláron una casa proporcionada á mis rentas; pero con los falsos principios de un lujo, que ellos llamaban correspondiente á mi nacimiento, y que es un delirio del orgullo. Como si la decencia necesitara vestirse de oropel, y como si la moderacion y la beneficencia no merecieran mejor el precio y la estimacion de todas las personas de juicio.

Como quiera que sea, yo pasé por la regla que casi todo el mundo adopta, quando se mon-

ta la casa de un jóven rico. La mayor y la mejor parte de mis rentas se destinó en darme un gran número de criados inútiles, de coches, libreas, mulas, caballos y otros obgetos de aparato, y apénas se reservó una pequeña cantidad, que llamaban mi bolsillo y el de mi muger, y que debia servirnos para el juego y demas gastos menores. Con esto la mayor parte de mis rentas quedaba sugeta á gastos frívolos é inútiles; y apénas nos quedaba á mi muger y á mí mas que una muy corta cantidad, que necesitaba de mucha cordúra de nuestra parte para ser suficiente. Pero estos hábiles arregladores para dar mas extension á los obgetos de aparato, no solo nos redugeron á facultades muy estrechas, sino que se olvidáron de los accidentes imprevistos, dejándonos en la imposibilidad de remediarlos.

Por este ridículo arreglo en que se da tanto á la pompa inútil, y á la vana ostentacion, el hombre mas rico se hace pobre; porque consumiendo tanto en gastos frívolos para obgetos no necesarios, y sin los quales pudiera pasarse fácilmente sin faltar ni á la decencia ni á la comodidad, queda reducido á cortos medios para los gastos personales: y un hombre que tiene un número crecido de mulas en su caballeriza, de que apénas puede hacer uso, se halla muchas veces sin poder favorecer á un amigo ó socorrer á un necesitado.

Lo peor es, que hay pocos hombres que tengan bastante carácter para remediar este daño. Es menester mucha fuerza de espíritu, mucho valor, y grandes principios de razon para reformar este

abuso, y descender del pie brillante en que se nos puso y á que nos hemos acostumbrado. El orgullo se resiste á toda reforma: la vanidad no quiere oir hablar de ninguna moderacion, y lleva por fuerza una carga, que no se atreve á sacudir, prefiriendo para satisfacer á sus pasiones medios que lo conducen á la injusticia y á la bageza.

Lo mas extraño de todo es, que en estos arreglos indiscretos jamas se tiene á la vista, ni se hace mencion de los pobres. Yo he vivido en el mundo, y he estado instruido de muchos planes de distribucion con que se montaban las nuevas casas de los matrimonios de mi fortuna y calidad, y no he visto ninguno en que haya un artículo cuya consignacion sea destinada á limosnas. No es creible, que profesando una Religion como la nuestra, en que el mayor y mas estrecho precepto es el amor del prógimo y el del socorro de sus necesidades, no es creible, digo, que hombres que se dicen Christianos, olviden así el remedio de los infelices, para aumentar el número de sus mulas y criados.

Parece que quando un Christiano toma medidas para arreglar su casa, proporcionando los gastos á sus rentas, la primera partida de esta cuenta debia ser una buena cantidad consignada para socorro de los necesitados. Esta es la primera obligacion que le impone la ley de Jesu Christo. Dios no le ha dado sus rentas ni para contentar sus pasiones, ni para satisfacer su vanidad, ni para distribuirlas á su antojo, sino para que haga de ellas un uso moderado, convirtiéndolas en

lo que necesita así para su conservacion y la de su familia, como para la crianza y educacion de sus hijos. En estos obgetos puede gastar todo lo que sea necesario para la decencia que corresponde al estado en que lo colocó la Providencia; pero con moderacion, y sin que pueda dar nada ni á las fantasías del capricho, ni á las locuras de la vanidad.

Desde que ha podido llenar estos obgetos, y reservar lo que le aconsejare la providencia para los accidentes imprevistos, todo lo demas lo debe á los pobres. Este es el espíritu del Evangelio, y toda interpretacion que debilite ó extienda con demasía este punto tan importante de su beneficencia, es contraria al espíritu de la Religion. Así que el que despues de satisfacer sin escasez sus necesidades domésticas, reparte lo que le queda entre los necesitados, no da nada de lo suyo, porque no es suyo sino lo que él necesita; y todo lo demas es de aquellos que lo hayan menester. No da pues, sino paga lo que debe; porque Dios no lo ha hecho dueño y árbitro de sus riquezas, sino ecónomo y distribuidor, dejando á su conciencia la medida de su necesidad, y la eleccion de las personas en que debe repartir el sobrante, segun el órden que su Providencia le prescribe.

¿Qué idea se pudiera formar de la justicia de Dios, si hubiera repartido las riquezas con tanta desproporcion, para que cada uno pudiera consumirlas á gusto de su antojo? ¿Qué baldon seria para la Providencia, si quando vemos que las fortunas están distribuidas con mano tan desigual,

creyéramos que deja abandonadas á la miseria y afliccion millares de sus criaturas, para que un pequeño número de ricos viva en la abundancia, y sin mas regla que las fantasías de su capricho?

Y acaso se le pudiera acusar de tyranía, injusticia y de parcialidad, sino castigara la dureza de los ricos, quando se observa el abuso general que los hombres hacen de ellas; pues aquellos á quienes ha concedido mas, no las emplean por la mayor parte sino en dar satisfaccion á sus vicios y pasiones, miéntras que tantos honrados y virtuosos sufren en la miseria y afliccion. Ó seria menester pensar, que el acaso ciego es el Dios del mundo; ó que si lo ha criado una inteligencia superior, seria como un númen indolente, que no extiende la vista sobre las injusticias de los hombres; ó como un Dios tyrano, que se complace en el triumpho de la iniquidad; ó como un Dios maligno, que se divierte en las penas y aflicciones de la virtud.

No es este ciertamente el Dios de los Christianos. Nuestro Dios es un Padre tierno, magnífico y universal, cuya Providencia se extiende desde el último al primero de sus hijos. Es verdad que para establecer el órden, y que hubiese harmonía, subordinacion y dependencia, dispuso hacer las condiciones desiguales: que para esto hizo Reyes y vasallos, Señores y plebeyos, Amos y criados, pobres y ricos; y que era una consecuencia necesaria dar á unos mas riquezas, talentos y distinciones que á otros. Pero no por eso ni á los que favoreció con aquellas ventajas, los hizo dueños y árbitros soberanos de ellas; ni á los que dió

mas corta suerte, dejó abandonados al rigor de su destino y á la tyranía de los otros.

Su Providencia paternal tan extendida como sábia, á pesar de la desigualdad de las fortunas, que hacia inevitable la harmonía de este órden, halló los medios de conciliar esta aparente injusticia con que parece haber tratado á los hombres, por las justas y bien entendidas leyes que les impuso, y con que atendió á la felicidad de todos. Todo lo equilibró en su económica dispensacion su sábia y próvida mano. Si á los ricos les dió mas bienes, autoridad y distincion, al mismo tiempo los cargó de mas afanes, inquietudes y obligaciones, y tambien les impuso la ley de no tomar para sí mas que lo necesario, y repartir lo demas entre aquellos á quienes no dió tanto. Y si á los pobres los privó de estos bienes, fuera de los talentos que les concede, y de los medios mas fáciles que les da para la eterna felicidad, los ha puesto bajo la tutela y proteccion de los ricos.

De estos principios nace con evidencia la obligacion estrecha de los ricos de convertir todo el superfluo de sus bienes, suponiendo mucha moderacion en sus gastos, en beneficio de los pobres; y parece que en un Reyno que se gloría de Christiano, se debia ver una emulacion continua de todas las clases bien estantes del estado, para hacer refluir el sobrante de sus consumos en las otras clases menesterosas. Parece que ninguna casa ni familia debiera arreglarse, sin empezar por una partida proporcionada á sus facultades, destinada para ellos. Que los comerciantes quando hacen el tanteo de sus ganancias del año, debieran partir con ellos,

ó señalarles una buena parte. En fin que todos los que viven de salarios de su trabajo ó de qualquier otro modo debieran ver, si podrán sin faltar á sus menesteres reservarles alguna especie de socorro.

Y vé aquí como si se practicara el benéfico Evangelio, él solo bastaria para corregir todos los defectos de la condicion humana, y hacer felices á los hombres aun en la tierra. Pero ¡ay! el mundo aborrece estas máxîmas, y por eso es el enemigo mayor de Jesu Christo, y aun de su propia felicidad: todo se lo arrebata el lujo: todo se sacrifica á las pasiones; y hasta las familias ricas, aquellas que pasan por mas poderosas, y que teniendo grandes rentas viven con mas ostentacion, no solo no tienen señalado nada para aliviar á los pobres, pero se vé en algunas que viven con mucho fausto, y no se vé que dén limosna.

Y esta es una consecuencia necesaria del primer pie ó reglamento con que han establecido el gasto de su casa; porque si el Padre de familias consagra la mayor parte á los obgetos que llaman de decoro y son de vanidad; si para los que sè llaman gastos personales no se reserva mas que una corta parte, no es posible que se pueda dar mucho. Lo que podrá hacer el mas virtuoso es dar todo lo que se reserva; pero con esto no cumple con su deber, ni lo que da tendrá proporcion con la suma de sus rentas y con los excesivos gastos que hace en los obgetos de su vanidad. Así por una inevitable consecuencia de este profano méthodo, aun los mismos que deben al Cielo un corazon compasivo, y disfrutan la mayor opulencia, no pueden hacer tanta limosna como quisieran y deben.

Pero ¡ay! que pocos son los que consagran á destinos de beneficencia estos medios aplicados á sus gastos personales. Muchos los emplean en cosas de su gusto y fantasía, y estos son los mas inocentes, quando estos gastos no son mas que frívolos; pero si el vicio se introduce en su corazon, como por desgracia se introduce entre tantos, y se introdujo en el mio; entónces esta parsimonia, hija de la preferencia que se dió al lujo, será madre y causa de que á los vicios del corazon se añadan todas las iniquidades y desórdenes de la conducta. ¿Qué puede hacer un jóven, que dueño de su fortuna y de sus acciones se halla con muchos caprichos y pocos medios, sino lo que yo hice?

Despues que me casé, y á medida que mi corazon se iba corrompiendo, se iban multiplicando mis deseos y aumentando los motivos de mis gastos. La cantidad que me habian reservado para mi uso, era muy corta, comparada con la que se consumia en el brillante exterior de mi numerosa familia, y en el magnífico tren en que se me habia colocado; y así á pesar de la faustosa opulencia con que vivia, presto me hallé sin poder satisfacer mis continuos é impetuosos caprichos. Un hombre de mas edad ó mas carácter hubiera podido reformar una parte de aquellos gastos extravagantes. Pero en aquella edad no se raciocina bien. Era menester valor para hacer una reforma, que seria contradicha por toda la familia. Esta operacion pedia conducta, tiempo y madurez, de que yo no era capaz; y yo mismo estaba bien hallado con esta pompa, que linsongeaba mi orgullo. Por otra parte hubiera temido el que

dirán; y me hubiera avergonzado en presencia de todos los amigos de mi esfera, que zelosos y envidiosos de mi fortuna, se hubieran alegrado de verme decaer, y hasta mis pasiones mismas me hubieran alejado de este medio.

No hallándolo pues practicable, eché mano de los que eran mas fáciles, como son el conservar el mismo inconsiderado lujo, y no pagar á los que debia. Theodoro, esta ha sido una de las principales causas de todas mis injusticias. Lo primero que hice fué abusar del buen corazon de mi santa muger, que siempre virtuosa y deseosa de complacerme, no pensaba mas que en darme gusto á costa de sus mas penosos sacrificios, y yo tan inconsiderado como injusto no hacia mas que abusar de su bondad. Empecé pues por pedirle con título de préstamo la mesada que le estaba señalada para sus gastos personales: no se la pagué nunca, y poco á poco me apoderé de ella de manera, que la privé de este recurso necesario, forzándola á las mayores estrecheces; y la muger de un hombre tan rico como yo era una de las criaturas mas pobres.

Pero como esto no bastaba á satisfacer gastos que cada dia se multiplicaban, me eché á buscar dinero por todos lados, ya pidiendo prestado á todos los que podia sin exceptuar mis propios criados; y quando con mas edad fuí mas dueño de mi autoridad y mas esclavo de mis vicios, acabé por abusar con tyranía de los medios que me daban mis títulos y mis riquezas. No hay género de arbitrio por bajo, violento ó indigno que fuera, que yo no pusiese en práctica para juntar dinero. No reformé una mula de mi caballeriza ni un criado de los

muchos inútiles que tenia. Pero suspendí sus salarios, no les pagaba tomando diferentes pretextos, y con la promesa de pagarles despues mejor todo. Pero era para aprovecharme de aquel dinero, dando pábulo á mis vicios, y tenia la dureza de privarlos de la justa retribucion de su servicio, exponiéndolos á la miseria y á otras ruinas.

En fin el dinero era mi ídolo: toda la ocupacion de mi vida, todo el obgeto de mis reflexîones, y el único estudio y empleo de mis talentos era buscarlo sin reparar en los medios. Mi corazon adquirió tal dureza, y se acostumbró de tal modo á la injusticia, que nada era capaz de detenerme. Así siempre que hallaba la ocasion, engañaba á quantos podia. Defraudaba hasta los míseros obreros del preciso alimento y del sudor de sus propios trabajos, y llegó el caso de que por entretener mis vicios, dejaba mucho tiempo aun á los que me servian mas de cerca sin los salarios que les debia. Robaba á los miserables el fruto de sus penas; engañaba á quantos tenian relacion conmigo; dejaba á mi buena muger en las mayores estrecheces, y vivia tan tyrano hasta de mis propios hijos, que no solo descuidaba de su educacion, sino que muchas veces dí lugar á que les faltase lo mas necesario.

Entre los medios que me pareciéron mas prontos y mas fáciles para encontrar dinero, uno fué el del juego. La esperanza presuntuosa y ligera es la ilusion mas ordinaria de la incauta juventud, y algunos ensayos felices me hicieron pensar, que la fortuna siempre favorable me daria con su auxîlio los medios de salir de mis embarazos. Así

me arrojé en sus brazos tan confiado como codicioso. El juego quando sale de la esfera de una diversion honesta, no es ni puede ser otra cosa que una codicia secreta, un deseo activo de enriquecerse á costa de otros con poco trabajo y en breve tiempo. El mundo siempre errado en sus máxîmas no lo ha caracterizado todavía con el título de infamia como lo merece. Pero en los principios de todo moral sano y á los ojos de todo juicio recto, el juego excesivo, ó por el tiempo que se le da, ó por las cantidades que se aventuran, supone siempre una alma llena de vicios; y si fuera posible no suponerlos, es infalible que el juego solo los produciria.

Mi moral no es tan severo, que yo piense proscribir el juego entre las personas honradas, que no lo toman sino como distraccion y desahogo de ocupaciones sérias; que no le destinan mas que un tiempo moderado despues de haber cumplido con sus obligaciones; y en que no se atraviesan mas que ligeros intereses, que no pueden incomodar á los que pierden. Con estos requisitos el juego puede ser una virtud en las sociedades del mundo. Porque quando los hombres se juntan para desahogarse de las fatigas precedentes, puede ser no solo necesario sino útil. Ménos riesgo tiene jugar de esta manera, que exponerse á maldecir ó calumniar.

Pero no juegan así los que como yo solo juegan para buscar dinero, y no es posible que obren así los que solo se divierten quando llevan juego fuerte; pues es visible que no es el juego en sí mismo, ni la distraccion que produce, lo que los entretiene, sino el grande interes que se atra-

viesa. Entónces no se puede dudar que esta es una guerra de la codicia, en que cada uno procura quitar al otro una parte ó el todo de su subsistencia y la de la familia: guerra iniqua, guerra abominable, que si los usos del mundo la sufren, las leyes la prohiben, y todo sano moral la reprueba.

Este era el juego á que yo me entregué, y que acabó de arrancar de mi corazon los últimos estímulos de decencia y de honor. ¿Quién es capaz de describir los efectos de esta pasion terrible? El infeliz que se deja arrastrar de su furor, pierde los sentimientos humanos: toda la naturaleza es nula para él; es una embriaguez que aletarga todos los sentidos; ya no vive sino para jugar; ninguna otra diversion le gusta; ningun otro obgeto puede interesarle, y le fastidia todo el tiempo que no juega. No puede pensar, meditar; ni su espíritu puede sentir actividad, sino en los medios de enriquecerse con el despojo de los otros: insensible á la amistad y á todos los afectos nobles del corazon solo desea sacrificar hasta sus propios amigos.

Todo muere para él: los obgetos mas amables y dulces nó tienen á sus ojos ni gracias ni halagos. La hermosura misma no le interesa. Apénas le queda lugar para el vicio fácil y pasagero en los breves instantes que no dedica al juego. Pero el amor sensible y delicado huye de su corazon: la ternura y todas las aficiones dulces, que necesitan de tiempo para la efusion y la correspondencia de los recíprocos sentimientos del alma, se desapareciéron de su vista. La esposa mas amable, y que otra vez fué el ídolo de su amor, ya no le interesa: sus donosos hijos, que debieran ser su mayor felicidad, ya

no le divierten: insensible á todo, y sin atender mas que al furor que le domina, abandona su casa, olvida su familia, descuida sus negocios, pasa los dias y las noches sacrificando su salud y su inocencia al demonio que adora, y no es capaz de sentir otras conmociones, que las que le produce la alternativa de sus ganancias y sus pérdidas.

Absorto en esta ocupacion tan triste como furiosa, todas las hermosuras del Cielo y de la tierra se desaparecen á su vista. Ni para él cantan los Cielos las alabanzas de su Autor, ni la tierra le muestra en la belleza y abundancia de sus dones las obras de sus manos. Metido en la profunda caverna, que es el theatro de su rabiosa codicia, ya no siente, sino vegeta. Allí olvida los placeres de la naturaleza y del espíritu: allí olvida las artes, las letras y las ciencias: allí olvida parientes, amigos y familia: allí sepulta todos los afectos naturales del alma: allí entierra consigo todos los gustos delicados y decentes, y los cubre con la misma tierra con que ha cubierto su virtud y su honor.

De manera que esta pasion fatal absorve á todo el hombre, y devora todas sus facultades y potencias. Todas sus ideas se reducen á un círculo: todas sus sensaciones á un impulso, y á pesar de reconcentrarse aquí todas sus reflexîones y sentimientos, su vida es la mas agitada, y su exîstencia la mas tumultuosa; porque sugeto siempre á la inconstante vicisitud de la fortuna, y esclavo de los caprichos de la suerte, entre algunos de sus halagos encuentra muchos de sus reveses, sin que pueda por lo comun desquitarse

ni del menoscabo que sufren sus caudales, ni de los que padecen su reputacion y su salud.

La experiencia no le desengaña, irritado por lo mismo que debiera detenerlo, quando mas cerca se vé del precipicio, se empuja con mas fuerza para acabar de despeñarse. Una vislumbre de lejana esperanza lo seduce; y esta ilusion que nunca lo abandona, tiene tan eficaz actividad, que á pesar de los frecuentes desengaños de la suerte, y en medio de las continuas quejas con que acusa su inhumana esquivez, vuelve á fiarse en ella, y confía de nuevo á su capricho los últimos recursos de su susbtancia. En fin parece que no le queda instinto sino para perderse, y que esta funesta pasion mas exclusiva de los placeres delicados que qualquier otra, mas incorregible y sorda á los consejos de la razon, que la embriaguez, llega por fin á embrutecerlo. Por eso de ordinario no acaba ella sino con la vida, ó por un extraordinario impulso de la gracia.

Este fué el indigno recurso que tomé para socorrer las necesidades que nacian de mis desórdenes, y no hizo mas que aumentar mis males. Pues quando me favorecia la fortuna, gastaba fácilmente en el fomento de mis vicios lo que tan fácilmente ganaba; y quando sufria pérdidas considerables, me era preciso apurar los arbitrios mas injustos para cumplir con el falso honor del mundo, que siempre contradictorio en sus principios, no desprecia al que no paga sus mas sagradas deudas, y desprecia al que no paga las del juego. Así para no merecer este desprecio, y para no perder tambien los medios de jugar, me era como preciso faltar á todas

mis obligaciones, apurar todos los medios de fraude y de mala fe, vender mis posesiones, mis alhajas, y hasta los diamantes de mi buena muger.

Todo esto con ser tan odioso, no fuera tanto si se hubiera quedado aquí. ¿Pero cómo no llegar por el camino del vicio al abysmo del deshonor? ¿Qué probidad, qué delicadeza se puede esperar de un miserable, que no jugando sino para ganar, espera que sin ser descubierto, puede forzar la suerte á que le sea favorable? Yo sé que hay grandes jugadores, y he conocido algunos, que se jactaban y tenian la reputacion de ser exâctos y escrupulosos en el juego. Ellos lo decian. ¿Pero quién puede atreverse á asegurarlo? Lo que yo puedo decir es, que este hombre seria un fenómeno muy extraordinario y casi incomprehensible, ó un prodigio mas inexplicable que todos los prodigios.

Porque ¿quién me podrá persuadir, que un hombre que no teme á Dios, pues se abandona con exceso á tan detestable vicio; que olvida los mas comunes preceptos de la Religion; que tiene tan poca conciencia, que no paga las deudas mas legítimas de sus criados, mercaderes y obreros; que descuida de todas las obligaciones domésticas; que posterga la educacion de sus hijos; que menosprecia todos los respetos de la sociedad estimable; y que en fin á su propia muger y á su familia trata con injusticia, escasez y tyranía: quién, digo, me podrá persuadir, que este mismo hombre tan inico con todos, y que tanto atropella quantos sagrados respetos le imponen el Cielo y la tierra, sea únicamente escrupuloso, exâcto y delicado en el punto que interesa mas á su pasion desenfrenada, y

con otro hombre que le disputa su dinero con una codicia igual á la suya?

Yo digo que seria menester una virtud consumada para resistir á una tentacion tan urgente, como la de hallarse cargado de deudas, acosado por acreedores activos, y verse en la miseria sin medios de atender á otras obligaciones de su honor, y en peligro hasta de que le falten los de satisfacer esta pasion que le domina; hallarse, digo, en estas ó semejantes circunstancias; poder con un golpe de mala fe, en que espera no ser comprometido, reparar tantos daños, desquitarse y hacerse rico de repente; y con todo eso saber contenerse y tener bastante fuerza para no hacer una cosa tan á la mano y tan ventajosa por no faltar á la probidad y á la justicia, seria este un acto de virtud, que no puede esperarse de aquel que en todo lo demas no muestra ninguna.

Vuelvo á decir, que el hombre de la mas egercitada y escrupulosa integridad que se hallase en las indicadas circunstancias, para no ceder á la violencia de la tentacion necesitaria de mucha reflexîon, de grande esfuerzo, y que esta exâcta probidad seria la prueba y el fruto de su heroyca virtud. ¡Y qué! ¿Podré yo creer, que actos tan difíciles, y que necesitan de tanto valor, los hace continuamente el que vive con la mayor relajacion? No, amigo, esto no es dado á la naturaleza humana, no puede caber en hombres que en todo lo demas son corrompidos. Es imposible conciliar tan difícil y severa probidad con la prevaricacion pública de sus costumbres.

Yo ignoro si ha exîstido jamas un monstruo tan contradictorio. Pero sé que jamas he creido á los

que se jactaban de serlo ; y ciertamente no lo era yo. Esta infernal pasion me arrastró como á los demas á todos los vicios que produce , y fuera de lo injusto que me hizo con todo lo que me rodeaba , degradó mi corazon hasta á las bagezas mas indignas : yo disputaba los derechos mas equívocos: me apropiaba todos los descuidos de los otros ; y procuraba aun corregir la adversidad de la suerte por medios que enseña la iniquidad y reprueba el honor. ¡Ó quánto me baldona ahora mi propia conciencia! ¡Quántos cargos irreparables! ¡Quántas restituciones imposibles! ¡Ó quanta era la ceguedad de mi corazon , pues á cada instante me aventuraba á perder lo que el mundo llama honor , y me exponia á lavar mi afrenta con la sangre agena!

Vé aquí una parte de los efectos que produce esta loca y desatinada fantasía del orgullo , que quiere proporcionar el lujo de las casas á la medida de sus rentas. ¡Quántos jóvenes de buen corazon se han perdido por este error! Y yo mismo á pesar de mi natural perversidad , si me hubieran establecido sobre un pie de moderacion , que me hubiera permitido satisfacer otros gustos tolerados en la sociedad, no hubiera quizá llegado á tanto exceso , ó no hubiera empezado tan temprano.

¡Qué vista , Theodoro , la de esta vida , que tú y yo con otros muchos hemos pasado entre los horrores del juego , y otros gastos inmensos de nuestros muchos vicios! Quando me acuerdo de los grandes caudales que hemos derramado en una pompa frívola y despreciable , y en tantos banquetes y festines , que dejan tan poca satisfaccion , y solo sirven de contentar la vanidad ; y en fin de los lo–

cos gastos que haciamos ó en el desbarro de un juego insensato, ó en el precio de placeres inmundos, me estremezco de horror.

Pero quando hago reflexîon, que de tantos gastos que me proporcionaban entónces tan pocos gustos, no me quedan ahora sino remordimientos: quando considero que con ellos hubiera podido socorrer á muchos miserables, consolar á millares de infelices, y dejar establecimientos útiles y benéficos; una justa indignacion se apodera de mi alma, me aborrezco á mí mismo, y me desprecio como el mas abominable monstruo de la tierra.

Que el Cielo, que se ha dignado de iluminar mi ceguedad, extienda á ti, Theodoro mio, sus benéficas y paternales luces. Tú tendrás la ventaja de abrir los ojos mas temprano que yo. Me parece imposible que una alma tan noble y sensible como es la tuya no sienta la fuerza de estas cartas, y no se dege arrastrar de las amables ideas que contienen. ¡Ay, amigo! Abandonemos los errores que nos han cegado: huyamos de esas Ciudades que nos han corrompido: busquemos en la simplicidad de los campos, en el egercicio de la beneficencia, y en la práctica de todas las virtudes la paz y el consuelo que no nos han dado el mundo y sus placeres. Pido al Cielo que estas cartas hagan en tu corazon el mismo efecto que en el mio, y que determinen á Mariano á venir quanto ántes á realizar en mi compañía imágenes tan dulces. ¿Pero por qué no me respondes? Me parece que tu respuesta tarda demasiado. Amigo, no me dilates noticias que aguardo con impaciencia, y que tanto han de contribuir á mi felicidad. Á Dios, Theodoro mio.

# CARTA XXXV.

## *El Philósopho á Theodoro.*

Theodoro mio : ¡Qué alegría , qué consuelo, qué felicidad ! Dios derrama á manos llenas sobre mí sus misericordias. Apénas remití al correo mi última carta , quando un criado con paso presuroso vino á avisarme , que Mariano habia llegado y que iba á entrar. ¡Mariano ! grito yo : ¡Mariano ! Apénas podia creer á mis propios oidos , y sin detenerme corro precipitado á recibirlo.

Discurre , amigo , quál seria el movimiento de mi corazon , quando le vi en la antesala. El gozo me trasportó de modo , que me quitó la voz para poderle hablar. Mis brazos fuéron mas veloces que mi lengua , y arrojándome entre los suyos estreché con el corazon á este amigo tan deseado, á este amigo que me envia el Cielo y que recibo de su mano. El hervor de mi sangre era tan impetuoso , que no hubiera podido sostener su violencia , si la naturaleza no me hubiera socorrido desahogándome con un diluvio de lágrimas. Sí, Theodoro , yo inundaba con mi llanto las venerables megillas de este Amigo de Dios , que va á serlo mio. Su alma sensible se enterneció tambien viendo la expresion de mi alborozada gratitud , y experimenté un placer indecible quando sentí caian sobre mi rostro algunas gotas de sus llorosos ojos.

Largo tiempo duró esta comunicacion recíproca

de afectos y caricias ; y hubiera durado mas, si no hubiera conocido , que Mariano se desprendia de mí , pero fué para abrazar á mis dos hijos, que viéndome correr alborozado vinieron tras mí, y estaban ya colgados de Mariano. Las amables criaturas viéndonos llorar , lloraban tambien , y al mismo tiempo reian. Mariano los besó y abrazó muchas veces , y despues de haber dado gran tiempo al desahogo de nuestros tumultuosos sentimientos , procuramos sosegarnos y entramos en la sala.

Entónces dige yo á Mariano : ¿Por qué , amigo , no me has avisado de tu venida ? Yo esperaba que Theodoro me escribiera. ¿Por qué no me ha escrito ? ¡Cómo , Mariano ! Yo que te aguardaba con tanta ansia : yo que temblaba todos los dias pensando en tu respuesta : yo que temia tanto , que no querrias abandonar tu modo de vivir, y que me hallarias indigno de tus buenos oficios y amistad : yo me hallo tan dulcemente sorprehendido : tú vienes de repente á anegarme en un torrente de felicidad. Amigo , ¿no has temido , que tanta dicha tan impensada y repentina pudiese sofocar mi corazon ? ¿Por qué no prevenirme ? ¿Por qué no haberme preparado ? Yo creo ::: ¡Ay ! ¿Á qué vienes ? ¿Quál es tu intencion ? ¿Vienes á hacer lo que Theodoro te habrá pedido en mi nombre ? Que Dios mueva tu corazon , y que vengas para cerrarme los ojos , y recibir el don que te hago de mis hijos.

Yo le dige todo esto con tanta vehemencia , y mis palabras salian tan atropelladas , que Mariano no podia ni interrumpirme ni responderme ; pero viendo que habia acabado , con ademan de in-

quietud me dijo : Sosiégate, amigo: yo vengo para siempre : yo vengo á vivir y morir contigo: yo vengo á ser el Ayo de tus hijos, á que juntos amemos y sirvamos á Dios, y á que vivamos debajo de tus paternales alas aguardando el dia de la santa esperanza. Amigo : ¡Que el Cielo proteja á los que va á cubrir este techo, y que fiados en su auxîlio van á unirse con el lazo de la divina caridad! ¡Que su bondad los una de manera, que ni aun la muerte pueda separarlos!

Imagina, si puedes, querido Theodoro, quál seria mi gozo, quando le oí pronunciar este discurso. El llanto volvió á desatarse de mis ojos. Corrí á mis hijos, trayéndolos á los pies de Mariano, los hice poner de rodillas, diciéndoles, que lo reconociesen por su padre: que yo le cedia toda la autoridad y todos los derechos que la naturaleza me daba sobre ellos: que le besasen la mano en señal de la obediencia, que le prometian; y que todos los dias por la mañana repitiesen esta señal de respeto como una renovacion de su promesa. Mis hijos lo hicieron con alborozo y prontitud, pero tambien derritiéndose en llanto, y aquí empezó una nueva escena de ternura afectuosa, que es imposible describir.

Aunque parecia que nuestra sensibilidad no podia ser mas viva, ni crecer en aquel momento delicioso; el buen natural de Féliz redobló la mia; porque al mismo tiempo que por mi órden besaba la mano de Mariano, volviéndose á mí me dijo: Pues que vos me lo mandais, yo le prometo obediencia, y lo reconozco tambien por Padre; pero que sea el segundo. Me parece que yo pue-

do tener dos padres, y no quiero que vos degeis de serlo mio. Sí, hijo mio, le respondí yo estrechándole contra mi pecho. El Cielo me hizo un don muy precioso, dándome un hijo de tan buen natural. No: jamas, jamas me separaré de ti ni dejaré de serlo. Los dos serémos tus Padres, y Mariano lo será de los tres.

Despues que nos sosegamos, Mariano dijo: Un amigo, que se llama Don Antonio, y que me ha conducido en su coche, está fuera, permíteme que salga y te lo presente. Corrí con él á recibirle, y encontramos en la antesala un hombre, que me pareció modesto y de agradable fisonomía. Le pedí perdon de haberle hecho esperar tanto tiempo, y acusando á Mariano de no haberme avisado ántes; y le hice entrar con todas las atenciones debidas.

Él nos dijo, que pensaba en continuar su viage aquella tarde. Le rogamos se quedase algunos dias con nosotros. Él se excusaba, diciendo, que el obgeto de su viage era ir á América á desempeñar una comision del Gobierno, y que temia no alcanzar al navío. Pero á fuerza de instancias conseguimos se quedase tres dias, en cuyo tiempo me pareció un sugeto muy instruido y de carácter excelente. Yo le dí á Ambrosio para que lo acompañase, y le hiciese ver lo poco que habia en el Pueblo, y al cabo de tres dias partió, despues de haberse lamentado de la miseria de este Lugar, como de la de casi todos los que veia en el camino.

Pero el dia que llegó, y poco despues de su entrada, Mariano que deseaba hablarme á solas,

me hizo seña de que hiciese salir á mis hijos. Mandé á un criado, que los llevase al jardin, y Mariano pidió á Don Antonio, que los acompañase. Quando nos vimos solos, me dijo: Amigo, puedo darte otra noticia, que te alegrará incomparablemente mas. Theodoro está desengañado, convertido, y con un ánimo resuelto de consagrarse á Dios enteramente. ¡Qué me dices, Amigo! dige yo. ¿Dios le ha tocado el corazon? Sí, me respondió, y tú has sido el instrumento.

¡Misericordias de Dios! Volví á exclamar, ¡con qué abundancia llenais de vuestros favores á un indigno! Querido Theodoro, jamas podré explicarte ni definir yo mismo la especie de placer, que derramáron en mi alma estas palabras sobrenaturales y divinas. Allí sentí lo que nunca habia sentido, y lo que me parece que no es posible sentir en la tierra. Yo me figuro, que esta será la especie de placeres y delicias con que Dios forma la bienaventuranza de sus escogidos. Parecidos á estos serán los gozos con que embriaga á sus amigos.

Yo quedé tan fuera de mí, que sin saber lo que hacia, me puse de rodillas sin poder articular otras palabras, que ¡Dios mio! ¡Dios bueno! ¡Dios misericordioso! Pero entre tanto que mis labios maquinalmente las repetian, mi espíritu corria toda la extension de los innumerables y multiplicados beneficios con que la Providencia me favorecia. ¡Quántas y quán diferentes ideas me pasáron por la imaginacion! En primer lugar vi como representado en una miniatura el horrible conjunto de nuestra conducta desastrada, los errores

de nuestro espíritu, los extravíos de nuestro corrompido corazon, y la infinita multitud de delitos, que han manchado nuestra vida estragada.

El espantoso aspecto de este quadro me hizo estremecer de horror: pero al instante y con la misma rapidez se me representáron como en un espejo todos los prodigios de la divina misericordia: los sucesos, que una providencia paternal habia preparado para mi conversion; mi viage al Convento, el encuentro de mi Ángel Tutelar, y mi Confesion y Comunion; la convalecencia del Extrangero, la resurreccion de Manuel, la conversion de Simon; y ahora la tuya, Theodoro mio, la tuya, que desde el instante que Dios se dignó de abrirme los ojos, se la he pedido todos los dias con la mayor instancia. Todo esto junto me producia una multitud de sentimientos tan vivos y violentos, que no podia soportarlos mi débil corazon. No sabia, ni podia mas que repetir: ¡Dios mio! ¡Dios adorable y eterno! ¡Qué grande que eres! ¡Qué bueno! ¡Qué misericordioso!

Yo me sentia desfallecer; y Mariano sin duda lo entendió, pues levantándome por los brazos, me hizo sentar. Entónces empecé á preguntarle el cómo y el quándo de tu conversion; y atropellaba mis preguntas de tal modo, que le hacia la segunda sin esperar la respuesta de la primera. Mariano viendo el desórden de mis conmociones, me exhortó al sosiego, prometiéndome, que me lo contaria todo. Yo procuré reprimir los fuegos de mi vivacidad; y él me dijo:

Ya sabes que yo frecuentaba poco vuestra sociedad; y que aunque muchos de los que la compo-

mian eran mis parientes ó condiscípulos, y que nos habíamos criado juntos, vuestra vida profana y la disolucion de vuestras costumbres me habia alejado de vuestra intimidad; y que no os buscaba sino quando el acaso ó la urbanidad de las atenciones lo exîgia. Habia pues mucho tiempo, que no hàbia visto ni sabido de ninguno; quando un dia me hallé con un papel de Theodoro, en que me decia: Yo estoy de Quartel, y no puedo salir de Palacio ni pasar á verte; pero como tengo un negocio de grande importancia que tratar contigo, te pido que me vengas á ver. Causóme mucha extrañeza, que Theodoro, que nunca habia tenido conmigo negocios, los tuviese ahora. Su género de vida no podia acomodarse con la mia. Pero como debemos estar prontos á todo, y para quanto podamos ser útiles, le respondí, que iria.

Sentí mucho ir á buscarle á Palacio, porque este lugar me era desconocido, y me costó mucho trabajo y tiempo para encontrar su quarto. Como tampoco sabia las horas, llegué precisamente en el momento en que debia salir á hacer su deber. Á pesar de esto me hizo entrar en un gabinete, y haciéndome conocer que no podia detenerse, me pidió que lo esperase, porque no tardaria en volver. Yo consentí, y él se fué. Pero, amigo, ¡qué diferencia advertí en su tono y figura! ¡Qué distinto me pareció de lo que habia sido! Me quedé sorprehendido al ver una transformacion tan entera.

Ya conoceis aquella cabeza tan erguida, aquel ayre tan altivo y soberbio, aquel tono de satisfaccion y suficiencia, aquel estilo de pretension y superioridad, aquellos ademanes de gracia y ligere-

za, y en fin aquella desenvoltura y depejo con que se distinguia entre los mismos cortesanos. Pues bien, amigo, todo esto habia desaparecido. Me pareció serio, modesto, con un ayre simple y descuidado, y con un semblante lánguido y pensativo. En fin tan diferente de sí mismo, que apénas daba crédito á mis ojos.

Lo que mas me sorprehendió, fué su lenguage; pues nunca me habia hablado, sino con aquel tono de burla irónica, con que los presumidos solapan el desprecio con la chanza. Sin duda que como yo no profesaba su ilustrada Philosophía, me miraba con lástima, me consideraba un pobre hombre de genio corto, que estaba alucinado con las ideas de la Religion. Y quando las circunstancias nos hacian encontrar, apénas se dignaba de hablarme, ó si me hablaba era muy de paso con mucha ligereza, y disfrazando el bajo concepto que tenia de mí, con las gracias del chiste ó del sarcasmo.

Por aquella vez me habló muy atento y comedido. Le observé un ayre de tanta urbanidad y cortesía, que no pude dejar de extrañarlo. Atribuí tanta mudanza, á que tendria algun cuidado grave; y pensé que quizas me llamaba, porque podria ser útil. Con este pensamiento me dispuse á servirle con todo mi esfuerzo. Para divertir el tiempo, miéntras volvia, despues de haberme calentado á la chimenea, me puse á reconocer y ojear los libros que tenia, y quando volvió, me halló en esta ocupacion.

Tenia yo en la mano un libro, que acababa de tomar, y que no habia visto todavía. Lo primero que me dice es: ¿Qué libro es ese? Yo lo reco-

nocí, y le digo, es un Voltaire. Lo arranca con violencia de mis manos, y echándolo en el fuego, dice: ¡Infeliz! ¡Quánto daño has causado! Yo quedé confundido, oyéndole este discurso, y él conociendo mi sorpresa, continúa diciendo: ¿Tú te espantas, Mariano, de oirme hablar así? No lo extraño. Es muy natural, y lo merezco. Pero ¡si supieras lo que pasa! Si supieras ::: Pero es menester que lo sepas.

Amigo, yo estaba ciego, yo era insensato; yo creia saberlo todo, y era un necio. ¡Quánto hay que saber, que no sabia! ¡Quánto he visto, quánto he aprendido en pocos dias! ¡Con qué acasos, con qué sucesos prodigiosos, con qué circunstancias extraordinarias se ha dignado la Providencia de abrirme los ojos! Era menester todo este cúmulo de accidentes, y el modo particular con que los ha dirigido el Cielo, para que yo leyese lo que he leido, para que me pudiese desengañar, y que mi ceguedad antigua y obstinada llegase á ver la luz.

Yo estaba confuso, sin saber qué concepto formar de este discurso. Pero él me preguntó: ¿Sabes de Manuel? Sí, le dige. Me han dicho, que murió en un coche de repente. No, me respondió: Así se habia creido, pero todavía vive. Despues me volvió á preguntar, si sabia de ti. Le respondí, que no. Y él me replicó: Pues sabe que ha pasado largo tiempo en un Convento; que allí ha hecho una Confesion general; que hoy está en uno de sus Lugares con el ánimo de vivir una vida christiana, y con el deseo de reparar sus escándalos pasados.

Amigo, no podrás concebir el efecto que me hicieron estas pocas palabras. La alegría y la sorpresa se disputaban la preferencia. ¡Qué! le dige: ¿Dios ha tenido piedad y ha convertido ese ánimo rebelde, que parecia todo endurecido? Theodoro me lo volvió á asegurar, y yo no me pude contener. Me puse de rodillas, y cubierto de llanto, levanté las manos al Cielo, exclamando lleno de alborozo: ¡Bendito sea el Dios de las misericordias infinitas! Observé al levantarme, que Theodoro tenia los ojos húmedos, y el semblante enternecido. Esto empezó á darme una idea de la verdad.

Yo le pedí, que me explicase, ¿cómo ó por qué medios habia hecho Dios este milagro? Él me respondió: No, no te diré nada: si quieres saberlo, lee las cartas que me ha escrito; y te prevengo, que no solo me encarga, que te las haga leer, sino que entre ellas hay una destinada positivamente para ti. Yo le pedí, que me la diera, para leerla; pero me respondió: No, no la verás sino á su tiempo. Yo haré contigo lo que él ha hecho conmigo. Él no ha querido que yo le respondiera hasta que él me avisara; porque decia, que deseaba, que yo estuviera instruido de todo, ántes de que le respondiese. ¡Y qué bien que hizo! ¡Qué cuerda fué esta prevencion! ¡Quántas necedades y blasphemias me ha cortado!

Lo mismo haré contigo. No quiero que sepas nada sino del modo que yo lo he sabido todo. Aquí tengo juntas todas sus cartas, que forman ya un volúmen abultado. Deseo que las leas por su órden, y deseo leerlas contigo. No es porque yo no las haya leido muchas veces; pero quiero volver á leerlas

en tu compañía. Hazme pues el gusto de que las leamos juntos, y no me preguntes nada, porque ellas te instruirán mejor que yo.

Le respondí, que estaba dispuesto á hacer lo que me decia; y él me añadió: Pues siendo así, empecemos hoy. Yo tengo las noches libres, y puedo pasarlas contigo, sin que nadie se cuide de ello. Dias ha que las paso solo, y no me ocupo mas que en leer y volver á leer estas cartas. Las gentes que estaba acostumbrado á ver, se han sorprehendido, y no me han faltado algunas quejas. Yo las he despreciado, y he dado por pretexto una indisposicion. Con esto ya no vienen, podrémos leerlas sin ser interrumpidos. Tú vendrás luego que anochezca, y toda la noche será nuestra.

Pero tus mismos criados, le repliqué yo, extrañarán de verme venir, y encerrarme contigo todas las noches. Podrán imaginar, que tratamos alguna intriga, ó algun secreto ó enredo. Tienes razon, me dijo: Pero eso tiene fácil remedio. Ven, y levantándose me mostró una pequeña puerta falsa por donde se podia entrar y salir sin ser visto de nadie. Tambien me enseñó todas las entradas y salidas para que conociera los caminos, y dándome la llave, me dijo: Vé aquí con la que podrás abrir. Desde que llegues, no te detengas: abre y entra. Yo te esperaré; pero si acaso no me encuentras, espérame tú. Esa llave que ha servido tantas veces á exêcrables delitos, sirva una vez á proyectos de virtud.

Convenidos así en lo que debiamos hacer, volví la misma noche, y apénas nos saludamos brevemente, quando Theodoro sacó de una papelera

todas tus cartas, y me dió la primera, pidiéndome que la leyera en voz alta. Referirte por menor todo lo que pasó en nuestra lectura, seria imposible. Solo puedo decirte en general, que jamas se ha leido con mas atencion, ni escuchado con mas vivo interes.

Quando me parecia oportuno, yo no dejaba de hacer mis reflexîones; pero era Theodoro el que mas abundaba en ellas. Yo le observaba lleno y empapado de quanto las cartas contenian: así conocí fácilmente que las habia leido muchas veces y con mucha atencion. Pero como sus interrupciones y apóstrofes se multiplicaban tanto, la lectura se prolongó mucho, y nos fué preciso emplear un gran número de noches para concluirla. Yo no soy capaz de referirte individualmente todo lo que pasó. El tiempo y la memoria me faltan para ello. Pero para que formes una idea, te contaré alguna de las circunstancias mas notables.

Quando leiamos algunas de tus conversaciones con tu Director sobre *Voltaire*, *Rouseau* y los otros Philósophos del dia, que con tanto empeño se han dedicado á desacreditar la Religion; sí, exclamaba Theodoro con ardor: sí: esos son monstruos perversos, furias que se han escapado del infierno para corromper al mundo. ¡Qué daño han hecho! ¡Desdichado el incauto que los lee sin estar ántes bien instruido! ¡Desdichadas las gentes tan ciegas, que los estiman! Presto perderán su Religion y sus costumbres, y con ellas la paz y la tranquilidad. La juventud débil y propensa á escuchar con agrado lo que lisongea sus pasiones, los leerá con ansia, los creerá sin exámen sobre

su palabra, y se abandonará sin temor á la licencia. Pestes públicas, que me han corrompido, como á otros muchos, y que son capaces de corromper al universo, si no se instruye mas á los Pueblos de la verdad de nuestra Religion.

Otras veces en ocasion oportuna, decia: Sí; todos esos grandes Philósophos, que han pervertido los Pueblos con sus pérfidos escritos, no eran mas que hombres orgullosos. Por vanidad, por distinguirse y adquirir una gloria infeliz publicaban opiniones nuevas y atrevidas; y como estas abrian las puertas á la relajacion, las recibian los incautos con placer. Esta vana y miserable gloria era el primer impulso, que animaba su insolente pluma, y la triste celebridad que por su desgracia encontraban en la humana corrupcion, era un estímulo nuevo, que los impelia á multiplicar sus desacatos. Observad á Voltaire, el padre, el patriarca de todos, que empezó tímidamente, aventurando algunas ideas atrevidas, y acabó por vomitar las mas absurdas y perniciosas blasphemias.

Pero es claro, que así él como todos los de su especie proceden de mala fe; porque no hacen otra cosa, que proponer dificultades sobre objetos, que por su elevada naturaleza el hombre no es capaz de penetrar, y repetir obgeciones mil veces respondidas, y cuyas respuestas no veia el pueblo, que se dejaba seducir, pero que ellos no ignoraban. Vé aquí toda su pérfida ocupacion: jamas hacen memoria de los irresistibles convencimientos de la Fe: jamas hacen memoria de este admirable conjunto de pruebas, que con tanta evidencia, y por tantos medios demuestran la ver-

dad de la Religion; y yo, pobre ignorante, les hago un dilema, que quisiera oir cómo lo pueden responder.

Venid acá, les diria yo, Promotores de la incredulidad: venid vosotros, que os burlais de la fe christiana, y de nuestra santa simplicidad. Decidme, ¿conoceis, ó no conoceis los fundamentos de esta fe? ¿Sabeis por qué motivos creen los Christianos mysterios tan superiores á la razon, y practican á tanta costa una doctrina austera y contraria á la inclinacion de sus sentidos, ó no lo sabeis? Si no lo sabeis, ¿por qué os meteis á hablar y burlaros de lo que ignorais? Y si lo sabeis, ¿por qué os deteneis en obgeciones incoherentes y desunidas, que no pueden alterar sus fundamentos? ¿Por qué no atacais el tronco? ¿Por qué no exponeis á la vista todo el cuerpo del edificio, para impugnarlo por sus cimientos?

Si el systema del Christianismo es falso; si teneis medios de echarlo por tierra; si vuestras armas son bastante fuertes para derribarlo; ¿por qué no os valeis de ellas para combatirlo? No hay camino mas seguro para que obtengais esta victoria y para desengañarnos de nuestras ilusiones, que hacernos ver, que los motivos de nuestra creencia son fútiles. ¿Por qué pues no los atacais? ¿Por qué quando con mas empeño trabajais en desacreditarla, teneis el astuto cuidado de escondernos sus fundamentos? Confesad, que ó sois poco hábiles, si pudiendo mostrar la debilidad de sus pruebas no lo haceis; ó muy pérfidos, si porque conoceis, que no teneis fuerza para derribarlas, no las acometeis de frente.

Theodoro no acababa, quando emprendia sus invectivas contra los Philósophos, y animado de un vivo zelo los estrechaba y deshacia. Pero quando llegamos á las cartas en que tu Director empieza á dibujar el hermoso y magnífico edificio de la Religion; la eslavonada y nunca interrumpida cadena de hechos, que empiezan con la creacion del mundo, que descienden á Jesu Christo, y vienen hasta nosotros, probados con tanta evidencia y claridad por monumentos públicos y subsistentes, de que nuestros mayores fuéron testigos oculares, y nosotros lo somos por tradiciones incontrastables; entónces su espíritu se elevaba; su corazon parecia dilatarse con la hermosa vista de una composicion tan bien ordenada como clara; y como si estuviera penetrado con todos los rayos de una luz celestial.

¡Qué concierto! exclamaba. ¡Qué harmonía! Todo es divino, todo se corresponde, y todo está en su lugar. ¿Quién sino Dios podia hacer una obra tan sublime, en que todo está tan justamente encadenado, y donde nada se contradice? ¡Qué ciego está el que no vé tan brillante esplendor, quando se le presenta á la vista! ¡Ay, Mariano! Yo era uno de esos ciegos. Los pérfidos Philósophos me tenian alucinado. Pero gracias al Cielo, que se dignó de enviarme la luz por estas cartas.

Quando llegamos á las pruebas de la Resurreccion de Jesu Christo, entónces me pareció, que se inflamaba con ardor mas activo. Sus ademanes y expresiones me persuadiéron, que estaba muy penetrado de la evidencia y solidez de aquellas pruebas. Ya habia repetido muchas veces: ¡Insen-

satos ! ¿Vosotros creeis, que Alejandro conquistó la India, y que César sojuzgó á Roma, porque os lo refieren dos ó tres Autores contemporáneos, que lo escribiéron á vista de los pueblos, que fuéron testigos de estos sucesos; porque lo han creido los siglos posteriores; y porque estas noticias han llegado sin contradiccion hasta vuestros dias?

Y vosotros mismos no creeis los hechos de la vida y muerte de Jesu Christo, que han sido escritos por tantos Autores coetáneos en presencia del pueblo Judío, y de los mismos verdugos: no creeis sus milagros, que atestiguáron los mismos Autores, que los viéron, que no han podido negar sus enemigos, y que convirtiéron tantos millares de hombres: vosotros no creeis su Resurreccion, aunque sostenida con el unánime testimonio de todos los Apóstoles y discípulos que la viéron, y que aseguráron que le habian hablado despues de resucitado, y eran hombres tan santos, que hiciéron tambien milagros, con que convirtiéron otros innumerables Judíos: vosotros no creeis su Ascension pública, aunque mas de quinientas personas en medio de los tormentos, y amenazados con la muerte aseguran haberla visto.

En fin vosotros no creeis lo que se viéron forzados á creer hombres tan incrédulos como vosotros, y lo que á pesar de su repugnancia natural se viéron obligados á practicar. Vosotros despues de muchos siglos quereis ver mejor que los coetáneos; despues de tantos años quereis juzgar mejor que los que vivian entónces, y que el auditorio sepa mas que los testigos. Pero vosotros que sois

tan linces, y que teneis una vista tan larga, decidme, ¿cómo las Iglesias Christianas fuéron desde luego tan numerosas? ¿Cómo pudieron desde sus principios contar en su seno tanto número de fieles, si no habia pruebas que los determinasen, ni milagros que los convirtiesen? ¡Insensatos! ¡mil veces insensatos!

Llegamos al momento en que tu Director encendido con el fuego de su zelo se puso de rodillas, y levantando su corazon á Jesu Christo le protestó nuevamente su fe y adoracion, diciéndole: Yo te adoro y reconozco por mi Dios; y quando tú arrebatado con el mismo sentimiento tambien te arrodillaste y repetiste inopinadamente: *y yo tambien.* Te confieso, amigo, que la descripcion de esta tierna y patética escena me excitó tan viva y enternecida conmocion, que no fuí dueño de mí: las lágrimas me saltáron á los ojos, y me vi obligado á interrumpir la lectura.

Theodoro se puso en pie, y con un tono grave y pausado me dijo: Nunca he leido este pasage sin haber repetido como el eco esa tierna y dulcísima palabra. Quando lo leí la primera vez, las lágrimas me inundáron las megillas, y sentí tambien un poderoso impulso que me hizo pronunciar estas palabras. Mi corazon y mis labios despues las han repetido muchas veces, y me parece que cada vez las pronuncio con sentimiento mas íntimo y afectuoso; hasta ahora no se las he dicho mas que á Dios, porque no he tenido otro testigo. Pero ahora que lo eres tú, tú que eres Sacerdote, y que yo respeto como su Ministro, se las voy á ratificar en tu presencia. Se puso de rodillas delan-

te de mí, y alzando al Cielo las manos y los ojos dijo: Sí, Jesus adorable, yo tambien te adoro, y yo te reconozco por mi Dios y por mi Redentor. Renuevo en presencia de tu Ministro los votos de mi Bautismo. Hago y haré pública profesion de Christiano: dígnate de perdonar mis delitos y de sostenerme con tu gracia. Tú, Mariano, ruega por mí y ayúdame en mis santos deseos.

Este movimiento de Theodoro, y la humilde y bien sentida expresion con que me hizo aquel discurso, acabáron de desatar las fuentes de mis ojos, y anegado en mis lágrimas me arrogé entre sus brazos. Yo dí interiores y muy expresivas gracias al Dios de bondad, que por un milagro de su providencia habia enternecido con tanta fuerza á un corazon, que yo creia muy altivo y tenaz. ¿Pero qué no puede la dulce eficacia de la gracia divina? Allí hicimos otros muchos discursos todos relativos á tu situacion y la nuestra, y pude observar con mucho gozo mio, que estaba penetrado del dolor mas síncero, y muy resuelto á mejorar sus antiguas costumbres. La abundancia de las ideas y la conmocion de los ánimos no nos permitió continuar aquella noche la lectura, y la reservamos para las siguientes.

En efecto la seguimos sin interrupcion, y una de las cosas que me causáron muy viva complacencia fué, que quando llegamos á las cartas en que nos refieres lo que te habia pasado en tu Confesion y Comunion, Theodoro no cesaba de decir con voz baja, y con un verdadero y profundo sentimiento, que salia de lo íntimo de su corazon: ¡Dichoso tú! ¡Feliz mil veces tú! ¡Quién se viera co-

mo tú! y otras expresiones semejantes, que me mostraban quán viva era la sensibilidad de su alma, y que pensaba sériamente en ser émulo de tu felicidad.

Quando tu Director se preparaba á darte la absolucion, y te hizo aquel discurso tan tierno y christiano, figurándote abrazado con la Cruz, y pronto á recibir la Sangre del Cordero con que iba á purificarte de tus culpas, no pudo contener sus sollozos, y se deshizo en un largo y abundante llanto. Quando tú describes el memorable instante, en que estando postrado á sus pies y cosido con la tierra tu Confesor pronuncia en nombre y con la autoridad de Dios las santas y divinas palabras; exclamó con un suspiro, que le salió de lo íntimo del pecho: ¡Ah! ¡quándo llegará para mí dia tan venturoso! Lo mismo sucedió quando leimos el momento de tu Comunion. En fin á cada paso, á cada instante de nuestra lectura Theodoro la acompañaba con expresiones muy tiernas y fervorosas.

Tampoco pude yo dejar, amigo, de enternecerme, quando llegamos al pasage en que haces memoria de mí. Pero quando vi que deseabas que fuese á vivir en tu compañía y cuidar de la educacion de tus hijos; sobre todo quando llegué á la carta que me escribes, y en la que directamente hablas conmigo, mi turbacion fué extrema. Quise decir alguna cosa á Theodoro con el fin de hacerle conocer mi incapacidad para un oficio tan elevado y tan dificil como el de dirigir almas de jóvenes, y añadir á la necesaria instruccion el cuidado de conducirlos á la virtud; pero Theodoro me atajó diciéndome: No te digo nada hasta que

acabes de leer la carta que te escribe y que tengas tiempo de reflexîonarla. Yo hice esfuerzo para someterme: la leí toda, y despues de haberla acabado le dige:

¿Puedo ya decirte lo que me parece? Sí, me respondió. Pues bien, amigo, le volví á decir: El Cielo no pudiera presentarme una ocasion mas grata ó que me fuera mas dulce, que la de ir á vivir y morir con un pariente que amo, y un amigo que estimo. ¿Qué pudiera serme mas útil, que concurrir á sostener su nueva vida y santificarme yo mismo, contribuyendo á su santidad y la de su familia? ¿Qué pudiera serme mas agradable, que hacerle un servicio tan importante como encargarme de la crianza de sus hijos y cultivar dos tiernas plantas para Dios? Pero, Theodoro, tú sabes que yo no he hecho sino los estudios comunes: que no he aprendido sino lo muy preciso para el desempeño de mis obligaciones. Los hijos de un hombre tan distinguido como nuestro amigo, que presto se verán en disposicion de aspirar á los primeros empleos del Estado, ¿pueden fiarse á la enseñanza de un hombre tan poco instruido como yo?

La educacion es un grande arte, una ciencia acaso mas difícil que otra alguna. Los primeros hombres de todos los tiempos se han dedicado con el mayor esmero á escribir sobre ella, á dar reglas, á prescribir documentos. Aun entre los mas ilustrados hay pocos capaces de desempeñar bien esta confianza; porque yo supongo que la instruccion es lo de ménos, y que lo esencial es inspirarles el amor del bien, y encaminarlos á la virtud, sobre todo á la virtud propia de su estado, y

particularmente á aquellos que por su fortuna y nacimiento nacen, digámoslo así, destinados á mandar á otros hombres.

¿Y qué puede saber de esto un pobre Eclesiástico como yo? Mi vida ha sido siempre obscura y retirada: jamas he puesto cuidado ni dirigido mis atenciones á obgetos de esta especie. Y no es posible saber lo que no se ha aprendido ni meditado. Si nuestro amigo me desea para qualquiera otra cosa en que yo conozca que le puedo ser útil, al instante volaré á servirle. Pero para Ayo de sus hijos, para dar educacion á dos niños, que presto se verán en el caso de obtener empleos distinguidos, este es un encargo muy superior á mis luces.

Yo fuera indigno de tan alta confianza si abusara de la prevencion que muestra en mi favor; si no resistiera á una instancia que me lisongea tanto; y no me perdonara á mí mismo la bageza de no haberlo desengañado. Theodoro me dejó acabar sin interrumpirme, y quando vió que callaba me dijo: ¿No tienes mas que decirme? ¿Y qué mas quieres, le respondí yo? ¿Qué queda que decir al que dice que no debe admitir una ocupacion, porque no puede desempeñarla bien?

No te toca juzgarte á ti mismo; me volvió á replicar Theodoro. Confieso que esta es una ocupacion muy laboriosa: que un hombre encargado de la conducta y crianza de dos niños no tiene un instante suyo: que todos sus momentos deben estar empleados con la mas activa vigilancia, no solo para estorbar los continuos peligros á que se aventura su incauta edad, sino para que sigan el incesante y

alternado curso de sus estudios : y mas aun para no dejar que se acompañen con quien pueda corromper la inocencia de sus corazones.

Pero no creo , Mariano , que la idea que tienes de lo penoso de este egercicio sea la razon que te estimula para no aceptarlo. Me parece que tú harias á Dios este sacrificio, si creyeras que con él le agradabas. Tú haces otros , que no son mas fáciles , y sin duda no rehusarias este que puede ser tan útil. Lo que te detiene es la desconfianza de ti mismo ; el temor de no poder desempeñarlo bien , y la idea de no hallarte propio para tan alto encargo.

Yo no quiero hacerte mas que una reflexîon: Si nuestro amigo fuera lo que ha sido : si te lo propusiera un padre, que viviendo en el mundo quisiera que los educaras para el mundo , concibo que fuera de otras razones que pudieras alegar para excusarte , tendrias tambien la de no considerarte apto para ello. Porque para la frívola y afectada educacion del siglo es menester tener y enseñar ciertas futilidades, de que tú careces. Pero , Mariano, ¿no sabes lo que es menester saber para enseñar á dos niños á ser Christianos?

Si no fuera mas que eso , le dige yo , quizá lo aceptaria sin embarazo ; porque á Dios gracias he procurado aprender bien mi religion , y espero que en esta parte no seria inútil mi desvelo. Pero ::: Dime , amigo mio , me interrumpió : ¿tienes algun motivo que te detenga en la Ciudad? ¿algun negocio en que tu presencia sea necesaria? ¿alguna persona cuyo comercio te sea agradable, y cuya falta produgera un vacío en tu corazon? Explícate con franqueza.

Yo no tengo, le respondí, ningun negocio que me pueda detener. Desde que abracé el estado Eclesiástico supe que no debia ingerirme en ninguno. Contento con mi renta módica, pero suficiente para las necesidades á que me he ceñido, no deseo mas ni aspiro á otra cosa. Amigos no me faltan; pero yo prefiero á todas las amistades la de Dios; y para obtener esta no hay ninguna que me pueda detener. Pues siendo así, me volvió á decir, es imposible que resistas á las recomendables solicitudes de un padre que implora para sí mismo y para sus hijos los oficios de tu amistad.

Te confieso, amigo, que no me rendí todavía á sus instancias, y que duró mucho tiempo nuestra disputa. Theodoro diversificaba sus razones. Me expuso todos los motivos que le pareciéron capaces de persuadirme; pero yo me mantenia constante encerrándome siempre en el conocimiento de mi insuficiencia, y viendo que no podia ganar nada conmigo, se quedó largo tiempo suspenso y pensativo. Bajó los ojos al suelo con ademan de meditar profundamente. Yo tambien me quedé silencioso, procurando armarme contra sus persuasiones.

Esta recíproca suspension duró algunos minutos; pero al fin Theodoro levantó la cabeza y me miró con ademan muy notable y decidido: yo vi en su persona un ayre tan magestuoso y respetable, que me inspiró una especie de veneracion. Su fisonomía se revistió de una agradable severidad. Me pareció que sus ojos resplandecian con un fuego que nunca habia visto en ellos. Los fijó sobre los mios, que con tímida vacilacion aguardaban lo que iba á decir; y despues de alguna pausa, con voz dul-

ce, pero firme y asegurada, me dijo: En vano te resistes, Mariano; es preciso ceder á los decretos del Cielo.

Un oráculo que fuera inspirado, no pudiera pronunciar, ó descubrir los secretos de la Providencia con tanto decoro y magestad. Te aseguro que estas pocas palabras me penetráron, me asombráron y aturdiéron. El corazon me dió un vuelco. No sabia qué pensar ni qué decir. Pero mi turbacion fué mayor, quando despues me añadió: Dime, Mariano, ¿quién es el que condujo nuestro amigo á ese Convento? ¿Quién le preparó tan santo y tan zeloso Director? ¿Quién le abrió los ojos y lo ha traido á la Religion y á la virtud? ¿Quién le inspiró escribirme estas cartas que hemos leido? ¿Y te parece que yo las hubiera leido, si contra mi costumbre y á pesar de todas las apariencias muchas circunstancias no me hubieran determinado?

¿No observas que para que yo las leyese era menester que viniesen de la mano de un amigo? ¿Que hayan venido unas despues de otras, de modo que empeñasen mi curiosidad? ¿Las hubiera yo leido si hubieran venido juntas, ó si hubiera sabido de lo que trataban? ¿Y las hubiera leido, aunque sucesivas, si me hubieran llegado quando estaba en mi casa? ¿Podia haber hallado tiempo para leerlas, quando no lo tenia para mis no interrumpidos devaneos? Ha sido menester que me hallasen en Palacio de donde no puedo salir, y en donde tengo mas tiempo para leer.

Observa tambien cómo la Providencia ha conducido mi corazon en la lectura de estas cartas. Las primeras me hicieron reir, y me pareció que

podia divertirme con las otras. Las siguientes me inspiráron la curiosidad de saber cómo podria aquel Director desempeñar la atrevida promesa de probar con evidencia verdades que yo tenia por ridículas. ¿Y quién es el que ha juntado todas estas circunstancias? ¿Quién ha dado el ser á estas combinaciones? Considera todo lo singular y extraordinario que hay en la simultanea conversion de tres monstruos, contando á Manuel; y dime, ¿quién puede ser el autor de estos prodigios?

Yo le respondí, que visiblemente era Dios: y él volviéndose á revestir de mucha dignidad, como si lo inflamara una sobrenatural inspiracion, me volvió á decir: Pues bien, ese mismo Dios que ha echado una ogeada de conmiseracion sobre nosotros, quiere que tú sostengas á nuestro amigo, y le ayudes á cuidar de su familia y de la educacion de sus hijos.

No te acobarde tu nimia timidez. El que ha conducido acontecimientos tan extraños, sabrá dirigirte en la vocacion á que te destina. Yo por mi desgracia entiendo poco sus arcanos; porque nunca he andado sus caminos, y desde luego me reconozco indigno de hablar de ellos. Me parece que tu confianza fuera presuntuosa, si te fiaras en tus propias fuerzas, si te apoyaras sobre tus talentos adquiridos. Pero que si confias en Dios, si no lo emprendes sino por seguir la senda que te muestra, y si le pides que te ayude con su gracia, puedes esperar que su luz te ilumine. Y sobre todo tú enseñarás á tus pupilos á ser Christianos; pues el que sabe ser Christiano lo sabe todo, ó sabe todo lo que es menester que sepa.

Theodoro me dijo esto con tal elevacion y tal ayre de superioridad, que yo estaba confundido y no sabia qué responderle. Al fin despues de alguna reflexîon le dige: Te vuelvo á repetir, que nada deseo mas que servir á Dios, y ser útil á los hombres: que la compañía de nuestro amigo y el cuidado de su familia me serian muy agradables, y que si él no me propusiera la educacion de sus hijos, para lo que me reconozco incapaz, no hubiera tardado en aceptar su proposicion; y al instante hubiera volado á acompañarle, y servirle con mi persona y facultades.

Ahora te añadiré lo que no te habia dicho, y es, que ha mucho tiempo que deseo salir de esta populosa capital, en cuyo tumulto es casi imposible vivir consigo ni vivir con Dios. Obligado en todos momentos á ceremonias de parentesco y amistades, interrumpido cada instante por ociosos importunos, y por consiguiente forzado á perder mucho tiempo en frioleras inútiles, hace dias que deseo y busco un retiro en que pueda consagrar á Dios el último tercio de mi vida. ¿Mira pues quántas razones tengo para preferir la casa de un amigo, que ya desea vivir con la modestia y Religion que yo pudiera desear?

Pero la idea de una educacion es tan alta á mis ojos, y yo estoy tan léjos de poder alcanzarla, que no debes hallar extraño mi temor. No obstante, déjamelo consultar con Dios uno ó dos dias, y te responderé. Reflexîónalo si quieres, me respondió, y quanto mas lo reflexîones, mas verás que esta es la voluntad del Cielo. Su mano anda entre nosotros. Observa tambien cómo te pre-

paraba con estos deseos de retiro para el instante en que debia escribirte nuestro amigo. Reflexîónalo pues; pero no olvides que es Dios el que te llama.

Al otro dia por la mañana fuí á consultar á mi Confesor, sugeto distinguido por su ciencia y virtud, y le propuse las circunstancias en que me hallaba. Su respuesta fué: Vamos á decir Misa: pidamos uno y otro á Dios, que nos alumbre con su luz divina, y despues conferirémos. En efecto despues de haberla dicho nos volvimos á juntar, y vé aquí lo que me dijo: He pedido al Señor encarecidamente, que nos inspire una resolucion que sea de su gloria. He pensado con la mas séria atencion lo que me habeis expuesto, y despues de muchas reflexîones no veo nada que os deba estorbar el admitir el encargo que se os propone, y veo muchas razones poderosas que os deben determinar.

Aquí no teneis ninguna obligacion que os fige, ningun motivo particular que pueda deteneros. Deseabais ya separaros del ruido y embarazos de esta numerosa poblacion. Estabais en ánimo de buscar un retiro en que servir á Dios sin distraccion. En esta circunstancia os llama: ¿quién? un pariente, un amigo, un hombre que ha vivido en el desórden; que Dios ha convertido, y que ya desea acogerse al sagrado de la virtud, y al asylo de la penitencia. ¿Y para qué os llama? Para acompañarlo y sostenerlo: oficio de caridad: oficio dulce, que al mismo tiempo alimentará tambien vuestra propia devocion. ¿Qué mas quiere de vos? Que le ayudeis á poner en órden su familia. Es

difícil que lo pueda hacer por sí solo. Vos debeis pues este servicio á su confianza.

Es verdad que tambien desea que os encargueis de la educacion de sus hijos, y que os juzgais poco idóneo para este encargo. Pero vos mismo me habeis dicho, que este Padre que os llama está recientemente convertido. Debeis pues suponer, que lo que desea es dar á sus hijos una educacion christiana. En este caso, ¿por qué no podréis darla? ¿Y por qué no esperais que Dios os ayudará? Seria nimia timidez, y desconfianza excesiva creer, que no podréis enseñar á dos niños la Religion, el temor de Dios, el amor de la virtud, y los egercicios y prácticas que pueden formar un Christiano religioso y timorato.

Si su Padre quiere darles otros conocimientos propios de caballeros, y debidos á la educacion general de las personas de su clase, que los proporcionan á empleos de su gerarquía, ya sabe que vos no los teneis, y pues es rico hará venir otros Maestros que se los enseñen. Entre tanto vuestra ocupacion será no apartaros de ellos: estar siempre á la vista, y embarazar que se les diga ó enseñe nada que pueda viciarlos, corromper su inocencia, ó debilitar los principios que les procureis inculcar. Así vuelvo á deciros, que no veo nada que os pueda impedir el aceptar esta propuesta; y que por el contrario veo, que con ella podeis lograr vuestros deseos de retiro, la satisfaccion de un amigo, su perseverancia en la virtud, el arreglo de una familia, y la educacion Christiana de dos niños.

Á medida que este sabio y prudente varon

me iba desenvolviendo sus razones; una cortina se corria delante de mis ojos, y la luz me iba penetrando por ellos hasta lo mas profundo de mi corazon. Al instante todas mis dudas se desapareciéron, todas mis nieblas se disipáron, y yo me sentí determinado á venir á buscarte. Aquel dictámen me pareció luminoso y seguro. Mi ánimo perturbado se sosegó, y ya no pensé mas que en los medios de responderte, y poner mi viage en egecucion.

Volví la misma noche á la hora acostumbrada á ver á Theodoro. Desde que me vió me dijo: Y bien, Mariano, ¿á qué te has decidido? Á seguir, respondí yo, la vereda que el Cielo me presenta; á partir y entregarme á la conducta de la Providencia. Theodoro me abrazó con muchas señales de satisfaccion; y me añadió: Mira como yo te lo habia vaticinado. No era posible que resistieras á la inspiracion. Todo esto viene ordenado por una mano superior, que nos ha mirado á todos con bondad. Dichoso tú que vas á ser la felicidad, y á contribuir á la salvacion de una familia, que Dios quiere conducir al Cielo por ti y contigo. Pídele que tambien me dirija, y me saque de estas incertidumbres y congojas en que fluctúo. ¿Y quándo piensas ir?

Yo puedo partir muy presto, respondí, si esto te parece conveniente. Ningun negocio me ocupa, y mi equipage no es grande. Lo único que pudiera embarazarme son mis libros; pero los dejaré en casa de un amigo con encargo de remitírmelos despues. Y como si la Providencia lo arreglara todo, ayer he sabido que el mas íntimo de

mis amigos está destinado para ir á la América con una importante comision, y que debe partir de aquí á tres dias. Debe pasar por el Lugar en que reside nuestro amigo, y no dudo que me lleve en su coche. ¿Te parece que me aproveche de esta ocasion? Sí, me respondió Theodoro; y yo la miro como disposicion del Cielo. Nuestro amigo te espera con impaciencia, y de este modo le darás tambien el placer de la sorpresa.

Le volví á decir: ¿Pero tú, Theodoro, qué es lo que piensas hacer? En las disposiciones que te veo, me parece que no estás léjos de tomar un buen partido. ¿Quál es pues tu resolucion? ¿Qué se yo? me respondió. Los impulsos mas vivos de mi corazon son volar á ese Convento en que ha estado mi amigo, y arrojarme todo entero entre los brazos de aquel santo Director. Pero hasta ahora he sido esclavo de mi Empleo, y no he tenido libertad. Por otra parte ya habrás observado, que nuestro amigo en todas sus cartas no dice el nombre del Convento ni el de su Director; y como me impuso la ley de no escribirle hasta que me avisase, no se lo he podido preguntar.

¿Quándo se acaba tu quartel, le pregunté? Y me respondió: de aquí á ocho dias. Pues siendo así, le volví á decir, me ocurre una idea, para componerlo todo. Yo esperaré á que tu servidumbre se acabe, y entónces podrémos ir juntos. Con esto darás á nuestro amigo el gusto de que te vea; al mismo tiempo te informarás de lo que deseas saber, y desde allí podrás ir al Convento. No, me respondió Theodoro. Yo no quiero ver á nadie ántes de haberme desembarazado de la única in-

quietud que ocupa ahora todos los instantes de mi vida.

Me parece que es mejor esta otra idea. Tú partirás de aquí á tres dias, y con esto nuestro amigo tendrá mas presto el consuelo que espera. Tú le contarás con extension todo lo que ha pasado entre nosotros. Yo no pudiera hacerlo sino con mucho trabajo, y nunca tan bien. Tú le pedirás, que sin perder momento me escriba el nombre del Convento y el de su Director, y que me remita una carta de recomendacion para él. Yo me detendré muy poco despues que concluya mi servidumbre, y aprovecharé los primeros momentos de mi libertad para ir á buscarlo. Despues de haber cumplido con este primero y mas urgente deber, iré á veros, os hallaré juntos, y pasaré en vuestra compañía algun tiempo con mas sosiego. ¿No te parece bien este pensamiento? Muy bien, le dige; y yo voy á egecutarlo por mi parte. En efecto salí de allí. Mi amigo Don Antonio me ofreció un asiento en su coche; dispuse todas mis cosas para el viage: me despedí por la última vez de Theodoro. Nos pusimos en marcha, y heme aquí para siempre contigo.

Esta fué la relacion de Mariano. Discurre, amigo mio, ¿con qué placer, con qué interes escucharia un discurso, en que todo es felicidad para mí? ¿Pero qué puede ser comparable con el gozo de saber que Dios se ha dignado tambien de iluminarte? ¿Que la misma luz con que me alumbró en las espesas tinieblas de mi ceguedad por medio de mi Ángel tutelar se ha extendido á las tuyas? ¿Que te haya hecho conocer la ver-

dad, y lo que aumenta mucho mi satisfaccion, que se haya servido de mí para instrumento de tanto bien? ¡Theodoro, una felicidad tan grande no puede caber en mi corazon! Yo le doy gracias, y se las daré toda mi vida de lo mas íntimo de mi alma.

Haces muy bien en dirigirte en derechura al Convento, y no malograr un instante para tan saludable operacion. ¡Pero qué delicioso momento será el mio, quando te vea de vuelta, y quando teniéndote en mis brazos pueda decirme: vé aquí mi amigo, que ya lo es de Dios; mi Theodoro, que ya está reconciliado con la bondad divina, y que confio es y será vaso de misericordia; que va á servirle conmigo; y de quien ni aun la muerte me podrá ya separar, pues nos juntarémos en el Cielo á bendecir eternamente á ese Dios nuestro Padre, á quien debemos tantas misericordias!

Con esta encontrarás la carta que te incluyo para mi santo Confesor. El sobreescrito te hará conocer su nombre y el del Convento. Anda, amigo, y verás, que no te he exâgerado nada. Es un Ángel en la tierra. En aquella santa Casa hallarás otros muchos que te moverán al respeto y veneracion. Tú te asombrarás como yo, porque no tienes idea de tanta virtud. Esos santos Solitarios se esconden á los ojos del mundo que no los quiere ver, y solo viven para Dios. Tambien encontrarás allí á Simon, y á propósito de este te voy á referir un nuevo beneficio de la bondad divina.

Al mismo tiempo que te estaba escribiendo esta carta recibo una de mi santo Director, y me

dice en ella, que ya pensaba en despedir á Simon para que volviera á servirme, porque habia acabado sus egercicios y recibido los divinos Sacramentos con edificacion y fervor : pero que este habia ido á decirle, que Dios le inspiraba se quedase para siempre en aquella Casa con título de Sirviente para servir á la Comunidad. Que alabando sus designios y deseos de consagrar su vida al Señor le habia representado, que en asuntos tan importantes era menester ir despacio, y proceder con madurez para asegurarse de la vocacion, y no fiarse en un fervor pasagero que podia nacer de sus circunstancias actuales.

Que le habia aconsejado se tomase tiempo para probarse á sí mismo : que empezase por volver á mi casa para darme cuenta de todo y consultarme esta resolucion ; porque no era regular ni justo, que la tomase sin mi permiso y aprobacion. Que si yo lo tenia á bien, y si de aquí á tres meses él se mantenia en el mismo propósito, entónces podia volver, y que mi Director se empeñaria en que el Superior y la Comunidad lo recibiesen, porque entónces su constancia haria ver á todos, que aquella era una inspiracion del Cielo, y no el movimiento de un fervor transitorio.

Que Simon habia manifestado en su semblante, que no le agradaba esta respuesta : que habia insistido diciéndole, que no dudaba que yo aprobaria su resolucion : que su servicio no me era indispensable, pues yo tenia otros muchos criados que podian suplirlo, y que quando lo fuera, estaba persuadido que yo sabria hacer el sacrificio por dejarlo en libertad de hacer penitencia de sus muchos pecados. Que

él le aseguraba de nuevo, que su deseo no era un fervor del momento, pues esta idea lo seguia desde que habia entrado en los Cláustros y visto la vida santa de aquella Comunidad, y que en fin le volvió á rogar con mucha instancia lo apoyase en esta pretension.

Que mi Director le volvió á decir, que le parecia indispensable darme cuenta de su resolucion ántes de empeñarse á nada, porque este era un deber de obligacion y gratitud. Que si Dios era verdaderamente el que lo llamaba, de aquí á tres meses tendria la misma intencion y mas facilidad de conseguir su deseo. Que tres meses se pasaban presto, y que era menester ceder á motivos tan prudentes.

Que á pesar de tan justas instancias Simon no habia quedado ni satisfecho de ellas ni contento de tanta dilacion. Que despues habia ido á hablar con el Superior y repetirle las mismas súplicas: que este le respondió del mismo modo que mi Director. Pero que Simon no se ha sosegado con esto, y que ha sabido interesar de tal manera á algunos de aquellos virtuosos Padres, que el Superior á sus ruegos le ha mandado darme cuenta de todo para informarme y pedirme mi permiso. Mi Director me añade, que la Comunidad no quiere hacer nada sino con mi gusto y aprobacion: que desea saber si tengo algun motivo para desaprobar las intenciones de Simon, y me asegura, que no pasará á nada sin saber que son de mi agrado.

¿Qué dices, Theodoro? ¿Qué dices de este nuevo beneficio de la piedad divina? No puedes haber olvidado el abuso que hemos hecho de sus ta-

lentos, los abominables empleos que hemos dado á su destreza y agilidad. Yo hubiera debido ocuparme toda mi vida en dirigir á la virtud á un hombre de quien abusé tanto para hacerlo instrumento de mi perdicion y de la suya. Pero Dios me quita este cargo inspirándole una resolucion decidida, en que solo me deja la envidia de no imitarlo en su penitencia, quando contribuí tanto á la necesidad que tiene de hacerla.

Voy á escribir al Padre, y significarle quánto me edifica y complace el buen deseo de Simon. Que no solo lo apruebo y consiento con toda mi alma, sino que lo único que me aflige es no estar allí para darle mil abrazos, y pedirle perdon de las culpas que le he hecho cometer. Que me encomiende á ese Dios que va á servir, y que nos trata á todos con una bondad tan inmensa como poco merecida. Tú le verás, Theodoro. Procura sostenerlo en sus santos deseos, y hacerle conocer, que ahora es quando merece toda nuestra amistad y estimacion.

Anda pues, querido Theodoro; anda, y que el Padre de las luces, de quien desciende todo bien, te conduzca sobre las alas de su proteccion á ese Santuario de virtudes, á ese asylo de la Religion, en que se adora su santo nombre, y se vive de su amor. Abre tu corazon sin reserva á ese Ministro suyo, que ha destinado para instrumento de tantas resurrecciones, y que la tuya no sea la última. ¡Ah, si el golpe de luz que nos alumbra, llegara tambien al infeliz Eduardo! Esta es la espina que todavía atormenta mi corazon.

Pero yo espero mucho en su misericordia. El

que supo enternecer el mármol de mi pecho: el que á pesar de mis muchas iniquidades se dignó de echar una ogeada favorable sobre mí, no se olvidará del que no puede ser tan iniquo como yo. ¡Dichoso Eduardo si el Cielo lo ilumina en un momento, en que todavía le puede presentar una floreciente juventud, y con ella sacrificios mas meritorios! ¡Dichoso tú, que te vas á ofrecer en tus frescos y aun floridos años, y puedes presentarle un incienso mas puro y agradable, y expiaciones mas dignas de su culto! ¡Desdichado de mí, que no le puedo presentar mas que una vida mas larga consumada en delitos, satisfacciones estériles y ofrendas casi necesarias!

Anda, amigo mio, que los Ángeles te acompañen, y te lleven á ver á los hombres que en la tierra les son mas parecidos. Tú verás lo que nunca has visto, oirás lo que nunca has oido. Anda y reconcíliate con nuestro Dios, con ese Dios que te conduce allí para perdonarte tus pecados, para unirse contigo en lazo indisoluble, y asociarte al número de los felices. Theodoro, tú vas á abrirte las puertas de la eternidad, y prepararte en ella una mansion eterna y bienaventurada.

No te apresures pues, ni señales término á los dias de tu retiro. Entrégate á la conducta del Pastor que vas á buscar. Déjale arreglar el tiempo, el modo, y todo lo demas. Haz como yo, que me puse en sus manos, y me he hallado bien. Es verdad que tú no necesitas de tanto. Á mí fué menester persuadirme las verdades de la Religion, y enseñarme hasta los elementos. Tú, á Dios gracías, ya vas penetrado de lo que á mí me costó

tanto de aprender. Lo único que te queda que hacer es confesar tus errores y pedir el perdon.

Que ese Dios que murió por nosotros te lo conceda. Que su Espíritu divino te aplique sus merecimientos, y que purificándote con su sangre te haga obgeto digno de su vista. Pero quando hayas concluido tus santos egercicios, quando hayas cumplido con todo lo que exîge tan importante accion, vuela á mis brazos, para que yo estreche con ellos contra mi corazon á Theodoro ya amigo de Dios, á Theodoro que va á unirse conmigo con los vínculos de una nueva y mas sólida amistad, para que lo adoremos y sirvamos hasta el venturoso dia en que tambien unidos le gocemos. Á Dios, amigo mio.

# CARTA XXXVI.

*Mariano á Antonio.*

Querido Antonio : ¡Qué agradable sorpresa me ha causado tu no esperada carta ! Despues de cinco años de ausencia : despues de una separacion tan larga , y quando ménos esperaba tus noticias, me hallo con la tuya , en que me avisas de tu feliz arribo , y me añades la satisfaccion de saber que has desempeñado tus encargos á gusto del Gobierno. Esto no lo dudaba yo , porque el que con temor de Dios no aparta los ojos de su divina ley, acierta en todo.

Pero no siempre se obtiene en la tierra la aprobacion y el fruto de las buenas intenciones. Y miro como nuevo beneficio del Cielo , que las tuyas hayan logrado la aceptacion y los premios que me dices. Como quiera , ya has pagado tu tributo á la Patria , y es tiempo de que pienses en pasar con tranquilidad tus últimos dias. Esto se entiende si te dejan ; pues sabes , que si el Gobierno necesita tus servicios , esta es la primera deuda de un buen Ciudadano.

Mucha satisfaccion hubiera sido para mí , que el navío que te condujo hubiese arribado al mismo puerto de que saliste , pues entónces te hubiera visto y abrazado al paso , y nos hubiéramos instruido mutuamente en los sucesos que han ocurrido durante tu ausencia. Te agradezco la relacion que

me haces ; pero , amigo , hay mucha diferencia entre contar ó escribir las cosas. Una carta es un testigo frio que refiere sin interes , que describe sin fisonomía , y el discurso con el gesto del semblante y las inflexîones de la voz anima quanto dice.

Este es el inconveniente en que voy á caer. Tú quieres que yo te refiera mi historia : que te cuente lo que hay de nuevo en esta casa : que te diga , cómo me va en ella : si he logrado educar bien los dos niños , segun me lo propuse : si estos han aprovechado : si su Padre ha podido egecutar los grandes proyectos de beneficencia en que queria ocuparse. Si como dices , ha logrado transformar este Lugar , que te pareció tan abominable , mísero y asqueroso en un pueblo sano y agradable. En fin quieres que te refiera por menor todo lo que se ha adelantado en este tiempo.

Esta relacion , amigo , no es tan fácil de hacer , como quizá te lo imaginas ; porque en estos cinco años se ha hecho tanto , y nos han pasado tales cosas , que no es posible comprehenderlas todas en una descripcion. Las novedades y mejoras que mi amigo ha hecho y hace todos los dias en este Lugar , son tan rápidas como prodigiosas. Si hubieras pasado por aquí , hubieras tenido un dia delicioso con la sorpresa del asombro , y con la vista de tan feliz é inopinado espectáculo ; porque la mutacion de la escena es completa , lo que dejaste ruina , asco y miseria , lo hubieras visto convertido en hermosura , limpieza , abundancia y felicidad.

En pocos dias te hubieras enterado mas de lo que yo puedo decirte. Aunque te diga mucho , es

imposible que lo diga todo. Pero pues Dios no ha querido darme este gusto, y tú exîges de mi amistad este tributo, voy á obedecerte. Procuraré darte una idea de lo que se ha hecho en estos cinco años, y del estado en que se halla hoy esta Poblacion. ¡Qué diferencia, amigo, de oirlo á verlo! Pero tu imaginacion suplirá á la debilidad del pincel, y tu amistad reconocerá el esfuerzo que hago por servirte.

La misma noche que te separaste dė nosotros para continuar tu viage, me expliqué con mi amigo, y le dige: Ya me tienes aquí; me bastó saber que lo deseabas; y estoy dispuesto á obedecer quanto me ordenes. Pero como entre las ideas que me has descubierto, incluyes la de encargarme la educacion de tus hijos, debo repetirte lo que dige á Theodoro: No me hallo capaz de tan alta confianza. No soy idóneo para educar dos niños, que por su fortuna y nacimiento serán destinados á los empleos mas elevados, y me parece que debo desengañarte, porque algun dia lo conocerás, quando ya será tarde.

No creas que mi intencion es huir del trabajo; y ménos que afecte esta moderacion por hacerme rogar: tan despreciable conducta es muy agena de mi carácter franco. Y para que veas la sinceridad con que te hablo, desde luego te digo, que hay muchas cosas que les puedo enseñar. Primeramente la Religion, que ha sido siempre mi primer estudio: tengo tambien alguna instruccion en las Matemáticas, en la Physica, y en algunas otras ciencias útiles y sólidas.

No solo les enseñaré todo esto con gusto, si-

no que me encargaré de velar sobre ellos, y dirigir su conducta con la mas cuidadosa aplicacion. Pero si se trata de formarles el gusto, y de darles estas gracias exteriores, y modales cortesanos, que tanto se estiman en el mundo, te declaro, que soy inútil, que no sé nada, y que no soy á propósito. Sabe pues que estoy pronto á todo lo que pueda serte útil; pero que no debes fiarte tanto en mi ignorancia: y te suplico que busques otros medios que te aseguren el acierto.

Yo estimo mucho, me respondió, tu tímida franqueza, y respeto mas tu modesta desconfianza; pero te responderé como Theodoro: Si yo quisiera dar á mis hijos la brillante y corrompida educacion del mundo, buscaria un Preceptor de otras calidades que las tuyas. Mi ánimo es darles una educacion ilustrada, pero christiana. No excusaré enseñarles lo que contribuya á sostener su nacimiento con decoro; pero no quiero que aprendan nada que los desvie de esta primera vocacion.

Por otra parte, Mariano, viendo los embarazos en que estás, y las dificultades que tú abultas, me figuro que te forjas fantasmas, y que tu imaginacion te representa, que una educacion es un monstruo horrible. Quizá mi tranquilidad nace de mi ignorancia. Pero yo he puesto en este papel las ideas que me han ocurrido, y los deseos que tengo sobre la de mis hijos. Sírvete de leerlo, y reflexîónalo de espacio. Mira, yo me veo en la necesidad de hacer una ausencia de tres dias. Me es indispensable partir mañana muy temprano á uno de mis Lugares. Como no te esperaba he es-

crito á muchos con quienes tengo que tratar negocios graves de que ya te hablaré. Me estarán esperando, y les hiciera mucho perjuicio si yo no fuera.

Es menester pues que me perdones. Siento dejarte tan presto, aunque espero volver luego, y que no volverémos ya á separarnos. Me parece tambien, que esta breve ausencia puede ser útil, para que te quedes solo con mis hijos, así se acostumbrarán á mirarte como el Padre, el Ayo y el Amigo de quien dependen. Ruégote pues que reflexîones sobre lo que expongo. Á mi vuelta volverémos á hablar, y Dios ayudará nuestra intencion. Mi amigo me dió un papel, partió al otro dia, y yo desde que me vi solo, leí su escrito, que decia así:

Si yo fuera, Mariano, árbitro del destino de mis hijos, si mis actuales desengaños debieran arreglar sus vocaciones, y sino debiera dejarlos en libertad para que cada uno la escoja por sí mismo y segun el Cielo se la inspire, mi deseo seria que no escogieran otra que la actual que tenemos, y á la que por mi desgracia me he reducido tan tarde. Quisiera que se educaran aquí, para vivir aquí siempre, y que nunca salieran de este solitario y pacífico retiro en que conservarian mejor su inocencia.

En efecto, amigo, si lo consideramos con la luz de la verdad, no siendo la tierra mas que un estado de prueba, no siendo nosotros mas que pasageros que caminamos á la Patria, y no concediéndose el tiempo de la vida transitoria sino para merecer la eternidad, solo se puede llamar dichoso

el que la pasa léjos de los riesgos que presenta el mundo, en donde á la corrupcion de la flaqueza propia se añaden tantos alicientes con las máxîmas falsas y malos egemplos.

Por eso yo no conozco en la tierra mayor dicha ni mas apreciable gracia, que la de pasar toda la vida desde la edad primera en el retiro de una casa, ó en el seno de una Comunidad que se consagra toda á la virtud. ¡Qué ventaja es haber pasado los dias borrascosos de la juventud con la sugecion de una severa disciplina, con la luz de continuas exhortaciones, y con el estímulo de los buenos egemplos! La mas débil virtud puede sostenerse con tantas barreras que se le ponen para que no cayga. Este tiempo que tanto pesa, esta ociosidad que es tan peligrosa, y que abre la puerta á todos los vicios, no tiene allí lugar, ni puede producir sus estragos; porque todas las horas se ocupan con arreglados y religiosos egercicios.

Así se pasa la vida sin sentir, y quando con la edad calman las pasiones, se reconocen con gratitud todos los bienes que se consiguen. ¡Qué felicidad la de haberse librado de tantos peligros, y verse en el puerto desde donde se registran tantos naufragios! ¡Qué consuelo el de verse cercado de auxîlios contra nuevos temores! ¡Qué fortuna encontrarse cerca de la muerte acostumbrado á la virtud! ¡Ah, Mariano! Los que el Cielo ha distinguido con este privilegio, deben dar muchas gracias á Dios. Estos son los felices verdaderos, porque han navegado con viento próspero; y llegan á la orilla sin naufragar en las tempestades.

Pero como el mundo no puede componerse solo

de hombres retirados, porque la harmonía y conservacion de las sociedades humanas exîgen diferentes destinos, y todos provienen del Autor del órden; es sin duda necesario, que cada uno siga en general aquel que le indica el Cielo por su situacion y nacimiento; y es claro, que todos pueden hacerse felices en ellos. ¡Dichosos pues aquellos, que contentos con la suerte que les ha cabido, no aspiran con una ambicion insensata á ser mas de lo que Dios ha querido que sean; y que sin añadir los riesgos de la opulencia ó de la autoridad procuran en su esfera cumplir con sus obligaciones!

Pero la desgracia es, que el hombre por la degradacion de su naturaleza, y por el desórden de sus pasiones, aspira siempre á elevarse; y el moral del mundo es tan corrompido, que á este desarreglo del corazon da el nombre de ambicion honrada. El injusto y peligroso conato de dominacion, se llama elevacion de alma, y nadie se avergüenza de pretenderlo todo. El orgullo ha perdido toda especie de rubor, y con descaro se manifiesta poco satisfecho, si no manda á sus semejantes y si no los domina. Esto es lo que únicamente ocupa toda su actividad, sin reflexîonar jamas, que cada honor, cada grado, cada dignidad, lo cerca de nuevos peligros, le aumenta las obligaciones, y le añade mas dificultades de salvarse.

Si los hombres nacieran cuerdos, cada qual contento con la suerte que le cupo, léjos de extenderla, trabajaria por reducirla lo mas que le fuera permitido. Su mayor deseo seria separar de sí todos los afanes agenos ó superfluos, para refor-

zar su atencion sobre sí mismo, y sobre los deberes inexcusables que el Cielo y la naturaleza le imponen. No es la tierra la mansion de las dichas, ni puede haber en ella estado, que no tenga sus penas. Pero si la imaginacion buscara el que tuviera ménos, iria á buscar en derechura á un Propietario, que no lo es mas que de un corto terreno; de un terreno suficiente para ocuparlo sin cesar, y para mantener sin escasez su virtuosa familia. Este hombre, si un mal gobierno no le aflige, es el que en mi juicio podrá correr los dias de esta miserable vida con mas tranquilidad é independencia: será el que al fin de su vida habrá sufrido ménos, y saldrá de ella con ménos responsabilidad.

Así pues esta loca ambicion, que no suspira mas que por empleos, dignidades y honores, no hace mas que trabajar por hacer mas peligrosa y mas difícil la cuenta que tenemos que dar. Por divertir y contentar el corto número de dias que vive, con sus mismas manos hace quanto puede para hallarse rodeado de riesgos y dificultades en su tránsito á la eternidad. Al que ha nacido en medio de estas dichas del mundo, parece que la Providencia le destina, y el Cielo le encarga semejantes obligaciones. Así pues debe recibirlas como una carga que el Cielo le impone, y pedirle sus luces para desempeñarlas; y no debe buscar otras, sino contentarse con las que le indica la voluntad divina.

Yo creo, que estos deben ser los principios de un Christiano. Que su trastorno es el orígen de todo el desórden del mundo; y que esta prevarica-

cion en ideas tan vanas, no solo es contraria al espíritu del Christianismo, sino muy dañosa á la humana sociedad. Porque, amigo, esta ambicion casi general con que todos pretenden salir de la clase ó esfera en que los colocó la naturaleza, para elevarse á otra superior, está en continua contradiccion con todas las reglas de buen gobierno, y pervierte las ideas del órden.

Los hombres, que la naturaleza destinó al campo ó á los trabajos de las Artes, abandonan por lo comun los Lugares en donde naciéron, y en que pudieran ser muy útiles. Se transportan á las Ciudades populosas, en donde abundan las riquezas, y se reparten los empleos, y en donde esperan hacer fortuna. Pero no es tan cierto que la encuentren, como que hallarán en ellas una corrupcion de costumbres desconocida en sus hogares; y es muy de rezelar, que perderán su inocencia ántes de encontrar un destino.

De esto nacen tambien otros muchos inconvenientes políticos. Pues esta es la causa primordial de esa deplorable multitud de ociosos, mendigos y vagamundos que infestan la nacion, y del atraso de los oficios; pues si los hijos siguieran desde luego el de sus padres, lo aprenderian mejor; y de esto proviene el abandono del campo y atraso de la Agricultura; la diminucion de la poblacion útil, y el aumento de la viciosa y superflua; pues no solo una parte se hace inútil y nociva, entregándose á los vicios, sino que tambien otra deja de ser provechosa, porque se entrega á las tentaciones del lujo. Seria nunca acabar describir estos daños. Pero como no son de mi asunto, voy á tocar

otro inconveniente mayor, y que me pertenece mas de cerca.

Digo mas de cerca, porque nosotros mismos somos los autores. Esta manía de mejorar la suerte no se concentra en los que naciéron sin haberes; tambien se extiende á los que lográron la mejor y la mas alta fortuna. Parece que los que obtuvieron el privilegio de nacer con distincion y con riquezas, no debian tener otra ambicion, que la de gozar de estos dones, y hacer buen uso de ellos. Pero no es así. El grande aspira á ser mas grande, y el rico quiere ser mas rico.

Yo me figuro un jóven, como yo era, nacido en el seno de la grandeza y la opulencia, heredero de una casa distinguida, y Señor de muchos Lugares, en que mis Abuelos me dejáron cómodas habitaciones. Si yo hubiera tenido una sombra de Religion, si hubiera querido consultar mi razon, esta me hubiera dicho, que pues el Cielo me habia enviado al mundo con tantas ventajas, me indicaba en ellas mismas la razon que ha tenido para concedérmelas; y que si me ha dado el señorío de muchos Lugares, es para que los proteja y cuide de ellos: y si me ha dado mas rentas y riquezas que á mis vasallos, es para que socorra con lo superfluo de mis gastos á los que necesitan de este auxîlio; y que si á los que naciéron mas inferiores les impuso la ley del respeto, obediencia y tributo, á mí me impuso la del socorro, de la vigilancia y proteccion.

Yo debia pues considerarme como el Padre de todos esos Pueblos; como un Tutor nombrado por el Cielo para cuidar de su felicidad. Y ved aquí

una vocacion conocida é indubitable ; porque mis obligaciones eran naturales é inherentes á la dignidad y ventajas de mi nacimiento. Acaso hubiera sido mejor para mí , y para todos los demas , no nacer con estos privilegios que los hombres estiman tanto. Acaso á los ojos de la fe podrá ser mas feliz el que nace con ménos tierras y ningun señorío. Pero como no se escoge el nacimiento , y que es menester recibirlo como Dios lo da ; aquel que lo recibió con estas , que el mundo llama ventajas , debe por lo ménos entender quáles son sus obligaciones. No seria justo , que quando saborea las dulzuras que le halagan , no satisfaga las deudas que le imponen.

Es pues evidente , que todos los que hallan en su nacimiento el derecho de mandar á otros hombres , y de llamarlos vasallos , nacen tambien con la obligacion de protegerlos ; y por consiguiente que el primer obgeto de su educacion debe ser el formarles un corazon benéfico á favor de estas gentes que el Cielo les confia ; hacerles conocer y sentir el rigor de la miseria , para que procuren desterrarla de los confines que Dios ha señalado á su zelo ; enseñarles los principios de la felicidad pública , para que sepan promoverla en sus Dominios ; y en fin hacerles entender , quánto deben animar el trabajo , desterrar el ocio , extirpar los vicios , y alentar á la virtud.

Como para obtener estos bienes es necesario adquirir los conocimientos de la experiencia , es menester dárselos ; hacerles ver los egemplos de otros Pueblos felices por haber logrado buenos Administradores ; y hacerles conocer los medios con que

los han conseguido. Se les debe dar la idea del órden, y tratar de inspirarles el gusto y el amor de esta virtud; porque sin ella el talento es inútil, y los esfuerzos vanos. Sobre todo se ha de trabajar en hacerlos humanos, generosos y sensibles, haciéndoles entender, que si Dios los distinguió en la distribucion de las riquezas, no es para que satisfagan sus antojos, sino para convertirlas con moderacion y decencia en sus necesidades y las de su familia; y para que repartan las restantes sobre los pobres, especialmente aquellos que puso bajo su direccion.

Vé aquí las primeras ideas generales; y no puedo dejar de lastimarme al paso, quando reflexîono quán contraria á estos principios fué la educacion que recibí, y la que se da comunmente á nuestros ricos y señores. En lugar de instruirles que si tienen Pueblos es para gobernarlos bien, para socorrerlos, consolarlos y servirlos, solo se les repiten los nombres para contentar su orgullo; y apénas los conocen sino por las exâcciones con que los consumen. Pocas veces van á ellos; y si van, es á recibir los respetos que exîgen; y no á informarse de sus miserias para remediarlas. En lugar de hacerles conocer las obligaciones con que han nacido, y de enseñarles los medios de desempeñarlas, su misma educacion los desvía de estos obgetos propios de su estado, y solo se ocupan en obgetos extraños de su vocacion; en ideas que solo pueden excitar una mal entendida ambicion; pues contradicen, y aun se pudiera decir, que casi rebajan los destinos de la Providencia.

Así se vé, que la mayor parte de los hombres

que han nacido en medio de la grandeza y fortuna, que traen consigo quanto pudiera satisfacer un corazon sano, y ocupar su vida con honor y virtud; no contentos con tan altas ventajas buscan otras, que acaso no son mayores ni mas agradables, sino de otro género y de otra esfera. Desdeñan gobernar paisanos, desprecian el respeto de hombres sencillos; no sienten el inefable placer de hacerlos felices; y en lugar de esta noble y dígna ambicion, por un incomprehensible prestigio del orgullo, tienen la de mandar á sus iguales, tal vez á sus superiores; y para esto solo ambicionan los cargos militares ó los empleos de la Corte.

No digo que la primera deuda de un Ciudadano, por mas noble y rico que se le suponga, no sea la de servir al Estado en que vive y al Soberano que lo manda. Pero esto debe entenderse, quando el Estado y el Soberano necesiten de su persona, y quando pueda serles útil. Hay mucha diferencia entre los que aceptan los empleos por obediencia ó por deber, y los que los solicitan con ardor, y los arrancan con importunidad; entre los que quieren pagar su deuda, y los que solo aspiran á satisfacer su ambicion.

Los primeros, si emplean algun tiempo ó los años de su juventud en el servicio del Estado, desde que creen haber cumplido, y quando no tienen talentos extraordinarios que los hagan necesarios, se retiran á pensar en sí mismos, y sobre todo en la felicidad de los Pueblos, á quienes no solo deben las distinciones naturales, sino la propia subsistencia. Los otros siempre alucinados con la

pueril ambicion del mando, son como niños viejos, que envegecen adormecidos, ó en los cargos militares en que no son útiles, ó en los empleos de Palacio, en que no son necesarios.

Esta manía que se ha hecho tan general, es una de las mayores causas de la desolucion del Estado. Al principio debió su orígen á la Política. El Reyno estaba dividido en partidos. La autoridad Real no estaba todavía bien establecida. Los Señores de Pueblos que vivian en ellos, eran muy poderosos; se hacian la guerra entre sí, y tal vez la hacian á su Rey. En estas circunstancias fué conveniente traerlos á la Corte y tenerlos á la vista, para asegurarse de su conducta. Para contentarlos se les halagó con la perspectiva de los empleos de Palacio. Y esto bastó para satisfacer su orgullo; y despues sus pasiones halláron en el tumulto y placeres de la Corte con que recompensarse del sosiego y de la dignidad que dejaban abandonada en el campo.

El hombre sabio se pudiera reir de la habilidad de los unos, y de la imbecilidad de los otros, si este desquaderno de las indicaciones naturales no produgera mas que un espectáculo sin consecuencia; si no fuera mas que un obgeto especulativo, como otros muchos en que se vé por un lado la destreza del supremo poder, y por otro la ridícula ambicion de los que se le acercan. Pero no puede dejar de afligirse, quando considera los muchos males que ha producido; pues no hay duda que este es uno de los daños mas capitales, que pueden contribuir poderosamente á la ruina de la prosperidad general.

Así se admira y se aplaude á la política, que entónces se sirviese de medio tan oportuno para establecer la autoridad suprema y protectora, que debia traer consigo la paz, el órden y la felicidad; pero seria igualmente loable, que despues de haber logrado tan completamente su designio, y quando ya segura de sí misma no necesita de tan duro remedio, procurase curar los males que ha ocasionado, restituyendo á la naturaleza los medios de que se vale para derramar con mano ménos desigual sus beneficios sobre toda la extension de las Provincias y de los Pueblos.

Porque no hay duda que la naturaleza es liberal en todas partes; que no hay distrito habitado por hombres, á quien no ofrezca ella sus producciones respectivas; pero en todos exîge trabajo y cultivo. Su intencion en general y con algunas ligeras excepciones es, que cada terreno tenga sus productos propios; que los hombres vivan en el suelo en que nacen; que cultiven la tierra en que viven; que se alimenten con los frutos que recogen; y que ademas tengan un superfluo para trocarlo por lo que les falte. Así le hace como violencia el que desordena esta marcha regular de su arreglada y benéfica atencion. Y todas las instituciones sociales, que se opongan ó contradigan á estos principios, parece que la fuerzan y violentan.

De aquí nace, que la formacion de las Ciudades populosas en ciertos puntos de la tierra, en que se acumulan muchos hombres dejando abandonados muchos campos, es una operacion que solo ha podido dictar la necesidad de la defensa en la guerra, ó el delirio de la ambicion en la po-

lítica: que no puede ser hija mas que de la desgracia ó del error: que se opondrá y estará siempre en contradiccion con las sábias instituciones de nuestra madre comun; y que la buena política, quando no puede atajarla, desea á lo ménos contenerla.

Pero nada puede alterar tanto las intenciones de la naturaleza, como el establecimiento de una Metrópoli. Como reside en ella el Soberano, dispensador universal de todas las gracias; como allí van á parar todas las riquezas, porque todas las Provincias tributan al Erario; como allí arrastra la ambicion á todos los pretendientes; como allí corre todo el Comercio, porque allí espera mas ganancias; y en fin como allí va todo, porque es todo; la Corte podria llegar á ser el gigante del Reyno, y como un monstruo del cuerpo político, que se traga quanto el Reyno produce; y si la política no le ataja esta rabia devoradora, si no sabe detener en su puesto á los que con conato irresistible propenden á arrojarse en el grande abysmo, no tardarian en quedar secos y agotados los canales, que entumecian su monstruosa excrecencia.

Esta manía de transportarse los hombres y las riquezas, este furor de huir del pais nativo para engolfarse en la Corte, ocasiona en gran parte la ruina de las Provincias: los campos quedan despoblados y sin brazos, y destituidos de medios: la Agricultura se debilita: las Artes huyen ó se entorpecen: las producciones disminuyen, y toman unos precios tan subidos, que incomodan á todos.

El medio único, el mas simple y seguro es,

que el gobierno promueva por leyes, por ventajas, y por quantos arbitrios le da su autoridad, que los Señores, los ricos y los grandes propietarios vayan á habitar en sus tierras. Esto solo es capaz de hacer revivir una Nacion en poco tiempo. Entónces los que son dueños de las tierras, se verán obligados á cultivarlas. Los jornaleros hallarán ocupacion, las Artes egercicio, la Agricultura medios, y las costumbres muchas mejoras. Me he embarcado en esta digresion; porque la aplicacion de estos principios es la que me ha dado las ideas, que tengo sobre la educacion de mis hijos. Y así vuelvo á ellos.

El Cielo los ha hecho de una clase, que segun las máxîmas del mundo, pueden aspirar á los mas altos empleos de la guerra y de la Corte. Á pesar de mis profusiones y delirios, yo espero dejarles muchas rentas, tierras y señoríos. Acaso con la luz actual de mis desengaños, yo quisiera que tuvieran ménos; porque ya siento la carga y la cuenta que se ha de dar á Dios. Una fortuna mediana independiente y exênta de obligaciones me parece el mas alto grado posible de la felicidad humana; porque esto es mas seguro para la tranquilidad de la vida, y para hallarse con ménos inquietudes á la hora de la muerte. Pero como yo no puedo defraudarlos de los bienes que les reparte el Cielo, no me queda otro arbitrio que educarlos de manera, que puedan despues hacer de ellos el buen uso que deben.

Supuesta esta basa, si yo escuchara mi razon y los temores de mi propia experiencia, quisiera que se criasen en estos campos, y que nunca saliesen de ellos. Quisiera dividir su fortuna de ma-

nera, que con ella se formaran dos partes iguales, y dejar á cada uno la suya libre, independiente y separada. Quisiera inspirar á los dos el gusto y el amor de las ocupaciones rústicas, de los inocentes trabajos del campo, así para dar pábulo á la inquieta actividad de la juventud, como para distraerlos de toda aficion ó gusto pernicioso. Quisiera casarlos temprano sin buscar en sus mugeres otros caudales, que un nacimiento honrado, y mucha cordura y virtud. Demasiado ricos serán ellos para solicitar otros bienes; y yo solo deseo hacerlos Christianos y dichosos.

Bien sé, que no debo forzar sus destinos, y que ellos los deben escoger; pero puedo aconsejarles y dirigirlos. Mi naufragio debe estimularme á que con zelo los alege del golfo. Si en mayor edad con mas conocimientos quieren ir á servir en la Corte, lo podrán hacer; pero no seré yo el que los encamine. En quanto á la guerra, conozco su obligacion; y si manifiestan aptitud para ella, y si las circunstancias lo exîgen, no me opondré á que paguen su deuda al Estado; pero quisiera que al instante que degen de ser útiles, se vuelvan presurosos á su dulce retiro.

Yo me figuro, amigo, que dos muchachos instruidos y acostumbrados á las apacibles tareas de los campos, que siempre ocupados no han dado lugar á la ociosidad, ni entrada á los vicios; que han hallado temprano los halagos de la naturaleza entre los brazos de una muger querida y honesta, y que extenderán por lo regular los afectos de su corazon á los frutos que nacerán de sus honestos matrimonios, han alcanzado toda la dicha,

que es permitida á los mortales en la tierra: habrán pasado el borrascoso intervalo de la juventud con ménos peligros: llegarán á la madura edad mas acostumbrados á la inocencia y á la virtud, y podrán en fin terminar el breve curso de esta vida fugaz con ménos zozobra y con esperanzas mas bien fundadas.

Con esto te he descubierto el blanco que se proponen mis deseos; y ya debes entrever las líneas que me pueden dirigir á este punto. La primera es, ocuparlos siempre. Con este fin me propongo enseñarles y acostumbrarles á los egercicios rústicos; y á medida que se vayan adelantando en edad, repartiré entre ellos el cuidado de diferentes ramos, que yo gobernaré en secreto, pero les dejaré el honor de su inmediata direccion. Pero ántes de esto les haré frecuentar las casas de los mas hábiles artesanos, para que adquieran una idea de todos y cada uno de los oficios mas necesarios. Esto los pondrá en estado de saber lo que mandan; ocupará su tiempo, egercitará sus miembros, y robustecerá su temperamento.

Ademas quiero que se apliquen sériamente á una Arte, y la aprendan perfectamente como si hubieran de ganar con ella su vida; y hasta ahora lo que me ha parecido mejor es el Dibujo y Colorido; así porque todo esto es aseado, como porque sé que en el Lugar hay un Profesor, que por fortuna es muy hábil y de costumbres excelentes. Mi ánimo es ocuparlos ahora estos tres ó quatro primeros años, poniéndolos allí por algun tiempo. Esto es, irán todas las mañanas á aprender una ó dos horas; y esto bastará para su instruccion; y me parece

que con esto pasarán una juventud muy ocupada.

Si consigo que se acostumbren á esta vida simple é inocente ; si el amor de los hijos que tuvieren basta para llenar su corazon ; si puedo lograr que su mayor pasion sea la felicidad de los Pueblos ; si veo que continúan los egemplos que me propongo darles ; si despues de vivir con moderacion , emplean el sobrante de sus rentas en beneficios generales de sus Pueblos , y en el socorro de los necesitados ; y en fin si obtengo que su corazon no necesite de otras diversiones y placeres, que los que puede presentarles la dulce paz de una familia querida , la felicidad de sus vasallos , de sus criados, dependientes , y de quantos tengan relacion con ellos; yo seré el mas feliz de todos los hombres.

Pero como su gusto puede no conformarse con estas ideas ; como el destino ó las circunstancias pueden llevarlos á la Corte , á la Tropa ó á grandes Ciudades ; me parece que debo darles una educacion tal , que puedan presentarse en todas partes con decencia. Así me parece que debo hacerles aprender el Latin , que es la lengua de la Religion y de las ciencias ; sobre todo la suya propia , que es la que deben hablar siempre ; y que ademas deben hacer otros estudios , que contribuyan á ilustrarlos , á rectificar su juicio , y moderar su corazon.

Pero esta es la parte en que por mi muy descuidada educacion me hallo ménos instruido , y necesito de que mis amigos me socorran , principalmente Mariano , á quien pido me explique con franqueza lo que puede haber de defectuoso en las ideas generales que aquí le expongo ; y al mismo tiempo me indique la marcha , el méthodo y la na-

turaleza de los estudios útiles que deseo que hagan. =

Yo quedé muy consolado leyendo este escrito, en que vi ideas tan conformes á las mias; y al instante me puse á responderle en estos términos:

Todo lo que dices, amigo, en tu papel es excelente; y mi corto talento se alienta mucho con tus juiciosos y christianos proyectos, porque creo que podré ayudarte en muchos de ellos. Yo habia meditado poco hasta aquí sobre estas materias; pero me parece, que quando Dios te inspira ideas tan sólidas y deseos tan santos, si tomamos la luz del Evangelio para que nos alumbre, podemos marchar sin riesgo de extravío.

Tú quieres que junte mis reflexîones con las tuyas; y á pesar de mi justa desconfianza voy á hacerlo con el zelo de la amistad. Yo pienso como tú, que no estando seguro del gusto de tus hijos, ni del partido que querrán tomar en adelante, debes darles la especie de educacion universal que te propones. Una educacion tal, que si conformándose con tus deseos, se acomodan á vivir siempre en sus tierras, pueda hacer su propia felicidad, ocupándose en la administracion de sus haciendas, y en el bien estar de sus Pueblos. Pero que tambien si su gusto ó las circunstancias los conducen al comercio del mundo en la Corte, en la Tropa, en las grandes Ciudades, puedan presentarse sin rubor, y sostener con decencia el carácter propio de su clase.

Pero, amigo, para lograr estos dos fines, no es menester mudar de plan. La buena educacion es buena para todo. La Religion, la Moral, los

principios de las ciencias sólidas, y los conocimientos de las Artes útiles, que deben ser la basa de una educacion bien entendida, sirven para todas las situaciones y destinos, y son tan propios á dirigir y hacer feliz al hombre del campo, como al Cortesano, al Militar ó al Ciudadano. Así en el plan que voy á describirte, yo no te propondré mas que las instrucciones necesarias y útiles, que son siempre ventajosas en todos los Estados, y sin las quales ningun hombre puede decirse verdaderamente instruido. Yo no te diré sino lo que creo absolutamente necesario para formar lo que se llama un hombre sólido, capaz de todo, y que lo pone en disposicion de hacer buen uso de sus talentos y fortuna, de pagar á Dios el tributo que le debe, de ser útil á los demas hombres, de ser feliz y hacer felices á todos los que le rodean. En fin te expondré la educacion, que en tus circunstancias me parece conveniente á tus hijos; y tal como yo concibo, que se debiera dar á todos los jóvenes que nacen en una Casa distinguida con la esperanza de heredar muchos bienes.

Ya estamos convenidos en que el primero de nuestros estudios será la Religion, y que todos los demas serán subordinados á este. Que no solo les harémos aprender las verdades fundamentales de la Fe, sino tambien la historia de la Religion, para que vean en ella las pruebas evidentes de su divinidad. Y sabes que este es el defecto mayor de nuestra educacion general. Apénas se enseña á los niños la Doctrina Christiana en la infancia primera, y quando todavía no son capaces

de reflexíon. Y apénas se les da una idea confusa de los grandes Mysterios, sin que se les expliquen jamas los motivos que tienen para creerlos.

Despues se les lleva á la Gramática, y á otras Artes ó Ciencias, sin que se les vuelva á hablar de Religion; y quando acabados estos estudios literarios, debieran ellos mismos abrir los ojos, y aprender ó enterarse de la Religion que profesan, por la mayor parte no lo hacen, ó las pasiones los arrebatan, ó los negocios los ocupan; y de esto nace, que los mas, aun de aquellos que pasan por instruidos, jamas la conocen bien, y que los mas fútiles ataques de la incredulidad los perturban y los pervierten.

Nosotros tratarémos de preservar á los nuestros de este peligro. No solo les enseñarémos lo que deben creer y practicar, sino el por qué lo deben practicar y creer. Las cartas que escribiste á Theodoro y lo que te ha dicho tu Director, acomodado por nosotros á la capacidad de tus hijos, nos facilitarán este estudio, y no descansarémos hasta dejarlos bien aguerridos y fortificados contra los ataques de la falaz Philosophía.

Pero como despues de la Fe no hay nada tan esencial como las costumbres, en esta parte debe egercitarse mucho nuestra vigilancia. Yo pienso que la primera obligacion de un Padre ó de un Ayo, que se encarga de la crianza de los niños, ántes de ninguna otra cosa es criarlos de manera, que nunca pierdan la inocencia que les dió la santidad de su Bautismo. El que por su ambicion, su avaricia, sus malos egemplos, ó solo por su negligencia los priva de bien tan sobera-

no, y los expone á recaer en la esclavitud del demonio, comete el mayor delito que un hombre puede cometer.

¿Qué conseguirá un padre, con que su hijo sea el honor de su familia, la delicia de la Corte, ó el héroe del Estado? ¿Qué logrará con dejarle grandes bienes, ó verlo en los mas altos honores, si no le deja el gusto y el amor de la virtud? ¿Y qué será él mismo sino un padre cruel, tanto mas inhumano quanto mas haya procurado estas ventajas pérfidas, con que le ha escondido mas su peligro, y le ha hecho mas difícil el remedio? Este hombre no es un padre, es un sacrílego, que ha destruido el Templo de Dios vivo para construir la infame Babylonia. Es un furioso insensato, porque no puede haber mayor demencia, frenesí mas estúpido, ni delirio mas rabioso y brutal, que el de un padre insensible, que arrastra consigo á un hijo incauto, y lo precipita en el mismo abysmo en que él se arroja.

Pero para que un padre pueda conservar intacta la inocencia de su hijo es indispensable, que sin cesar le aparte de la vista todos los obgetos que lo pudieran seducir, ó que lo fortifique contra ellos. Debe ser un Ángel tutelar que lo acompañe en el camino, quitando todas las piedras en que pueda tropezar. Sin duda que debe perfeccionar su espíritu, aprovechar sus talentos y el buen uso de ellos. Pero no lo conseguirá, si ántes no le enseña á conducirse en todo por la razon. Y como un niño no es capaz de ella, es menester que supla su defecto por la autoridad de la Ley Divina, haciéndole entender, que esta es la regla

suprema, y que no hay ni puede haber razon mas segura ni sublime, que la Ley que Dios nos ha dado, y que quiere inviolablemente él mismo.

Así pues ántes de todo es indispensable empezar por la obediencia que se debe á la Ley, y acostumbrarlos á respetarla y sugetarse á ella. Esto no es fácil, porque los hombres en general, y mas particularmente los niños apénas creen otro que las impresiones de sus sentidos. Son carnales, y casi solo los conmueven los obgetos exteriores. Las impresiones morales son hijas de la reflexîon, y ellos la tienen débil todavía. Pero por lo mismo que por su organizacion son poco capaces de raciocinio, es menester suplir esta falta con algun resorte, que les produzca algun efecto. Y miéntras no pueden conocer por sí mismos la evidencia de las verdades metaphysicas, no veo otro que ponerles á la vista la autoridad del Criador, á quien se debe obedecer.

Por eso un padre no debe conceder nada á sus hijos por pura bondad, ménos por capricho, y mucho ménos por importunidad. Me parece que siempre á la vista de sus hijos debe conducirse únicamente por la razon, y hacer de esta razon, que dimana de la Ley divina, un principio ó una regla general y necesaria de las acciones y voluntades de todos: que es menester acostumbrarlos desde la edad mas tierna á consultarla, á seguirla y sugetarse á ella de manera, que en todas ocasiones deben dar una buena razon hasta de sus deseos.

Al principio será preciso contentarse con razones débiles, ó con las apariencias de razon; porque no serán capaces de mas; y no será prudente apurarlos para que no se aburran: pero esta so-

la necesidad de buscarla y el deseo de encontrarla, son ya útiles; porque los acostumbra poco á poco, miéntras se va formando su carácter, y se les hace familiar la idea de que no deben hacer nada sino por razon y con subordinacion á la Ley inmutable, que sola debe reglar nuestras acciones y deseos.

Yo no gusto de lo que generalmente se practica en la educacion de los niños. Se les carga la memoria de mil cosas inútiles, que no pueden servir mas que de comprimir y fatigar unas facultades, que no tienen todavía extension ni consistencia; y que ya están demasiadamente irritadas y conmovidas con la impresion de tantos obgetos exteriores. Yo quisiera que se prefiriera el méthodo de hacerles comprehender con claridad los principios ciertos de las Ciencias prácticas.

Quisiera tambien, que aunque todavía sean débiles para conocer bien la evidencia de las verdades espirituales, se les habituara á lo ménos á distinguir y penetrar las que son mas simples, y que presentan nociones mas claras; sobre todo las que deben prepararlos, y sirven de basa á verdades mas complicadas. Por egemplo, que se les enseñara á distinguir el alma del cuerpo, y á conocer las propiedades y modificaciones de estas dos substancias. Lo que en especial me parece mas útil es, que se les enseñe á desconfiar de sus propios juicios, y de todas sus opiniones sobre obgetos morales ó sobrenaturales, quando no tienen mas apoyo que la persuasion de sus sentidos; y á no seguir su propio dictámen quando no está sostenido con las luces que nos vienen del Cielo.

El desarrollar estas ideas, pediria mucha discusion; y no es mi designio escribir un volúmen. Puede ser que si un dia tengo tiempo lo ocupe en esto. Entre tanto en la experiencia práctica verás la aplicacion; y ahora me baste decirte, que se muere á los diez ó doce años de edad como á los sesenta, y que no se debe perder de vista esta verdad. ¿Qué será de un niño si la muerte le sorprehende con el corazon ya corrompido? ¿Si su espíritu ya está lleno del orgullo de su calidad, y del amor de los bienes y gustos de la tierra? ¿Qué le servirá en el otro mundo la Geographía de este? ¿Ni de qué le aprovechará en la eternidad haber aprendido las épocas del tiempo?

Todos estos conocimientos, quando no están acompañados de la virtud, desaparecen con la muerte, y no conducen á la vida eterna. Si los Preceptores han preferido á la ciencia de la Religion, y al cuidado de las costumbres el arte de declinar y conjugar, sus discípulos podrán saber el Latin; podrán estar adelantados en la Historia; se dirá que eran prodigios, y que daban muchas esperanzas. Pero ¡ay! estas esperanzas que daban, eran para un mundo en que no debian vivir, y de nada les servirán en aquel en que nada valen las vanidades en que consumiéron el poco tiempo que se les dió para merecer.

¿Hay en el Cielo recompensas eternas para estudios vanos? ¿Hay premios de honor para los que hacen composiciones sin defectos? ¿Dios juzgará á los niños por otra Ley que la del órden inmutable? ¿Les hará otros cargos, que las infracciones del Evangelio, que no han practicado ó no han cono-

cido? Sin duda que los padres deben criar á sus hijos para servir al Estado y al Soberano; pero es despues que los han educado para Jesu Christo y para el Cielo. Si deben afanarse tanto en formarlos para una sociedad de pocos dias; ¿cómo deberán afanarse en formarlos para una sociedad que dura siempre? Pero ¡ay! Los mas instruidos en las Ciencias vanas; esos Philósophos que se jactan tanto de su ilustracion y su saber, son los que mas desprecian esta Ciencia divina, los que mas corrompen las públicas costumbres, y los que mas turban la tranquilidad de los Estados.

No digo que no se deban aprender muchas Ciencias. No pienso que para ser Christiano, pueda conducir ser ignorante y bárbaro. Pero digo, que la Ciencia de la salud eterna debe ocupar la primera atencion. Que no se deben aprender las otras, sino quando el espíritu ya formado por la primera, está dispuesto á hacer buen uso de ellas. Que no se debe dejar la instruccion de las verdades esenciales para un tiempo á que quizá no llegará, ó en que las pasiones no darán lugar á que se puedan gustar y meditar con fruto. Tampoco digo que no pueda mezclarse con el estudio de la Religion el de otras cosas, en especial de aquellas que enseñan á fijar la atencion. Por el contrario, me parece que este estudio puede serles muy útil; porque solo el trabajo de la atencion conduce á la inteligencia de la verdad. Y para que entiendan bien las ideas de la Religion, es conveniente acostumbrar los niños á que apliquen la suya. Así me parece que será muy bueno enseñarles desde luego, y egercitarlos en los primeros elementos de las Mathemáticas. No

solo porque son las Ciencias mas sólidas y estimables por sí mismas, y que deben ser preferidas á casi todas; no solo porque son la llave y puerta de las otras, sino porque su estudio es tal, que no es posible aprender nada sin aplicarse. Es imposible entender nada en un libro de Geometría aquel que no aplica su atencion á lo que lee.

Ved aquí pues la primera ventaja de este estudio, que es acostumbrar los niños á la atencion; y en virtud de esta costumbre su celebro se va haciendo capaz de toda especie de inflexîones, y va adquiriendo fuerzas. Por eso los que desde niños se habitúan á meditar, no solo están mas en estado de aprender todas las ciencias, sino que pueden juzgar sanamente de todo; adquieren la aptitud de seguir y profundizar las materias mas abstractas; pueden hacer descubrimientos ingeniosos; y son capaces de preveer y calcular las consecuencias y resultas de las empresas mas inciertas. Y sobre todo se forman un gusto ó sabor de la verdad, que la sienten y la penetran desde que se presenta; á fuerza de buscarla la conocen ya tanto, que se puede decir, que casi sin raciocinio, y solo por instinto la saben distinguir.

Por el contrario las ciencias de memoria turban las ideas mas claras, porque por la mayor parte no presentan sobre toda especie de obgetos mas que semejanzas, verosimilitudes y congruencias. Los hombres que no saben analizar, se acostumbran á contentarse con ellas; no distinguen la diferencia que va de ver el obgeto, á verlo bien, y por todos sus lados. Se detienen y se satisfacen con las superficies que los obgetos les presentan.

Cada qual las vé á su modo, y por eso disputan sin medida ni fin.

Solo la verdad es una, indivisible é inmutable. Solo ella puede reunir los espíritus; y esto es lo que únicamente logran los que aprenden las verdades que pueden demostrarse. Las ciencias de memoria tienen otros defectos; naturalmente inspiran orgullo. El alma se envanece, el corazon se hincha con la multitud de hechos, que se acumulan en la cabeza. Aunque todas sus especies sean poco útiles; aunque no hayan aprendido mas que lo que pertenece á los cuerpos, á las obras del tiempo, ó á las opiniones de otros hombres, se imaginan saber mucho; y que su espíritu ha adquirido tanta extension, realidad y permanencia como los obgetos de sus ciencias. Con esta presuncion su espíritu se derrama en todas las partes del mundo, remonta hasta los siglos mas remotos; y miéntras vaga, y se pierde en regiones tan vanas, no se ocupa en lo que es él mismo en el tiempo presente, y en lo que será en la eternidad: se olvida de sí mismo, para absorverse en un mundo imaginario con historias de cosas que dejáron de exîstir, ó de quimeras que nunca han exîstido.

Tampoco quiero decir por esto, que se deba despreciar la Historia, y que no se estudien mas que las ciencias exâctas. Lo que digo es, que se deben estudiar las ciencias por el órden de su importancia y de su utilidad. Que no se debe estudiar la Historia, sino quando se ha estudiado su propio corazon, su Religion y sus obligaciones, quando por otros estudios preliminares se ha puesto en

estado de poderla aprender con discernimiento para no dejarse alucinar con sus falsas opiniones, y saber á lo ménos distinguir en parte la verdad de los hechos de la imaginacion del Historiador.

Se pueden estudiar otras lenguas; pero es quando se sabe ya lo que es una lengua; y sobre todo quando se sabe bien la de su Pais. En una palabra, es menester haber aprendido á ser hombre Christiano y buen Español ántes de aprender á ser Historiador, Poeta ó Extrangero. Tambien digo que no se debe aprender nada, sino para hacer buen uso de ello. Por egemplo, no se debe aprender la Geometría para llenarse la cabeza de las propiedades de las líneas, sino para procurar á su entendimiento toda la fuerza y extension de que es capaz.

En general conviene empezar los estudios por las ciencias mas necesarias, ó que pueden contribuir mas á perfeccionar el espíritu y el corazon. El que solamente sabe distinguir el alma del cuerpo; el que no confunde sus pensamientos y deseos con otros movimientos de su máquina; con el simple conocimiento de esta única verdad es mas sólidamente sabio, y está mas dispuesto á serlo mas cada dia, que el que habiendo aprendido todas las Historias, costumbres y lenguas de los pueblos, ignora su propio ser; no reflexîona sobre la naturaleza de su alma, y no está seguro de que por su carácter de inmortal, le aguarda una eternidad aventurada.

Habrá algunos que quizá no aprobarán estos consejos. Pero yo quisiera, que á lo ménos consultaran la experiencia, y que despues me dige-

ran si les parece, que los que saben á Virgilio y Horacio se conducen mejor que los que estudian y meditan á San Pablo. Si la lectura de Ciceron les ha sido mas útil, que pudieran serles las palabras de la Sabiduría. Dicen, que se debe leer á Ciceron para aprender el Latin. Así puede ser; pero yo digo, que tambien seria menester hacerles leer el Evangelio, para aprender la Religion y las virtudes. ¡Pobres niños! Se les cria como si debieran ser Ciudadanos de Roma; se les enseña su lengua y sus costumbres; y no se cuida de hacerlos Christianos y habitadores de la Celestial Jerusalem. Por lo ménos no se cuida como era menester.

San Agustin se quejaba de esto en su tiempo. ¿Qué digera si hubiera visto el nuestro? No se necesita de muchas reflexîones para gemir de este abuso deplorable. Basta observar á nuestros jóvenes quando salen de sus Colegios. Parece que pues han acabado sus estudios, debian por lo ménos saber lo que es el hombre: que ya debian estar bien enterados de las pruebas evidentes de su Religion, para poder preservarse y resistir á los sophismas de toda Philosophía falaz y seductora: que ya debian conocer el espíritu y la extension del Moral Evangélico. Porque estos conocimientos son los primeros, los mas necesarios para el que sabe, que ha nacido con una alma inmortal; y que exîsten un culto y una Ley de cuya observancia depende la suerte eterna de sus destinos. Y es natural pensar que los hayan aprendido allí; porque es claro que la mayor parte no se vuelve á ocupar mas en estos obgetos. Los pla-

ceres, los negocios los ocupan únicamente en adelante.

Pero id á exâminar estos jóvenes, que han pasado muchos años en la educacion de un Colegio ó de una Universidad, y yo quiero que no exâmines sino á los que salen con la reputacion de instruidos, y de quienes se dice que son sobresalientes. Los hallarás por lo comun llenos de preceptos de Gramática; los encontrarás sabiendo de memoria muchos versos y mucha prosa; muchos textos del Código y Digestos, y si pueden repetir los términos mysteriosos y obscuros de Aristóteles, se les mira como un prodigio. Les oirás hablar con satisfaccion de todo, sin detenerse en nada; porque lo que mejor han aprendido es el arte de la sophistería, el ímprobo talento de poder defender las opiniones mas absurdas ó las mas encontradas, sin distinguir jamas el error de la verdad.

Pero pregúntales sobre la naturaleza del hombre, sobre la contradiccion de su grandeza y sus miserias. Diles que te expliquen los motivos que tienen para creer la verdad de la Religion que profesan. Proponles alguna de las aparentes sophisterías con que los incrédulos la combaten. Pídeles que te refieran la Historia del Christianismo: que te digan, lo que han podido percibir en los planes de Dios: quáles son los designios que ha mostrado en la Creacion del Mundo, en la venida del Redentor y establecimiento de la Iglesia. Ruégales que te hagan ver la necesidad de un Mediador; y la harmonía y arreglada correspondencia de los Mysterios divinos con las necesidades humanas, y verás que sobre todo esto no tienen idea alguna, ó que

solo tienen nociones diminutas y confusas.

Preservemos pues á nuestros niños de abusos tan irreparables; y no les enseñemos sino lo que los puede conducir á ser felices en esta y en la otra vida. Enseñémosles lo que los puede hacer buenos Christianos, buenos hijos, buenos maridos, buenos amos, buenos Magistrados, Militares, Ciudadanos y buenos Padres de familia así en su casa como en el gobierno de los otros hombres, y en la administracion de sus Pueblos. Para conseguir estos fines, despues de la Religion y las costumbres que son la basa de todo, hagámosles aprender con mayor cuidado las ciencias prácticas y las Artes útiles, que solo pueden ilustrar su espíritu y gobernar su corazon.

Enseñémosles desde luego el Latin; porque como dices muy bien, es la lengua de la Religion y de las ciencias. Es grande consuelo para un Christiano entender las oraciones de la Iglesia así en el Sacrificio que ofrece, como en los Salmos y Cánticos de sus Oficios: y en fin esta lengua es la llave con que se abren los conocimientos de las mas de las Ciencias. Para enseñársela bien, y para hacerles este estudio mas fácil, debe preceder el estudio de la Gramática Española. Como ya saben esta lengua, aprenderán con mas facilidad sus reglas, y no solo quedarán mas dispuestos á aprender el Latin, sino qualquier otra lengua extrangera. Pero desde luego lograrán la ventaja de haber aprendido por reglas la lengua en que deben hablar siempre, y cuyo estudio merece toda preferencia.

Tambien estamos de acuerdo en que aprendan

los principios Mathemáticos. Yo me propongo enseñárselos, y particularmente la Geometría y el Álgebra, que no es otra cosa, que una Arithmética de órden superior. Estas son las ciencias humanas mas útiles, y de un uso mas comun entre los hombres. Ellas son las mas sólidas y verdaderas; porque los hombres casi no pueden saber en la tierra con seguridad mas que medir y contar. Pero fuera de estas ventajas tienen las de rectificar el espíritu, y conducirlo por medios mas seguros á la indagacion de la verdad. Contribuyen tambien á formar el juicio; y por este medio influyen á dirigir las ocurrencias de la vida.

Creo pues que les será muy útil hacerles aprender estas ciencias muy fundamentalmente; y hacerles pasar quatro ó cinco años en su estudio; y añadiendo á este obgeto la feliz idea que tienes de hacerles tomar algun conocimiento práctico de las Artes mas usuales, y tambien los principios y reglas de alguna de las Nobles Artes, con todo lo demas que cabe en su edad, y de que hablaré despues, me parece que podemos llevarlos hasta la edad de quince ó diez y seis años sin ninguna ociosidad.

Quando hayan aprovechado en todos estos estudios de la infancia; y quando se hallarán con fuerzas mas proporcionadas á otras fatigas, será tiempo de que adquieran otros conocimientos. Tú no quieres hacer Eruditos ni Doctores. Tú deseas hacer hombres instruidos, de juicio recto, de razon sana, que vean y estimen las cosas como ellas merecen, y que llenen el tiempo de su breve carrera de modo, que lleguen al término con inocencia y paz. Es menester pues alejar de ellos to-

das las ciencias vanas que hinchan; todos los estudios frívolos que corrompen; todas esas quimeras especulativas en que tanto se disputa y nada se sabe. Es menester aplicarlos á los principios de las Artes útiles, y de las ciencias prácticas en que un hombre cuerdo se ocupa dignamente; porque por un lado pueden con esta instruccion ser útiles á los demas hombres; y por otro deben elevar su alma al conocimiento, á la admiracion y al amor de su Criador.

Nada es tan propio para conseguir estos fines, como el estudio de la naturaleza. No el de la naturaleza imaginaria, tal como la han forjado en su celebro Philósophos atrevidos, sino tal como la hizo Dios; tal como ella misma se manifiesta á la experiencia, quando esta la consulta; y como la vé la modesta razon, pues sabe contentarse con lo que ella le descubre. Alejemos de su espíritu esa ambicion insensata y temeraria de quererle arrancar los secretos que oculta, esa jactancia presuntuosa de adivinar los arcanos que esconde. Que se acostumbren á desconfiarse de su imaginacion; á no embarcarse en este piélago sin la sonda en la mano; á no abandonar jamas la experiencia su inseparable compañera; á dar pasos tímidos y circunspectos; á no avergonzarse de confesar su ignorancia, y á no jactarse de saber lo que ignoran.

Este estudio tomado con estas precauciones, despues del de la Religion, es el mas digno del hombre; ó para decirlo mejor, es el que mas completa y perfecciona el estudio de la Religion; porque es el que mas nos descubre el amor, la sabiduría y la magnificencia de su Autor. Este es estudio sóli-

do, porque le instruye de lo que existe; le hace conocer quanto le rodea; y se aprovecha de lo que puede serle útil. En fin manifiesta las muchas é íntimas relaciones, y la absoluta y entera dependencia en que la criatura está de su Criador.

Pero este estudio se debe hacer sin pensar y en todo tiempo; de manera que sin sentir y casi sin designio lo puedan aprender. Léjos de que nos ocupe ni nos cueste fatiga este estudio, debe ser recreo y descanso de los otros. Nuestros paseos diarios deben destinarse únicamente á esta instruccion. El campo debe ser nuestra escuela, y divirtiéndonos aprenderémos el nombre, la realidad y las propiedades de quantos obgetos se nos presentan á los ojos. Desde el grano de arena hasta el peñasco, desde el tomillo hasta el olmo, todo lo debemos conocer y exâminar.

Allí pues aprenderémos la Historia natural. No será nuestro gabinete una sala grande ó pequeña en que se habrán acumulado de regiones remotas producciones exôticas y raras, cuya coleccion seria difícil, y apénas se sacaria utilidad. Nuestro Theatro será mas magnífico y vasto, porque será todo el horizonte que pueda registrar nuestra vista. Serán todos los obgetos á que pueda alcanzar nuestra mano, y los harémos pasar por nuestro exámen, para distinguirlos y aprovecharnos de sus lecciones.

Con este fin tratarémos de conocer todas las plantas de nuestro territorio. Aprenderémos su nombre, su semilla y sus virtudes; y con esto nuestros enfermos campesinos podrán tal vez hallar remedio en sus dolencias, y sacarán de nuestro estudio algun alivio. Lo mismo harémos con los ár-

boles, arbustos, yerbas, flores, frutos, piedras y todas las demas riquezas que contenga nuestra region. Todas pasarán por nuestro exámen. Los animales desde el tardo insecto hasta el ligero ciervo, y desde el conejo tímido hasta el lobo rapaz serán tambien obgeto de nuestra indagacion.

Pero el caballo generoso, el büey trabajador y el paciente asno, que son tan útiles al hombre, no solo serán obgeto de nuestra curiosidad, sino tambien de nuestra atencion. No solo procurarémos conocer sus calidades para aprovecharnos de su servicio con ventaja, sino aprenderémos á socorrerlos y curarlos en sus enfermedades. En fin nada de lo que puedan ver nuestros ojos y tocar nuestras manos se escapará de nuestro conocimiento; y exhortaré á cada uno de los niños á que tenga un estante separado, en que ponga segun su gusto lo que le parezca mas curioso. Sin duda que no pondrá mas que cosas comunes. ¿Pero qué importa, si el obgeto es que aprenda á hacer colecciones de piedras, insectos ó mariposas? Que se acostumbre á poner cada cosa en su lugar, á clasificarla por su órden; y este estudio, que fué la diversion de su infancia, podrá ocuparlo toda su vida, y ser un estímulo incesante de su adoracion al Criador.

Tú quieres que aprendan algun Arte, y te lo apruebo mucho; pero sin perjuicio de esta idea, yo quisiera que quando llegaran á la edad de diez y siete años, en que debemos suponerlos mas robustos, aprendieran á ser Jardineros. Para esto yo daria á cada uno un corto terreno cerrado, y donde ninguno pudiera entrar sin su permiso. Per-

mitiria el primer año, que tu Jardinero fuese á hacer el plantío y enseñarles. Pero despues deberia correr por cuenta de los propios jóvenes el cultivo ulterior; y me parece que la emulacion de los nuevos Jardineros produciria la aplicacion de ambos.

Tengo por cierto, que esta ocupacion pudiera serles muy útil. Desde luego aprenderian á conocer las tierras; el arte de mejorarlas para hacerlas mas fecundas; la necesidad y ventajas de los abonos; obgetos todos tan ignorados, como esenciales en el cultivo de los campos. Fuera de esto aprenderian á plantar, regar, conocer y mejorar las legumbres, los frutos y los mejores tiempos de cogerlos ó plantarlos. Es muy difícil, que un Jardinero mercenario no sirva bien á un amo, que sabe tanto como él; y este ramo de la Agricultura tan útil por sí mismo añade muchas delicias y abundancias á la casa en que se maneja bien. Por otra parte es tan dulce ver crecer el árbol que se ha plantado, ó comer el fruto que nuestra propia mano ha sabido ingerir, que el que vive en el campo con estos talentos tiene en sí mismo un manantial inagotable de placeres. Ademas este egercicio les fortificará el temperamento, trabajando cada dia una ó dos horas.

Pues tu intencion es hacerles grata la mansion del campo, me parece que no debemos olvidar las Artes agradables. Ya tienen algunos preceptos de la Música y Dibujo. Su virtuosa madre se aplicaba á darles los primeros elementos. Es menester pues no dejárselos olvidar; y al mismo tiempo hacérselos aprender bien. Y pues tú, amigo, tocas con tanta destreza el Forte-piano, y eres tan hábil

en la Música, tú debes encargarte de esta parte. Es mucha fortuna que tú estés en estado de enseñarles, que si no seria menester hacer venir otro; y esto no deja de tener sus inconvenientes. Despues te diré la vigilancia de que necesitamos, para alejar de nuestros niños toda comunicacion que no sea segura. Pero en fin siendo tú su Maestro no hay que temer; y tambien tendrás el gusto de enseñarles un Arte, que en muchas ocasiones puede servirles de recreacion inocente, y tal vez les será un desahogo necesario.

En quanto al Dibujo, fuera del Colorido, yo me encargo; porque á Dios gracias me he egercitado en él lo bastante para poder instruirlos bien. Yo sé por experiencia, quán grande es el placer y embeleso que produce; y es muy notoria su utilidad. El Dibujo se puede llamar la lengua de las Artes; porque con él se habla á los ojos, y se les pinta la idea que no exîstia mas que en el pensamiento. Este Arte es necesario para entenderse y hacerse entender de los Artistas; para no engañarse y poder dar una especie de realidad á las creaciones de la imaginacion. El que sabe dibujar, sabe ver; porque se fija en el espíritu la idea de los obgetos y de sus proporciones con exâctitud: se los retrata con fidelidad, y tales como son: pero el que vé vagamente, sin tener cuenta ni saber el modo de determinar los contornos, medidas y lineamentos de los obgetos, los altera con su fantasía, y no puede significarlos ni describirlos con la exâctitud que conviene.

Este Arte tan necesario á todos, lo es mas á un grande Hacendado, que tiene que tratar con

Artistas de toda especie, así para los instrumentos del campo, como para las construcciones y reparos de sus edificios: y debe aprenderse desde muy temprano, porque necesita de una mano ligera y flexîble. Tus hijos están todavía en la edad conveniente; y yo te prometo, que no perdonaré medio para que lo aprendan bien. En especial me aplicaré á que sepan hacer planes, porque así podrán dibujar la extension y las figuras de sus tierras.

Me parece, que con esto tendrán con qué ocuparse hasta la edad de diez y siete años, en que ya mas robustos de cuerpo, y mas formados de espíritu, será menester reforzar sus estudios y dar otra forma á sus ocupaciones. Pero hasta entónces nuestro grande cuidado debe ser el de llenar todos los instantes de su vida, para desterrar léjos de ellos la ociosidad: y el medio de conseguir un fin tan importante y tan difícil, es dividir todo su tiempo entre estudios y recreaciones; pero de manera que las recreaciones sean útiles para los egercicios del cuerpo, y para ciertos estudios ligeros ó de entretenimiento, que se deben hacer en los paseos; y que los que llamamos estudios serios sean de cosas que puedan servir para la instruccion y el egercicio de las virtudes.

Tú extrañarás quizá no oirme hablar ni de la Poesía ni de la Historia. En quanto á la Poesía, yo no la estimo conveniente: me parece un Arte que para no ser ridículo, es menester ser sublime; y esto es dado á pocos. Creo que es necesario nacer y sentirse casi con el ingenio de un Virgilio para dedicarse á él sin rubor. Aun supuesto el talento, queda mucho campo abierto para el rezelo, por

el defecto de los obgetos á que se aplica. La razon es la misma, quando se presenta con el trage de una decente y decorosa prosa; y la Poesía no le añade ni fuerza ni verdad. Solo la viste con adornos, que por la mayor parte no consisten sino en la material combinacion de las palabras. Por otra parte si tuviera alguna ventaja, un hombre de bien no deberia emplearla sino en cantar la gloria de la Religion, en exhortar á la observancia del Moral, ó en pintar con elegancia la hermosura de la Virtud. Fuera de estos asuntos, todo lo demas es ó pueril, ó indecente, ó ridículo. Y por lo comun la veo emplear de tal manera, que no me es posible contar con ella en nuestra educacion.

En quanto á la Historia profana la miro como una lectura arriesgada. Es un vaso, cuyos bordes están dorados; pero el fondo suele estar lleno de ponzoña. Muchos Historiadores penetrados por la mayor parte del espíritu del mundo, lo derraman en sus narraciones sin reparo. Pintan los obgetos con falsos coloridos; transforman los vicios en virtudes; ensalzan la ambicion; exâltan la gloria humana; y están casi siempre por las pasiones dulces y agradables. El Conquistador es su héroe; la modesta narracion es baja; y hasta los delitos como sean brillantes son aplaudidos. El lector incauto, que no tiene formado el juicio, se traga el veneno sin sentirlo; y adquiere ideas que corrompen su corazon, y le desacreditan el Evangelio. Preservemos á nuestros niños de tan funesto contagio; y si algun dia deben leerla, que sea quando ya pueden discernir los errores, ó con alguno de nosotros, que les presente los preservativos.

Pero para conseguir el fruto de nuestra aplicacion, es indispensable que tomemos de acuerdo ciertas disposiciones previas de que te voy á proponer algunas. La mas esencial es, que estorbemos el que jamas hablen á solas con ninguno, que pueda destruir en un instante todo el trabajo de muchos dias. Por regla general es menester, que no tengan criado destinado á servirles, á fin de que se hagan al trabajo, que hagan uso de sus miembros, y que sientan el precio de su independencia. Tus hijos pues deben saber, que no pueden mandar á nadie. Y los criados deben estar advertidos de no obedecerlos, y de no hacer por ellos nada de lo que pueden hacer ellos por sí mismos.

Lo que nos importa mas que todo es, que dispongamos las cosas de manera, qué nunca por ningun motivo los degemos solos y en la ocasion de hablar con alguno, como no sea en nuestra presencia. Te repito esto, porque considero muy importante, que nadie les diga palabra que no la oiga uno de nosotros. Bien sé que esta es una terrible sugecion; pero si queremos conservar su inocencia, es indispensable que nos hagamos de ello una ley inviolable. De mi parte te prometo, que jamas me separaré un instante de ellos; y que sin afectacion, sin pedantería, sin que ellos mismos ni otro alguno advierta mi vigilancia, nadie les dirá nada que yo no escuche. Pero si por desgracia me hallo enfermo ó impedido, será menester que tú me suplas.

Insisto tanto en esto, porque se llega fácilmente al puerto sin vientos contrarios; pero una borrasca sola puede conducir al naufragio. Los

niños por la delicadeza de sus órganos guardan con tenacidad las primeras impresiones que reciben ; sobre todo quando halagan á los sentidos, y vienen de los que aman. ¿Qué adelantarémos pues en procurar acostumbrarlos á que juzguen de todo por los principios de la razon y Religion, en dirigirlos á la victoria de las pasiones y sentidos , y enseñarles la frugalidad y el desprecio que merecen los bienes terrenos, las grandezas humanas , y los placeres fugitivos ; si una visita, un criado , un indiscreto les habla de estos mismos obgetos con tal estimacion y tantos deseos, que serian capaces de hacer impresion aun en espíritus mas formados?

El estilo del mundo es por sí mismo falaz, seductor , y mucho mas en labios profanos, que no tienen ideas morales , y están muy apegados á la tierra. Por lo comun no se habla de los bienes verdaderos ; y si se habla es con tanta tibieza , que no pueden inspirar mas que indiferencia. Los mas oficiosos y ménos perjudiciales serán los que se querrán meter á preceptores : y les dirán : Levanta la cabeza ; ponte derecho ; no dobles el cuerpo ; y vé aquí toda su doctrina.

Si declaman con gracia algunos versos profanos en que se pinte el amor apasionado , y descubren en ellos alguna de las calidades que el mundo estima , entónces los aplaudirán , mostrando toda la expresion de la alegría. Pero si les observan defectos graves de aquellos , que descubren al que conoce el corazon humano una corrupcion abominable, entónces no harán mas que reir

y divertirse. Si los que están encargados de su educacion, procuran humillar su orgullo y corregir su amor propio; la aprobacion y el aplauso de estos indiscretos les inspiran odio contra los severos Preceptores, y quitan á estos los medios de ser útiles.

Amigo, á los niños se debe mucha reverencia. Los egemplos son muy poderosos, quando halagan nuestra natural corrupcion. El que en presencia de un niño con ademanes de alegría hace alguna cosa, ó dice alguna máxîma seductora, sin decirle nada, le deja una impresion mas fuerte, que la que puede hacer el que discurriendo de la virtud lo exhorta á seguirla. Preservemos pues á los nuestros de toda impresion extraña; y para esto no hay otro remedio, que sin afectacion y sin que parezca desconfianza, uno de los dos esté siempre delante. Nuestra presencia contendrá á los extraños y criados; y si por desgracia se les escapara una mala palabra ó egemplo, nuestra correccion detendrá el influjo. Repito, que esta es mucha esclavitud para el que no tiene el corazon de un padre ó de un amigo, que se propone hacer la obra de Dios. Pero el mismo por quien se hace nos dará la fuerza.

Creo que si tenemos esta constancia; si sabemos ocupar su tiempo en los estudios y los egercicios que van dichos; si los alternamos con recreaciones de su gusto, en que egerciten sus cuerpos, para satisfacer la necesidad de movimiento que la naturaleza inspira á su edad; si sabemos divertirlos en nuestros paseos con el arte de presentar á su curiosidad obgetos nuevos, y con el gusto de sa-

tisfacerla á cada paso; y si en fin sabemos ganarles el corazon con nuestra ternura y los placeres puros que les podrémos procurar; entónces ignorando y no deseando los placeres pérfidos y corruptores, contentándose con las simples é inocentes diversiones de la naturaleza y del espíritu, que les harémos renacer sin cesar, podrán llegar á la edad de diez y siete años, habiendo empleado bien todo su tiempo, y conservado la pureza y el candor de su corazon. Se hallarán instruidos de todo lo que deben saber, y en estado de continuar los otros estudios y egercicios propios de su menor edad, hasta que llegue el momento de ponerlos en los brazos de una modesta esposa con la misma inocencia que ahora tienen.

Ya tenia escrito esto, quando volvió mi amigo; y desde que pudimos quedar solos, me dijo: Y bien, Mariano, ¿has visto mi papel? No solo lo he visto, le respondí, sino que segun tu órden he escrito otro, en que te expongo mis ideas sobre la educacion de tus hijos. Al instante quiso que se lo leyese, y me pareció que lo escuchaba con mucha complacencia; pues repetidas veces dió señales de aprobacion. No bien lo acabé, quando vino á mí, y echándome los brazos al cuello me dijo: ¿Y tú eres el que no se halla capaz de encargarse de una crianza? ¡Ay, Mariano! Todas esas ideas son sólidas y verdaderas. Yo no las hubiera imaginado; pero desde que te las he oido, las hallo en mi corazon. ¡Quánto te debo por tus sacrificios!

Degemos que los otros dén la educacion que quieran ó que puedan. Al Gobierno toca mejorar

la pública ; y nosotros no podemos prescribir á los padres y los preceptores el méthodo y el órden de las suyas ; pero podemos y debemos dirigir la que nos ha confiado el Cielo. Mi Director dice, que á falta de las buenas instituciones públicas , cada padre debe egercer una especie de Magisterio doméstico , y ser el Director y como el Apóstol en sus propios hogares.

La desgracia es, que la mayor parte de los padres, ó mal educados ellos mismos , ó atados á la cadena de otros negocios, ó no pueden ó no saben lo que es necesario para serlo ; y yo soy uno de ellos. Pero que hagan lo que yo : que busquen un amigo que los ayude , y que pidan al Cielo les depare uno como el mio. Sí , Mariano ; tú serás nuestro Conductor, nuestro Maestro comun. Pero no pienses que porque tú tienes la generosidad de condescender á mis deseos , yo quiera descargarme de todo el peso , y echarlo sobre ti. No , amigo ; la carga es mia ; Dios me la ha dado ; yo soy el padre , y debo tomar la parte mas penosa.

Lo que te pido únicamente es , que me ayudes en aquello de que por mi ignorancia no soy capaz. Este es un empleo, una funcion en que nos vamos á ocupar de mancomun. Los dos nos darémos un auxîlio recíproco. Pero yo adopto por entero tu plan, y te ofrezco sugetarme á tus ideas con escrúpulo. La educacion que me propones , es precisamente la que deseo que mis hijos reciban ; y desde hoy mismo arregla lo que te parezca conveniente.

En efecto aquel dia mismo se dió órden para que se pusiera mi lecho en una pieza en que estaban los de los niños, y que lindaba con la alco-

ba de su padre. Al otro dia se arregláron todas las horas de la familia, y los destinos de los criados, en que no quedó ninguno ocioso, y en que cada uno fué declarado responsable de la parte que le cabia. Pero en esta distribucion no quedó señalado ninguno ni para mí ni para los niños. Yo les dige, que no siendo ni inhábiles ni mancos, pues teníamos buenos brazos, no teníamos necesidad de que nos sirviesen. Que yo desde que empecé á ser hombre, no habia querido depender de otro para servirme, sino hacerlo todo por mí mismo; y pues ellos lo empezaban á ser, era razon que se desprendiesen de una esclavitud, que solo era necesaria á la ineptitud de la infancia. Ellos adoptáron este pensamiento como una fiesta; se hicieron un punto de honor, y renunciáron á toda idea de servicio ageno.

En la hora del desayuno arreglámos tambien nuestra distribucion personal; esto es, el uso que debiamos hacer de todas las horas del dia; y despues de haber consagrado los primeros momentos de la mañana y algun tiempo de la noche á las gracias que debemos al Autor y Conservador de nuestra exîstencia, distribuímos todo lo demas en estudios, recreaciones y paseos. Allí por la primera vez les empecé á dar alguna idea del imperio que debe tener la razon sobre nosotros, del respeto y sugecion que le debemos, y del amor que debemos al órden, tanto porque Dios lo ama, pues es su autor, como porque nuestro propio interes lo exîge. Estos han sido los dos polos ó los dos eges en que ha estribado la parte moral de mi educacion; y desde la vez primera, viendo la facilidad con

que me entendiéron, y la docilidad con que se sugetáron, conocí su aptitud y su buen corazon.

Desde entónces pues empezó nuestro méthodo, y continúa hasta hoy.

Referirte por menor todas las ocupaciones de cinco años, seria imposible. Baste decirte en general, que una vez que se estableció el órden de nuestra vida, lo hemos seguido con regular exâctitud: que tanto su padre como yo, fieles á nuestro plan, hemos sido inseparables compañeros de nuestros niños: que hoy que Félix tiene ya mas de quince años y Paulino catorce, son ya dos gallardos muchachos, llenos de fuerza y robustos, instruidos en todos los oficios, y muy hábiles en el Dibujo: que ya conocen, distinguen y ponen en su clase todas las producciones, que la naturaleza ha concedido á su territorio: que ambos están muy adelantados en la Geometría, y aun mas en la Álgebra; pues los dos cuentan ya con tanta superioridad, como pudieran dos Comerciantes.

Debo añadirte, que no han hecho menores progresos en la Música y el Colorido, con esta diferencia, que aunque los dos han aprovechado mucho, Félix lleva á su hermano tanta ventaja en el Colorido, como Paulino la lleva en la Música. Esto ha dependido sin duda de la diferente aptitud. Dentro de poco pensamos dar á cada uno su terreno, para que cultiven su jardin. Su padre y yo vemos con mucha complacencia el fruto de nuestros trabajos, y estamos muy bien pagados de nuestros cuidados y desvelos; porque fuera de tan rápidos progresos con que se adelantan en toda especie de conocimientos útiles, observamos con placer, que Dios

los ha dotado de buenos corazones, de sentimientos honrados, de inclinaciones dulces, y de un gran fondo de razon.

Todavía no han podido hacer el estudio serio de la Religion, que les reservo para mayor edad; y con todo me parecen ya tan enterados de sus pruebas, y tan persuadidos de su verdad, que no será fácil disuadirlos. Me atreviera á desafiar á todos los Philósophos, y no creo que pudieran desquiciarlos de los fundamentos de la Fe. Ya los tengo por invulnerables y superiores á todos sus ataques. Pero á pesar de esta persuasion, y aunque continuamente los procuramos entretener en estos principios; su padre y yo les reservamos para de aquí á quatro ó cinco años un estudio mas profundo, mas seguido y raciocinado. Yo espero, Antonio, que han de ser hombres muy útiles y estimables. Lo que me consuela mas que todo es, estar persuadido á que conservan pura su alma, y que todavía no han perdido la gracia de la inocencia.

Tú me dirás, amigo, que esto ha podido ser fácil en sus tiernos años; que les quedan muchos que pasar ántes de llegar al tiempo, en que los podamos conducir á la dulzura de un thálamo virtuoso; y que estos son precisamente los mas turbulentos y peligrosos. Todo esto es verdad. Pero Dios, que nos ha favorecido tanto hasta aquí, nos continuará su proteccion, y nuestra vigilancia no se cansará. Ya su padre y yo hemos formado el plan de nuestra conducta ulterior; y vé aquí los medios de que nos servirémos. Todavía les dejarémos continuar los mismos egercicios dos ó tres años, así para que acaben de formar su temperamento, como

para que se perfeccionen en sus estudios.

Quando lleguen á los diez y ocho ó diez y nueve años, que serán mas robustos, y su espíritu estará mas formado, darémos otra forma á sus egercicios, y los dirigirémos á estudios mas elevados. Ya tienen muchas ideas de la Agricultura; ya conocen su importancia; y en nuestras conversaciones y paseos han adquirido las primeras nociones; pero entónces harémos un estudio mas serio y mas comprehensivo de todos sus ramos. Su padre piensa dar á cada uno una heredad moderada; esto es, una mediana extension de tierra, que pueda cuidar por sí mismo, dotada de los instrumentos necesarios para su cultivo. Su intencion es que ellos dirijan por sí mismos su cultivo, y asistan con los sirvientes necesarios: que verifiquen tambien las nuevas experiencias que estén acreditadas en Europa; y que observen con la mayor atencion el efecto de las mejoras de las nuevas invenciones que parezcan mas recomendables.

Ya montan muy bien á caballo; pero entónces se les acostumbrará mas á este egercicio. El estudio de la Historia natural, que hasta aquí no ha sido mas que un juego ó entretenimiento, pasará entónces á ser una parte de la Theología. Hasta ahora nos hemos contentado con ver los obgetos de la naturaleza por de fuera; no hemos hecho mas que conocerlos, distinguirlos, llamarlos por su nombre, saber sus usos mas conocidos, sus propiedades mas comunes, ó para decirlo en una palabra, no nos hemos casi ocupado en otra cosa, que en aprender su nomenclatura.

Pero entónces empezarémos á verlos por aden-

tro ; nos aplicarémos á registrar su organizacion interior. Admirarémos las maravillas de su estructura. Exâminarémos el arte secreto de su mecanismo ; y combinarémos los usos en que puedan emplearse para el servicio del hombre : todo esto haciéndonos conocer la maravillosa , oculta y admirable industria con que la naturaleza elabora todas sus producciones , nos hará conocer tambien la infinita sabiduría de su Autor ; nos descubrirá el concierto , la harmonía y el arreglo de cada cosa en sí misma y de todas entre sí. Nos mostrará la justa proporcion de la causa con sus efectos ; nos hará divisar los designios que el Autor supremo nos descubre en cada obgeto : y esta admirable consonancia con que todo se corresponde en las obras de su mano , nos llenará de estupor y de admiracion. Verémos en ella el poder , la sabiduría, la magnificencia y el amor con que Dios ha tratado al hombre ; y cada movimiento de nuestro asombro será un acto de amor y de adoracion.

Para ayudarlos en este inmenso y magestuoso estudio , les daré una idea de la Physica general. Esto es , les contaré las opiniones de los hombres, distinguiéndoles lo poco que se sabe , de lo mucho que se opina , y de lo infinito que se ignora. Pero á fin de que las pocas verdades que se saben , se graben mejor en su memoria , haré venir mi gabinete ó mi coleccion de instrumentos , y con ellos les haré ver los verdaderos phenómenos , que la experiencia ha revelado á nuestra curiosidad.

Tambien les daré una instruccion mas extendida de los elementos de la Química , para que se formen una justa idea de la transformacion de las

substancias, y de la utilidad que han sacado las Artes de la disolucion de las materias: y les enseñaré con mas individualidad la Geographía, asi para que conozcan la casa en que habitan, como para que puedan entender la Historia, quando llegue el caso de que la leamos juntos.

Pero en lo que procuraré detenerlos mucho es en la observacion del Cielo, y en el estudio de la Astronomía. Esta ciencia, que trae consigo tanto atractivo y embeleso, es tambien la que mas contribuye á divisar de algun modo la grandeza, la magnificencia y la inmensidad del Criador. Esos innumerables Globos colgados en la Esphera: esos Astros brillantes, que los Telescopios multiplican á medida que se perfeccionan: esos Orbes casi sin término, á que el Telescopio no alcanza, y que la razon supone por analogía; ¿quién los divisa sin llenarse de admiracion y de espanto?

¿Quién levantando los ojos á la Esphera, y contemplando en el incomparable espacio tantos Globos celestes, alumbrados por Soles sin número, no reconocerá su pequeñez y su miseria? ¿Qué hombre no se sumergirá en su nada; y quién en fin se apegará á los bienes de la tierra, quando vé en la grandeza de los Cielos un indicio de la magnificencia que no puede ver, pero que puede esperar?

Sí, Antonio. Nada hay en este bajo mundo que pueda darnos alguna idea de su Autor, como la inmensidad de estas grandiosas obras de su poderosa mano. Yo espero divertirlos, interesarlos y ocuparlos mucho con ellas. Sobre todo espero conservar en su corazon el amor y el temor, el respeto

y la gratitud que se debe á un Dios, tan poderoso, tan magnífico y liberal con sus criaturas. Espero tambien hacerles concebir, quántos bienes prepara á la virtud el que despues de hacernos ver tan grandes cosas, nos dice, que reserva en su mansion para sus escogidos lo que los ojos no han visto ni han escuchado los oidos.

Estas son las ocupaciones con que hemos proyectado conducirlos al dia en que se fige su destino, y deban gobernarse ya por sus propios consejos. ¡Dichoso yo, si puedo contribuir á su felicidad, y que la propaguen á los hijos que tengan! ¡Mas dichoso, si logro que salgan de mis manos tan puros é inocentes como entráron! Y ¡mil veces mas dichoso, si Dios á quien consagro mis deseos, y de quien imploro los auxîlios, se digna de aceptar este pequeño sacrificio!

Esta carta es ya tan larga, que no me atrevo á continuarla; y con todo no he podido hablarte en ella mas que de los hijos. En mi primera te hablaré del padre. Á Dios, querido Antonio.

# CARTA XXXVII.

*Mariano á Antonio.*

Antonio mio: Voy á continuar mi relacion, y como te prometí en mi última, á hablarte del padre. Ya te acordarás, que quando te encaminabas á la América, y me tragiste aquí, la primera cosa que te dió en rostro fué la miseria de este Lugar. Yo me acuerdo de que tú viendo este espectáculo horroroso me digiste, que aunque por desgracia muchos de los Lugares de España en ciertas Provincias eran infelices y miserables, no habias visto ninguno que lo fuese tanto, y no podias concebir cómo se toleraba, que una sociedad de hombres viviese con tan poca policía y aseo; y añadiste, que esto degradaba la humanidad.

En efecto las casas por la mayor parte eran asquerosas y amenazaban ruina: tan bajas, que no se podia estar en pie: tan hondas, que el agua no podia salir y estaban siempre húmedas: sus ventanas eran tan pequeñas, que el ayre no podia circular. Así los asilos de aquellos miserables, léjos de servir de reparo á sus fatigas, eran sepulcros de vivos. Las calles estaban tan cargadas de inmundicia, y tan llenas de infeccion, que no extrañámos, que la salud, la robustez y la alegría no pudiesen habitar en ellas. Concebímos la verdadera causa de la miseria, y nos afligió mucho

ver tantas gentes con el aspecto de hambrientos, y con el horror de la desnudez, y nos presentaban el de la mas lamentable indigencia. Tú partiste, y yo quedé consternado, considerando la infeliz sociedad á que me destinaba el Cielo.

Mi corazon se afligió mas, quando habiendo ido á buscar al Cura, lo encontré en una Iglesia obscura, húmeda, triste, desaliñada, y que apénas presentaba un lugar decente para ofrecer el Sacrificio, y así las vestiduras como los vasos del culto me pareciéron muy pobres. No pude ocultar al Cura la pena que me causaba este espectáculo. Él me manifestó la suya, y me dijo, que esto le atormentaba en seis años que llevaba de Cura; pero que su Parroquia era en general muy pobre: y que si algunos vivian con tal qual comodidad, los mas eran infelices, y á ninguno sobraba nada.

Me añadió, que sus rentas eran cortas, y no bastaban á socorrer lòs muchos pobres, que sin su auxîlio moririan de necesidad; y que siendo estos los templos vivos de Dios, le parecia que merecian ser preferidos. En fin yo no veia ni escuchaba nada, que no me cubriese de luto el corazon. Lo único que me consoló fué el mismo Cura, que me pareció en su aspecto y discursos hombre sensato y religioso, de mucho juicio y grande instruccion. La experiencia nos ha hecho conocer despues su prudencia, madurez y virtud.

Desde que volvió mi amigo, le dí parte de mis tristes observaciones, y él me respondió: Yo lo he visto como tú, y la primera impresion que me hizo fué tan melancólica como la que tú expe-

rimentas. Pero una reflexîon me ha calmado, y espero que produzca el mismo efecto en ti. Yo me dige: pues Dios me trae á este Lugar, que parece desdichado, y me da los medios de poder remediarlo, sin duda que me hace venir para que sea el reparador de tantos males. Vé aquí pues la vocacion de mi vida: vé aquí el destino que me explica el Cielo: tú puedes decirte lo mismo; y en vez de gemir sobre tantas miserias, trabagemos para remediarlas.

Veo que hay mucho que hacer; pero harémos lo que podamos, y se puede conseguir mucho con la proteccion del Cielo, y quando se va despacio y con madurez. Hagamos quanto sea posible, pero que sea sin fausto ni ostentacion. Empecemos por hablar con el Cura, y ponernos de acuerdo con él. Estoy informado, de que en la Ciudad vecina hay un buen Arquitecto, lo harémos venir, le pedirémos que nos haga un plan en que nos proponga los medios de extender, aclarar y hacer sana la Iglesia, y nos podemos servir de su talento para concluir esta obra.

Pedirémos al Cura, que vaya á la Ciudad, que compre todos los ornamentos y vasos que le parezcan necesarios para la decencia y magestad del culto; y en breve todo esto puede estar reparado. Que estas sean nuestras primeras ocupaciones. Tú y yo debemos considerarnos como hombres que ha traido aquí el Cielo para ser los Padres de este Pueblo. Yo seria reo de toda la miseria que pudiera haber aquí, si no la remediara. Dios me impuso esta obligacion dándome tantas tierras y derechos, y ahora me la renueva ha-

ciéndome vivir con estas gentes: todos los pobres son mis hijos, y van á ser obgetos de mi solicitud. Empecemos pues por ellos; pero sin olvidar á Dios.

Yo aplaudí ideas tan christianas. Vino el Arquitecto; se proyectó el plan; se emprendió la obra. La Iglesia se agrandó, se aclaró y adornó. El Cura trajo de la Ciudad lo que encontró mas propio para servir á los usos del culto: y quando todo estuvo pronto, hicimos para bendecir y abrir la Iglesia una funcion devota, en que yo dige la Misa, y el Cura nos predicó un Sermon. Este Sermon acabó de darnos una idea digna del mérito de nuestro Pastor; pues nos predicó con la simplicidad que correspondia al auditorio; pero con toda la pureza y elevacion que pide el Evangelio, y con la tierna y religiosa uncion de un corazon devoto y penetrado.

Mi amigo habia mandado hacer para aquel dia doscientos vestidos de hombre, otros tantos de muger, y quatrocientos de muchachos, y los habia dado al Cura para que los distribuyese entre los mas desnudos. Todos asistiéron vestidos ya con decencia á nuestra Misa, y esta circunstancia contribuyó mucho á hacer mas plausible nuestra fiesta, que fué muy alegre sin dejar de ser devota. Parecia que todas aquellas gentes habian adquirido un espíritu nuevo: que se hallaban gozosas de verse con una Iglesia mas espaciosa y elevada, en que ya no temian infeccion ni humedad, en que se veia mas luz, se respiraba mejor ayre, y se adoraba á Dios con mas decencia.

Para acabar de una vez este asunto te diré,

aunque sea adelantando las épocas : que una de las cosas que nos afligiéron mas , fué que entrando un dia en la Escuela , no vimos en ella mas que un corto número de muchachos , á quienes se les daba una enseñanza muy imperfecta. Nos pareció muy extraño , que en un Lugar en donde habia tantos muchachos , hubiese tan pocos que quisieran aprender los rudimentos mas necesarios. Pero lo que nos afligió mas que todo fué ver al Maestro , que conocimos era un idiota , que apénas sabia leer , ménos escribir , y que solo sabia la Doctrina Christiana por rutina sin entenderla.

El Cura que nos acompañaba nos dijo : que en el Lugar no habia otro ni podia haberlo ; porque no era posible proporcionar á un Maestro , que fuera capaz de enseñar bien , un salario competente con que poder subsistir : que esto provenia de que una gran parte de los padres eran tan pobres , que ni siquiera podian pagar la módica retribucion acostumbrada : que otro gran número que pudiera pagarla , siendo ignorantes ellos mismos y no conociendo la importancia de esta instruccion , se descuidaban de enviar á sus hijos , y preferian ocuparlos en cosas que creian mas útiles: que estando la Escuela desierta no era posible pagar un Maestro , y que si el actual hacia esto era porque no podia vivir de otra manera: y que mejor era aquello que nada , y aun así se veia continuamente precisado á socorrerle.

Con este motivo nos contó , que el año antecedente habia venido al Lugar un hombre nacido en el Lugar mismo : pero que habiéndose criado en la Capital se habia instruido bien , y era un

Maestro excelente : que estaba en estado de enseñar bien á leer , escribir y contar , y á mas muy bien enterado en la Doctrina Christiana , y capaz de enseñarla con perfeccion : que habia hecho quanto era posible para detenerlo , y que tomase la Escuela del Lugar á su cargo : que el mismo Maestro lo deseaba , porque tenia en él sus parientes y amigos ; pero que habian visto que era imposible , porque el abandono general de la Escuela y la incuria de los padres imposibilitaba su subsistencia.

Esto me causó , señores , tanta mas pena , nos añadió el Cura , porque yo hubiera encontrado en este hombre lo que hubiera satisfecho los mas vivos deseos de mi corazon. ¿Y dónde está ese hombre ? le preguntó mi amigo. Se volvió á la Capital , dijo el Cura. ¿Y pensais , le volvió á decir mi amigo , que si se le ofreciera un salario proporcionado querria venir todavía ? No lo dudo , respondió , pues lo deseaba mucho. Pues bien, señor Cura , concluyó mi amigo , escribidle que venga ; vos señalaréis el salario que convenga darle ; y yo me obligo á hacer que se le dé : que venga , que enseñe á los muchachos de valde , que su obligacion sea instruirlos en la Doctrina Christiana , en leer , escribir , contar y algo de Dibujo , y nosotros harémos lo posible para estimular á los padres á que envien á sus hijos á la Escuela.

En efecto el hombre vino , y ha desempeñado completamente su ministerio. La Escuela está muy bien arreglada : los muchachos van todos : mi amigo tomó para esto medidas que te explicaré des-

pues. Ahora solo te digo, que todos han aprendido, fuera de lo esencial, alguna cosa de Dibujo, y algo del canto de la Iglesia; que responden muy bien á los Oficios; que todos los Domingos y dias de fiesta tenemos Misas solemnes; que yo soy el que las digo de ordinario; que el Cura les hace Sermones verdaderamente útiles y devotos; que todo se practica con la mayor uncion y reverencia; y que te llenarias de edificacion y dulzura celestial si vieras cómo pasamos en la Iglesia las mañanas de los dias consagrados al culto del Señor.

Despues te diré cómo pasamos las tardes. Pero ahora para no perder el hilo de la enseñanza pública, te hablaré de las niñas. Mi amigo preguntó al Cura, qué educacion se les daba; y este respondió, que ninguna: que no habia Escuela en que aprendiesen: que no tenian mas Maestras que sus propias madres, y que siendo estas ignorantes de todo, no podian darles mejor educacion, que la que recibiéron: que en quanto á la Doctrina Christiana él procuraba instruirlas; pero que siendo tantas le era imposible instruir bien á todas: que era una lástima ver la grosería, que heredaban las unas de las otras; pues eran pocas las que sabian leer: que esta era la parte mas triste de aquella poblacion; porque las mugeres por su poca habilidad en todo, estaban ceñidas á las ocupaciones domésticas, y absolutamente privadas de todos los medios de ganar la vida.

Este retrato fiel afligió mucho á mi amigo, y dijo al Cura: ¿No habrá medio para remediar esto? Yo lo veo muy difícil, respondió; porque seria menester establecer una Escuela, dotarla y

encontrar una muger capaz de dirigirla. La muger es lo difícil, volvió á decir mi amigo; porque en quanto á los gastos de la Escuela y su dotacion, yo pudiera hacerlos. Oyendo esto, como si un rayo de luz me pasara por delante de los ojos, me acordé de una muger que yo conocia, y les dige: Yo veo desde aquí una muger, que creo muy capaz de esta confianza. Es una viuda que poco ha perdió su marido, y con él la renta de su empleo. Ha quedado en la última pobreza. Yo la vi en situacion muy desconsolada. Sé que ha tenido una educacion distinguida, y me parece muy superior á lo que necesita una Escuela.

Creo que no se pudiera hacer una eleccion mejor, porque fuera de la instruccion y talento que he dicho, me consta que es prudente, modesta y religiosa: y no me parece imposible que acepte la proposicion, porque busca un destino con que poder subsistir. Mi amigo pidió con encarecimiento que le escribiera sin perder un instante. Yo lo hice: la muger vino: y ha puesto una Escuela que da gusto verla. Muchas muchachas se han educado, y otras se educan. Ya hay muchas que saben la Doctrina de la Religion con una inteligencia muy superior á la comun; que leen y escriben bien, y ademas han aprendido todas las artes propias de su sexô. Ya no hay padre que no se apresure á envíar sus hijas, y no podrás figurarte quánto ha influido esta atencion á mejorar las costumbres públicas; ya todas parecen aseadas, decentes y modestas; se distinguen fácilmente las que han estado en la Escuela; y esto ha contribuido á derramar entre todas una particular decencia y atencion. Despues te contaré el des-

tino de estas niñas, quando acaban el tiempo de su enseñanza.

Miéntras nos ocupábamos en estos obgetos, hacíamos tambien grandes excursiones en el campo, y dábamos grandes y útiles paseos. Mi amigo quiso verlo todo, y reconocer por sí mismo tanto la extension y límites de sus propiedades, como el territorio de la comarca, y no daba un paso sin gemir, porque lo hallaba todo en mal estado. No se veia mas que una porcion inmensa de tierra erial y abandonada: muy poca, esto es, la que estaba mas cerca del Lugar puesta en cultivo, y toda la demas en manos de la inculta y agreste naturaleza. Aun aquella porcion que estaba cultivada, lo estaba de una manera tan superficial y miserable, que no se podia ver sin lástima. La tierra apénas estaba removida, y quando observábamos los tristes Labradores cultivando sus campos, nos daba pena ver sus arados tan pequeños y ligeros, sus animales tan débiles, y por consiguiente los surcos muy superficiales.

Muchas veces me dijo mi amigo: Vé aquí por qué esta tierra, aunque sea tan fértil como es, no produce mas que cosechas infelices. ¿Cómo puede ser fecunda, si está tan poco removida? ¿si se trabaja tan poco, y se le ayuda ó fertiliza ménos? Y vé aquí tambien la causa primera y mas activa de la pobreza de este Pueblo. Todo pais en que la Agricultura no florece, será siempre desdichado; porque con ella todas las Artes se fomentan y adelantan, y sin ella todas se debilitan y se pierden.

Mi amigo pensaba seriamente en buscar un re-

medio á este mal, que es la raiz de todos los males políticos, y arrastra consigo la decadencia y la ruina de los Imperios. Pero no era fácil. Un dia me dijo: Yo he hecho reflexîones, y me parece que la causa mas inmediata de la flogedad y abandono que observamos en nuestros Labradores procede de dos principios. El primero es su ignorancia; no habiendo visto ni conocido nunca mejor cultura, se imaginan que no hay mas que hacer que lo que ellos hacen. El segundo es su pobreza; pues aunque supieran que es posible otra cultura mejor, no tendrian los medios de ponerla en práctica. La tierra es una madre fecunda y agradecida; pero corresponde á proporcion de lo que se le da, y no retribuye sino á medida de lo que se cultiva.

Para vencer estos inconvenientes no veo mas que dos remedios. El primero el del egemplo; al pueblo se persuade con hechos, no con discursos. Me parece que yo haria bien en destinar una porcion de tierra cerca del Lugar á la vista de todos, y hacerla cultivar bien. Allí podrán ver cómo se cultiva bien una tierra, y mis cosechas, que serán ciertamente muy superiores á las suyas, les harán conocer las ventajas del buen cultivo. Será muy posible que ellos no cojan nada, y que yo coja mucho, y entónces verán la diferencia que hay de una tierra bien cultivada á otra que no lo está. Es natural que así suceda, porque la mayor parte de la pérdida de nuestras cosechas tiene por principio los defectos de nuestro cultivo. Esto me parece demostrable, y para convencerte te pido sigas con atencion el raciocinio que voy á hacer.

La experiencia nos hace ver, que por lo comun las causas por qué se pierden las cosechas en España, y que tantas veces exponen la Nacion á la miseria, son quatro: ó las aguas excesivas del invierno deslien la tierra y destruyen el grano; ó los yelos tardíos, que sobrevienen quando ya están formadas las cañas, les cortan la vegetacion; ó la falta de lluvias en la Primavera deseca las plantas; ó finalmente los calores bochornosos que producen los vientos meridionales, y que llegan en el momento de la granazon, enjugan el grano, lo disminuyen y le hacen perder su natural grosor. Me parece que estas son las causas ordinarias de la pérdida ó diminucion de las cosechas, y que todo lo demas que puede hacerles mal es un fenómeno extraordinario, de que no debe hacerse caso ni mencion.

Supuestos estos hechos, es fácil considerar la diferencia de un buen cultivo al malo, y las ventajas de una tierra bien preparada á otra que no lo está. Llamo mal preparada á una tierra que no está labrada mas que superficialmente, porque el arado no ha profundizado, y que por este defecto no ha podido sacar nueva tierra, que esté descansada y sea productiva, sino que presenta siempre la misma superficie ya fatigada de haber producido: quando no se ha dividido la tierra ni pulverizado, sino que se le dejan grandes glebas, que no solo no producen, sino que impiden que produzca la tierra que cubren: y en fin quando porque no se ha removido el interior, se conserva el fondo duro, y queda la simiente superficial expuesta á todos los inconvenientes: que por consi-

guiente no puede nacer, y si nace no puede tomar consistencia ni robustecerse, porque á causa de la dureza del fondo no puede penetrarlo con sus raices.

Llamo la tierra bien preparada, quando está labrada profundamente, y quando el arado removiendo el fondo ha sacado otra tierra nueva, que presenta una superficie descansada capaz de producir con nuevo vigor: quando está tan dividida y tan sin glebas, que parece pulverizada: y en fin quando la labor es bastante profunda para que el grano que se siembra quede enterrado á lo ménos quatro pulgadas, y ademas el fondo en que cae esté bastantemente removido para que pueda penetrarlo con sus raices, vegetar y fortificarse.

Es evidente, que en la primera tierra el grano queda superficial y sobre un fondo duro, que no le es fácil penetrar; por consiguiente no puede robustecerse, y queda aventurado á todas las intemperies: y que en la segunda está bastantemente cubierto y defendido, y como encuentra un fondo blando puede en poco tiempo echar raïces profundas, penetrarlo, fortificarse y sufrir sin peligro muchas intemperies.

Esto solo basta para demostrar y hacer patentes las causas por qué se vé angustiada tantas veces la Nacion con la falta ó la cortedad de las cosechas: pues las encontrarás fácilmente en la pequeñez de sus arados, y en lo superficial de sus trabajos, recorriendo los principios, que hemos dicho ser los que producen estos daños: y hallarás visible, que todas se deben atribuir á este defecto de las labores. Si el invierno es ex-

cesivo en lluvias, como el suelo de la tierra está duro, se detienen las aguas, forman charcos, el grano que está superficial nada en ellos, se deslíe, se pudre, se deshace; en vez de que si el suelo estuviera removido, las aguas se filtraran, el grano quedara mas arriba y se conservara.

Si los yelos son tardíos secan la caña ya formada y no puede vegetar mas: pero esto nace de que el grano no habiendo podido echar una raiz fuerte y vigorosa, porque no ha podido penetrar la tierra, tampoco ha podido criar mas que una arista ó caña débil y somera, que no puede resistir á la impresion del yelo, y por esto al instante se seca y marchita; pero si hubiera podido arraygarse mejor, hubiera producido una caña mas robusta, que la hubiera preservado de aquel daño, resistiendo á la rigidez de la intemperie.

Si la sequedad y el ardor de la primavera queman y consumen en poco tiempo las mieses de los campos, es porque la poca agua de las lluvias del invierno, que ha podido guardar en su seno una tierra dura, se disipó muy presto con el calor del Sol, y la débil raiz no puede resistir á su actividad; en vez que si la tierra hubiese estado profundamente removida, hubiera guardado en su fondo mas humedad, y tanto por la mayor fuerza que sus raices adquiriéron, como por la mayor frescura que conserva, hubieran aguantado la sequedad, esperando mas tiempo el socorro del Cielo.

En fin, si el bochorno enjuga, deseca y con-

sume las plantas, es porque las encuentra débiles, sin vigor ni resistencia; pero las robustas le resistieran mas, porque con la humedad de su pie, y la fuerza y lozanía de su caña se defenderian mejor.

Vé aquí las causas, por qué aunque Dios ha dotado á nuestra España de las mas excelentes tierras de Europa, y tan fecundas, que se podria aumentar diez veces mas el número de sus habitadores, se halla tantas veces angustiada y con los justos temores de no poder sustentar los pocos que tiene: son necesarias las mas felices influencias del Cielo para que salga por acaso una buena cosecha, y como vistas las vicisitudes de las estaciones, aquellas no son comunes, las cosechas abundantes tambien son raras, y la menor intemperie basta para destruir en un momento los consuelos y las esperanzas de un año.

Vuelvo á decir que es visible, que esta miseria nace de la poca atencion que se da á la Agricultura; y aunque se pudieran alegar otros defectos de ella, como son la mala distribucion de las Poblaciones, el mal ordenado repartimiento de las tierras, y otros que es fácil numerar, es menester reconocer, que todos estos males vienen á parar y se reunen todos á producir este cultivo ligero, atropellado y superficial, que es la causa mas inmediata y próxîma de todos los daños.

Es imposible esperar ninguna especie de prosperidad sin que este defecto se remedie; porque al fin la Agricultura es el primero y mas importante fundamento de la felicidad pública, como que

de él depende no solo la vida y la tranquilidad de los hombres, sino tambien el comercio, las artes, y todo lo que contribuye á dar fuerzas y respeto á una Potencia, y es tambien lo que hace el placer, las delicias y abundancia de sus individuos. Pero el remedio de tantos males no es dado á nuestros esfuerzos: solo puede ponerlos el Gobierno. Contentémonos nosotros con procurar á estas pobres gentes el poco bien que está en nuestras manos.

Yo pienso pues cultivar un buen pedazo de tierra, y cultivarlo á vista de todos. Nada persuade tanto como el egemplo, y nada convence tan eficazmente como la experiencia. Procuraré exhortar á los que tienen medios á que me imiten, y si viese que algunos tienen voluntad de hacerlo, y que solo lo dejan de hacer porque no pueden, procuraré ayudarlos. Parece que esta idea es simple y fácil, pero no lo es tanto como parece; porque nuestra razon es á veces tan imperfecta, tan mal entendida, y tan contraria á la misma prosperidad que se propone, que ella misma ata los brazos de aquellos que con mas luces y buenas intenciones quisieran contribuir á la felicidad de su Pais.

Observa como el término dilatado de este Lugar está reducido á un cultivo tan estrecho, que apénas se vén en labor las tierras inmediatas. Pero desde que empiezan á alejarse un poco, ya está todo inculto y abandonado. Yo soy cómplice de este delito, que se pudiera llamar de lesa humanidad: pues impido el aumento de la poblacion. Digo que soy cómplice, porque una gran

parte de estas tierras son Dehesas mias ; diferentes sugetos tienen otras , y nos contentamos con arrendarlas para pastos y por muy corto precio. Tambien hay porciones considerables , que se llaman Valdíos , y estas aprovechan ménos. Todas estas tierras sirven de poco , y el motivo ó pretexto de esta pérdida es el pasto de los ganados : pero estamos tan atrasados en este punto , que por nuestra inconsideracion ni tenemos cultivo ni pastos.

El orígen de este mal es , que no sabemos ni estamos acostumbrados á criar los ganados en casa , esto es , á darles de comer de noche en el establo como se hace con los caballos y mulas. Queremos que el ganado lanar y vacuno vivan siempre á cuenta de la Providencia ; que la economía y la industria del hombre no les ayuden en nada , y que no coman sino lo que la naturaleza les presenta en el campo. Para conseguir esto es menester destinar mucha tierra á pocos animales , y despoblar los Lugares de hombres. Con esta conducta es indispensable convertir las Poblaciones en desiertos , y por aumentar la cria de los ganados , disminuir la poblacion humana.

Pero lo peor es , que ni aun esto se logra, porque ese cálculo tan atroz es tambien falso; siendo evidente , que quanto mas hombres haya , quanto mas trabagen y cultiven la tierra , tantos mas ganados habrá. Nuestras leyes hechas en tiempo , en que la economía pública era desconocida , no tuvieron en consideracion estos principios , y así el interes de algunos y la costumbre general lo arrastran todo.

Aquí le interrumpí yo diciéndole : He oido y leido , que todas las Naciones extrangeras sin excepcion , y sobre todo las que mas florecen en la Agricultura , han introducido una especie de prados artificiales. Esto es , plantan una especie de yerbas vivaces , que aunque se corten , reproducen , y les dan muchas siegas : que las guardan para mantener con ellas al ganado lanar y vacuno en el invierno , y que por este medio con poca tierra que destinan á la produccion de estas yerbas , tienen con que alimentar muchos mas ganados. He oido tambien , que con mas ganados tienen mas estiércol , pueden beneficiar mejor sus tierras , y con la tierra así beneficiada coger mayores y mas seguras cosechas.

Tú has dicho en pocas palabras , me respondió mi amigo , todo el secreto de la Agricultura; y por ese tan encadenado méthodo ya debes advertir , que un Labrador puede tener con poca tierra mas ganados y mas frutos. Todo depende de entender bien esta economía que es hija de la reflexîon , y que está autorizada por la experiencia práctica de las Naciones Agricultoras. Y vé aquí los principios simples á que todo se puede reducir : no encargarse de una porcion inmensa á que no pueden alcanzar las atenciones de un hombre: ceñirse á un terreno moderado , tal que un hombre pueda ver y cultivar bien : aprovechar la labor haciéndola alternar cada año para diversificar los frutos : destinar una pequeña parte para la produccion de las yerbas que mantienen los ganados , y cuidar de que estos vengan todas las noches al establo , así para que se alimenten co-

mo para que degen allí el estiércol, que es el mas precioso y útil de sus dones.

Yo concibo, le respondí, que todo eso seria muy bueno. ¿Pero cómo seria posible conseguir eso con Labradores, que por la mayor parte son muy miserables? ¿Cómo podrán tener establos para conducir allí de noche sus ganados, sobre todo si me hablas de los trashumantes, que tienen tantos y que están tan mal repartidos? Pocos particulares tienen cabañas inmensas, y hay ::: No, me volvió á decir, no hablo ahora de esos. Este es otro grande mal, que tiene otros principios, y necesita de otros remedios y otras leyes. Pero este asunto nos forzaria á una gran discusion, que nos alejaria de lo que tratamos. Por ahora no te hablo mas que de los ganados que llaman estantes, esto es, de los que tiene cada Labrador para el uso y servicio de su tierra.

Tú dices, que cómo los pobres Labradores podrán encontrar establos. Yo te digo que tienes razon, pues que no los hay. Te diré mas, que ni ellos ni aun los mas ricos pudieran criar prados artificiales. Pero tambien te diré, que esta imposibilidad proviene en parte de nuestra antigua legislacion, que tal vez engañada por los interesados, en vez de ayudar á la Agricultura, la aniquila; en vez de animar al Labrador, lo abate por favorecer al Ganadero.

Ya sabes, que en todas las Provincias hay una especie de hombres, que se llaman Ganaderos, y son los que ó crian ó compran y mantienen los que sirven para el abasto. Estos son los enemigos públicos, la causa del atraso que pa-

dece la Agricultura. No pertenecen á la clase de los Labradores, ni son dignos de nombre tan honroso. Son traficantes de carnes, que con una grangería tan útil para ellos, como ruinosa para el estado, sin tener tierras ni labores, se ocupan en criar, vender y mantener ganados. En una palabra, son como los Vampiros, que se chupan la sustancia pública.

Su pretexto es abastecer el comun de viandas, y para obtener sus fines han arrancado del Gobierno providencias destructoras; unas veces engañando, otras corrompiendo, y siempre intimidando al Gobierno con la carestía ó dificultad de los consumos, han conseguido todo lo que facilitaba su ruinoso tráfico, hasta forzar á las leyes á violar los derechos de los propietarios, obligándolos á dejar sus propios dominios abiertos á su voracidad: en fin han quitado á la Agricultura los medios de prosperidad. No solo tienen yerma y desierta gran parte del campo, sino impiden que lo poco que se cultiva se cultive bien, pues impiden al Labrador que lo cierre, y con esto hacen imposible la cria y el aumento de los árboles; aunque en el dia se han cortado muchos de estos abusos.

Desdichado el pais donde el ganado que debe ser el amigo y el compañero del hombre, está en manos de estos traficantes codiciosos. El verdadero y útil abastecedor es el Labrador, que vende para el consumo el ganado que ya le ha servido, ó el que todavía no le puede servir. Si en España los Labradores no están todavía en este caso, es por el mal estado de la labranza. Pero en los paises en que los Labradores por el uso de los prados artificia-

les pueden con poca tierra mantener muchos ganados, ellos son tambien los que mantienen los abastos: y vé aquí lo que sucede.

La tierra está dividida en pequeñas propiedades, cada propietario ó cada arrendador tiene la suya, y en ella todos los ganados que pueden mantener las yerbas que coge en sus prados. Pero como cada año sus crias se multiplican, y no puede mantenerlas todas, está obligado á vender su sobrante. ¿Y qué hace? Renueva sus bueyes, hace engordar á los que le han servido, y están ya cansados, y los vende, reservándose para el trabajo otros nuevos y mas vigorosos.

Como tampoco puede mantener todas las terneras que nacen en su establo, está forzado á venderlas, como tambien los carneros, y repone su falta con corderos nuevos. Por este medio siempre hay en la circulacion del comercio muchas carnes para el consumo. La multitud de los Labradores tiene y vende mucho mas de lo que venden ahora los Ganaderos, y este proceder produce muchas ventajas; porque fuera de la abundancia y mejor precio que resulta de la concurrencia de tantos vendedores, las crias se multiplican anualmente, la tierra se cultiva sin tropelía, y todos los ramos de la Agricultura prosperan.

¡Qué léjos estamos nosotros de una economía tan bien entendida, y que sin embargo es casi general en toda Europa! Para ponerla en planta sería menester empezar por dividir las propiedades: puesto que ha dado ya el Gobierno la facultad de cerrarlas, é impedido con sus leyes que nadie pueda entrar á devastar las propiedades agenas: él mismo

V 2

deberia encargarse de dar en todas las Provincias el egemplo de los prados artificiales ; exhortar á los grandes y ricos propietarios á que lo imiten ; excitar á su formacion con premios y ventajas á los medianos , y no descansar hasta que llegue este méthodo hasta los últimos. Todo esto es muy fácil al Gobierno ; y en poco tiempo puede hacerlo sin mas gasto que el de hacer leyes sábias , justas y bien entendidas , que indirectamente se dirijan á su logro. La dificultad que me propones de los establos es grande; pero esta no es obra de un dia , y lo que no se empieza no se acaba.

Aquí le dige yo : Todo esto , amigo , es hermoso , y me parece claro. ¿Pero qué hacemos con eso ? Nuestros discursos no pueden ser mas que especulaciones vanas , ó quando mas los lamentos de un buen corazon , pues que no podemos remediar nada. Así es , me respondió , y si te lo digo es porque estas ideas me han conducido á los proyectos que voy á proponerte. Dime , Mariano , ¿no te duele ver este término tan vasto , este horizonte donde la vista no encuentra un árbol ni una casa, este inmenso terreno que pudiera estar cubierto de Lugares , espigas , frutales y jardines ; verlo , digo, yermo , inculto y abandonado , sin mas destino que el de mantener pocos ganados , que se mantuvieran mejor en una pequeña porcion de tierra bien gobernada ? En quanto á mí te confieso que esta idea me contrista.

¡Pero quánto mas nos debe contristar la consideracion de que en las mas de las Provincias de España sucede lo mismo ; que los Lugares están muy léjos los unos de los otros ; que apénas se vé

sembrada una parte de sus ruedos, y que todo lo demas se queda inculto! Un proceder tan absurdo no tiene otro principio, que un error de que tambien los Ganaderos son autores. Se deja en cada Lugar con nombre de Comunes una vasta porcion de tierra destinada á pastos. El pretexto es, que los vecinos del Lugar puedan apacentar sus ganados: el hecho es, que solo los aprovechan los ricos Ganaderos. Los pobres no tienen ganado, y si alguno lleva su yegua coja, su asno viejo, quando llega ya no encuentra nada; porque los ricos Ganaderos en un dia lo han devorado todo. Así no hay provecho para ninguno; y si lo hubiera, solo seria para el Ganadero, que sin ser Labrador vive con esta odiosa grangería.

La verdad es, que ni aun ellos mismos pueden disfrutarlos; porque al instante que las yerbas despuntan, temerosos unos de otros se apresuran á meter su ganado sin dar tiempo á los pastos de crecer, madurar y sazonarse. Si los ganados los comen es quando aun no pueden dar sustento: pero por la mayor parte los pisan, los atropellan é inutilizan. ¿Quánto mas ventajoso seria al Estado repartirlos entre Labradores, para que cada uno los disfrutara con sosiego y oportunidad? Por lo ménos serian mas útiles, y sustentarian mas ganados.

Vengamos ahora á las Dehesas. Estas son grandes porciones de tierra que los propietarios pudieran cultivar, pero no las cultivan; las arriendan á Ganaderos para que pasten sus ganados, y se contentan con un precio muy inferior. Los mas hallan muy cómodo este méthodo, porque sin ningun trabajo ni aplicacion encuentran una cierta renta

que las mas veces es segura ; porque casi todos los Ganaderos son ricos. Yo poseo en mi patrimonio muchas dehesas , y en este mismo término tengo muchas considerables. Pero hasta ahora he hecho lo mismo que los otros , sin pensar mas que en ver como aumentar el precio del arriendo. Era difícil que habitando siempre en la Capital distraido en tantos devaneos , pensase en mejorar mis tierras.

Lo peor es , que una gran parte del Reyno está condenada á este triste abandono , y muchas causas concurren á este daño. La fuerza de la costumbre muy poderosa en los hombres ordinarios : así halláron las cosas quando las heredáron , y así las dejan : la ignorancia , la falta de ideas , el no haber visto otra cosa , el defecto de medios , la pereza, el amor de los placeres , la violencia de las pasiones ; y sobre todo aquella máxîma general de que ya hemos hablado , con que todos por mejorar de fortuna , aun los que naciéron favorecidos de la suerte , se transportan á las Capitales ó á la Corte, y abandonan sus propiedades heredadas ; todo esto unido ó separado es la causa ordinaria de que no haya quien se aplique á mejorarlas.

Todos pues se contentan con arrendarlas : el precio del arriendo no puede ser sino muy inferior, si se compara con el valor que pudiera dar el cultivo. La tierra está abandonada á la espontánea produccion de las yerbas que cria una naturaleza lánguida , pues está destituida de todo auxîlio. Es claro que si se dieran labores , los pastos fueran mas abundantes y mejores : tambien es cierto , que si se cultivara para granos , la paja que estos pro-

dugeran, excediera en mucho la cantidad de pastos naturales: que si se acostumbrara criar ganados á la mano, se alimentara con la misma tierra mucho mas número, y que fuera de esta ventaja se hallaria la de tener muchos frutos para el sustento de los hombres.

Todo esto es claro, cierto y evidente: pero como para lograr estos beneficios seria menester estar allí y aplicarse, y como la mayor parte de los propietarios ó no lo sabe ó no lo reflexîona ó no quiere dejar la Ciudad que habita y los placeres que le divierten, vé aquí por qué no pueden pensar en ello; y vé aquí por qué el mayor esfuerzo de su industria se reduce únicamente á ver si es posible aumentar el precio de su arriendo. Pero como gracias á Dios yo estoy aquí, y estoy en estado de emplear mejor las dehesas que poseo, he hecho sobre este obgeto muchas reflexîones.

Desde luego he observado, que la poblacion de este Lugar es numerosa: que si es pobre de fortuna porque hay en su término poco cultivo, es rica de familias, rica de brazos: y esta es la riqueza verdadera. Basta saber ponerlos en una actividad bien arreglada para conseguir todos estos bienes. Quando hay tierras y brazos, y no faltan instrumentos, ¿qué puede faltar á la prosperidad mas que ponerlos en egercicio? Yo pienso pues, amigo, sacar las dehesas que poseo de la paralysis en que yacen, y ponerlas en cultivo: pienso tambien empezar por las de este Lugar. ¿Qué te parece, Mariano, de este pensamiento?

Yo le respondí, que me parecia una operacion excelente, pues con ella aumentaria sus rentas, y

haria vivir muchas familias que trabajarian en ellas. En quanto al aumento de mis rentas, me respondió, no lo dudo: pero no es mi ánimo el cultivarlas por mí: esto traeria inconvenientes. Yo por mí solo no pudiera cultivar tanta tierra. Necesitaria de grandes desembolsos, y despues de todo no las cultivaria bien. En nada se verifica tanto como en la labranza el proverbio de que: El que mucho abarca poco aprieta. Es imposible que un hombre solo por activo que sea, y por mas gastos que haga, pueda abrazar una grande extension, y que se hagan en ella todas las operaciones con la perfeccion que conviene. En la Agricultura no adelanta el que hace mas, sino el que hace bien; y el que cultiva diez fanegas con esmero y cuidado gana mas que el que cultiva doscientas con ligereza y atropellamiento, que son inevitables en las grandes labores.

Así voy á proponerte otra idea. Entre las dehesas que tengo aquí hay una que está muy cerca del Lugar, y por eso me parece propia para un ensayo. Digo ensayo, porque ántes de hacer en grande la operacion que voy á proponerte, me parece cuerdo hacer una prueba. Si esta sale mal, nos desengañarémos con poca pérdida, y si sale bien, entónces será fácil extenderla. Digo pues, que mi pensamiento es dividir esta Dehesa, que pasa de mil fanegas, en porciones y suertes iguales de treinta á treinta y cinco fanegas cada una, que harán mas de treinta suertes. Mi proyecto es establecer en ellas otras tantas familias, y que cada una la trabage para sí.

Me parece que esta cabida de treinta y cinco

fanegas es la mas proporcionada para un arado; porque sin tener demasiada tierra, tendrá la suficiente para ocuparlo todo el año. Ademas los que la trabagen tendrán la ventaja de tenerla en un pedazo toda á la vista, y con la facilidad de gobernarla bien: y creo que una suerte de estas bien cultivada debe producir lo suficiente para mantener una familia con desahogo.

Desde que las suertes estén divididas y acotadas, yo tomaré una, tú otra, y cada uno de mis hijos la suya. Tambien pienso persuadir, que tomen una á algunos de los vecinos del Lugar que tienen algun dinero, y no tienen otra tierra: por egemplo, al Cirujano y al Arquitecto, que está ya resuelto á quedarse con nosotros. Quiero suponer que ganemos á algunos, y que empecemos ocho ó diez á dar el egemplo. Siendo nosotros mas inteligentes y teniendo mas medios, podrémos en poco tiempo hacer visibles los frutos de nuestra aplicacion.

Yo no daré ninguna de estas suertes al que tiene ya tierra en propiedad; pues el que no cuida la que tiene, tampoco cuidará la que yo le reparta; á ménos de que la porcion que tiene sea tan corta, que no baste á mantener su familia; pues en este caso, si veo que trabaja la que tiene, será una razon para preferirlo; pero no al que tenga la suficiente, pues no seria mas que hacerlo mas rico; y seria mejor darla al que no tie- ninguna: porque lo que conviene al estado es, que la tierra se subdivida en moderadas porciones, que se trabage por muchas manos, y que el número de los pequeños propietarios se multiplique. Así me propondré como ley inviolable no dar ningu-

na suerte al que tenga diez fanegas propias.

Supuesto pues que nosotros ocupamos las ocho ó diez suertes primeras, me quedarán veinte ó veinte y dos que repartir. Yo quisiera hacer de esta distribucion un obgeto de emulacion ó premio: pero ahora es imposible, porque todavía no conocen el beneficio. Será pues necesario informarnos de quiénes son los arrendadores de tierras agenas, que no la tienen propia, ó los jornaleros mas aplicados, que parezcan de mejores costumbres, que vivan mas honradamente con sus familias, y que tengan hijos grandecillos que puedan ayudarlos. Tú me vas á decir: ¿cómo es posible que esos pobres, que apénas tienen pan para sus hijos, puedan cultivar una suerte? Yo te responderé: Que será preciso que yo los ayude; pero que no es tan difícil ni tan costoso ni tan imposible como te parece, y que por otra parte ellos me lo pagarán bien.

Exâminemos este punto. Supongo que al principio es menester no solo dárselo todo, sino mantenerlos hasta que cojan su primera cosecha. Sin duda que con la tierra debo darles un arado y dos vacas para que la cultiven, los demas instrumentos de labor que son poca cosa, cinco ó seis pollas con un gallo para que comiencen la cria, una puerca, y si quieres dos ó tres ovejas para que den principio á esta útil procreacion. Si añades á esto el trigo y los granos para hacer sus primeras sementeras, hemos dicho todo lo que necesita para establecerse.

Calcula ahora el valor de todo, y verás, que no es un obgeto mayor para un grande propieta-

rio, que quiere hacer buen uso de sus rentas. Si consideras el bien que le resultará á sí mismo, verás que es colocar su dinero á grande interes. ¿Y qué alma noble no sentirá una grande complacencia, si echa los ojos sobre el que resultará á su Nacion, aumentando el número de los pequeños propietarios, metiendo nuevas tierras en valor, multiplicando los frutos, y haciendo el bien estar permanente de tantas familias honradas, que se sacan de la miseria? Si consideras esto y otras grandes ventajas que te expondré despues, me confesarás, que estos gastos son nada comparados con los beneficios, y que el que no los hace quando puede hacerlos no hace bien.

Pero para que esta operacion sea feliz, para que tome consistencia y produzca todos los bienes que se esperan, no basta simplemente darles las tierras. Es indispensable dárselas con ciertas leyes, calidades y condiciones, y del acierto de estas depende el logro de la operacion. Así mi intencion es darles la suerte no en arriendo, ni en ninguna otra especie de contrato precario y temporal. Cederé la tierra plena y absolutamente, transfiriéndoles el dominio útil, esto es, el goce y usufruto de la tierra, sin reservarme otra cosa que el dominio directo, ó la propiedad de ella, y la parte de frutos que deben obligarse á pagarme.

En virtud de este contrato, no solo ellos sino tambien sus hijos y nietos hasta la última generacion estarán seguros de gozarla, sin que ni yo ni ninguno de mis sucesores puedan desposeerlos siempre que cumplan con las condiciones que se han estipulado. Esta condicion es el alma de esta

empresa ; sin ella seria imposible conseguir nada, y ademas es menester juntar otras , que produzcan las ventajas de todos. Pero ántes de explicártelas , permite que te diga , para tranquilizar mas al Colono sobre la seguridad de su posesion: Que solo en el caso de haber obtenido yo ó mis sucesores una sentencia pasada en autoridad de cosa juzgada , declaratoria de que los Colonos no han cumplido con las obligaciones que pactáron, podrémos volver á entrar en nuestro derecho primordial , y quitarles la tierra para darla á otra familia , ó hacer de ella el uso que nos parezca.

Veamos ahora quáles serán estas condiciones. La primera , que el Colono pague cada año al propietario la parte de frutos en que se hayan convenido : la segunda , que no puedan vender la tierra ni gravarla con censos : la tercera , que no la abandonen , sino que la cultiven siempre al uso del pais : la quarta , que no puedan dividir la suerte , sino que pase entera al que lo herede; pues si cada familia pudiera partirla entre sus hijos , presto quedaria hecha pedazos y reducida á trozos pequeños inútiles para la Agricultura. Ya vés que todas estas quatro condiciones son justas y fáciles : luego verémos las útilidades que traen para todos.

Ahora no me detengo en exâminar quál sea la parte de frutos , que convendrá imponer al Colono. En esto hay mucha diversidad ; porque aunque yo no tenga noticia de contratos de la naturaleza que propongo con tan absoluta enagenacion del dominio útil , sé que hay Provincias en

que los propietarios arriendan sus tierras á pagar en frutos. Esto es, el propietario da la tierra, el Colono pone su trabajo, y despues de reservar lo necesario para la siembra, parten de lo que queda. Pero en esto está la diversidad. Unos exîgen el tercio de lo sobrante, otros la mitad, y uno y otro me parece demasiado para mí. Contribucion tan fuerte, aunque esté autorizada por el uso., es dictada por el interes; y yo quiero que mi operacion, aunque no olvide del todo mis ventajas, tenga moderacion y lleve consigo el cárácter de la beneficencia.

Vé aquí pues como he calculado. Si yo en vez del tercio ó de la mitad en que por lo comun se arriendan, me contento con uno de ocho, esto es, que despues de haber pagado el diezmo á la Iglesia, el Colono tome para sí siete partes, y á mí no me dé mas que una, me parece, digo, que no me alejo de la moderacion que busco. Así lo creo, y despues te probaré, que no solo habré hecho mucho bien al Colono y al Estado, sino que yo multiplicaré tambien con exceso el valor de mis propiedades.

Volvamos á las condiciones. Solo su contexto ha podido hacerte entrever el principio y máxîmas que me gobiernan, y el espíritu que me las dicta. Si les doy la tierra con una enagenacion tan entera, es porque quiero inspirarles confianza y seguridad. Deseo que sepan, que ni yo ni mis sucesores podrémos despedirlos siempre que satisfagan á las condiciones justas y fáciles que contratan. Esta idea, y la seguridad de que los frutos de su aplicacion pasarán á sus hijos y demas-

descendientes, los harán trabajar con gusto y con zelo. Plantarán, fabricarán habitaciones, y harán mejoras, lo que no es posible esperar de un hombre, que no está seguro de la tierra en que trabaja.

Si limito á treinta y cinco fanegas la extension de la suerte, es porque es la porcion que puede cultivar cada año un arado; porque con esta medida nunca estará ocioso, pero tambien es lo que puede cultivar sin atropellamiento. Y si no quiero que tenga tierra para dos arados, es porque setenta fanegas partidas en dos suertes con dos arados y dos Labradores producen mas, que las mismas con un Labrador y dos arados, y están mejor gobernadas; y porque el principal interes del Estado es que el número de las familias se aumente, y que no solo los frutos se multipliquen, sino tambien los hombres.

Yo quisiera imponerles la condicion de que á lo ménos hicieran una choza para que habitasen en ella sus ganados. Esta seria la perfeccion del establecimiento. Son imponderables las ventajas que resultan de que el Labrador habite en el campo que cultiva. Quando todos los dias tiene que hacer un viage de ida y vuelta del Lugar al campo, pierde mucho tiempo. ¡Quántos dias pierde tambien quando el tiempo parece turbado y amenaza! No se atreve á salir; y aunque despues se serene, pero ya es tarde y el dia se ha perdido.

Quando vive en el Lugar pierde en parte el estiércol de su ganado, pierde tambien el que pudiera hacer viviendo en su tierra con las gallinas, palomas, ovejas y los demas animales de

su corral. Quando sale del Lugar para ir á la tierra, va solo: su muger nunca va al campo, no adquiere la menor inteligencia, y jamas puede ayudarle en nada: se queda en el Lugar y malvarata mucho tiempo, porque las haciendas de la casa se acaban presto, y se acostumbra á buscar sus vecinas, á murmurar con ellas, y abrir las puertas á todos los vicios de la ociosidad. Los hijos le son una carga inútil en la infancia, porque no le pueden servir de nada si se quedan en el Lugar, y se acostumbran á correr con los otros muchachos y viciarse con ellos.

El mismo Labrador desde que acaba sus labores ó concluye su sementera no vuelve á su tierra, principalmente en el invierno, porque no encuentra en ella un abrigo. Es pues preciso que la dege abandonada á la Providencia. Y si los caminantes le abren sendas, si le pisan sus sembrados, si las malas yerbas se apoderan de ellos, si los ganados los atropellan, en fin, en qualquier daño que se le haga, como no lo vé, tampoco puede impedirlo. Se vé forzado á pasar el invierno en el Lugar: ¿y qué puede hacer en tan largo tiempo, mas que tratar con los otros, jugar, murmurar y divertirse en la taberna? Vé aquí una de las causas que mas contribuyen á la corrupcion general que se observa; porque es imposible, que la ociosidad y el trato de los pervertidos no perviertan las costumbres.

¡Pero qué diferente es la situacion de una familia que habita en el campo y en medio de la tierra que cultiva, sobre todo si la mira como propia y como la herencia de sus hijos! Píntate,

Mariano, con el espíritu esta imágen, y verás, que aunque no quiera renueva los egemplos de la vida Patriarcal. Ya desde luego no malogra un momento. Como está cerca de su trabajo, desde que amanece hasta que anochece, todo lo aprovecha. No hay para él dias inciertos y perdidos, porque al instante que serena toma su arado. No solo aprovecha el estiércol de su ganado mayor, sino que tambien le añade el de los animales del corral que tiene en el campo, y que no pudiera tener en el Lugar.

Su muger despues de hacer en breve las cortas haciendas de la casa, queda libre y le puede ayudar; habitando en el campo con él se instruye por necesidad en muchas cosas, adquiere el gusto del trabajo, y le puede ser útil en cuidar del ganado, en transportar estiércol á la tierra, en plantar sus berzas ó legumbres, que son el aliño del campo, y en otras mil faenas, que hacen la vida y el alma de la agricultura. Sus hijos desde la primera edad empiezan á servirle: los pequeños conducen el ganado menor, los medianos el mayor, y los mas grandes rompen las motas, para pulverizar la tierra, acomodan los fosos que dividen la heredad, hacen las demas obras que necesitan fuerza, y ayudan á su padre en la labor y en las demas faenas.

Todos son tambien guardas y custodios vigilantes y continuos de su heredad para preservarla de todo daño. Nadie se atreve á abrirle un camino, ni á pisarle sus siembras: impiden que los ganados entren, y si entran los rechazan: en fin estorban los daños ó los remedian. Si las malas yerbas des-

puntan en sus sembrados al instante las arrancan, y no dan lugar á que se apoderen de la tierra y debiliten la substancia de los ganados. Este cuidado activo é incesante con que las mugeres y los hijos limpian las siembras, es el mas útil de todos; y los buenos Labradores saben quánto aumenta y multiplica las cosechas.

Tambien es fácil concebir, quánto esta situacion contribuye á preservar y mantener las buenas costumbres. Toda la familia toma el gusto y la inteligencia de los trabajos del campo. Y el padre aislado en su posesion no tiene la frecuente comunicacion con los hombres viciosos del Lugar, que es la que los corrompe á todos. La distancia le quita la facilidad y la tentacion de ir á la taberna. La sucesion de sus trabajos y la esperanza de los frutos lo embelesan y fijan allí su corazon.

Su muger y sus hijos lo acompañan y se acostumbran. La muger conserva su inocencia, y los hijos se crian con ella. Ocupados toda la semana en sus trabajos, el dia de fiesta van á la Iglesia, cumplen con su obligacion de Christianos, oyen la palabra de Dios, se proveen en el mercado de lo que necesitan, y vuelven á su rústico albergue á gozar de la paz, tranquilidad y comodidades inocentes. Esta es la almáciga, que produce tantos Labradores honrados y robustos, y de su sobrante se forman los bravos Soldados, los hábiles Marineros, los Artesanos activos, y los industriosos Fabricantes. Esta es en fin la madre, de que nacen todas las clases de Ciudadanos útiles.

Es pues de la mayor importancia excitar á los Labradores á que habiten en sus tierras, y tengo

para mí, que el mayor y mas digno afan de un Gobierno ilustrado debia ser el promover este obgeto con leyes sábias, y providencias bien entendidas, que no es difícil atinar. Nadie puede dudar, que si un estado se poblara de nuevo, lo mas conveniente, segun los principios de agricultura, política y moral, seria diseminar los Labradores por toda la superficie de la tierra de modo, que no hubiera una porcion mediana que no tuviera sobre sí una casa ocupada por el Labrador, su familia y su ganado.

Se deseara que cada porcion poblada así de casas y familias dispersas tuviera en su centro un lugar ó puesto de reunion, en que habitaran los artesanos necesarios para uso del campo, como herreros, carruageros &c. y los fabricantes que pudieran formarse en ellos. Y que ademas, y con la distancia conveniente, se encontrasen Villas y Poblaciones mayores, que fuesen depósito del comercio y de manufacturas mas finas, que necesitan de muchas manos y muchas artes. Lo cierto es, que por este méthodo toda la tierra estaria bien poblada, bien trabajada, y todos los oficios se darian el auxîlio de que recíprocamente necesitan.

Si esto es tan visiblemente ventajoso, ¿por qué el Gobierno no contribuirá á que este daño se repare en lo posible? Si la desgracia de las guerras interiores que sufrió la Nacion con los Moros obligó á que por temor de las inopinadas incursiones se abandonase la habitacion de los campos, y que cada Poblacion se reconcentrase en un punto, para no ser sorprehendida y defenderse mejor; si despues la falta de ideas sobre la economía políti-

ca ha escondido la gravedad de este daño y no ha pensado en remediarlo; ¿no era ya tiempo de pensar en él, y curar un mal que miéntras exîste, es imposible que la Nacion se levante al poder y riqueza á que está proporcionada?

Te confieso, amigo, dige yo aquí, que he corrido las mas de las Provincias de España, y fuera de Vizcaya y Galicia, de Cataluña y Valencia, en donde al primoroso cultivo se añade una gran industria y actividad, todo lo demas me ha parecido muerto y desanimado. Todo está como dices: los Lugares muy separados unos de otros: las inmediaciones únicamente cultivadas, y los espacios inmensos que median entre ellos incultos y desiertos. Esto me daba en rostro, pero no distinguia entónces todos los inconvenientes, que este estado de cosas debe acarrear. Tus reflexîones me hacen conocer, que basta ver este aspecto de cosas, la mala distribucion de tierras, la mala colocacion de los Pueblos, y el abandono del cultivo, para conocer que toda la miseria que padecemos es una consecuencia inevitable.

¿Pero qué remedio á tanto mal? ¿Cómo una obra de tantos siglos, una costumbre tan inveterada puede corregirse? ¿Seria posible á los hombres encontrar un remedio? Sí, amigo, me respondió: el Gobierno sin gasto alguno, y con pocas y sábias leyes podria corregirlo todo. No ha faltado quien le ha propuesto no solo los medios, sino tambien para facilitar mas, una serie de leyes que pudieran remediarlo por entero, leyes por otra parte justas y dulces, que no hacian perjuicio á nadie, que eran benéficas para todos, y que en poco tiem-

po hubieran hecho revivir el Reyno. Pero esta es la desgracia de la humanidad, que el torrente de los negocios corrientes se lleva la atencion de todos los dias, y no dan lugar á poner en egecucion los mejores proyectos.

Pero no nos detengamos en lo que no podemos remediar, y degemos lamentos, que como dices son los suspiros de un hombre de bien. Contraygámonos á nuestro asunto, y te vuelvo á decir, que convencido de la importancia de que cada Labrador viva en su tierra, yo deseara imponerles la obligacion de fabricar á lo ménos una choza ó barraca en que pudieran abrigarse ellos y sus ganados; porque esto empezaria poco á poco á acostumbrarlos, conocerian prácticamente las ventajas, y se esforzarian á mejorar cada dia su hacienda y su habitacion.

Pero ahora no me atrevo: temo espantarlos: es tanta su miseria, y están tan acostumbrados á vivir en los Lugares, que esta sola obligacion los pudiera arredrar. Me parece pues prudente no insistir en esto á los principios. El tiempo y la experiencia lo podrán conseguir. Y aunque este méthodo será mas lento, es ménos aventurado. Por otra parte, como la dehesa que pienso repartir ahora está tan cerca del Lugar, no tiene los mismos inconvenientes que las que están mas léjos. Empezaré pues por repartir las suertes, sin imponer esta obligacion; pero no por eso dejarémos de persuadirlos y excitarlos con el egemplo, y vé aquí mis cálculos.

Ya contamos con las ocho casas que nosotros y los vecinos acomodados fabricarémos. Darémos las demas suertes á los que nos parezcan mas capa-

ces de servirlas. Yo les daré los primeros auxîlios. Dentro de dos ó tres años verémos si la operacion puede ó no prosperar. En quanto á mí no puedo persuadirme, que unos hombres que arrendaban una tierra, la trabajaban y la pagaban, degen de trabajar quando se les da una porcion de tierra no solo de valde, sino que se les auxîlia, y que no se exîge de ellos mas que la octava parte de lo líquido que les queda.

Digo lo líquido, porque mi intencion es, que el total de los productos se considere como una masa: que de esta masa se saque desde luego el diezmo que pertenece á la Iglesia, y las contribuciones directas que se deban al Estado en caso que las haya, y que lo restante se distribuya entre nosotros con esta proporcion: siete partes al Colono para pagarle sus gastos y trabajo, y una sola para mí por el valor de mi tierra. Ya sé que esto es ventajoso al Colono, que pudiera pagar dos ó tres partes: pero te repito, que mi ánimo no es hacer el negocio de un traficante: que quiero imprimir á esta operacion el carácter de beneficencia, y que es menester ahora alentar á los Colonos en un negocio en que no conocen todavía sus grandes ventajas. Pero tambien te vuelvo á decir, que esta sola parte me pagará con usuras el precio actual de mis arrendamientos y de los avances que haga.

De aquí á dos ó tres años verémos con claridad, si esta operacion se acierta ó no. Si no se acierta, yo no habré perdido mas que los avances, y no se pueden decir perdidos; porque habré mantenido y ocupado muchos pobres. Pero la tierra me

queda ya mejorada; porque si se ha trabajado alguna cosa, esto debe haber mejorado sus pastos. Si se acierta, discurre quáles son y pueden ser las consecuencias que este egemplo pudiera producir. ¡Qué consuelo para mí mismo ver en poco tiempo mi tierra en labor, haber hecho felices algunas familias, verlas bien establecidas y para siempre, y haber multiplicado tanto los ganados, como los frutos de la tierra!

Estas ventajas, aunque grandes en sí, serán muy inferiores al aliento y esperanza, que me dará este acierto para poblar otras muy vastas y lejanas dehesas que poseo, donde hay excelente tierra, y en que entónces me será fácil establecer numerosas y felices Poblaciones. Entónces y con la experiencia de este logro ya podré exîgir condiciones á que ahora no me atrevo. Les podré obligar á habitar su tierra, y abriré la puerta no solo á los vecinos de este Lugar, sino á todos los que me pidan suerte, de qualquier pais que sean, solo con la condicion de que no tengan diez fanegas propias. Y por este medio esta pequeña dehesa, que habré poblado, me poblará todas las otras.

¿Pero qué digo, amigo? Esta dehesa sola debiera poblar todo el Reyno. Porque ella sola, suponiéndola poblada, debiera abrir los ojos á las Villas, á los grandes propietarios, y alentar al Gobierno mismo. Puede llegar un dia en que yo no tenga mas tierra que dar, por haberla dado toda. Y si todos reconocen las ventajas, todos querrán aprovecharlas. Mis Colonos solos bastarán para excitar este deseo, y presentar una nueva y copiosa al-

mácigа de pobladores. Porque como las suertes no podrán dividirse, y que es menester que pasen enteras al heredero en cada familia, pueden quedar dos ó tres hermanos, que acostumbrados al campo, no teniendo tierra propia, la desearán, y los padres y hermanos se ofrecerán á ayudarlos.

Entónces no será mucho que las Villas convencidas por la experiencia de la utilidad, deseen repartir entre Labradores útiles sus casi inútiles valdíos. Y es posible tambien, que muchos grandes propietarios, unos por generosidad y amor del bien público, y otros por interes, quieran hacer lo mismo, y conviertan los inmensos desiertos, que aprovechan tan poco en las vastas dehesas y yermos á que los destinan, los conviertan, digo, en útiles y productivas Poblaciones. El Gobierno mismo despertará con el ruido de empresas tan felices, y promoverá la felicidad pública por un medio tan simple y tan superior á todos. ¡Quántos bienes habrá producido entónces una pequeña y dichosa dehesa!

Figúrate un momento para divertir nuestras ideas: Que entrase en la Nacion con algunos egemplos felices un espíritu general de poblacion: que el Gobierno y los particulares compitiesen en poblar los innumerables desiertos que la afean, la empobrecen y tienen despoblada: que cada Villa, cada propietario y el Gobierno mismo repartiesen las tierras de que pueden disponer entre Labradores útiles, que no tienen tierra propia, y que los ayudasen por estos ó semejantes medios. ¿Quién puede dudar, que en poco tiempo la Nacion se aumentaria considerablemente? ¿Que toda la tier-

ra se veria poblada, habitada y trabajada? ¿Que los ganados y los frutos, los hombres y las subsistencias abundarian? Y en fin, ¿que en vez de la miseria y languidez en que hoy yace la Nacion, se la veria alegre, próspera y poderosa?

No te aflijas con el temor de que en algunos años no habria mas tierra que repartir; porque este seria el colmo de la felicidad. Quando una Nacion logra ver todo su territorio bien cultivado: quando ya no hay un pedazo de tierra, que no tenga dos brazos que la sirvan, y quando sobran otros muchos brazos, que no tienen tierra en que ocuparse, entónces ha llegado al mas alto punto de su prosperidad; porque de estos brazos sobrantes se sirven las Artes, las Manufacturas, el Comercio, las Tropas, la Marina, la Navegacion; y esto es lo que hace á las Naciones ricas, poderosas y fuertes.

Esta, amigo, puede ser una hermosa Novela. El Sabio que conoce, que toda causa debe producir su efecto, no dudará de que Leyes sábias, y un Gobierno aplicado y bien entendido deban alcanzar á producir estos bienes. Y así lo que importa es, que cada uno se instruya y que se aplique. Pero como esto no depende de nosotros, degemos á Dios y al tiempo las resultas de mi operacion; y no pensemos mas que en egecutarla con los medios que el Cielo me dispensa. Y vé aquí para resumirme lo que pienso hacer en el repartimiento de mis tierras.

Como el fin de que nosotros tomemos una suerte cada uno, es para enseñar á los Colonos lo que deben hacer con el tiempo; me propongo ha-

cer fabricar desde luego en cada una y en medio de ellas, en quanto sea posible, una casa pequeña simple, pero que tenga todo lo que es necesario ó puede ser útil á un Labrador. Sobre todo haré hacer un corral grande. Esta es la pieza mas importante; en que habrá abrigo para mis gallinas y pavos, habrá un establo para mis vacas; otro mayor para mis ovejas; no faltará un lugar para mis puercos; ni un grande hoyo ó estercolero para echar á pudrir y dejar madurar el estiércol de mis ganados. Haré cercar todo el circuito de mi tierra con un foso, para que los ganados agenos no puedan entrar en ella; y para su resguardo la haré cercar de haya viva. Esta haya crecerá sobre la tierra que he sacado de los fosos, y tambien me aprovecharé de ella para guarnecer toda la circunferencia de árboles útiles como olivos ó moreras.

Quando ya me vea cercado y seguro de que nadie pueda echar á perder mis trabajos, distribuiré mi tierra en quatro partes iguales. Destinaré una por entero al plantío de un prado artificial. Si tuviere agua con que poder regarlo lo plantaré de alfalfa; si no tengo agua y el terreno es húmedo lo plantaré de trébol ó heno; y si fuere seco, débil ó pedregoso lo plantaré de mielga. Con esta aplicacion á las diferentes calidades de tierra, los Labradores saben que no hay ninguna, que no pueda ser útil y criar una especie de prado. Tendré cuidado de que se hagan los cortes en su tiempo; y estas yerbas me servirán para mantener con ellas mis ovejas y vacas en el invierno.

Las otras tres partes las distribuiré en tres pedazos iguales, y las destinaré para que alternen en sus producciones. Una será para trigo, otra para cebada, y otra para legumbres ó granos menudos; pero de la manera que conviene, esto es, alternando y variando cada año su produccion. Por egemplo, la que este año ha producido trigo, el año siguiente la destinaré á cebada; la que estaba de cebada, destinaré para granos menudos ó legumbres; y la que estaba de estos, que ha descansado todo el invierno, que ha sido bien arada, y que no ha producido mas que legumbres que no la cansan, la destinaré á trigo; y guardaré siempre esta alternativa sin interrumpirla jamas. Este es el méthodo que observan los Ingleses, que son los mejores Labradores de la Europa, y que lo han enseñado á otras Naciones bastante ilustradas, para conocer que despues del estudio de la Religion, este es el mas digno de los hombres. Vé aquí, Mariano, las ideas que despues de algunos dias me hierven por la cabeza; pero como yo no estoy tan instruido como debiera, no me atrevo á fiar de mi propio juicio. Yo quisiera consultarlo con personas prácticas, y mas con hombres de una razon sana, que me dirijan y aconsegen. Pero aquí no tengo á quien volver los ojos. Labradores hay; pero son hombres de rutina, que no conocen otros usos que los suyos; que jamas han reflexîonado sobre ellos, y que quando se les habla de una cosa nueva, de que no tienen idea, se asombran y oyen con desconfianza quanto se les dice. Hombres de esta especie no pueden ser buenos consegeros, y no saben mas que poner dificultades, y desani-

mar. ¿Qué te parece á ti, Mariano?

¿Qué quieres que te diga, amigo? le respondí. Nacido en una grande Ciudad, criado en ella, no habiendo salido al campo sino con motivo de paseo, y habiendo pasado toda mi vida entre mis libros y mi Iglesia; no soy capaz de tener ideas sobre este asunto, que me parece de mucha importancia. Desde luego te confieso, que tu proyecto me llena, y que me parece tan claro como útil; todos tus raciocinios me parecen justos. No has dicho nada, que no me parezca lleno de luz y de razon. Repito que no soy capaz de aconsejarte. Pero dentro de mí formo un raciocinio que tiene á mis ojos mucha fuerza; y es este:

En todos los negocios obscuros y dudosos que no es posible formar un juicio seguro y sosegado, porque dependen de acasos contingentes; ¿qué es lo que aconseja la prudencia? Que se comparen los riesgos y las consecuencias del malogro con las ventajas ó provechos del acierto. Si se gana poco quando se gana, y se puede perder mucho en caso que se pierda; la prudencia nos dice no emprenderlo. Pero si en caso de perderse no se puede perder mas que poco, y en caso de ganarse se gana mucho; es claro, que la razon dicta no detenerse. Si este principio es cierto, tú mismo has decidido tus dudas; porque tú dices: mi dehesa puede poblar el Reyno. Me hago cargo de que este es un entusiasmo hijo de tu imaginacion brillante, y de tu encendido amor del bien público. No me dejo seducir por él; prescindiendo de todo, y no queriendo consultar mas que el dictámen de una razon sana y severa, pongo de lado las Villas, los

Propietarios y el Gobierno ; y no miro en este momento mas que á ti solo.

Vé aquí pues los términos á que me ciño. Ó logras poblar esta dehesa ó no lo logras. Si la pueblas, es natural, es posible que puebles las otras; y en este caso tú piensas aumentar tus rentas ; pero quando esto no sea, es seguro, que darás exîstencia y comodidad á un cierto número de familias pobres ; que arrancarás de la ociosidad y de los vicios muchas personas ; que multiplicarás los frutos y las subsistencias del Lugar ; que tú mismo y todos nosotros nos ocuparémos en cosas inocentes, útiles y benéficas. Estos por sí solos ya son grandes bienes.

Pero si no logras tu empresa, si á pesar de todos tus afanes y gastos no se consigue la poblacion : ¿Qué es lo que sucederá ? ¿Qué inconvenientes resultarán de esta desgracia ? Tú lo has dicho ; perderás los avances que hayas hecho, y no los perderás todos ; porque tú no los harás sino sucesivamente en el tiempo de la oportunidad, miéntras dura la esperanza del logro ; pero la tierra siempre te quedará mejorada con el tal qual cultivo que haya recibido. Así la mayor desgracia será, que la vuelvas á ver en la necesidad de arrendarla para pastos ; y este es el estado que hoy tiene.

¿Y cómo pueden llamarse perdidos los avances que hayas dado á esos Colonos, ni los granos con que hayas mantenido sus familias ? Pues en la disposicion en que te veo, si los has mantenido como Colonos, tambien los hubieras mantenido como necesitados. Veo pues que arriesgas perder poco,

y que puedes ganar mucho. Desde luego los gastos que hayas hecho en tus suertes y los de tus hijos, ahí se quedan, y te serán útiles. No veo pues que te deba detener cosa alguna.

Pero no puedo omitir una consideracion superior á todas, y es, que quando la beneficencia se ocupa en desterrar la miseria, dando medios de trabajo, es tan útil, como puede ser nociva la que solo se ocupa en acallar al importuno, ó en socorrer al miserable que pudiera dejarlo de ser. Estimo mas verte dar esos socorros á hombres que se dedican al cultivo, y trabajan con la idea de establecerse, aunque esto no se logre, que si los dieras á esos mismos hombres, que sin actividad ni emulacion no desearán mas que vivir á costa de la piedad agena. Esta especie de limosnas no hace mas que radicarlos en los vicios, fomentar su ociosidad y acabarlos de pervertir.

Tienes razon, Mariano, me respondió mi amigo. Solo puede ser buena la limosna, quando da trabajo al que puede trabajar, y socorro al que no puede. Al fin ya te he descubierto una parte de mis ideas. Procurarémos madurarlas; y sobre todo pide á Dios, que nos ilumine y dirija nuestros buenos deseos. Esta fué la primera conversacion que tuvimos sobre este asunto. Despues mi amigo confirió con muchas personas, y al fin se determinó á emprender la obra. Hizo dividir y marcar su dehesa en suertes iguales, y publicó su pensamiento.

Desde que la idea fué conocida, hizo gran sensacion en el Pueblo; cada uno hablaba á su manera. Los presumidos de hábiles, porque hablaban

de todo, aunque nada entendian, decian que esto era imposible, y que jamas se egecutaria. Los tímidos y avaros decian, que mas valia tener seguro el precio del arriendo aunque corto, pero pagado con fidelidad, que ponerse en manos de pobres, que no pagarian nada. Los que no conocian mas que la rutina del campo, y creian que la felicidad pública consistia en los Ganaderos, decian que si se quitaban los pastos, faltarian los ganados. En fin las opiniones eran varias y absurdas.

Mi amigo despreció dictámenes tan poco ilustrados. Y desde que descubrió su idea, no pensó mas que en egecutarla. Ya habia obtenido del Arquitecto que trabajaba en la Iglesia, que se quedase con nosotros. Ya habia reconocido su talento, actividad y honradez, y le pareció muy propio tanto para emprender las obras que proyectaba, como para reparar tantas ruinas. En efecto nos ha sido muy útil para todo. No solo ha enseñado á los muchachos, en una escuela formada para la instruccion de los niños, los principios de Arquitectura, de lo que te hablaré despues; sino que ha contribuido mucho á reparar y hacer saludables los edificios contiguos: y ha animado con su zelo y egemplo al progreso de nuestra poblacion.

Tanto él como otros tres vecinos acomodados, que lográmos persuadir, tomáron suerte; y estos quatro unidos á nosotros quatro éramos ya ocho Colonos, ocho casas, y ocho Labradores. Quedaban veinte y dos suertes que distribuir. Al principio no faltáron embarazos; pero todos los venció

la constancia de mi amigo ; y hoy están todas las suertes pobladas , habitadas y en buen cultivo. Pocos auxîlios y mucha emulacion han hecho este milagro.

El méthodo que siguió mi amigo de distribuir su suerte en quatro partes , segun el órden que me dijo , ha sido adoptado por todos. No han cogido hasta ahora mas que cinco cosechas ; y ya los mas no solo están bien , sino viven con mucho desahogo. Todos tienen prados artificiales , con que sustentar sus ganados. Han conocido la facilidad y la importancia de este proceder , y todos se han dedicado con zelo. Y ahora vén que la misma dehesa mantiene diez veces mas vacas y ovejas , que podia mantener ántes ; y que ademas tienen en su corral las gallinas , los puercos y demas animales que la dehesa no podia tener.

Te daria gusto ver esta asombrosa transformacion. Aquel pedazo de tierra poco ántes muerto, miserable y desnudo , es hoy un jardin animado: todo está partido en suertes , y cada qual de ellas señalada por árboles útiles , que empiezan ya á hacer una vista muy agradable ; y lo que es mas, todo habitado. Mi amigo no se engañó en sus esperanzas. No solo se fabricáron las ocho primeras casas con que contábamos , sino que los otros Colonos se han alentado. Mi amigo declaró , que perdonaria tres años de su octava parte á los que al cabo de este tiempo estarian alojados con sus familias en su tierra ; y esto junto á la experiencia que han adquirido de las ventajas , que les produce vivir junto á su hacienda , los alentó de modo, que hoy todos los Colonos y sus ganados están ya

á cubierto ; y los mas han concluido su casa y quedan pocas por concluir.

Por esto se puede decir, que mi amigo no recibe sino despues de dos años su octava parte; y esta misma exâccion, que siempre es tan dura y desagradable al que paga, aquí es justa, y se hace con alegría. Porque vé aquí lo que sucede. Como el Colono sabe, que no solo él sino sus hijos y toda su posteridad están seguros de la tierra ; y que miéntras cumplan con las justas y fáciles condiciones á que se han obligado, nadie les puede quitar su posesion, él y toda su familia trabajan con gusto por hacer quantas mejoras pueden. No solo se fabrican casa y corral, sino allanan la tierra, plantan árboles, conducen las aguas, limpian sus fosos, en fin hacen quanto les puede ser útil.

Mi amigo no tiene otra cosa que hacer, sino dejarlos obrar. Quando mas, los excita con sus elogios ó los ayuda con sus consejos. Pero va allí las mas de las tardes, porque este es nuestro paseo ordinario ; y su noble alma debe gozar mucho de la actividad que ha inspirado, y de los beneficios que ha hecho. Un corazon ménos desinteresado que el suyo, tambien pudiera decir : Vé aquí un Pueblo que trabaja por mí y para mí. Pues despues de halla en sus labores el precio de sus fatigas, y la justa subsistencia de sus familias, tambien me viene á tributar una parte de sus sudores, como un tributo que paga á mi beneficencia paternal. En efecto aunque el cultivo no ha llegado aun al punto á que puede llegar, ya la octava parte que mi amigo recoge, excede incompara-

blemente á lo que la dehesa le producia.

¿Pero quién podrá comparar estos cálculos del interes con las inefables ganancias del corazon? ¿Con esos placeres vivos y siempre renacientes de ver tantas familias poco ántes miserables, mendigas y viciosas, ser hoy honradas y bien estantes con un bien estar independiente que cada uno se mejora de dia en dia? ¿Ver tantos felices por los beneficios de su propia mano, y por haberlos arrancado de la miseria y del vicio para conducirlos al bien estar, á la Religion y á las buenas costumbres? ¡Ah! Si puede haber en la tierra felicidad sólida y verdadera, yo no conozco ninguna, que pueda igualar á esta.

En efecto el cobro de los derechos, que en todas partes es amargo, y produce pleytos y disensiones, aquí se hace con tranquilidad y alegría. Los demas acreedores van de ordinario á requerir al Colono, quando para pagar necesita de malvender ó adeudarse; y en fin siempre se le aflige. Pero aquí no puede suceder esto; porque no se le va á pedir la octava parte, sino quando tiene su cosecha junta. Y despues de separar las cargas comunes, como son diezmos y contribuciones, se parte lo restante con distribucion tan favorable al Colono, que por cada parte que da se reserva siete.

No puede haber en esto pleyto; porque la parte de cada qual está sugeta á medida; y si alguno de los dos se quejara, basta medir para asegurarse de la verdad. Tampoco cuesta pena al Colono dar lo que debe; porque sabe que si da una parte guarda para sí siete. Así todo se hace

no solo con paz y concordia, sino con alegría. Muchos dicen: Yo quisiera pagar mucho mas; porque quando mas pagara, me quedara siete veces tanto.

Si á estas indecibles satisfacciones del corazon quieres juntar las consideraciones políticas, discurre, Antonio, lo que seria España, si cada Lugar tuviera un vecino como este, si las Ciudades quisieran reflexîonar sobre estos hechos, y si el Gobierno penetrado de estas ventajas tomara disposiciones para que en cada término se hiciera otro tanto. ¡Quánta seria su riqueza propia, y quánta fuera la pública prosperidad! Si en cinco años experimentamos aquí tantas ventajas, discurre lo que seria España al cabo de diez.

Aunque nosotros no estamos todavía mas que á los principios; pero á vista de esta experiencia no dudo, que de aquí á otros cinco años todo el terreno no se halle poblado, habitado y cultivado. En efecto desde el tercero las ventajas fuéron tan visibles, la alegría y el bien estar de los nuevos Colonos tan patentes, que ya las demas familias del Lugar, aquellas mismas que al principio oyéron la idea con desden, y no quisieron tomar parte, ya decian que era menester que mi amigo hiciese repartir por el mismo méthodo una dehesa muy grande, que tiene á tres leguas, en que hay tierra excelente y un arroyo, que pudiera regar una parte considerable de ella.

No solo clamaban por este reparto los vecinos de este Lugar, sino muchos de los Pueblos comarcanos. Algunos de ellos no pedian ni ganados ni instrumentos, diciendo, que los tenian propios,

y que solo pedian la tierra. Quando mi amigo conoció, que este deseo era vivo, y que habia muchos pretendientes, mandó dividir la dehesa en suertes de manera, que cada una tuviese una parte de regadío. Pero declaró, que estando aquella dehesa tan distante del Lugar, era menester, que cada Colono empezase por fabricar una choza ó corraliza, aunque no fuera mas que de ramage, para guardar su ganado; y que se obligasen á construir en el espacio de tres años una casa á su gusto, pero bastante sólida para habitar en ella con su familia.

Añadió, que para facilitarles esta construccion, les cederia por tres años los frutos de su octava parte; y ademas prometió fabricarles en medio de la dehesa una Iglesia decente. Que se les pondria un Cura y un Maestro de escuela, con todo lo demas necesario, para que en ningun caso se viesen obligados á venir al Lugar. Que solicitaria, que se aplicase una parte de los nuevos diezmos, tanto para la manutencion del Cura, como de los demas sirvientes y subalternos para el servicio de la Iglesia, de modo que estarian exêntos de toda contribucion en esta parte. Que así no se les exîgiria ninguna retribucion por nada de lo perteneciente al pasto espiritual, como Bautismos, Casamientos y Entierros; pues Ministros bien dotados harian todo ésto gratuitamente.

Muchos se enfriáron, oyendo que era menester abandonar el Lugar, y confinarse desde luego en la tierra. Pero mi amigo decia: Hombres que prefieren las conversaciones, el juego y la taberna del Lugar á la útil comodidad de servir

y cuidar de la tierra, con que sustenten su familia, aman demasiado la ociosidad y sus vicios. Poco se pierde en perderlos. Pero hubo otros que lo aceptáron; y habrá año y medio, que se empezó con ellos esta segunda poblacion. Lo que puedo decirte es, que ya están trabajando en ella ochenta y tres familias, entre las que se repartió aquella dehesa: que ya todas las suertes están llenas y habitadas por los Colonos y sus ganados; que el cultivo está en toda actividad; que muchas casas están empezadas; que la Iglesia está á medio hacer; y que no dudo que ántes de tres años esté terminada esta empresa, y que sea tambien una Poblacion feliz.

Pero no es esto solo; porque ya se empieza tambien á hablar de otra grande dehesa, que le queda á mi amigo; y muchos dicen, que por qué no se reparten los valdíos. Los buenos efectos de esta primera Poblacion han desterrado todas las desconfianzas, han vencido todas las preocupaciones, y ya no se habla mas que de poblar, de dar tierras, de meterlas en labor, y establecer familias. Esto será ya muy fácil en adelante, no solo porque han conocido con la experiencia las ventajas, sino porque las mismas Poblaciones hechas dan un medio seguro de hacer otras con ventajas de todos. Voy á explicarte esto.

Muchos de los padres tienen dos ó tres hijos, que les ayudan á trabajar en su suerte y ponerla corriente. Desde que lo esté, y que no les quede mas que el trabajo sucesivo y ordinario del año, no necesitan de tantos brazos. Cada uno podrá gobernar su suerte solo, ó quando mas ayudado por

el hijo que la ha de heredar. Como el padre no puede dividir su suerte, y que esta debe pasar entera al heredero; ¿qué puede hacer, sino solicitar que se reparta otra nueva á estos hijos que le han servido, y no puede acomodar en su suerte? Así lo hacen; y ya vemos que los que han acabado de arreglar su suerte, no solo piden que se les dé una nueva á estos hijos, sino que se obligan á mantenerlos ellos mismos, á darles dos vacas de las muchas que ya tienen, la simiente que necesiten, y á ayudarlos en sus trabajos, hasta dejarlos corrientes y establecidos.

De manera que ya sin gasto, y sin mas esfuerzo que el de medir las suertes y dar la tierra, cada Poblacion hecha puede desenvolviéndose duplicarse ó triplicarse; y de aquí puedes inferir, con qué facilidad pudiera poblarse toda España; pues aunque las primeras Poblaciones que se hicieran, pudieran costar algunas dificultades y gastos, ellas mismas facilitarian que en adelante se hicieran otras con mucho ménos gastos y dificultades. No costaria mas que repartir tierras. Pues no es dudoso, que estos padres ya bien estantes, que no pueden acomodar en sus suertes mas que un hijo, solicitarian nueva tierra para sus segundos ó terceros hijos, ó para sus yernos, obligándose ellos á mantenerlos y habilitarlos.

Vé aquí, como las mismas Poblaciones serian una almáciga subsistente de hombres, y un fecundo principio de otra sucesiva no interrumpida reproduccion. Esto es lo que ya empieza á experimentarse aquí; y tengo por cierto, que en poco tiempo todo este término quedará poblado y cul-

tivado. Dentro de poco faltarán tierras, y sobrarán pobladores. Quiera el Cielo que un egemplo tan útil no sea estéril, y que se verifique lo que decia riendo mi amigo: Que su dehesa habia de poblar toda la Nacion. Yo tambien me reia entónces; pero en verdad que ahora no me rio y empiezo á esperar; porque es menester estar muy ciego para no ver tanta luz.

No creas tampoco que mi amigo haya puesto sus atenciones solo en el campo. En el Lugar tambien demuestra á cada paso su actividad, su inteligencia y amor del bien. Todo se ha transformado. Este Pueblo que te causó tanto horror; este conjunto de habitaciones ruinosas, húmedas, profundas y mal sanas; estas calles sucias, asquerosas y llenas de barros; ya no presentan el horroroso, y desagradable aspecto en que las viste. Mi amigo, alentando á unos, prestando á otros, y acudiendo á los mas, ha hecho acomodar casi todas las casas y blanquearlas; ha hecho tambien levantar los suelos para que estando mas altos que la calle, no puedan entrar en ellos las aguas llovedizas y se preserven de la humedad. Ha hecho que en vez de las estrechas ventanas por donde apénas entraba la luz, se rasguen otras espaciosas por donde el ayre circule con libertad. En fin ha hecho que los mismos vecinos arreglen y tengan empedradas las calles, dando corriente á las aguas de modo, que hoy todo el Lugar está seco y sano; y sus casas, léjos de parecer como ántes receptáculos de bestias, parecen hoy habitaciones de racionales.

Todo esto seria poco, si no hubiera contribuido y logrado una gran reforma y mejora en las

costumbres públicas y domésticas. Su zelo en esta parte ha sido tan activo y tan feliz, que ::: ¿Pero dónde me iba á meter? ¡Qué asunto tan fecundo! y ya mi carta es demasiado larga. Permíteme pues que la interrumpa aquí, y que lo reserve para otra. Á Dios, Antonio mio.

# CARTA XXXVIII.

*Mariano á Antonio.*

Amigo Antonio : Hasta ahora no he podido hablarte mas que de las mejoras exteriores de casas, calles y suertes. En mi última te prometí hablarte de las interiores, esto es, de lo que ha hecho mi amigo para desterrar la ociosidad y la mendicidad, para excitar la industria, promover las Artes y reformar las costumbres. Estos bienes que son tan grandes y que parecen tan difíciles, se han logrado por los medios que voy á referirte.

Una mañana pocos dias despues de mi llegada vino el Cura y trajo á mi amigo una lista de mas de doscientas familias entre quienes habia distribuido el dinero, que le habia dado para repartir entre pobres. Y añadió, que aunque la cantidad era considerable, el número de los necesitados era tal y las necesidades tan continuas, que se habia consumido sin haber podido satisfacerlas todas. Mi amigo dijo : Que le haria dar otra cantidad igual para que la volviese á repartir de nuevo.

Yo dige : Que no aprobaba esta conducta : que me parecia que esta manera de hacer limosna en vez de hacer bien, produciria muchos males, y que con ella mi amigo léjos de remediar el Lugar, acabaria de perderlo y arruinarlo : que las familias pobres que eran entónces doscientas, dentro de tres meses serian quatrocientas, y al fin del año

lo serian casi todas : que esta era una verdad infalible , acreditada por la experiencia ; porque el hombre es naturalmente perezoso y holgazan , que jamas trabaja sino aguijoneado por la necesidad; y que quando puede vivir sin trabajar , no trabaja para vivir.

Señores , les añadí , en un pais en que ni el Gobierno ni las costumbres han sabido imprimir un carácter de infamia y deshonor á la ociosidad , se prefiere vivir sin hacer nada á costa de la caridad agena ; y quando vean que vos dais dinero á los que piden , todos os pedirán y abandonarán el trabajo. Con esto lo que conseguiréis es acabar de arruinar las pocas Artes que haya ; haréis que degen toda ocupacion honesta y laboriosa , y aumentaréis la embriaguez con los demas vicios compañeros inseparables de la ociosidad.

Si quereis hacer limosnas útiles y bien entendidas , proponed medios con que puedan ganar su pan y producir obras provechosas. Estableced manufacturas groseras y comunes de que sean capaces , y que les proporcionen los medios de subsistir , produciendo efectos que sirvan á otros , y en fin obedeced al genio de la naturaleza , que no quiere que el hombre se aproveche de sus dones, sino quando los sabe arrancar de su seno , y quando le fuerza á producirlos. Obedeced tambien á la Ley divina , que ha condenado al hombre á sazonar su pan con el sudor de su frente.

Aquí , señor , me respondió el Cura , todos esos principios son impracticables. No hay en qué ganar la vida : los jornaleros mismos apénas pueden encontrar trabajo , sobre todo en lo que se lla-

ma tiempo muerto, y en que es menester contar casi todo el invierno. Para las infelices mugeres no hay tiempo vivo, ni ellas saben ni hay ocasion en que puedan ganar un quarto. Algunas pocas se destinan á servir, y esta es toda su salida: y fuera de que es grande su ignorancia, hija de su crianza infeliz, no hay aquí personas que las ocupen en nada.

Vé aquí pues, le volví yo á decir, los males que se deben remediar, y que no se remedian con esas limosnas mal entendidas, ántes sí se aumentan. Si mi amigo quiere hacer limosnas bien hechas, que sean provechosas al pobre, útiles al Estado, y agradables á Dios, que disponga y prepare ocupaciones en que todos puedan ganar su jornal. La tierra ofrece muchos medios para emplear los brazos robustos. Las Artes no presentan ménos para ocupar los débiles; y si todavía sobran brazos, las manufacturas los emplean sin límites. No hay en el mundo poblacion tan numerosa, que pueda bastar para llenar todo lo que estos medios reunidos pueden comprehender.

Mi amigo desea poblar una parte de sus tierras: quiere construir algunos edificios, y cooperar á que las cosas del Lugar se consoliden y mejoren. Vé aquí pues caminos para ocupar muchos jornaleros. Las familias que adquieran suertes y cosechas son otros tantos pobres quitados de la ociosidad; solo á los que no quieran ó no puedan tener parte en esta ventaja, será conveniente proporcionarles otros medios de ganar su vida. Y los mas naturales y fáciles son los de fomentar en el Lugar el progreso de las Artes mas comunes. ¿Por qué

nuestros habitadores irán á comprar á las Ciudades vecinas sus zapatos, monteras y camisas? ¿Por qué no podrán aprender y egercitarse ellos mismos en estos oficios?

¿Por qué mi amigo en lugar de repartir ese dinero que vuestra mano pasa á la de los pobres, y con que los acostumbra á la pereza y á los vicios, no podrá emplearlo en hacer que los muchachos aprendan á ser herreros y carpinteros? ¿Por qué no los empleará en establecer aquí fábricas de lienzos comunes y de paños groseros para que hagan los géneros de que se visten, y que ocuparán á muchos, sobre todo á las mugeres que ganarán el pan con las hilazas? Me parece que mi amigo obraria mejor empleando en esto su atencion y su dinero, que nó en darles los medios de ser holgazanes y que vayan á la taberna. Yo creo que la limosna que propongo es la mejor.

Sin duda, señor, me volvió á decir el Cura, que eso seria incomparablemente mejor; pero eso pide tiempo, y las necesidades son urgentes. Por otra parte quando reconozcais el Lugar y esta especie de gentes, quizá juzgaréis que no será tan fácil introducir aquí fábricas que necesiten de inteligencia y de aplicacion. La pereza á que se van acostumbrando estas gentes es difícil de concebir. Pero decidme, quando con el tiempo eso se consiguiera, ¿qué harémos con los muchos enfermos que hay continuamente, con tantos impedidos y estropeados, que vagan por las calles, inútiles para el trabajo?

Si á lo ménos hubiera un Hospital en que curar los enfermos; si hubiera una casa de Miseri-

cordia en que recoger los estropeados, concibo que presentando ocupaciones á los sanos, habria razon para no dar limosna á los mendigos. Pero como aunque se abran muchos caminos de ganar la vida, es imposible que falten necesitados de esta especie, lo es tambien dejar de dar socorros. Vé aquí lo que sucede: Un padre con el trabajo de sus manos mantiene muy bien su familia; pero cae enfermo, y no hay un Hospital que lo reciba. Aquel mismo dia no solo él sino toda su familia están en la miseria. ¿No es preciso socorrerlo? Y mucho, le respondí yo. Si se debe dar trabajo al que puede trabajar, se debe prestar atencion, auxîlio y socorro al que no puede: y nadie lo merece tanto como un jornalero ó artesano honrado, que vive con su trabajo, quando una enfermedad ó accidente le priva de los medios de ganar el sustento.

Es pues necesario, me replicó, que en un Lugar tan numeroso como este haya un Hospital para curarlos. Yo no saco esa consecuencia, respondí, ni soy de esa opinion: ¡Qué, señor! me volvió á decir espantado. ¿Vos pensais que no seria útil aquí un Hospital en que se pudiese curar á los pobres enfermos? Sí, señor, le volví á responder, creo que no seria útil; porque me parece que se puede disponer mejor. No os escandaliceis, señor Cura; porque esta opinion que os parece tan dura nace de principios de humanidad. Escuchad mis razones.

Confieso que los Hospitales pueden ser necesarios en las Cortes, en las Capitales ó en las Ciudades muy populosas; porque como por razon de

la mayor facilidad de hallar trabajo, por la concurrencia de los que conducen los consumos, y por otros muchos motivos concurren á ellas gentes de todas las Provincias, y pobres de todas especies; siempre exîste en sus recintos un gran número de extraños, que no tienen allí ni hogar ni familia, y que quando caen enfermos no tienen á quien volver los ojos: no hallarian persona que los cuidase, ni abrigo que los cubriese; y se moririan por las calles. Estas circunstancias hacen indispensables los Hospitales á pesar de sus defectos, para que puedan refugiarse en ellos y se les asista lo mejor que se pueda. No hay otra razon sólida para defenderlos.

Pero los Hospitales tienen en sí defectos intrínsecos é irremediables, que dependen de la naturaleza de las cosas humanas. Por mas zelo y caridad con que se disponga su establecimiento, es imposible que el tiempo, la costumbre y la multitud de los enfermos no debilite poco á poco este sentimiento de dulzura y compasion, que consuela tanto á la débil sensibilidad del enfermo. Como es preciso servirse de subalternos mercenarios, que no egercen este penoso oficio sino por interes, y que no pueden tener aficion personal á enfermos que no conocen, adquieren por la costumbre una especie de dureza, que causa mayor mal á los enfermos, que el bien que pueden producir los remedios.

Las enfermedades de ordinario al paso que enflaquecen el cuerpo debilitan el ánimo; y nunca es mas útil y mas benéfica para los hombres la compasion y la paciencia y el cariño de las

personas que les asisten. El miserable enfermo que se transporta al Hospital no solo pierde la vista, la compañía y la asistencia de su muger y de sus hijos, sino que lleva en su corazon un torcedor atroz con la idea de que todos quedan en la mas estrecha miseria. Basta para afligirlo esta forzosa separacion de las personas que mas ama.

Pero el enfermo que se puede curar en su casa en compañía y con la asistencia de las personas que lo aman y que él ama, evita por lo ménos todos estos quebrantos que hacen su situacion mas dolorosa. No añade á los males de la naturaleza los que el enfermo del Hospital sufre por la necesidad de las circunstancias. No solo está mejor asistido, sino que tambien padece con mas consuelo. Estas ventajas me persuaden, que en un Lugar donde no hay advenedizos, donde todos tienen una familia y su hogar bueno ó malo, no conviene establecer un Hospital, sino cuidar de que cada uno se cure en su casa.

¡Que cada uno se cure en su casa! exclamó el Cura con calor. ¿Y de dónde saldrá el dinero que es menester para tanto gasto? De la misma bolsa, le respondí yo, de que hubiera salido el que se necesita para fundar y mantener el Hospital, y creo que es mas barato. Considerad, señor, lo que es necesario para fundar un establecimiento de esta especie. Es menester empezar por construir, comprar ó adquirir un edificio sólido y bastante espacioso para recibir los muchos enfermos que puede haber, y disponerlo y guarnecerlo de los lechos y demas utensilios necesarios, que no basta hacer una

vez, porque es menester renovarlos siempre. Esto es muy costoso, y yo lo evito todo, pues cada uno tiene su casa y su cama.

Será menester hacer separaciones de hombres y mugeres, y ademas otras separaciones para las enfermedades contagiosas. Todo esto exîge mucha extension y mucho gasto. Yo nada necesito de esto, pues cada enfermo tiene su casa separada. Despues de hechos estos gastos será menester dotar este Hospital de Administradores, Médicos, Cirujanos, Capellanes, Enfermeros, Cocineros, y un número infinito de otros sirvientes. Este estado mayor es numeroso, obliga á mucho gasto, y sin hablar de los descuidos, del desórden ó de los robos que puede haber, es cierto que absorverá una gran parte de las rentas, y que ántes de que las aproveche un enfermo, se las habrán comido muchos sanos. Pero uno en su casa no tiene necesidad de este aparato. Con los socorros que se le pueden dar, cada enfermo pagará á todos los que le sirven durante la enfermedad. Nada manifiesta tanto los inconvenientes de los Hospitales como la general repugnancia del Pueblo. Apénas van los mas desvalidos, los de la ínfima clase; y quando se vén forzados por la necesidad mas estrecha, solo van quando ya no pueden resistir á la violencia del mal y no les queda otro arbitrio. Los mas prefieren sufrir y morir en su pobre cama al triste recurso de tan rudo y desagradable servicio: y es como vergüenza aceptar alivio tan penoso, que parece destinado á los que la suerte reduce al último punto de miseria. Indicios todos de que allí la caridad no es y acaso no pue-

de ser tan dulce, tan benigna, tan atenta, vigilante y afectuosa como debiera.

Considerad ahora el consuelo que es quedarse entre los suyos, recibir con dulzura y amor de las personas que mas quiere los servicios de que necesita, y que son de confianza tan íntima; tenerlas siempre á su vista, y verlas tan compadecidas de sus dolencias como ingeniosas en su alivio. Que se me compare la atencion y el cuidado de una muger que sirve al marido que ama, del marido que vé en peligro á la madre que le ha dado y le cria sus hijos, de la hija tierna que vé padecer al padre por quien vive: que se comparen, digo, estos tiernos y afectuosos servicios con el grosero atropellamiento de un sirviente insensible; y que se me diga: ¿Quál será mejor para la curacion del cuerpo y la salud del ánimo? Señor Cura, quando fuera posible probarme que supuesto el establecimiento y la dotacion de un Hospital, su méthodo seria ménos costoso que el de que cada uno se cure en su casa, yo no lo prefiriera. Porque lo que puede costar de mas, es tambien limosna, y va mas derechamente al fin de la caridad, que es la curacion y el alivio del enfermo. Nadie puede dudar que será mejor asistido, mas presto curado, ó á lo ménos que tendrá mas consuelo: y si á estas consideraciones añadis la circunstancia de que los socorros que se le dan para su curacion aprovechan á la familia que le sirve, y que por su enfermedad queda sin medios de subsistencia, no dudaréis que esta caridad es mas universal y mas bien entendida.

Sin duda, señor, me respondió el Cura, que

sí fuera posible curar á los pobres enfermos en su casa, esto seria incomparablemente mejor, y á todas las ventajas que habeis dicho, yo pudiera juntar una quizá superior á las demas, y es que los dependientes ó descuidados ó ignorantes dejan muchas veces los enfermos sin advertirlos de su peligro, y sin prepararlos á recibir los últimos Sacramentos de la Iglesia, y es de creer que entre las familias Christianas no habria este descuido.

¿Pero cómo es posible esperar, que nadie en el mundo sea capaz de dar todos los socorros que necesitan los enfermos? Quando hubiera una bolsa destinada para esto, ¿quién puede abrazar un cuidado de tanta extension? ¿Cómo sabrá quién está enfermo? Quando lo supiera, ¿cómo podria llevarle los socorros? Quando no tuviera otra ocupacion, ¿le pudiera bastar el dia? ¿Y qué será si unos enfermos están al un extremo del Lugar, y otros al opuesto? ¿Quién puede encargarse de este afan?

Nosotros, le interrumpí yo; nosotros mismos. Para esto es menester que nos juntemos muchos; es menester que dividamos el Lugar en quarteles ó porciones, y que cada uno se encargue ::: Aquí me anda saltando una idea, y me parece que esta idea no solo será útil para el obgeto de que hablamos, que es la curacion de los enfermos, sino tambien para llenar todos los demas obgetos que desea mi amigo, y que pueden servir á reformar ó mejorar el Lugar de todas maneras. En efecto creo, que si se planta y se sostiene con vigor, se podrá con ella atender á todo, poner buenas Escuelas, entablar manufacturas, y en general quan-

to sea del bien público, hasta producir, puede ser, el destierro de los vicios públicos, y la introduccion de las buenas costumbres.

Mucho nos prometes, Mariano, dijo sonriéndose mi amigo. Tu hallazgo valdria mas que el de la piedra philosophal. No te burles, le respondí yo, ántes de oirme. Puede ser que me engañe; pero vuelvo á decirte que segun mi parecer, si se pone en planta lo que imagino, y si lo seguimos con firmeza y constancia, es muy posible que veas conseguido todo lo que deseas: esto es, introducir en este Lugar aplicacion, amor al trabajo, medios de ganar la vida, dar todos los socorros posibles á la humanidad que sufre, y al mismo tiempo inspirar el amor y la estimacion de la virtud con el destierro y el oprobio de los vicios. Pero mis ideas no están digeridas y necesito de meditarlas. Concédeme tres dias de tiempo y volverémos á hablar.

Al cabo de tres dias nos juntamos de nuevo, y dirigiéndome á mi amigo, le dige: La Providencia te ha traido á este Lugar: él te produce grandes rentas: al mismo tiempo tienes otras muchas que te ha dado el Cielo; pero lo que es mas precioso tambien te ha dado la voluntad de emplearlas bien. Tú deseas convertirlas en beneficio del estado en que has nacido, del bien público de que eres parte, de la humanidad de que eres miembro, y de los pobres de quienes el Cielo te ha hecho depositario; pues concediéndote mas de lo que honestamente necesitas, te manda que les distribuyas el sobrante, fiando á tu inteligencia y zelo el órden de la distribucion por las reglas de una caridad bien entendida.

El Cielo te ha concedido pues muchas ventajas, y te ha impuesto grandes obligaciones; tú las conoces, y deseas desempeñarlas. Acaso esta es la mayor gracia que te hace. Se diria á primera vista, que para un rico nada hay mas fácil que hacer bien quando lo desea: pero no es así, y nada es tan dificil como hacer bien quando lo desea. No bastan las riquezas aunque las acompañen los buenos deseos, porque con muy buenas intenciones se puede hacer mucho mal. Tampoco bastan el propio zelo y la propia inteligencia, porque un hombre por inteligente y activo que sea no puede hacerlo todo por sí, y necesita de otros que le ayuden, que se penetren de su espíritu, y que sean tambien inteligentes, activos y zelosos.

Ya hemos dicho que el méthodo de dar limosnas por las manos del señor Cura ó de qualquier otro, sin esforzar á los pobres al trabajo, produciria grandes inconvenientes, y que en vez de hacer bien haria mal á todos. Peor seria si tú las distribuyeras por tu mano ó por la de qualquiera de los tuyos que serian mas fácilmente engañados. La vista de estos inconvenientes, y la dificultad de que pocos hombres solos pueden abrazar toda la extension de los males que hay que reparar, y de los muchos bienes que se pueden producir, me han excitado la idea de que seria bueno y útil formar una especie de sociedad ó Junta de bien público ::: Pero ántes de pasar adelante, yo quisiera que el señor Cura me respondiese á esta pregunta:

¿Seria posible encontrar en el Lugar quaren-

ta ó cincuenta personas de inteligencia y honor así hombres como mugeres, que se juntasen en una especie de Cofradía consagrada al servicio de los pobres? Se hacen tantas Cofradías de devocion: ¿no se pudiera hacer una de caridad? El Cura me respondió: Nosotros tenemos tres Cofradías en la Iglesia, y la del Sacramento es muy distinguida. Se compone de los mejorcitos del Lugar, de los que tienen un pasar mas honrado. No se reciben en ella jornaleros ni hombres de oficio. Serán como de setenta á ochenta, y los mas hombres de bien. Pero aunque algunos tienen un mediano pasar, ninguno tiene sobrado; con todo, dige yo, ¿ellos hacen los gastos de su Cofradía? Sí, respondió el Cura; pero estos son tan ligeros, que con una peseta cada mes salen de todos sus empeños. Yo no he menester mas, volví á decir, con eso me basta para poner en práctica mi pensamiento.

Empecemos por hablar á los que el señor Cura nos indique. Pidámosles que se junten con nosotros para formar esta Sociedad. Contentémonos por ahora con treinta ó quarenta hombres los mejores; y otras tantas mugeres. Este será nuestro primer fondo: despues querrán agregarse otros y los recibirémos. Les explicarémos que nuestro instituto ó el obgeto que nos proponemos es el bien público, y por eso nos llamarémos la Junta del bien público; y que en esto se comprehende así el servicio de los pobres como todo lo que sea útil y ventajoso al Pueblo.

Expliquémosles tambien, que nuestras obligaciones son dar una peseta de contribucion cada mes,

y estar dispuestos á ocuparnos en todos los empleos que nos diere la Junta. ¿Os parece, señor Cura, que será fácil encontrar esto? Muy fácil, me respondió. Pero yo dudo que con tan pocas pesetas se pueda atender á todo.

Yo no he menester pesetas, porque ya las tengo. Lo que necesito es de personas zelosas, inteligentes y honradas, que me ayuden á distribuir bien las que yo tengo; de cooperadores hábiles que penetrados del mismo espíritu egecuten y sostengan las buenas ideas que queramos poner en planta. En quanto al dinero mi amigo está en ánimo de emplear cada año una cantidad en beneficios que puedan ser útiles á todos. Quiero suponer mil doblones ::: Y mucho mas si fuere necesario, interrumpió mi amigo. Estoy pronto á dar todo lo que sea menester para convertirlo en beneficios sólidos y verdaderos del Pueblo.

Y bien, señor Cura, ya podeis ver el fondo de la Junta, y que aunque no presentemos al público mas que cincuenta ó sesenta pesetas tendrémos siempre una reserva secreta para hacer todo lo que convenga, y me parece mucho mejor que sea así. Pero ahora para entendernos tomo por egemplo mil doblones; y digo, que esta cantidad distribuida por el méthodo y con las reglas que propondré será mas útil, y producirá mas efectos y bienes que diez veces otro tanto empleado sin órden ni principios. Y digo mas, que si mi amigo repartiera esta cantidad por sí ó por tercera persona como lo ha hecho hasta aquí, no haria otra cosa que derramar mucho dinero vagamente sin fruto y haciendo mucho mal. En vez

de que con la institucion de esta Junta podrá por medio de ella distribuirlo bien con conocimiento verdadero, y produciendo bienes de una felicidad permanente.

La razon de esto es, que la Junta estará obligada á gobernarse por principios de rectitud, equidad y sana política, que le serán dictados en los reglamentos de que hablaré despues. Nada quedará al arbitrio, á la fantasía, ó á los intereses de ningun particular. Así todo debe hacerse por reglas de justicia y convenieneia. Por otra parte no hay particular que no pueda ser engañado, porque ninguno puede tener por sí todos los conocimientos necesarios, y ménos la atencion y el tiempo que es menester para exâminar todas las personas, y cuidar de todos los ramos.

Pero quando el trabajo se reparte entre muchos; quando cada uno se aplica á lo que mas entiende; quando con una noble emulacion todos procuran desempeñar su encargo; quando lo que egecuta el zelo de unos es sostenido por la vigilancia y el conato de todos; entónces con pocos medios se hacen grandes cosas. Las empresas mas arduas no encuentran contradiccion, ó las supera la reunion de muchos talentos y de muchos esfuerzos.

Así mi designio no es otro sino de que mi amigo con el nombre y el pretexto de una Junta se asocie un número escogido de cooperadores que le ayuden á lograr sus excelentes fines, y conseguir que el dinero que quiera emplear se convierta en verdaderos socorros, y en beneficios útiles y subsistentes. Ya hemos dicho que es imposible que lo haga por sí solo, porque seria engañado á ca-

da paso, y que seria el único obgeto de los importunos que le arrancarian sin arbitrio limosnas mal aplicadas. Por otra parte mi amigo no quiere hacer el ostentoso papel de único bienhechor, no quiere adquirir reputacion de limosnero. La modestia Christiana prescribe cierta reserva.

Pero todo lo conseguirá, quando mezclado en la misma Junta lo haga todo por ella y con ella, y ademas derramará en estos su espíritu; les hará adoptar sus pensamientos, y les hará egecutar todas las ideas útiles que tiene premeditadas. Él será el alma, el timon, el resorte que dirija todos sus movimientos. Los otros le servirán sin saber que le sirven; creerán cumplir con sus obligaciones, y las cumplirán en efecto; y mi amigo añadirá á sus propios méritos el de hacer que los adquieran los otros. Quando los medios falten, podrá verterlos en la sociedad por mil caminos sin fausto ni ostentacion.

Se empezará por un fondo que no se sabrá de dónde viene, aunque será fácil adivinarlo. Quando vengan despues estrecheces y se necesite de nuevos medios, unas veces los dará en su nombre, porque es el mas rico y debe hacerlo, y esto se mirará como una gracia: otras veces llegarán dados por un anónimo: otras se pedirá á un miembro de la Junta que los ofrezca en su nombre. En fin se puede hacer que nada falte sin la pública ostentacion de ser uno el que lo ofrece todo. Sin duda que se sospechará la mano de donde vienen los dones; pero este es menor mal. Á lo ménos se procura evitar el riesgo y la tentacion de la vanagloria, y tambien la humillacion agena.

Así si propongo que cada miembro dé una peseta mensual, no es porque crea que esto pueda contribuir al progreso de la operacion. Aunque sé que cincuenta ó sesenta pesetas no pueden hacer mucho peso en asuntos que necesitan de millares; pero me ha determinado una razon que yo creo de profunda política. Señor Cura, si esta contribucion es muy pequeña para el fondo de la obra, es muy grande y muy importante para su logro y consistencia. Escuchad mi razon.

Si mi amigo no quisiera que los demas miembros contribuyeran por su parte, diciendo, que él hará todos los gastos, jamas consiguiera reunir esta Junta, ó á lo ménos jamas pudiera inspirarles zelo, movimiento y actividad. Á unos pareciera que mi amigo queria para sí toda la gloria: otros se desdeñarian de tomar parte, pareciéndoles que seria tratarlos como criados ó dependientes: todos se mirarian como instrumentos pasivos: ninguno miraria la operacion como cosa suya: ninguno se inflamaria en zelo, ni tomaria el interes activo que inspira la idea del interes propio: todos procurarian excusarse, ó si consentian por complacencia seria sin actividad, sin empeño, y jamas se podria eslabonar bien esta serie de operaciones encadenadas que necesita de tan estrecho enlace, y de tan activos resortes para que pueda producir los efectos deseados.

Pero al instante que se les dice, que todos van á trabajar juntos y de mancomun, y que esta es una sociedad en que todos ponen por igual su contribucion y sus esfuerzos, ya les parece que la obra es suya, ya se imaginan que la gloria es para to-

dos ; cada qual piensa que tendrá su parte y trabajará por adquirirla. Entónces el zelo y el ardor se apoderarán de su corazon, y habrá algunos que se aplicarán á estos obgetos con mas vehemencia que á sus propios negocios. Tal es el corazon humano : él desea ser actor en todo ; el papel de testigo le cansa ; el de admirador le fastidia ; el de instrumento le humilla ; pero el de actor le sostiene ; y quando imagina que le alcanzará una parte del interes ó de la gloria, con este estímulo se le lleva donde se quiere. Así es su naturaleza ; y pues así es, procuremos seguirla.

Yo pienso tambien que nuestra Junta debe componerse de mugeres, y me parece que esta será una parte muy útil y necesaria para muchos usos. Las mugeres por lo general son mas tiernas y mas compasivas que los hombres, y por eso serán mas propias para diferentes obgetos de nuestro instituto, como el cuidado y alivio de los enfermos, la asistencia de las que están de parto, la crianza physica de los niños abandonados, la educacion de las muchachas, y otros mil obgetos de esta misma especie. Al mismo tiempo son mas hábiles para ciertos encargos que nos serán necesarios, como la distribucion de las hilazas entre las otras mugeres para nuestras fábricas de lienzos, paños y otras cosas iguales.

Es menester pues que el señor Cura empiece por escoger un cierto número de aquellas que le parezcan mas juiciosas, que tengan mejor reputacion, y cuyo egemplo pueda persuadir á las demas. Que les explique nuestro designio, para que lo conciban y lo hagan concebir á las otras, á fin

de que todas se animen y nos ayuden en la empresa. Tengo por cierto que muchas contribuirán con todos sus medios, y que nos serán muy útiles. El carácter de las mugeres por lo general es bueno y dulce, desean el bien, y toman con ardor todos los empeños de que se encargan. Por otra parte si tenemos por nosotros las mugeres, los hombres las imitarán.

Yo creo que uno de los mas útiles será establecer telares de lienzos y de paños groseros que sirvan á los pobres, y aunque á mi amigo le seria muy fácil hacerlo por sí, tengo por conveniente que lo egecute por mano de la Junta. Lo único que mi amigo puede hacer es facilitarle los medios, haciendo lo que la Junta no pudiera hacer. Por egemplo, puede tratar con los fabricantes de fuera, y hacerlos venir al Lugar con tres ó quatro telares de cada especie. Para conseguir su traslacion les concederá algunas ventajas, y les asegurará que la Junta les proporcionará trabajo á precios cómodos. Al mismo tiempo hará comprar mil arrobas de lana y otras tantas de lino, que entregará á la Junta, y esta cuidará por el órgano de sus miembros de hacerlas hilar y teger hasta llevarlas á su debida perfeccion.

Con esta operacion se harán muchos bienes. En primer lugar comprando el lino en el pais, se anima la cria y cultivo de uno y otro, se sostienen las familias de los fabricantes que han venido, y se da con ellas el egemplo de la actividad y aplicacion. Se pondrán muchachos que aprendan, se irán multiplicando sucesivamente los telares, se aumentará cada dia esta industria y el número de

las familias que se mantendrán con ella. Todas las mugeres del pais se ocuparán en hilar : se fabricarán muchas varas de lienzos y de paños : los pobres habrán contribuido con su trabajo, se habrán mantenido con él, y despues se vestirá á otros pobres con lo mismo que han hecho los primeros. Por este modo los beneficios se doblarán, y se satisfará á todos los obgetos de la caridad.

He propuesto este egemplo para dar una idea de todo lo demas ; pero sin detenerme en esto, y suponiendo los preliminares que he dicho, voy á explicar ahora lo que se puede hacer. El primero que debe abrir la marcha es el señor Cura. Este debe hablar á las primeras ó á las mas estimadas personas del Lugar de uno y otro sexô, para enterarlas de nuestro designio, y pedirles que contribuyan por su parte ; y formará dos listas de todas las que consientan y subscriban, una de hombres y otra de mugeres. En la primera pondrá desde luego así á mi amigo como á sus hijos, á mí y á las demas personas que le nombrarémos.

Quando su lista sea ya de treinta ó quarenta personas de cada sexô, nos convidará á todos un dia señalado á la sala que hay sobre la Sacristía, en que pueden caber mas de doscientas personas. Allí nos hará un breve discurso, en que nos explique el fin y obgeto para que nos ha juntado, que es formar una Sociedad de beneficencia, que se ocupe así en lo que puede contribuir al alivio y socorro de los pobres, como en lo que puede ser útil y ventajoso á todo el público. Y como toda sociedad necesita de leyes ó reglas que la gobiernen, yo me he ocupado estos dias en hacer un re-

glamento. Pero ántes de que salga al público, es menester que el señor Cura y mi amigo lo exâminen, y que lo corrijan y lo modifiquen como les parezca.

Entónces saqué un papel, y leí los artículos que habia escrito. Tanto el Cura como mi amigo me hicieron diferentes reparos y observaciones, y al mismo tiempo añadiéron otras muchas cosas muy útiles. Nuestra conferencia duró mas de tres dias. Pero en fin despues de haber discurrido de cada artículo en particular, quedamos convenidos en que quedaria del modo que te lo voy á copiar aquí.

## *REGLAMENTO PARA LA JUNTA DEL BIEN PUBLICO.*

El obgeto de esta Junta es cuidar tanto de lo que puede ser alivio y socorro de los pobres, como de todo lo que sea útil y ventajoso al Pueblo.

La Junta se compone de todos los miembros que han sido admitidos, y están inscriptos en el libro de la Sociedad, y de todos los que lo serán despues. Todos los miembros reunidos forman la Junta general.

Esta Junta general nombrará una Junta particular que llamará egecutiva, la qual se encargará de hacer observar los reglamentos generales, y los estatutos particulares de que se hablará en su lugar.

## *ESTATUTOS PARA LA JUNTA GENERAL.*

La Junta general en que deben y pueden juntarse todos los miembros admitidos, se tendrá una vez cada mes en dia fijo, como por egemplo, el primer Domingo del mes despues de Vísperas. Desde que se sale de la Iglesia se subirá á la sala que está sobre la Sacristía, y que es el lugar destinado para ella.

Allí se nombrará un Presidente á pluralidad de votos, que tendrá el derecho de convocar, presidir y poner órden en las conferencias, un Secretario y un Thesorero, y todos estos oficios durarán un año.

El Secretario debe tener dos libros, uno para escribir en él todas las deliberaciones, y otro para tomar razon de todo lo que por qualquier título entre en manos del Thesorero ó de otra persona y pertenezca á la Sociedad, para que se les pueda hacer cargo.

El Thesorero debe llevar su cuenta, y deberá darla cada mes á la Junta particular de que se hablará despues, la que debe ser exâminada y estar conteste con el cargo que le resulte del libro del Secretario, y vista y aprobada por dicha Junta.

En la Junta general se deben elegir á pluralidad de votos estos quatro oficios de Presidente, Presidenta, Secretario y Thesorero, y ademas otros dos miembros, y una Señora, que de-

ben componer la Junta particular. Y al mismo tiempo en las Juntas mensuales se exâminará la relacion que le deberá hacer el Secretario en nombre de la Junta particular de todo lo que haya hecho en aquel mes, como despues se dirá con mas extension.

Todos los miembros tendrán el derecho de explicar su opinion aprobando ó censurando lo que les parezca justo, y el de exponer nuevas ideas y mejoras. Estos puntos se decidirán por el mayor número de opiniones, y al Presidente toca declarar la pluralidad y la resolucion que resulta.

Quando los negocios de la Junta general estén concluidos, el Presidente eligirá la Señora de la Congregacion que le parezca, y esta dará una vuelta á la sala para recibir las limosnas voluntarias, que la caridad inspire á cada miembro, y que son independientes de la peseta de contribucion mensual que cada individuo debe dar al Thesorero. En caso de que no asista, la enviará, ó el Thesorero tendrá cuidado de recogerla.

## *ESTATUTOS DE LA JUNTA PARTICULAR.*

La Junta particular se compondrá de siete individuos, el Presidente, la Presidenta, el Secretario y el Thesorero serán miembros natos, y ademas se añadirán dos hombres y una Señora, que serán tambien nombrados por la Junta general. Las funciones de todos deben durar un año.

Esta Junta resume en sí toda la autoridad. Co-

mo no es posible que muchos puedan ocuparse sin confusion en una administracion tan prolija, porque se embarazarian unos á otros; la Junta general nombrando esta Comision ó Junta particular, debe delegarle todos sus poderes, pues son personas escogidas por todos, y por consiguiente dignas de su confianza.

Debe pues dejándole toda la autoridad contentarse con que cada mes le dé cuenta de todas sus operaciones, para que sean públicas y conocidas, y que todos sepan el buen uso que se hace de los fondos. El Secretario en las Juntas mensuales hará una relacion, en que le informe de todo lo que se ha egecutado en virtud de los reglamentos; de los enfermos y pobres que se han socorrido con expresion de las familias, personas y barrios; de los adelantamientos que haya, ó de los daños que se han reparado; en fin de todos los gastos que se han hecho, y de las exîstencias que quedan.

Esta cuenta es necesaria para el órden, y para que la Junta general pueda determinar con conocimiento la cantidad que destina para los gastos del mes siguiente. La Comision le propondrá la que le parezca necesaria; pero la Junta podrá confirmarla, aumentarla ó disminuirla con arreglo á los fondos y circunstancias.

La Junta particular hará dividir el Lugar en barrios, y nombrará para el cuidado, asistencia y direccion de cada uno un Inspector y una Inspectora sacados de los miembros de la Sociedad.

Esta Junta tendrá dos sesiones mensuales. Una el Lúnes siguiente al Domingo en que se habrá

tenido la Junta general, y la otra el Lúnes que precede al Domingo en que se debe tener la otra Junta general que se sigue.

En la primera de estas dos sesiones la Junta debe distribuir la cantidad que la Junta general ha señalado para los gastos de aquel mes por este modo:

Empezará por dar á cada Inspector la cantidad que le parezca conveniente para emplearla en los usos y obgetos de su cargo, que se explicarán despues. Si hay fábricas dará á los miembros encargados de este ramo lo que sea necesario para sus gastos corrientes. Al Individuo encargado de los Aprendices dará segun su cuenta lo que necesite. Á la Comision de Señoras lo que sea menester. En fin á todos los miembros que se ocupen en algun obgeto dará lo que parezca necesario para los gastos de aquel mes; pero con la prudencia de no invertir toda la cantidad, sino reservar una parte para lo que pueda ocurrir de extraordinario.

La segunda sesion mensual de esta Junta será para que cada uno de los empleados, que ha recibido dinero en la primera, dé cuenta de los gastos que ha hecho, y de los obgetos en que lo ha invertido. El Secretario formará una lista de todos los socorros y bienes que se han hecho, y si alguno ha podido reservar por economía alguna parte, se aplicará este resto á la masa, y habrá este fondo de mas para el mes siguiente.

Estas cuentas deben ser comprobadas con recibos en quanto sea posible, y vistas y exâminadas por la Junta, la que en caso de aprobarlas pon-

drá su Visto bueno, y deben pasar despues al Secretario, el que con ellas formará la lista de los gastos hechos, la de los bienes que han producido, y la cuenta general que se debe presentar á la sesion mensual de la Junta general.

## *ESTATUTOS DE LOS INSPECTORES Y DE LAS INSPECTORAS.*

El destino de los Inspectores y las Inspectoras es ocuparse con una vigilancia benéfica y activa en todo lo que es humanidad, asistencia, paz y concordia en el Quartel que les está señalado. Deben considerarse como el Padre y la Madre de todos los pobres que lo habitan; como los tutores de los niños huérfanos, y demas desvalidos que lo pueblan; y como amigos de todos los vecinos. Así deben á todos socorro, consuelo, consejos y buenos servicios.

En primer lugar cuidarán de todos los enfermos pobres. Como ya están asalariados el Médico y Cirujano, los Inspectores no tienen otra cosa que hacer, sino atender á que las familias no se descuiden en avisarles á tiempo. En quanto á la Botica la Comision se arreglará con el Boticario, á fin de que estos suministren á las familias los remedios que prescriban los Médicos en sus recetas; y cuidará de pagarles cada mes. Pero queda á su caridad y á su prudencia el arbitrio de dar á las familias algun socorro, si por la enfermedad del padre quedan en la miseria, y sobre todo consolarlos y dirigirlos.

Cuidarán tambien de las mugeres que estén cerca de parir; si vieren que no tienen con qué envolver la criatura, pedirán á la Comision de Señoras, que les den una envoltura de las que deben estar prevenidas en el almacen. En el parto les darán los alivios que puedan, sobre todo los que no se hallan en la Botica, como podria ser vino, azúcar. Contribuirán á que las madres, si no tienen alguna imposibilidad physica, sigan el instinto de la naturaleza, y crien á sus propios hijos; y si muriere la madre, buscarán los medios de hacer criar á los niños.

La Sociedad se propone como uno de sus principales obgetos hacer respetar la vegez y socorrerla. Por esto les encarga: que si en su Quartel se hallan hombres de avanzada edad, los traten con humanidad y distincion: que no solo les den los socorros comunes á todos, sino algunos consuelos y alivios particulares, como serán un poco de vino ó de tabaco, si esto puede agradarles. Los impedidos, estropeados ó inválidos deben considerarse en la misma clase. Si pueden ocuparse en algun trabajo, se les deberá procurar; y si no, se les debe tratar como á los viejos.

Tambien cuidarán de todos los muchachos de su Quartel. No permitirán que jueguen en la calle, ni divaguen, y harán que vayan á la Escuela, instruyendo á los padres de que la Sociedad tiene resuelto, que la familia que no envie sus hijos á ella, no tendrá parte en sus socorros.

Fuera de estas indicaciones determinadas, en general sus cuidados y afanes deben ocuparse en todo lo que puede ser útil y ventajoso á los veci-

nos de su Quartel, teniendo por principal obgeto todo lo que puede contribuir al servicio de Dios, al bien estar de las familias, y á la paz y tranquilidad de todos. Así sus primeras vistas deben dirigirse á la extirpacion de todo vicio, y al fomento de todas las virtudes. Desde luego no permitirán ningun mendigo, ocioso ni vagabundo; y si hubiere entre los pobres de su Quartel genios díscolos ó violentos, hombres que maltraten á sus mugeres ó sus hijos, dados al vino, ó que tengan otros defectos de aquellos que incomodan y turban el órden de la Sociedad civil, procurarán amonestarlos, corregirlos y amenazarlos con que se les privará de todos los socorros, y se les borrará de la lista de las familias de la Sociedad.

Si nada de esto bastare, el Inspector dará cuenta á la Comision, y esta informará de todo á la Justicia, que con mano mas poderosa podrá contener el mal, usando de la fuerza y de la autoridad de las leyes.

La Sociedad les encarga no dar jamas á los pobres los socorros en dinero, porque la experiencia acredita que no suelen hacer buen uso, y que los viciosos lo malgastan en el juego, en aguardiente, y otros obgetos que en vez de aliviarlos, les hacen mas daño. La Junta pues recomienda á los Inspectores é Inspectoras, que tomen el trabajo de comprar ellos mismos, y darles las cosas necesarias. Esto es mas penoso, pero es mas útil y mas meritorio.

El Inspector cuidará tambien del aseo interior de las casas de todos, exhortando á las mugeres á que las tengan limpias y enjutas, así para su sa-

lud y la de su familia, como para la de sus vecinos; igualmente de la limpieza y aseo de las calles, que tanto contribuyen á la comodidad y á la salud pública.

En especial se les encarga mantener la paz y la buena harmonía entre todos, procurando evitar las rencillas y desavenencias, que son tan frecuentes entre los vecinos de mala educacion. Procurará tambien evitar todos los pleytos que puedan nacer de intereses, haciéndose el conciliador de todos. Para esto procurará componerlos, mediando entre ellos, y proponiéndoles arbitrios que les eviten los gastos, los trabajos y malas resultas de todos los litigios.

Para todo esto se servirá de la autoridad paternal que le da su encargo, de la superioridad de razon que debe darle su mejor crianza, y de aquella secreta irresistible fuerza que da la virtud, quando se ocupa con zelo y desinteres en beneficio de otros. No es posible resistir á la fuerza de la verdad, ni á la actividad de un consejo de paz y de razon, quando solo lo promueve el amor del bien, y quando es para ventaja del que lo recibe, y quando el que lo da no deja sospechosa su virtud; y este imperio que es tan eficaz por sí mismo adquiere nueva fuerza, si el que lo maneja puede abrir ó cerrar á su arbitrio su mano benéfica.

## *ESTATUTOS DE LOS INSPECTORES DE LAS ARTES Y OFICIOS.*

Uno de los principales obgetos de la Sociedad será el progreso de las Artes y Oficios, y hacer

que los muchachos del Lugar se apliquen á aprender las mas usuales, que son las mas útiles. Así la Junta particular pondrá y pagará el aprendizage de todos los que pueda y sus facultades le permitan. Pero desea tambien hacer de este adelantamiento, para hacerlo mas útil, un obgeto de justicia, y al mismo tiempo de emulacion y de premio: y vé aquí lo que se propone.

Su intencion es que todos los muchachos vayan á la Escuela, para aprender en ella los elementos de la Religion, á leer, escribir y contar. Pero no siendo posible que pueda pagar despues los aprendizages de todos, quiere que esta misma enseñanza sirva de estímulo y de premio para algunos. Con esta idea piensa establecer ciertos premios, que se explicarán despues, para aquellos que mas se distinguieren en los exámenes ó concursos que se formarán.

Para contentar desde luego al preferido se podrá añadir alguna bagatela que se le dará al instante. Pero el principal premio que se le dará es, que quando haya aprendido todo lo que la Escuela puede enseñar, ó que tenga la edad suficiente, la Sociedad le pague el aprendizage del oficio que quiera aprender, con tal que sea de uso comun y de la clase de los necesarios; tales como los de Herreros, Cerrageros, Carpinteros, Zapateros, Medidores de tierra, y otros de esta especie. Se les enseñará tambien el dibujo, y por estos medios estos oficios que son tan útiles sirven tambien de estímulo para la primera instruccion: se hace en cierta manera justicia á los muchachos, pues se les premia su aplicacion; y vienen á las

Artes los que se han reconocido por mas hábiles.

Pero entre estos oficios se exceptúa el de Sastres, y todos los demas que no pidan fuerza, porque estos deben reservarse para las mugeres. La naturaleza privilegió á los hombres dotándoles de fuerza, y los hizo aptos con ella á tantos oficios diferentes, que son rudos y que necesitan de movimiento, y es justo que degen á las mugeres el egercicio de los que son sedentarios y proporcionados á su flaqueza. Así la Sociedad quiere que quando las muchachas salgan de la Escuela, en las que tambien hayan ganado los premios que se instituirán para ellas, se les pague igualmente el aprendizage de Sastres, Costureras y demas oficios que puedan ser propios de su sexô.

Tambien quiere la Sociedad que quanto se haga en ella en materia de vestidos, camisas, sábanas, ajuares de niños, y quanto se costée, cosa y arregle para los pobres, se egecute con preferencia por estas mugeres que hayan sido aprendices suyas. Y á fin de cuidar de todos estos objetos, la Comision nombrará dos de sus Individuos, un hombre y una Señora, para que se encarguen respectivamente de lo que pertenece á los muchachos y á las muchachas aprendices: ambos velarán sobre su conducta, pagarán los Maestros, y darán cada mes cuenta á la Junta egecutiva.

## *INSPECTORES DE ESCUELAS.*

La Junta egecutiva nombrará del mismo modo un Inspector para las Escuelas de muchachos, y una

Inspectora para la de muchachas, que se encargarán cada uno en la suya de hacer que todos asistan, y se entenderán para esto con los Inspectores de Quartel, á fin de que estos estrechen á los padres que no tuvieren cuidado de enviar á sus hijos. Asimismo cuidarán de que los Maestros no aflogen, y que todo vaya con el órden y la decencia conveniente. Y como es importante pensar tambien en la educacion Physica, en que los muchachos se crien robustos, que adquieran agilidad y fuerza, cuidarán de que el Maestro les dé cada semana una tarde de asueto, y que los lleve al Campo, para que allí se egerciten en correr, saltar, transportar pesos, ó en otros obgetos difíciles que promoverá con prudencia.

Tambien nombrará dos de sus individuos, uno Inspector de las fábricas de lino, y una Inspectora para las hilazas. El primero dará órden al Depositario de dar el lino y cáñamo en bruto que pida la Inspectora. Esta dará su recibo, y lo distribuirá entre las mugeres del Lugar, para que lo hilen á precio ajustado. Quando esté hilado y recibido, la Inspectora librará contra el Inspector el precio de la hilaza, y este lo pagará.

Quando todo esté hilado, la Inspectora lo pasará al Inspector de fábricas, para que este lo distribuya entre los Tegedores, y este tendrá cuidado de que se egecuten todas las operaciones necesarias hasta la conclusion. Quando esto se verifique lo pasará todo al almacen de Señoras; la Depositaria le dará recibo, y estos recibos le servirán de descargo en la cuenta que debe presen-

tar á la Junta egecutiva, la que mandará pagarle sus adelantamientos si los ha hecho.

Del mismo modo se nombrarán un Inspector y una Inspectora para las fábricas de lanas que procederán con el mismo méthodo, y solo se debe añadir, que la Inspectora podrá hacer con acuerdo del Inspector, que una parte de las hilazas se convierta en hacer medias de todos tamaños y gorros para los hombres.

## *COMISION DE SEÑORAS.*

La Comision de Señoras se compondrá de la Presidenta, y de todas las Inspectoras, con facultad de asociarse todas las personas que puedan ayudarlas. Nombrarán entre sí una Secretaria que siente las deliberaciones y firme las cuentas, una Thesorera que guarde y dé cuenta del dinero que le va dando sucesivamente la Junta egecutiva para los gastos ocurrentes, y una Depositaria general que custodie todos los efectos que pertenecen á la Sociedad, así los que provengan de sus fábricas, como de las limosnas que muchas personas harán de sus deshechos y ropas usadas, que pueden acomodarse al uso de los pobres, y de que se debe hacer un Almacen.

Esta Comision se juntará una vez cada semana, y de manera que pueda dar á la Junta egecutiva cuenta de sus operaciones y del estado en que se hallan. Sus funciones son hacer cortar, coser y concluir todos los géneros de las fábricas que se destinan á vestir los pobres. Por

esto cuidarán de hacer que todos los paños se reduzcan á trages, y todos los lienzos á camisas ó sábanas, segun el número y los tamaños que les prescriba la Junta egecutiva, prefiriendo las mugeres pobres para este trabajo, en especial las aprendices de la Sociedad.

Estos trabajos deben hacerse de modo, que las ropas que se destinan para el año estén prontas para el primer dia de Noviembre, á fin de que la Junta egecutiva pueda ántes del invierno hacer por mano de los Inspectores una particion general.

Esta misma Comision tendrá cuidado de tener siempre pronta una docena de envoltorios de niños, para darlos á las Inspectoras del Quartel que los pedirán, quando una pobre de su Quartel esté cerca de parir, y no tenga medios de hacerlos por sí misma.

Á fin de hacer mas perceptible esta cadena de las operaciones de la Sociedad, se repetirá sumariamente: Que el mes de Noviembre ántes de los frios se deben repartir entre los pobres que absolutamente lo necesiten, los vestidos, camisas, medias, gorros y demas cosas que deben servir á su abrigo y cubrir su desnudez.

Que por consiguiente se debe cooperar á que todo esté hecho para aquel tiempo, y que desde entónces se empezará á trabajar en hacer otros nuevos vestidos para el año siguiente.

Que las Juntas generales deben ser doce, una cada mes, y que en ellas el Secretario debe dar razon de todo lo que se ha hecho y gastado en el mes antecedente. Por este medio el público será

informado de los bienes que la Sociedad hace, de los socorros que da, y de los enfermos que cura. Esto contribuirá á que todos se esfuercen á sostenerla con sus servicios y sus limosnas. Y al mismo tiempo determinará la cantidad que se debe emplear el mes siguiente en los gastos corrientes.

Que la Junta egecutiva, fuera de las Sesiones extraordinarias á que pueden las circunstancias obligarla, debe tener dos ordinarias y fijas. La primera poco despues de la Junta general, con el fin de repartir la cantidad que la Junta general ha señalado para los gastos del mes. Los Inspectores deberán asistir, para que cada uno explique las necesidades de su Quartel, y pida lo que le parezca necesario con proporcion á ellas. La Junta con su prudencia lo reglará todo de manera, que dé á unos mas que á otros, segun el número de sus enfermos ó el de sus inválidos. Lo demas se repartirá entre los Inspectores que cuidan de las fábricas, para que estos paguen los costes de ellas y las hilazas. Dará una parte á la Comision de Señoras, y procurará que quede algo reservado. Que la segunda Sesion de esta Junta debe ser ocho dias ántes de la otra Junta general, para que el Secretario tenga tiempo de preparar su relacion: que en ella todos los que han recibido dinero, traerán su cuenta comprobada: que la Junta las exâminará y aprobará: que el Thesorero dará tambien la suya, y por este medio se sabrá lo que queda en caja: que el Secretario con estos materiales formará la relacion, que se debe leer en la Junta general, y que comprehenderá dos partes: en la primera dará razon de todos los socorros ó beneficios

que se han hecho aquel mes ; y en la segunda de los gastos que se han causado , de los caudales que se han recibido , y de las exîstencias que quedan así en dinero como en materias en bruto ó trabajadas , y que deben servir para los socorros ulteriores : el mismo Secretario al fin del año formará de estos doce estados mensuales un estado general que los resuma todos : y este estado se deberá presentar á la Sociedad en la última Junta general del año , y se podrá fijar en un sitio público, para que lo vean todos. Parece que por estos medios la Sociedad podrá socorrer á sus pobres con órden y economía. Parece que podrá atender á otros muchos obgetos de su instituto. Pero deseosa de extender mas su beneficencia , y sobre todo de propagar el amor y la estimacion de la virtud, el respeto y la obediencia filial , el progreso de las Artes y Oficios , las mejoras de la educacion physica y moral , la aplicacion al trabajo , y el destierro de la embriaguez , de las discordias , de la ociosidad , de la mendiguez y de todos los demas vicios , se ha propuesto formar diversas instituciones para conseguir fines tan loables.

En primer lugar la Sociedad contribuirá por su parte á que el culto de la Iglesia se egecute con la mayor solemnidad , y que todos asistan á los sagrados Oficios con el respeto y decencia que se les debe. Para esto nombrará dos Individuos especialmente encargados de cuidar que todo se haga con órden y arreglo. En los Domingos y fiestas del año se cantará una Misa solemne á las nueve de la mañana en el verano , y á las diez en el invierno. La Música asistirá y se celebrará con los Asisten-

tes y acompañamiento que corresponde. Por la tarde á las dos en el invierno, y á las quatro en el verano se volverá á Vísperas, y se acabará con una Salve que se cantará á la Madre de Dios.

Santificados así los dias de fiesta, la Sociedad piensa que será conveniente procurar á todas las edades del Pueblo diversiones honestas en que puedan desahogarse de los trabajos de la semana. Ya se está plantando á la salida del Lugar una Alameda en que puedan pasearse, y al mismo tiempo crée que será útil establecer por un lado y otro diversos juegos, en que segun su edad y gusto puedan entretenerse, como por egemplo de pelota, de bochas, de bolos, de tirar á la barra y otros de esta especie, que al mismo tiempo los distraen de la taberna y otros vicios, y aumentan la agilidad y las fuerzas.

La Sociedad juzga que todo buen Gobierno por una política bien entendida, despues de dar á los Pueblos los medios de ganar la vida, debe tambien en quanto sea posible hacerles agradable el pais que habitan, para destruir el espíritu de vagancia, y egecutar los estímulos de la aplicacion. Que despues de haber dado la semana al trabajo, y la mayor parte de los dias de fiesta á la Religion, es justo que las gentes encuentren diversiones sencillas y desahogos honestos: que esto interrumpe la continua fatiga, y da nuevo aliento para volver á comenzar. Que esto les hace amar el pais en que viven, y no piensan en abandonarlo. Que los que no pueden conocerse en lo demas del tiempo, porque cada uno está en sus trabajos, se conocen en estas ocasiones, y se forma un espíritu de her-

mandad, que es absolutamente necesario para producir la dulzura y amenidad del trato.

Gobernada por estos principios, y deseosa de evitar mayores inconvenientes, le parece muy útil el establecimiento de estas recreaciones inocentes, porque es cierto que pueden producir muchos bienes. En primer lugar se ocupa la juventud en momentos que por razon de la inaccion forzada son los mas peligrosos: se les ocupa en egercicios de su gusto; y se les distrae de otras ocupaciones mas secretas y peligrosas. ¡Quántos mozos y hombres dejarán de ir á la taberna, de embriagarse y tener tantas discordias, quimeras, y aun heridas, como se experimentan en los dias de fiesta!

Por otra parte esta reunion á la vista del paseo público obligará á todos los asistentes á asearse y aliñarse, para presentarse con mayor decencia; y este cuidado de limpieza, que es tan útil para la salud del cuerpo, influye mucho para suavizar la aspereza del trato humano, y afinar la natural rusticidad y grosería de los que vén poco á las gentes. Al mismo tiempo el deseo de vestirse con alguna distincion es un vivo estímulo que los excita al trabajo, pues él solo les puede dar los medios de obtenerlo. Y todo esto produce en los ánimos un sentimiento comun de benevolencia, cortesía y atencion, que se derrama en todos, que se hace general, y de que resulta lo que se llama urbanidad; calidad necesaria para que una sociedad de hombres pueda vivir con dulzura y atencion recíproca: y calidad que no pueden tener los hombres groseros, que cubiertos de grasa se esconden en sus andrajos, y viven sepa-

rados unos de otros, como los osos en sus cuevas.

Fuera de esto la Sociedad quiere instituir y repartir diferentes premios. Espera excitar con ellos diversos géneros de emulaciones, y venir por su medio al logro de todos sus obgetos. Porque dándose en concurso y con solemnidad, no solo deben estimular la aplicacion de todos para obtenerlos, sino darán tambien una ocasion de fiesta, y serán motivo de que todos se junten, se diviertan, y pasen con interes y placer una parte de los dias de descanso.

Estos premios tambien contribuirán por una parte á extender y hacer comun la instruccion de lo que conviene saber, y por otra multiplicarán las especies que se desea promover. Como deben repartirse entre las personas del Lugar que tienen en él sus padres, parientes y amigos, y no se dan sino por una superioridad de mérito reconocida y juzgada, es imposible que este movimiento no excite mucho interes en todas las familias. Aquellas que han logrado el premio tendrán el gozo de que un sugeto que les pertenece haya sido reconocido por el mejor. Las otras se consolarán con las esperanzas del año venidero; y todas tomarán un interes muy activo en los progresos de todo.

Estos premios tambien dados sucesivamente y en tiempos oportunos, tendrán siempre el Lugar en un movimiento continuo de alegría, y deben contribuir á que todos tengan un motivo de interes y esperanza. Á fin de proporcionarlos bien la Sociedad ha pensado que se deben repartir do-

ce, uno en cada mes; y siempre en un dia de Domingo, de modo que cada mes tenga el suyo por el órden que se va á exponer.

El premio de Enero se llamará de Mérito, y y será destinado á mozos solteros con la expresa condicion de que sean Labradores, ó que egerzan un Oficio ó Arte mecánico. El premio se debe dar al mozo, que se ha reconocido tiene mayor mérito, y este mérito consiste primeramente en observar la ley de Dios. Por consiguiente todo mozo de malas costumbres, que blasfema, que jura, que se embriaga, que juega, que no se aplica ni trabaja no puede tener mérito. Todo mozo que no es muy obediente y sometido á sus padres; todo mozo que ha salido de la casa paterna sin su licencia, aunque sea por tiempo corto, es indigno de ser premiado.

La Sociedad pues desea premiar á los mozos que no tengan ninguno de estos defectos, y que siendo muy aplicados y sometidos á sus padres sean pacíficos, juiciosos y sosegados. Para ser admitidos á este concurso es menester haber cumplido diez y nueve años, y no pasar de veinte y cinco. El premio no se podrá dar sino á uno de los que estén en dicha edad: y se debe dar á pluralidad de votos. Los votantes no deben ser otros que los mismos mozos del Lugar de la misma edad, de modo que ellos mismos se den el premio los unos á los otros. Y para que se proceda á la votacion con órden, la Sociedad nombrará tres Individuos de su cuerpo que presidan á la operacion, y ademas el Presidente, la Presidenta, el Secretario, el Thesorero y el Cura del Lugar, que

deben ser Asistentes natos. Esta Junta se llamará Asistencia, y servirá para todos los otros premios, de que se hablará despues.

El modo de proceder será este. Á las siete ó las ocho de la mañana, segun el tiempo, vendrá la Asistencia á la sala de las Juntas. Los mozos de diez y nueve á veinte y cinco años estarán ya advertidos y esperarán fuera. Se les hará entrar, y el que presida les hará un corto discurso explicándoles en qué consiste el mérito, segun lo que va dicho. Les encargará la conciencia, para que no den su voto sino con justicia, y que desempeñen la confianza que la Sociedad hace de ellos.

Despues de esta corta exhortacion se les hará salir, y luego volverán á entrar uno solo cada vez para que ninguno de los otros mozos pueda oirlos. Se les preguntará quáles son los tres mozos, que les parecen mas dignos del premio. Se les hará nombrar tres, porque si no nombraran mas de uno ó dos, es de temer que cada uno nombrara sus amigos ó parientes; pero nombrando tres se puede esperar, que despues de haber satisfecho su corazon, escuche su conciencia y que nombre al benemérito. Como no se hará caso del lugar de las nominaciones sino del número, se puede tambien esperar, que el que sea nombrado mas veces lo merezca mejor.

Luego que los mozos hayan acabado de votar, la Asistencia á solas hará el escrutinio. El que habrá sido nombrado mas veces será el preferido. La Asistencia guardará el secreto de manera, que nadie pueda saber nada, hasta que el

Cura lo proclame en el Púlpito. Esto añadirá interes, y dará el gusto de la sorpresa. La Asistencia pues saldrá de la sala, sin dejar adivinar su secreto. Irá á la Iglesia, se sentará en un banco que estará preparado frente del Altar. El Cura subirá al Púlpito, y allí dirá: El mozo que sus compañeros han juzgado mas digno de que la Sociedad le conceda el premio es N. hijo de N. y N.

Al instante los tambores y todos los instrumentos de Música deben sonar en celebridad del triumpho y señal de alegría. Dos Individuos de la Asistencia saldrán á buscarlo donde esté, y lo conducirán al banco de la misma Asistencia. Allí el Presidente á la vista de todos le echará al cuello una banda de color de fuego, para que la use todo el dia, y le dará una bolsa con tres mil reales que llevará prevenidos el Thesorero, y que deben servir para el futuro establecimiento del premiado. Lo harán sentar entre el Presidente y la Presidenta, y desde allí oirá Misa. Otros dos Individuos de la Sociedad irán á buscar á su padre y madre, hermanos y hermanas, y los harán tambien sentar con ellos en otro banco distinguido, y que debe estar preparado para esto.

Acabada la Misa la Música irá con el premiado y su familia, y los conducirá á su casa. Por la tarde vendrán á Vísperas, y se sentarán del mismo modo. Acabadas estas irá con todos al paseo y juegos públicos. La Música irá por delante, se sentará entre el Presidente y la Presidenta; y al anochecer la Música lo conducirá otra vez á su casa.

En Febrero cae regularmente el Carnaval. Es-

tos tres dias se pasan de ordinario en diversiones inútiles y profanas. La Sociedad quisiera arreglarlas de manera, que fuesen decentes y útiles. Para esto piensa desde luego que se santifiquen. Que como si fueran dias de fiesta se diga por la mañana una Misa solemne, y por la tarde se canten las Vísperas y la Salve, y que despues se empléé el resto de estos dias en lo que se llamará Juegos de la juventud. Desde que se salga de la Iglesia se irá con la Música á la Alameda. Dos Individuos de la Sociedad serán nombrados para presidir á estos juegos: y vé aquí lo que se hará.

Ya se ha dicho que el Maestro y el Inspector de la Escuela de muchachos, para que estos se crien fuertes y robustos, deben promover por todos los medios prudentes, que se egerciten todo el año en egercicios del cuerpo. Y en los tres dias de Carnestolendas es quando se debe ver el fruto de esta aplicacion. Para esto se formarán tres bandas de Atletas ó de concurrentes. La primera de diez á catorce años: la segunda de catorce á diez y siete: y la tercera de diez y siete á veinte. La Asistencia se colocará en lugar distinguido, donde lo pueda ver todo, y será la que juzgue y decida en todas las dificultades que puedan ocurrir.

El Domingo las tres bandas harán sus egercicios. Se empezará por saltar en alto, y se dará por premio un peso duro al muchacho de la primera banda que hubiere saltado mas arriba, lo mismo se hará con el de la tercera. Despues se vendrá á los saltos en longitud y extension, y se dará igualmente un peso duro al que de cada banda hubiere hecho un salto mas largo.

El Lúnes se destinará á otros juegos, que serán el peso y la carrera. En quanto al peso cada banda tendrá el suyo proporcionado á su edad; pero tal que ninguno pueda llevarlo sin pena y sin esfuerzo. El premio será tambien un peso duro, y se dará al muchacho de cada banda, que lo hubiere llevado mas pasos. Estos premios deben ser dobles, esto es, que cada banda jugará dos veces, y tendrá dos premios. Los que hayan ganado los primeros, no podrán disputar los segundos.

Tambien se harán seis pruebas de carrera, esto es, cada banda correrá dos veces. El premio será un peso duro, que se pondrá en el término que la Asistencia haya señalado á la carrera. El que pueda tomarlo ántes, porque llegó primero, será dueño de guardarlo.

El Mártes será destinado á subir sobre piquetes, que se elevarán en tierra, y que deben tener á lo ménos veinte y cinco varas de alto. En la cima se atará un pavo. Á esto jugarán todos los que se presenten. La suerte decidirá la vez del que deba subir, y el primero que lo pueda coger será su dueño. En estas ó cosas semejantes todos pueden divertirse en estos dias.

La Sociedad quiere que en la Pasqua de Resurreccion haya una comida pública para los ancianos. En este dia se pondrán en la Iglesia bancos distinguidos, para que en la Misa y en los demas Oficios se sienten todos los ancianos de ambos sexôs de qualquier estado ó condicion que sean. Bastará para disfrutar este honor, que los hombres tengan setenta y cinco años, y las mugeres setenta.

Quando se salga de la Iglesia irán todos pre-

cedidos de la Música y de dos Individuos de la Sociedad á una sala en que estará preparada una mesa simple, pero abundante, á fin de que los convidados puedan distribuir una parte á las personas de su familia, que se podrán poner al lado de sus padres y abuelos, y los dos Individuos de la Sociedad se sentarán con ellos. De allí irán á Vísperas, y de la Iglesia á las recreaciones públicas.

El Domingo de Quasimodo es destinado para la primera Comunion de los muchachos que estén en estado. Dos Individuos de la Sociedad asistirán á los exámenes precedentes de Doctrina Christiana, que deben hacerse con mucha atencion y cuidado. Se hará una lista de los que se consideren en estado, y se enviarán los otros á estudiar de nuevo para otro año. La Sociedad cuidará de vestir á los que lo necesiten; hará que se presenten con decencia al Altar. Pero los Individuos de la Sociedad declararán quál es el muchacho y la muchacha que están mas fundamentalmente instruidos, para que se les den los premios que se van á indicar.

En el mismo Domingo de Quasimodo se abrirá un consurso para todos los muchachos, que quieran presentarse y aspiren á los premios que se llamarán de Instruccion, y en el siguiente la Asistencia se sentará en una sala; allí hará leer á todos los concurrentes de uno y otro sexô, despues les hará escribir, y despues contar. Quando la Asistencia quede sola, adjudicará un premio á un muchacho, y otro á una muchacha que hubiera leido mejor: otros dos á los dos que hayan

escrito mejor ; y finalmente dos á los que se hayan aventajado en el contar. Estos serán seis premios , que unidos á los dos que se destinan á los que han parecido superiores en la Doctrina Christiana , serán ocho.

Tendrá el honor de ser admitido en la Sociedad el que se ofrezca tambien á dar lecciones de dibujo á los muchachos, en especial á los que tomen oficio ; y para que puedan aprender sin distraerse de sus demas obligaciones , deberá abrir su Escuela quando anochezca , y dar á esta ocupacion dos horas todos los dias de trabajo. Si la Sociedad se digna de admitir su oferta , tambien puede determinar , que pasado el primer año necesario para que empiecen á aprender , se darán otros dos premios á los dos muchachos que presenten los dos mejores dibujos.

Los premios serán un Libro análogo que pueda serles útil ; y para honrarlos el Presidente escribirá y firmará esta inscripcion en la primera hoja : N.. de N.. La Sociedad en premio de su adelantamiento. Y ademas de esta recomendable distincion , se les dará otra mas ventajosa , que será : Que la Sociedad se encarga de pagar su aprendizage del oficio útil que quieran aprender. Y en efecto pagará al Maestro que lo reciba , la cantidad acostumbrada por tres años , que es el tiempo que se considera necesario para aprender un oficio , pues en adelante ya ganan su jornal.

De este modo la Sociedad pondrá cada año diez nuevos aprendices , y acabándose cada aprendizage al cabo de tres años , con el tiempo pagará treinta aprendices continuos cada año ; lo que basta

á multiplicar su número en poco tiempo; y como estos son muchachos escogidos, que por su mayor talento han merecido los premios, y que van bien instruidos en las primeras letras y en el dibujo, es de esperar que salgan excelentes Artesanos.

Pero para dar á estos premios mas solemnidad, convendrá que la Asistencia no publique desde luego los nombres escogidos, y que queden secretos hasta que habiendo pasado todos de la sala á la Iglesia, el Cura los proclame en el Púlpito. Entónces sonará la Música. Los Individuos que cuidan del órden de la Iglesia irán á buscarlos y los traerán al Presidente. Este les dará en presencia de todos el Libro que hemos dicho, y despues los Premiados juntos se pondrán por un lado á oir la Misa.

En Mayo se dará el premio de la virtud. Este premio es destinado para solteras, hijas de Labradores ó Artesanos desde la edad de diez y siete años hasta la de veinte y tres. Este premio se dará del mismo modo y con las mismas circunstancias que el de mérito; y las votantes deben ser las mismas solteras del Lugar que tengan la misma edad. La Presidenta ántes de votar les hará tambien un corto discurso, para explicarles que la virtud de una doncella consiste en ser tambien muy obediente á sus padres, muy aplicada y hacendosa, modesta y retirada; sobre todo no haber dado nunca que decir, ni haber descubierto ninguna mala inclinacion particular; y que espera sometida conocer el gusto de sus padres, y recibir sus consejos. Se guardará en todo el mismo secreto y el mismo órden. Cada soltera nom-

brará tambien tres. La Presidenta será la que eche al cuello una banda azul, y la que le dé los tres mil reales que se le dan para su establecimiento.

En Junio se darán los premios que se llamarán de los buenos Padres de familia, y que se adjudicarán á un padre y á una madre Labradores ó Artesanos del Pueblo. Los votantes serán todos los padres de familia, y cada uno nombrará tres personas. El Presidente les explicará las calidades que deben tener los sugetos que nombren, y se procederá en lo demas como en el premio del mérito y de la virtud; con esta diferencia solamente, que al padre de familia escogido, el Presidente le echará al cuello una banda blanca, y que su gratificacion será de seiscientos reales. Para el premio de la madre de familia debe entrar en cuenta el número de varas de lienzo que ha hecho en el año, y que excede á las otras por su buena conducta y la aplicacion de su familia. Á esta le echará la Presidenta una banda tambien blanca, y le dará su gratificacion de seiscientos reales.

En Julio se dará el premio de Prados artificiales. La Asistencia nombrará dos expertos, que con noticia de los propietarios y Labradores reconocerán los prados artificiales del contorno, y le darán por escrito relacion de todo lo que hayan observado. Esta relacion será leida en público un dia que se promulgará, para que los interesados puedan estar presentes y exponer lo que les convenga. La Asistencia decidirá quién es el que por haber hecho mas prados artificiales y por tenerlos en mejor estado merece el premio. El Cura lo

publicará en el Púlpito. Los Individuos lo presentarán al Presidente, y este hará como con los demas, excepto que no habrá banda, y que el premio será de dos mil reales.

En Agosto se dará el premio de los Jardineros. Como importa mucho promover este precioso ramo de la Agricultura, el Señor del Lugar se ofrece tomar doce muchachos de edad como de diez y ocho años, los mantendrá por el espacio de tres años, y los pondrá con el excelente Jardinero que tiene, para que este les enseñe. La Sociedad se propone tambien adquirir el pedazo de tierra que está á la salida del Lugar, que contiene como veinte fanegas, y en que por fortuna hay una copiosa fuente, que no es necesaria para los usos del Lugar, pues tiene otras aguas suficientes.

Su proyecto es de distribuir esta tierra en pedazos competentes, para que cada uno forme una huerta capaz de mantener una familia, y que provean al Lugar con abundancia de verduras y legumbres. Para esto se distribuirá el agua de la fuente de manera, que alcance á las mas suertes, y si faltare para algunas, como se ha reconocido que el agua subterranea no está profunda, hará construir una noria en cada una.

Su intencion es dar sucesivamente uno de estos terrenos á los muchachos que hayan aprendido, dándoles al mismo tiempo las semillas y los árboles de que necesiten para hacer sus plantíos. El Señor del Lugar tambien ofrece continuarles la manutencion otros seis meses, despues que se les haya dado la tierra, para que tengan tiempo de po-

nerla corriente, y esperar los frutos de su huerta con que deben vivir en adelante; y al mismo tiempo promete, que á medida que estos muchachos salgan, pondrá otros en su lugar no solo hasta que se completen todas las suertes que se les puedan repartir, sino tambien despues; porque considera, que aunque á estos ya no se les pueda dar tierra, les será siempre útil aprender este arte, con que pueden ganar su vida en otras partes.

Por estos medios la Sociedad espera multiplicar el número de Jardineros y formar una almáciga, que no solo será útil al Lugar, sino á toda la Nacion. Pero no contenta con esto desea tambien, que los vecinos del Lugar y los Labradores, sobre todo los que se van á establecer en el campo, formen huertas para su propio consumo y servicio. No hay cosa que haga tan dulce y tan independiente la situacion de una familia, como tener en su casa y de su propia cosecha lo que necesita para su propia subsistencia. Y nadie puede conseguirlo mejor que un Labrador, quando á las producciones de su campo y á los animales de su corral junta las frutas, las verduras y legumbres de su huerta.

Para animar pues á cultivo tan provechoso así á los que viven en el Lugar, si tienen proporcion, como á los que se establezcan en el campo, la Sociedad nombrará dos expertos que reconozcan todas las huertas del territorio, que tengan á lo ménos treinta varas quadradas de superficie. Harán su relacion á la Asistencia en el Domingo de este mes del mismo modo, y con la misma publicidad é intervencion de los interesados que en el precedente; y al que tenga su huerta mas bien traba-

jada, y cuyos árboles frutales estén mejor tallados y mas bien ingertos, se le dará del mismo modo un premio de quinientos reales.

En Septiembre se darán los premios de Agricultura. Los expertos que serán nombrados harán á la Asistencia relacion individual del estado de todo el campo del término. Harán tres listas: una de las tierras bien trabajadas, cuyos Labradores son recomendables por la atencion y esmero con que han cultivado su campo: otra de las tierras en que parece que no han puesto mas que una atencion floja y ordinaria: y en fin otra tercera de las tierras que han sido descuidadas ó han estado mal trabajadas; y esta lista servirá para que la Asistencia se informe de las causas de este abandono, y que si nace de pobreza, enfermedad ó accidentes tome las providencias oportunas para que en adelante se mejore su cultivo, ya sea animando á los Labradores, ya haciéndoles algunas anticipaciones que pagarán al tiempo de las cosechas.

Pero al mismo tiempo harán relacion de la tierra que ha habido mejor trabajada, y que ha producido con proporcion mas frutos precisamente por razon de su mejor cultivo, esto es, la tierra que ha sido arada mas veces y con mayor profundidad: la sementera que ha estado mas limpia de malas yerbas, y que por consiguiente ha producido mas y mejores granos; en fin la tierra que haya sido mas beneficiada. Tambien harán mencion de la que se siga en mérito: y á estas dos tierras dará la Sociedad dos premios, uno de dos mil reales, y otro de quinientos con la misma pública solemnidad que los precedentes.

En Octubre se dará el premio de las viñas. Los expertos nombrados reconocerán todas las del término, y harán á la Asistencia la relacion del mismo modo, y con las tres listas para los mismos fines; y al dueño de la viña que se reconozca mas limpia, mas bien conservada y mejor cuidada se le darán con la misma solemnidad quinientos reales.

En Noviembre se darán los premios de lino y cáñamo. Esto es, con la misma solemnidad se darán quatrocientos reales al que hubiere cogido aquel año mayor cantidad de lino, y trescientos al que haya cogido mayor de cáñamo. Y á fin de que no haya fraude, y que unos no puedan prestar á otros, los expertos apreciarán las cosechas en el campo, y darán cuenta á la Asistencia.

Finalmente en Diciembre se dará con la misma formalidad un premio de seiscientos reales al que en su tierra hubiere plantado mas árboles. No deben comprehenderse en este número los que fueren plantados en las huertas, y que han sido premiados en Agosto, sino los plantados así para cercar las heredades, como al rededor de la casa para darle sombra, ó para qualquiera otro uso, prefiriéndose los útiles como olivos y moreras. Este premio se dará los tres primeros años al que plantare mayor número; pero despues se dará al que manifestare mayor número de árboles plantados por él, y que se conserven sanos, limpios y vigorosos.

Estos fuéron, Antonio, los términos en que despues de largas disensiones dejamos nuestro proyecto. El buen Cura se llenó perfectamente del espíritu de aquellas ideas, y el gozo le rebosaba por los ojos. Ya le parecia coger el fruto con las ma-

nos ; ya estaba como transportado y fuera de sí. Nos repetia muchas veces : Es imposible que si esto se practica , no experimentemos en breve el bien que debe infaliblemente resultar. Y yo admiraba en el ardor del entusiasmo el carácter de su alma benéfica y zelosa.

Con las lágrimas en los ojos nos decia : Señores , ¡qué bienes para todos ! Pero el primero y el mas beneficiado de todos soy yo mismo. Yo era aquí un pobre Cura cargado de muchas obligaciones , y sin ningun medio de desempeñarlas : yo sufria todos los dias y á todas las horas el inexplicable tormento de ser testigo de la mayor miseria, de conocer las necesidades mas urgentes , sin poder socorrer ninguna. Vos vais á darme no solo los medios de socorrerlas todas , sino que me asociais un grande número de personas honradas , que se encarguen de lo que yo solo debia hacer , y que lo podrán hacer con mas conocimiento , órden y economía.

Por el medio de la division de Quarteles concibo , que dos Inspectores hábiles y honrados pueden en cada uno hacer fácilmente con inteligencia y acierto lo que á ningun hombre solo con el mayor talento y mas abundantes medios seria posible hacer. Vos vais á dar á cada Quartel dos padres, dos madres , dos Ángeles tutelares , que conocerán todas las personas , que sabrán todas las miserias, que serán informados de todas las enfermedades, accidentes y desgracias , y que podrán al instante curarlas , remediarlas ó consolarlas. Estos serán los Ángeles de paz que llevarán á todas las familias los remedios y los consuelos.

¡Y qué ascendiente no les debe dar sobre todas ellas este continuo egercicio de beneficencia! ¿Qué dependencia en el mundo puede ser mas estrecha, que la que produce por un lado la gratitud de los beneficios recibidos, y por otro la esperanza de los que se pueden recibir? ¡Con qué docilidad se escuchan los consejos y las instrucciones de los que movidos de amor y compasion no muestran en su solicitud otro interes que el de nuestro bien! ¡Con qué facilidad nos hacen entrar en las veredas de la virtud que nos indican! ¿Cómo los vicios podrán resistir á las instrucciones de un hombre que nos ama, que socorre nuestra familia, y que puede abandonarla, si por nuestra mala conducta nos hacemos indignos de su proteccion?

Sí, señores, yo entiendo que por este medio no hay Lugar, no hay Pueblo, que no deba sentir al instante la influencia de una operacion tan caritativa y bien ordenada; y que una Sociedad de esta especie, si encuentra, como es regular, Inspectores Christianos y zelosos, ha de reformar las costumbres, y dar entrada á todas las virtudes. El socorro de los pobres con ser una cosa tan santa, será lo de ménos; porque con él se debe esperar el estudio de la Religion, la buena crianza de los muchachos, la honestidad pública, la decencia exterior, la urbanidad, la paz de las familias, la extincion de los pleytos y discordias, el destierro de los vicios vergonzosos; y en fin la extension de las Artes, el amor y aplicacion al trabajo, la prosperidad de los estados, y todos los bienes particulares de que resulta la felicidad pública.

Y me parece que no hay Ciudad alguna por populosa que sea, que no pudiera servirse del mismo medio, y que no debiera aprovecharse y gozar de las mismas ventajas. Londres y Paris, Pequin y la antigua Roma con sus innumerables habitadores no me intimidaran, porque por medio de Quarteles todos se pudieran gobernar. Y como lo que cada Inspector hace, reconoce y dispone en cada Quartel, nace de los mismos principios que le ha dictado la Junta egecutiva; y como todo vuelve á ella, todos estos ramos están unidos en el mismo tronco: todos tienen un mismo principio de vida: todo será gobernado por las mismas máxîmas, por el mismo espíritu, y por un mismo principio de accion y movimiento. La Sociedad podrá diseminar por todas partes con el influjo de su egemplo las mismas instrucciones, la misma aplicacion, las mismas virtudes, y podrá desterrar de todas la mendicidad, la embriaguez, la disolucion y todos los vicios.

El buen Cura no acababa, y ya queria salir para hablar á todos, y que se alistasen en la Sociedad. Mi amigo lo vió tan inflamado, que le pareció preciso moderarlo, y le dijo: Señor Cura, vamos de espacio. Hasta para hacer bien es preciso caminar con madurez. Huyamos de toda precipitacion, y sobre todo de meter mucho ruido. Si Dios se digna bendecir nuestros deseos, despues les darémos mayor extension. Empecemos con tiento. Por ahora no hablemos mas que á treinta ó quarenta personas de cada sexô, pero que sean las mas estimadas y las de mejor reputacion.

consideramos los muchos bienes que nos vendrán con él, no tendrémos un deseo ardiente, una hambre santa de comer este Pan celestial? Este deseo, esta hambre son la mejor disposicion que podemos llevar para recibirlo dignamente y sacar mas fruto.

El corazon humano grosero, en que solo producen efecto los obgetos sensibles, se enciende difícilmente en afectos tan vivos con las ideas espirituales que la fe presenta, y que solo puede percibir el alma. Pero la misma fe ayudada de la gracia lo puede inflamar, quando se detiene á considerar los efectos de este Sacramento, y las asombrosas mutaciones que suele producir en los que lo reciben con la preparacion que se debe. Por eso ántes de que nos lleguemos á la santa mesa, me ha parecido haceros algunas reflexiones, tomadas tambien del Venerable Padre Granada, y que podrán excitarnos mucho en esta ocasion.

Sabed, dice, que como Dios por su bondad opuso al primer hombre, que fué la causa de todos nuestros males, un segundo Hombre que es Jesu Christo, fuente y principio de todos nuestros bienes; así opuso al fruto funesto del árbol vedado que nos ha perdido, otro fruto celestial que es el divino Sacramento, fruto del Cielo que sirve de remedio á todos esos daños. Y como por la obediencia del segundo Hombre nos hemos libertado de todas las desgracias que nos acarreó la desobediencia del primero; así todos los males que nos produjo aquel alimento funesto, se sanan con este Pan divino.

Este Sacramento pues es un antídoto saludable, que inventó la caridad divina para curar á todos

los hombres del pestilencial veneno, con que la antigua serpiente los habia infestado. Y para comprehender bien quántos bienes nos comunica esta vianda celeste, basta considerar los innumerables y terribles males que nos causó aquella mortífera vianda; teniendo presente, que Dios instituyendo este augusto mysterio mudó la maldicion en bendicion. Pues que hablando del primer fruto dijo: En el instante que comieres morirás; y del segundo ha dicho: El que comiere este Pan vivirá eternamente.

¿Y cómo no esperará hallar en este convite la eterna vida el que reflexîone, que él come la misma carne de Jesu Christo unida al Verbo Divino? San Juan Damasceno dice: Que como el Verbo de Dios eterno es el principio y la fuente original de toda vida, pues ha dado á todos el ser; desde que se unió con la carne humana hizo su propia carne vivificante, de modo que esta carne unida al Verbo, comunica la vida á todo lo que toca. Así no siendo otra cosa el Sacramento, que la carne de Jesu Christo unida á su divinidad, posée toda su virtud, grandeza y poder.

Reflexîonad pues, señor, lo que debe pasar en vuestra alma, quando este divino Redentor entre en ella. Considerad los efectos que debe producir esta carne celestial animada con el alma de Jesu Christo, y consagrada con la inefable union de su divinidad. Es Dios Hombre el que viene á vuestro corazon con todos los méritos de su santa humanidad, y con toda la plenitud de su divinidad. ¿Y á qué viene? Á tocar con su carne la vuestra, y comunicarle su propia vida, á llenaros de su presencia, á alentaros con su misericordia,

á lavaros con su sangre, á derramar sobre vos la uncion de su gracia, á vivificaros con su muerte, á iluminaros con su luz, á encenderos con su amor, á acariciaros con su dulzura, á desposarse con vuestra alma y unirse con ella, á haceros participante de su espíritu y de quantos méritos adquirió en la Cruz, ofreciendo esta misma carne con que nos regala.

Por eso con este divino Sacramento vos concebis de nuevo mayor odio á los pecados pasados; quedais fortificado para lo venidero, vuestras pasiones se debilitan, vuestras tentaciones se disminuyen, vuestra devocion se inflama, vuestra fe recibe nuevas luces, vuestra caridad nuevos ardores, vuestra esperanza crece, vuestra flaqueza se transforma, vuestras fuerzas se reparan, vuestra conciencia se serena; vais á ser participante de los méritos preciosos de Jesu Christo, y á recibir una prenda de la vida eterna.

Sabed tambien que este es el Pan que da valor á los pusilánimes, que sustenta á los caminantes, que levanta á los caidos, que anima á los cobardes, que da armas á los valientes, que alegra á los tristes, que consuela á los afligidos, que instruye á los ignorantes, que enciende á los tibios, que despierta á los perezosos, que sana á los enfermos, y que es el único remedio en todas las dolencias, y el mas seguro recurso en las necesidades. ¿Quién pues que reflexîone sobre los maravillosos efectos que produce este inefable Sacramento, y sobre el amor y liberalidad con que nos lo reparte nuestro adorable Redentor; quién, digo, será el que no desée tan inmensas rique-

zas ? ¿Quién será el que no tenga hambre de alimento tan soberano ?

Y vuelvo á deciros, que la consideracion de vuestra indignidad no debe acobardaros ni entibiar el ardor de vuestra alegría ; porque aunque este Sacramento sea tan augusto y santo, debeis tener presente, que es el thesoro que se ha descubierto para socorrer á los pobres, que es la medicina que se ha ordenado á los enfermos, que es el remedio destinado á los necesitados, y un gran festin que se prepara á los hambrientos.

Inferid de aquí con quánta confianza, con qué hambre, consuelo y deseos debeis venir á recibir al Señor, que va á llenaros de favores. Acordaos del ardor con que lo deseaban los Patriarcas, y cómo penetraban el Cielo con sus gritos, pidiéndole que viniese este Mesías tan deseado de las Naciones. El que vais á depositar en vuestro seno es el mismo que vino al mundo, y viene á hacer en vos lo que hizo en el mundo. Él le trajo la vida de la gracia, y viene á dar á vuestra alma la misma vida.

Pero para usar de una comparacion mas familiar figuraos, quál será el impaciente ardor de una muger, que pobre y cargada de hijos aguarda la llegada de su marido, que vuelve de las Indias con inmensas riquezas, y que espera gozar en su compañía de honor, de reposo y de toda especie de consuelos. Juzgad si vuestro deseo no debe ser mas vivo, pues esperais recibir al casto y dulce Esposo de vuestra alma, que no viene de las Indias, sino del Cielo con todas sus riquezas para llenaros de dones inmortales. Esta consideracion

debe animar vuestro fervor. Vamos pues, señor: El Espíritu Santo nos dirija; nuestros Padrinos y Protectores nos acompañen; y el mismo Dios que vamos á buscar se sirva de inspirarnos su amor.

El Padre se levantó, y yo le seguí á la acostumbrada Capilla. Yo iba, Theodoro, como enagenado, mis sentidos y todas las facultades de mi alma estaban en una suspension absoluta. Apénas podia percibir mi propia exîstencia. Las ideas atropelladas que cruzaban por mi imaginacion, me embargaban de tal modo, que no podia distinguir ni perfeccionar alguna. La vista del Padre ya revestido en el Altar, me despertó del letargo, y conocí que ya era tiempo de prepararme á momento tan decisivo. Hacia esfuerzos para recordar todo lo que el Padre me habia dicho, y todo lo que mi razon me decia; pero tantas especies juntas me confundian, y las unas ofuscaban á las otras.

Á pesar de mi turbacion interior, de este desórden y confusion de mis ideas, yo entreveia en el fondo de mi alma un sentimiento íntimo, que nacia de mi corazon. Mi razon no podia formar discursos, no podia separar las especies; pero mi alma las sentia, y me parecia que en este silencio ó embargo de mi entendimiento no estaba muerta la sensacion de mi corazon. Me rayaba una luz, aunque lejana, penetrante, y veia con ella mi propia indignidad, y la misericordia de la inescrutable Magestad que se dignaba descender hasta mí. Entre los sentimientos de horror é indignacion que concebia contra mis errores insensatos y mis pasio-

nes odiosas, brujuleaba un rayo dulce de plácida esperanza. Sentia un consuelo placentero con la idea de que todo aquel mal iba á ser reparado.

El ruido de la campanilla en el momento de la elevacion me volvió á despertar. Con el golpe de aquel toque me dió un vuelco el corazon. Yo me dige atropelladamente: Vé aquí mi Dios. Mi Dios que viene á visitarme. Me sentí anonadado y confundido delante de la suprema Magestad del Cielo, y me postré hasta lo mas profundo de la tierra, considerando mis iniquidades, y los largos errores de mi vida. Postrado y aterrado hubiera querido huir de mí, y agravado de mi inveterada corrupcion no me atrevia á fijar mis ojos en el Dios de la pureza y sinceridad. No dudaba que estaba allí presente, que me veia, y que habia venido por mí. No podia acordarme de nada de lo que habia aprendido y habia pensado para este lance; todo se trastornaba en mi memoria. La razon no me gobernaba, y solo me dirigia un sentimiento tan vivo como poco ilustrado, sentimiento en que me parecia haber humildad, pero que estaba acompañada de terror.

Otro toque de la campanilla me avisa de que ya llega el momento preciso. Levanto los ojos, y veo al Sacerdote que vuelto á mí, y con la Hostia en la mano pronunciaba ya las palabras sagradas con que la Iglesia implora la misericordia Divina, para que nos perdone los pecados ::: Quando vi al Sacerdote que dirigiéndose á mí con la Hostia en la mano me dijo: *He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo*: una nueva turbacion se apoderó de mi alma. No podré darte ra-

zon de lo que pasaba entónces por mí mismo : tan fuera de mí estaba. Solo sé, que sin saber cómo, y casi maquinalmente abrí la boca mas inmunda ; que el Ministro puso en ella el Pan del Cielo ; y que el Dios de bondad entró en el mas perverso de los corazones:::

Muchos momentos pasáron ántes de que yo pudiera reconocerme y salir de aquella especie de estupor, con que estaban como en suspension todas mis facultades. Poco á poco el tumulto de mis ideas se fué sosegando, y yo empecé á distinguirlas con mas claridad. Pero ¿quién podrá individualizar su inexplicable multitud? La primera que se me presentó con gran viveza fué una rápida comparacion de mi estado presente con aquel en que me hallaba pocos dias ántes. No podia concebir cómo en tan poco tiempo habia podido consumar la omnipotente bondad de Dios una tan grande operacion: ¡Cómo el que un mes ántes era un prodigio de incredulidad y disolucion, podia verse ahora al pie de los Altares, y con su Dios en el pecho!

Admiraba esta providencia soberana, que con medios dispuestos por su sabiduría me habia traido á esta Casa, en donde con una liberalidad tan gratuita como poco merecida me habia dado el thesoro de la fe, me habia conducido á la penitencia, y perfeccionado su obra, dándome con el perdon y su gracia el mas inefable de sus dones, que es su Cuerpo precioso, y su divina Sangre. Esta transformacion tan completa y consumada en tan pocos dias me transportaba de gozo, me llenaba de admiracion, y me hacia arder en afectos fervorosos de adoracion y de gratitud.

Ya pude entónces recoger y enquadernar en mi mente todas las especies religiosas de que me habia instruido mi Director. Levanté mi corazon á Dios de quien me venia tanto bien, y le ofrecí con su Hijo amado, que estaba ya en mi seno, un sacrificio de alabanza. Le presenté la Hostia divina que acababa de dar la vida á mi alma, y le supliqué por ella, que no solo perdonara mis pecados, sino que me llenara de virtudes. En fin procuré egecutar todos los actos que me habian enseñado, y que me inspiraba mi corazon reconocido.

Pero en medio de este egercicio volvia siempre los ojos hácia mí; y con un consuelo inexplicable, con una alegría de un género nuevo, y que experimentaba por primera vez, me decia á mí mismo: ¡Qué! ¡Mi Dios está conmigo! ¡Ya soy Christiano! ¡Ya soy del Pueblo santo! ¡Ya soy del linage de los escogidos! ¡Ya soy hijo de la Iglesia, miembro vivo de Jesu Christo! ¡Ya no soy obgeto odioso á los ojos de Dios! ¡Ya no contristo á los Bienaventurados! ¡Ya los Santos de la tierra me miran como su hermano! ¡Ya estoy rescatado! ¡Ya tengo en mí el principio de la vida, y puedo esperar que un dia seré compañero suyo, y de los felices que gozarán del esplendor divino por toda la eternidad!

Estas y otras ideas de la misma naturaleza me transportaban. Yo hubiera querido hacer al universo testigo de mi felicidad para que se aprovechara. Yo hubiera querido hacer, que todos conocieran á este Dios de misericordia, que les podia hacer los mismos bienes; y sobre todo desengañar á los Philósophos insensatos, para que saliesen del abys-

mo de miseria de que yo acababa de salir.

Te aseguro, Theodoro, que hasta entónces no habia conocido lo que era un gozo tan puro y la verdadera alegría del corazon. ¡Con qué ojos tan diferentes veia ya todas las cosas de la tierra, que tanto me habian alucinado! ¡Qué frívolos me parecian los honores! ¡Qué despreciables las riquezas! ¡Qué odiosos y pérfidos esos groseros placeres de que vivia ántes tan ansioso! Si la imaginacion me los presentaba, mi corazon los repelia con horror; porque al mismo tiempo que sentia su fútil y alevosa dulzura, penetraba su malicia y los efectos funestos que producen.

Pero quando levantaba mi vista al Cielo y contemplaba la Magestad de su Seberano, la presencia del Dios de la hermosura, la compañía de sus felices Escogidos, la no interrumpida serie de aquellos placeres puros y siempre renacientes, de aquellas delicias que no acaban, y del perfecto contento del alma inmortal, que los debe gozar eternamente, toda la tierra me parecia estiércol. Lloraba mis antiguos errores, y compadecia á los que yacian todavía en los errores y las sombras de la muerte.

No sé quánto tiempo duró este extático embeleso de mi alma; pero infiero que seria muy largo, así por la multitud de ideas que recorrí, como porque fué preciso que el Padre me levantase del brazo, y digese: Ya es tiempo, señor, que nos vamos. En efecto me puse en pie; pero me sentí tan inundado de consuelo, tan arrebatado del gozo, que sin considerar que estaba en la Capilla indeliberadamente le eché los brazos al cuello, diciéndole: Hombre de Dios, á quien debo

mil veces mas que á mi Padre, admirad conmigo las misericordias del Señor, ayudadme á darle gracias, y pedidle que sostenga mi flaqueza.

El Padre recibió esta efusion sensible de mi corazon con su dulce y modesta caridad. Me estrechó entre sus brazos, juntó sus santas megillas con las mias, y me respondió con una expresion enternecida: *Bendito sea el inmenso, omnipotente, Santo Dios de Israel, sumo y eterno, que piadoso ha visitado á su pueblo, y lo ha librado de duro cautiverio.* Y despues de haberme dicho otras muchas cosas de edificacion me dijo: Vamos á vuestro quarto.

Yo le seguí; pero, Theodoro, ¡qué diferente de mí mismo! No era aquel mortal grosero, que cargado con el peso de sus delitos, y uncido en el yugo de sus pasiones se arrastraba pesadamente sobre la tierra, en que tenia únicamente puestas sus esperanzas. Era un espíritu ligero, que descargado de todo peso inútil pretende volar al Cielo con las alas de la esperanza y del amor. En efecto, amigo, no exâgero nada. El hombre que sale de un calabozo obscuro, de una cueva inaccesible, donde ha pasado largo tiempo atado con pesadas cadenas que lo oprimen y agobian, quando puesto en libertad vé la luz, y empieza á gozar de la suavidad del zéfiro y de la claridad del dia, no se siente mas ligero ni mas consolado que yo me sentia entónces. Todo era nuevo para mí. El Cielo me parecia mas plácido, la luz mas apacible, y toda la naturaleza mas hermosa. Y si el primer esfuerzo de un tan indigno pecador produce en su alma una transformacion tan prodigiosa,

¿quál debe ser la felicidad del Santo, que despues de mucho tiempo tiene su corazon en el Cielo, y vive con su Dios?

Llegamos á mi estancia. El Padre me dijo: Dios se ha servido de darnos luz y tiempo para dar fin á esta obra de su misericordia. Bendito sea. La primera ocupacion de vuestra vida sea, señor, darle cada dia gracias por tan incomparable beneficio, y que vuestro único cuidado sea pedirle el don especial de la perseverancia, y trabajar por no perder sus frutos. Pero no es esto de lo que quiero hablaros ahora: es razon dar un intervalo á vuestras tareas. Para que el zelo se mantenga, es prudencia no fatigar el espíritu. Despues hablarémos de los medios convenientes para conservar el precioso thesoro de la gracia.

Ahora solo queria deciros, que despues del tiempo que pasais en esta Casa, todos los que la habitan y nuestro Superior hubieran venido á ofreceros su respeto; pero yo he sido la causa de que no lo hayan hecho. Yo no he querido que en estos dias de salud, en momentos de propiciacion tan favorables, en que os disponíais á cooperar con las influencias celestiales, nada interrumpiese tan importantes y sérias ocupaciones, ni causase la menor distraccion á vuestro espíritu. Pero ahora que por la gracia del Señor habeis dado fin á vuestros egercicios, si lo permitis, nuestro Superior y algunos de nuestros Padres mas ancianos se disputarán la honra de ofreceros sus servicios, y acompañar algunos ratos vuestra soledad.

Ha mucho tiempo, Padre, le respondí, que

deseo saber qué Casa es esta, adonde el Cielo me ha conducido, en que se me trata con tanto desinteres y caridad, y donde he encontrado el Hombre que me ha destinado el Cielo, para sacarme del abysmo de miserias en que estaba sumergido. Muchas veces os he querido hablar de ello, expresaros mi reconocimiento, y pediros me insinuaseis los medios de manifestarlo á quien debia. Vuestro ardiente zelo siempre ocupado en salvar mi alma, y en instruirme de quanto veiais que ignoraba, no me ha dado lugar para que lo pudiera hacer. Por otra parte estaba persuadido á que puesto por Dios en vuestras manos debia obedeceros ciegamente, sin desviar con mi curiosidad ó mi solicitud los impulsos con que la bondad divina me encaminaba por vuestra direccion. Creia que nada era mas del caso, que dejarme conducir y manejar por vuestra prudencia; y pues os dignais vos mismo de hablarme, no debo deciros sino que estoy dispuesto á quanto me ordeneis.

Nosotros somos, señor, me dijo el Padre, Sacerdotes, que venidos de diferentes paises nos hemos juntado en este retiro, para evitar los peligros del mundo y vivir con la simplicidad Evangélica. No vienen á esta Casa sino los hombres desengañados que quieren dar á Dios, y á Dios únicamente todos los momentos de su exîstencia. No nos obligamos á mantenernos en ella por tiempo determinado. Estamos solo porque queremos, y pudiéramos dejarla en qualquiera hora. Nuestra obligacion única es de seguir, miéntras estamos en ella, con fervor y fidelidad la regla con que se vive, edificarnos con los egemplos de los muchos

Santos que la habitan, y procurar no contristarlos con los nuestros.

Á pesar de esta libertad, y á pesar tambien de que la regla tiene por obgeto abrazar la perfeccion del Evangelio en toda su extension, se vén pocos que la hayan abandonado. Dios nos sostiene con su gracia; y vos, señor, quedaréis edificado al ver en ella los Ancianos y los Modernos obedecer con el mismo ardor y la mas fervorosa solicitud los mas penosos de nuestros estatutos; y veréis que el tañido de una campana regla todos nuestros movimientos, y admiraréis como á pesar de la edad y de las enfermedades todos muestran con su agilidad la prontitud de su obediencia.

Nuestro instituto, señor, es salir cada año una ó dos veces, segun nos manda nuestro Superior, de dos en dos á correr los Pueblos comarcanos, y repartirles el pan de la palabra de Dios. Esto es lo que llamamos hacer Misiones, y vamos quando los Magistrados del Pueblo nos llaman, ó quando algun motivo nos persuade ser oportuno. Dos de nosotros publicamos la Mision en el Pueblo mas ó ménos dias segun su Poblacion. Predicamos todas las tardes: uno de nosotros los instruye en la Doctrina christiana, y el otro les predica las verdades eternas para despertarlos del comun olvido, y convertirlos á su Dios. Las mañanas las pasamos en el Confesonario, y el Señor que bendice nuestros trabajos da muchas veces el consuelo de ver útiles efectos de nuestro ministerio, ya instruyendo á muchos en las verdades necesarias para salvarse, ya volviendo á muchas ovejas descarriadas al rebaño de su Pas-

tor. En efecto no podemos dejar de admirar en las verdaderas conversiones que vemos, la bondad del Señor sobre sus escogidos, y los poderosos esfuerzos de su gracia.

Quando el tiempo de las Misiones se concluye, ó quando acabamos de correr los Pueblos á que fuímos destinados, volvemos á esta Casa á observar la comun disciplina, y aplicarnos con el mayor esfuerzo á aprender lo necesario para salir de nuevo. Nuestro Superior arregla los tiempos y los destinos, teniendo cuidado de alternarlos, y por este medio miéntras la mitad de la Comunidad está en las Villas y Lugares instruyendo ó exhortando á los Pueblos, la otra mitad está en la Casa aplicada á los egercicios Religiosos, á la observancia de nuestros estatutos, y á nuestra propia instruccion para repetir nuestras Misiones con mas fruto.

Todos estamos subordinados á la direccion de un Superior á quien profesamos obediencia, y que elegimos nosotros mismos cada tres años. Él solo está encargado y cuida de todos los negocios de la Casa. Todo está encomendado á su prudencia para que los demas, desembarazados de toda aplicacion extraña, puedan entregarse sin distraccion á los egercicios Religiosos. El Superior es el único que puede exîmirse en consideracion á sus afanes. Pero nunca se exîme, y por lo ordinario es el que nos estimula con su egemplo y exâctitud.

El espíritu que dirige nuestra vida interior es el de estar siempre ocupados, siempre juntos, siempre en presencia los unos de los otros, haciendo nuestros egercicios en comun para sostener recíprocamente nuestro fervor. Para daros una idea del mo-

do con que vivimos, os diré por menor las ocupaciones de un dia, y en la explicacion de uno os enteraréis de todos, porque nuestros dias se parecen unos á otros. Y cada dia y cada noche vén repetir las mismas ocupaciones.

Á las quatro de la mañana el toque de la campana nos llama al Coro. Allí empezamos el dia por una hora de oracion: cada qual medita en secreto, eleva su corazon á Dios segun su espíritu lo conduce, y le pide su socorro. Despues nuestras voces se juntan para cantar las alabanzas de Dios, entonando con respeto y pausa una parte del Oficio Divino, y los Hymnos sagrados de la Iglesia. Esta santa Psalmodía nos dura dos horas, y quando se acaba vamos á la Iglesia, y allí decimos la Misa ayudándonos alternativamente unos á otros. Quando hemos acabado nuestros Sacrificios, lo que suele ser á las ocho, nos juntamos todos en la Bibliotheca, y allí conferimos sobre todos los puntos de moral, que se exâminan sucesivamente, y cuya instruccion nos es necesaria para el uso del Confesonario; porque allí no se trata sino de lo que puede dirigirnos en la resolucion y doctrina que debemos dar á los penitentes. Esta ocupacion dura hasta las diez, y volvemos al Coro donde decimos otra parte del Oficio del dia, que dura hasta las once.

La campana nos avisa entónces que es hora de comer, y vamos todos juntos al Refectorio, de donde nos encaminamos despues á una Capilla particular, en que damos á Dios gracias por la magnífica liberalidad con que nos concede los frutos de la tierra, para sostener nuestra exîstencia. Despues de esto es permitido á cada uno retirarse á su apo-

sento, donde puede tomar reposo si lo necesita, ó llenar aquel tiempo con lecturas piadosas ó devociones particulares de su gusto. Á las dos vuelve la campana á sonar, y nos avisa que debemos ir al Coro á entonar la tercera y última parte del Oficio del dia. Y quando se acaba rezamos de rodillas el Rosario para dar este tributo de alabanza á la Madre de nuestro Dios, que tambien lo es nuestra, y por cuya intercesion esperamos nuestra eterna felicidad.

De aquí vamos otra vez á la Bibliotheca para tener la conferencia de la tarde, que se reduce á exâminar otros puntos de moral, y todo lo que puede sernos útil en el destino de las Misiones. Este egercicio dura hasta las siete que volvemos al Coro para tener otra hora de oracion. Se nos leen algunos puntos de las verdades eternas, y despues cada uno se aplica en particular á su meditacion. Solamente los Viérnes ocupamos esta hora en hacer la *Via Crucis*, que es un egercicio devoto de la Pasion y muerte de nuestro Redentor, y los Mártes uno de nuestros Padres nos hace una plática espiritual para excitarnos al amor de la virtud. Á las ocho vamos á cenar, y despues volvemos á la misma Capilla donde damos gracias al Señor, y decimos juntos el Oficio de la Vírgen para implorar su proteccion.

Todo esto se concluye á poco mas de las nueve, y es la hora en que cada uno debe en silencio retirarse á su estancia para tomar el reposo necesario. Esta ley del silencio es muy rigurosa entre nosotros, pues aunque como habeis visto la mayor parte del dia estamos juntos, no nos es

permitido hablar, á ménos que la necesidad ó la caridad no lo exîjan. El rigor de esta ley nos es muy útil, porque evita la relajacion que pudiera introducirse, y tambien la distraccion.

Pero como tambien pide la caridad, que hermanos que viven siempre juntos, y que por tantos títulos deben amarse, puedan conferir entre sí, y comunicarse sus pensamientos, y excitarse mútuamente á sostenerse en la carrera que siguen, y en el amor del Dios que adoran, un dia en la semana se nos permite el desahogo de una conversacion honesta y fraternal. Los Domingos por la tarde, quando salimos de la Iglesia despues de acabar las Vísperas y el Rosario, en lugar de ir á la Bibliotheca podemos bajar juntos á tomar el ayre, y nos es lícito hablar y conferir juntos hasta que llega la hora de la oracion.

Vé aquí, señor, la rueda de nuestros egercicios, en que el fin de un dia nos prepara á observar igualmente el mismo méthodo en el siguiente. Ya veis por esta descripcion, que en una vida tan ocupada no hay lugar para la ociosidad, y no es tan fácil la tentacion. Ya podeis ver tambien, que no hay ninguna austeridad extraordinaria. Esta se reserva al espíritu de cada uno. Sin embargo la flaqueza humana es tanta, que esta repeticion continua de actos siempre los mismos pudiera hacerse fastidiosa, y repugnar á la naturaleza, si no la socorriera la piedad divina.

Gracias á su bondad nosotros sufrimos poco en este género de vida, todos estamos contentos con ella. Viejos y jóvenes la siguen no solo con fervor y agilidad, sino con alegría y satisfaccion.

Separados del mundo y de sus agitaciones, desembarazados de todo afan que nos inquiete, de todo cuidado que nos fatigue, viviendo á expensas de la providencia, sin temor de los hombres, y confiados en Dios procuramos no perder el tiempo que se nos ha dado para merecer, y aguardamos el momento en que nos llame á la puerta y nos conduzca á la Patria Celestial.

En efecto, señor, aquí todos edifican con sus egemplos. Pero entre todos tenemos muchos grandes y sobresalientes espejos de virtud y de mortificacion, tenemos varones eminentes en sabiduría, y tambien lo son en virtudes; hombres cuya exîstencia es una oracion continua. Que siempre en presencia de su Dios parece que ya no viven en la tierra, sino en el Cielo. Que superiores al mundo no los conserva el Señor, sino para que detengan sus venganzas contra tantos pecadores que lo insultan, y tantos imperfectos que lo deshonran.

Yo quisiera, señor, que los vierais. Su aspecto solo inspira veneracion y amor á la virtud. Son monumentos vivos del Evangelio, y espejos en que resplandece toda la hermosura de su doctrina. Solo con verlos conoceréis, que hay felicidad fuera del mundo, ó para expresarme mejor, que es menester estar fuera del mundo para hallar la verdadera felicidad.

Quarenta ó cincuenta años de esta vida pobre, penitente y obscura les han dado esta dulzura de carácter, esta serenidad de alma, que manifiesta su apacible y tranquilo semblante. Se os harán sensibles las ventajas de la virtud, quando veais

la amenidad de sus discursos y la paz que reyna en su corazon. Estos venerables varones respiran el buen olor de Jesu Christo, y son unas copias animadas de tan divino modelo. Su presencia sola persuade mas que todos los discursos; porque presentando una imágen visible de santidad, muestran al mismo tiempo quán amable es la virtud.

¡Ah! Si las gentes del mundo pudieran dejar un instante las locas ilusiones que los alucinan, para ver con una mirada atenta la paz y la caridad con que viven los que se consagran con sinceridad al servicio de Dios: si pudieran observar la alegría con que corren sus dias tranquilos, y la dulce esperanza con que aguardan sosegados la muerte; ¡ó y qué presto abandonarian las tempestuosas pasiones con que se agitan, y vendrian á buscar la dicha en la calma de la buena conciencia!

Permitidme pues, señor, que vaya á prevenir á nuestro Superior y á algunos de nuestros Padres, para que vengan á presentaros sus respetos, y que al mismo tiempo os desahogueis un instante de los largos y penosos trabajos, que habeis emprendido, con la amenidad de su dulce conversacion: estoy seguro que con los sentimientos que os ha inspirado la gracia, no pueden dejar de seros agradables y de confirmaros en vuestros intentos de aspirar á la virtud. Yo respondí al Padre: Que estaba dispuesto á hacer lo que me mandase; pero que me parecia mas á propósito, que fuese yo mismo á dar al Padre Superior gracias de haberme permitido estar en su Casa tanto tiempo, y haberme dado lo necesario con tanta bon-

dad. ¿Pues quereis venir vos mismo? Vamos, señor, me dijo el Padre, levantándose, y yo le seguí.

Llevóme á un aposento en que vi un Anciano venerable que salió á recibirnos con la mayor urbanidad. Á pesar de sus canas, indicios de su vegez, estaba todavía lleno de agilidad. La tez de su semblante lisa y reluciente, y la alegre viveza de sus ojos mostraban su salud, fruto de la inocencia de su vida. Jamas habia yo visto vegez tan hermosa ni recibimiento tan gracioso. Pocos dias ántes lo hubiera visto como un viejo insensato, como un hombre iluso, y mi corazon lleno de desprecio apénas hubiera detenido la vista en su simplicidad. Pero ¡qué ojos tan diferentes tienen los que empiezan á observar con el Espíritu de Dios! ¡Quántas cosas vén, que no pueden ver los que están preocupados con el espíritu del mundo! Yo me sentí penetrado de un respeto y veneracion, que jamas hombre alguno me habia inspirado, y los mayores Soberanos de la tierra no me hubieran hecho mas profunda sensacion.

El Padre me presentó al Superior. Yo procuré explicarle mi gratitud. Él me respondió con términos tan amables y corteses, que redobláron mi reconocimiento. No era su atencion urbana aquella afectada cortesía con que se explica el mundo, y que no es otra cosa que el arte frívolo de hacer frases, y decir palabras que lo prometen todo y nada significan. Eran expresiones verdaderas y enérgicas. Eran discursos que la sinceridad imprimía en sus labios y que ratificaba el corazon. Eran afectos puros y sencillos, hijos de la caridad frater-

na, y que su orígen se deriva del Cielo.

Yo me hallaba indigno de tan franca cordialidad. Despues de haber pasado algun tiempo en varios discursos, en que no pude ver la menor curiosidad de su parte, y que circuláron únicamente sobre los objetos de su propia Casa, oimos la campana, y el Superior me dijo: Señor, nos llaman á comer. Yo no he asistido á la última hora del Coro, porque habia convenido con el Padre de que lo esperaria para iros á ver: vos os habeis dignado prevenirme. Si os dignarais tambien de venir á comer con nosotros, dariais mucho gusto á toda la Comunidad.

Esta proposicion me sorprehendió: yo no la esperaba, y me quedé un instante perplejo. No dejaba de conocer quántas ventajas y placeres me proporcionaba este convite; pero luchaba contra mi gusto un secreto sentimiento de mi indignidad. Á pesar de esto me resolví, y despues de pocos momentos de suspension, le respondí, que me reputaba por muy feliz de que así me favoreciese. Salimos pues y fuímos juntos á una grande sala en que estaban las mesas preparadas. Los muchos Padres, que esperaban al Superior para que diera la bendicion, me viéron sin sorpresa, y como acostumbrados á ver Extrangeros; pero todos me saludáron con un ayre de benevolencia amistosa. El Superior me hizo sentar á su lado, y se nos sirvió una sobria y suficiente comida.

Miéntras todos comian, un Lector leia un libro que referia los hechos ilustres de los Santos. Pero yo no podia comer atónito de verme en lugar tan poco merecido. Quando yo consideraba, que por

la primera vez de mi vida me veia entre hombres de esta clase, entre Santos que queridos de Dios eran obgeto de su complacencia, entre Ángeles en fin que se procuraban en la tierra la gloria que les esperaba en el Cielo, sentia una especie de horror contra mí mismo; pero percibia un consuelo en las gracias que Dios me habia hecho, y en la resolucion de imitarlos.

Acabada la mesa fuí con ellos á la Capilla á dar gracias, y despues el Superior y mi Director me condugeron á la puerta de mi estancia, diciéndome que descansase. Pero yo supliqué al Superior, que pues se habia servido de iniciarme en su santa Comunidad, me permitiese el asistir á todos sus egercicios. El Superior me representó, que podian ser penosos para quien no estaba acostumbrado; pero habiendo insistido, me lo concedió, añadiéndome que por acaso era aquel dia el de la recreacion, y que podria despues de Vísperas ir á pasear á la huerta con los Padres. Mi Director me prometió venir quando fuera hora para conducirme al Coro, y me quedé solo. No te diré las reflexîones que entónces hice, porque me llama la consideracion de otras cosas.

Vino el Padre á la hora, y quando llegamos al Coro ya lo encontramos lleno de Padres, que se preparaban á cantar Vísperas y Completas. Pero ¡cómo te pintaré, Theodoro, la impresion que me hizo este espectáculo tan nuevo para mí! ¡No! Yo no tenia idea de un culto tan respetuoso y tan augusto, de una reverencia tan verdadera y tan profunda. Parecia que aquellos varones penetrados de la presencia del Dios, de quien iban á cantar

las alabanzas, olvidados de la tierra elevaban al Cielo sus corazones. ¡Qué compuncion, Theodoro! ¡Qué afectos en sus voces! ¡Qué humildad en sus adoraciones!

Yo estaba como encantado. Me arrebataba el tono pausado y magestuoso con que cantaban los Hymnos y los Psalmos. Me enternecia la uncion reverente con que los expresaban. El asombro, la ternura me sacaban lágrimas de los ojos. Yo me decia: ¿Cómo no penetrarán hasta el Cielo ruegos tan puros, súplicas tan fervorosas? ¡Ah! Sin duda que estos son los que detienen el brazo de Dios contra los impios. Esto es alabar á Dios dignamente. ¡Desdichado el que no conoce esta senda de la gloria divina! Acabado el Oficio se pusieron todos de rodillas y rezáron el Rosario de María. Yo noté alguna diferencia en la expresion de sus sentimientos: me pareció que hablaban á esta piadosa Madre con una confianza mas tierna y con la dulce cordialidad de hijos.

Luego que se concluyó el Coro, todos los Padres saliéron, y llegándose á mí el Superior y mi Director me digeron: Hoy es dia de huerta, todos van á ella á desahogarse y egercitar la caridad y benevolencia recíproca; pues no lo pueden hacer entre semana. Yo fuí con mis guias, y quando llegamos á la huerta los vimos reunidos en diferentes grupos ó corros, que se paseaban y conversaban entre sí. Pero desde que nos viéron se acercáron á nosotros, y nos saludáron con mucha urbanidad y cortesía. No se notaba en su porte exterior ninguna de aquellas afectaciones, con que el mundo suele ostentar afectos de que carece. Era una benevo-

lencia tranquila, pero síncera; una cordialidad simple, pero franca. Se llegáron á mí con la misma confianza que si me hubieran tratado ántes. Parece no veian en mí otra cosa que un hermano, un hombre como ellos, una criatura de Dios á la que debian amor y buena voluntad.

Yo pasé algun tiempo en su compañía, ya paseándome con unos, ya sentándome con otros; y oyéndolos á todos, no advertí en ninguno la menor indiscrecion ni curiosidad, que me pudiese humillar. Sus discursos eran tan inocentes como sencillos. La mayor parte tenia por obgeto las cosas naturales que se presentaban, y yo observé, que aun quando hablaban de la tierra elevaban su espíritu al Cielo; pues si admiraban ó descubrian la naturaleza, era para levantar su corazon y sus pensamientos hasta su Autor. Todas sus reflexîones iban á parar á la causa universal de todo bien; y por este medio hasta sus diversiones y recreos eran una incesante alabanza de nuestro Dios.

Yo estaba tan edificado como confundido de verme en tan santa compañía. Me acordaba de la sociedad en que habia vivido hasta allí, de la que tendrian actualmente mis amigos, y de la que yo tuviera sin un prodigio de la bondad divina. Estas ideas me producian una satisfaccion interior, que jamas las diversiones profanas han podido inspirarme. ¡Ay, Theodoro! ¡Cómo me acordaba de ti! ¡Cómo hubiera querido tenerte en mi compañía! ¡Cómo deseaba que sintieras mis nuevos placeres, y que tambien te desengañaras de tus errores! En estas y semejantes ideas se me pasaba el tiempo con la velocidad del relámpago. La

campana avisó que era ya la hora de oracion, y volví con los Padres al Coro.

Allí se nos leyó el punto de meditacion, y hago memoria de que fué la muerte. Quando se apagó la luz y quedamos en tinieblas, yo quise sugetar mi espíritu á repasar las ideas que deben excitarnos á la preparacion de tan terrible lance; pero no podia. No estaba acostumbrado á recoger mis pensamientos. Por otra parte estaba tan lleno de los nuevos obgetos que me ocupaban, que mi imaginacion los divisaba y corria por ellos. Yo mismo era un espectáculo para mí tan nuevo, como increible. Quando volvia los ojos á considerarme y me veia de rodillas, á òbscuras y rodeado de tantas almas santas, que habian consagrado á Dios una vida inocente, ó expiaban ligeras faltas con el rigor de tan larga y severa penitencia, apénas podia creerlo; y veia en esta tan rápida como prodigiosa transformacion de mi exîstencia toda la fuerza del poder divino, y la extension de sus misericordias.

Algunos gemidos que se escapaban á aquellos inflamados corazones, y que eran lo único que interrumpia la perpetuidad de su silencio, me traspasaban el corazon. Me parecia que la Magestad del Eterno estaba sobre las bóvedas: que venia al ruego de los Santos que lo invocaban: llenaba con su presencia toda la amplitud de su Templo: que invisible escudriñador de los corazones penetraba el secreto de los nuestros: que complacido con la inocencia de tantos justos veria con horror la larga serie de mis depravaciones. Esta idea me horrorizaba, y el grito secreto de

mi corazon le decia: Dios de misericordia, si en estas almas santas vés candor, pureza y virtudes, ya por tu bondad vés en la mia dolor, arrepentimiento y deseos.

¡Qué hubiera yo dado por hacer á todo el mundo, y sobre todo á ti y á mis demas engañados amigos, testigos de esta muda y religiosa escena, en que el peor de sus iguales, convertido á su Dios, y puesto en su presencia, imploraba ya su piedad por sí y por ellos! Sí, Theodoro, á pesar del conocimiento de mi indignidad yo me atreví á dirigir mi corazon á este Dios, bajo cuya mano me humillaba, y yo le pedí que usase contigo y los demas compañeros de la misma bondad que conmigo. Yo me atreví á decirle: Tú has escogido al peor de todos para hacerlo vaso de tu misericordia: extiéndela, Señor, á tantos infelices. ¡Ah, Theodoro! Si el ruego de un indigno puede llegar hasta su throno, habrá llegado el mio.

Un instante me pareció aquella hora. Jamas he sentido ménos la sucesion del tiempo. Yo creia que empezaba, quando la campana avisó que era hora de cenar. Volvimos otra vez todos á la sala en que se comia, y donde se nos sirvió una ligera refaccion. De allí volvimos á la Capilla donde se dan las gracias, y donde se dijo una parte del Oficio de María. ¡Pobre de mí! ¡Pobre ignorante! Yo no pude decirlo, porque no sabia nada. Pero me uní de corazon con los labios, que repetian las alabanzas de la grande Madre. Yo le prometí aprenderlo, y le pedí su proteccion. Este es el último de los egercicios del dia; luego que se acabó, dos Padres me lleváron

á mi quarto, me diéron las buenas noches y se retiráron.

Quedé solo, Theodoro; pero me parece que Dios quedó conmigo. Yo me sentia algo fatigado de los movimientos de aquel dia. Me senté en una silla, y sin saber cómo, los pensamientos que me cruzaban por el alma volviéron á ocuparme de tal modo, que pasé mucho tiempo en una especie de suspension, que no sé si la llame éxtasis ó embeleso. Ella era sin duda oracion, pues no me cansaba de dar gracias á Dios de mi nuevo estado. Este otro mundo tan diferente y tan desconocido que veia; esta especie de gentes de un órden tan nuevo como superior, que yo habia despreciado tanto, y que ahora eran el obgeto de mi envidia y de mi veneracion; el inmenso intervalo que observaba de mí mismo en la diferencia de tan pocos dias; todo esto me llenaba de admiracion y gratitud.

Sentia que mi corazon era otro; que mis ideas eran diferentes; que mis opiniones se habian mudado enteramente. Sobre todo mis ojos me parecian otros; pues veia los obgetos de otra manera muy contraria. Lo que ántes me parecia hermoso y agradable, me parecia ahora pérfido y odioso. El mundo, sus halagos y pompas que tanto me habian encantado, me parecian ahora ilusiones mentirosas, prestigios engañosos. La virtud que me habia parecido tan necia, me parecia la única ciencia verdadera. Su austeridad se me habia transformado en dulzura, y su dureza en consuelo.

¿Cómo, me decia yo, ha podido mi juicio trastornarse de esta suerte? Era, Theodoro, porque ya empezaba á juzgar no por las falsas máxîmas

del mundo, sino por las del Cielo; porque ya no me detenia en su engañoso esplendor, sino penetraba su interior verdad. Ya tenia una regla, que me debia conducir, y era el Evangelio. Ya no estimaba las cosas sino como Dios las estima; y no podia dejar de exclamar: ¡Pobre de mí! Yo era un insensato. Yo vivia descaminado de la senda de la verdad; pero me consolaba pensando, que lo decia aun en tiempo.

Así pasé un gran rato; pero estos pensamientos mas me servian de consuelo que de pena. Ya mi arrepentimiento no era amargo, ni mis remordimientos devoradores, mi tristeza se consolaba con esperanzas, y mi conciencia aunque afligida no me atormentaba. Salí de esta suspension para ponerme en el lecho. Yo habia pedido al Padre, hiciese que el despertador de la Comunidad me avisase tambien, porque mi intencion era seguirla en todos sus egercicios. Acostéme pues encomendándome á Dios, para quien solo queria ya vivir; y así acabé este dia el mejor de mi vida: el único dia completo para mí, y en que he procurado vivir como Christiano. ¡Ah! Dios haga, que los que me quedan que pasar sobre la tierra, se le parezcan, y que acabe bien una vida, que hasta ahora ha sido tan mala. Á Dios, amigo.

# CARTA XXX.

## *El Philósopho á Theodoro.*

Yo dormia, Theodoro, con blando y apacible sueño, quando el despertador de Comunidad llamó á mi puerta. El primer pensamiento que tuve fué, que estaba entre los brazos de un Dios, que con su inmensidad lo abraza todo, y que me cubria con las alas de su piedad. Me vestí presuroso; pero aunque con celeridad, quando llegué ya estaba toda la Comunidad en oracion, y esto sucedia siempre que iba al Coro; pues por mas priesa que me daba, siempre se adelantaban los Padres. ¡Tal era el fervor y diligencia de estos siervos de Dios! La oracion se tuvo como el dia precedente; la mia fué algo mas sosegada, ya pude tranquilizar mas mi imaginacion; las ideas se me representaban con órden, y cada momento veia con mas claridad el abysmo de que me habia sacado la providencia.

Despues de la oracion se digeron los Maytines y Láudes. Yo, pobre infeliz, humillado de mi ignorancia unia mi corazon con la pausada y magestuosa uncion con que recitaban los Psalmos; despues muchos de los Padres bajáron á la Iglesia á decir Misa; mi Director me previno, que ya no la diria en la Capilla, y que desde el Coro la podia oir en la Iglesia. Así lo hice; y quando acabó de dar gracias, volvió y me dijo: Ahora van los Pa-

dres á tener su conferencia de Moral, egercicio muy útil para los Confesores; me parece que nosotros podrémos emplear mejor el tiempo, y si quereis irémos á vuestro quarto y nos ocuparémos en las cosas de Dios hasta que vuelvan á llamar al Coro. Yo le respondí, que estaba pronto á seguirle, y nos fuimos.

Pero apénas nos sentamos quando el Portero de la Casa entró con Simon. El Padre quiso retirarse diciendo, que lo hacia para que hablásemos con libertad; pero le representé, que yo no tenia ningun secreto para él, y así se quedó. Simon me dijo, que ya todo estaba segun se lo habia prevenido; que mis hijos y criados se habian trasladado á la Casa de campo; que esta estaba ya proveida de todos los muebles y demas cosas necesarias para habitarla; que así era dueño de ir quando quisiera; que mis hijos y demas familia se consoláron mucho con la noticia que les dió de haberme hallado, y con la esperanza que me verian prontamente; que le habian manifestado mucho interes y curiosidad de saber el motivo de tan larga y tan obscura ausencia; pero que él con arreglo á mis órdenes no les dijo nada, dándoles esperanzas que presto lo sabrian, y encargándoles al mismo tiempo no lo digesen á nadie, porque así convenia.

Que por esta razon no habia visto á ninguno de mis amigos, ocupándose solo en el obgeto de su comision; que sin embargo habia sabido, que el Extrangero se fué á su Pais, y que tú te mantenias bueno, haciendo tu servicio en Palacio, que estabas ya para concluir. Agradecí á Simon su zelo y su diligencia; sobre todo la exâctitud con que ha-

bia guardado mi secreto ; y le añadí : yo hubiera deseado que no hubieras sido tan diligente ; me hallo bien aquí , y no quisiera dejar esta Casa tan presto.

El Padre me respondió , que Simon volvia oportunamente , pues ya cumplido el fin de mi detencion , debia pensar en mis obligaciones particulares; quales eran el cuidado de mi casa y familia. Yo le repliqué , que así era ; pero que algunos dias mas que yo pasase en tan santa compañía no podian causar mucho perjuicio á mi casa , y me serian muy útiles para cumplir despues mejor con mis obligaciones ; pues el dia anterior en que fuí testigo y compañero de aquellos angelicales varones , me edifiqué sobre manera , excitando en mi corazon vivos deseos de imitarlos , y que algunos dias mas me serian muy útiles para fortificarme en estas disposiciones.

El Padre me dijo , que yo era dueño de hacer lo que quisiera , y convenimos en que permaneceria hasta el otro Domingo , con lo que sentí un consuelo inexplicable , pues podia habitar una semana mas en esta Casa de Dios. Volví á llamar á Simon , y habiéndole explicado mi resolucion , le mandé se volviese á mi Casa de campo , para asegurar á mis hijos , que aquel dia me verian , y le encargué que él mismo volviese para conducirme.

Esta conversacion duró hasta que la campana volvió á sonar : di órden á Simon de que se fuera , y yo volví otra vez al Coro con el Padre. Aquí debo advertirte , Theodoro , para evitar repeticiones , que pasé esta feliz semana la mas dichosa y la mas dulce de mi vida , acompañando

á esta bendita Comunidad en todos sus egercicios diarios sin mas diferencia, que quando los Padres iban á la Bibliotheca á sus conferencias de Moral, mi Director venia conmigo á mi estancia, donde su santo zelo se ocupaba en sostenerme en mis buenas resoluciones, y en darme reglas para la vida Christiana que me proponia hacer. Aunque estas conversaciones fuéron varias, yo voy á reunir aquí parte de lo que me dijo, ó á lo ménos lo que hizo mas impresion en mi memoria; porque debo añadirte, que como tenia ocupado todo el dia, no me quedaba tiempo para escribir.

La tarde de aquel dia me dijo el Padre: Dios, señor, os ha hecho una gracia muy grande, muy rara, y debeis reconocer que poco merecida: pero es necesario guardarla con el mayor esmero. La gracia de Dios es el único, el soberano de los dones; pero la llevamos en un vaso frágil, y no hay afan ni cuidado que baste para no aventurarlo. Vos conoceis su importancia; vos me pareceis determinado á conservarlo á toda costa; sabeis que este bien que se os ha dado tan gratuitamente, os impone grandes obligaciones; no perdais pues de vista los medios necesarios para sostener el santo y augusto carácter en que la bondad de Dios os ha restablecido.

Para esto os basta seguir con fidelidad lo que nos dicta tan claramente el Evangelio. Todas las instrucciones que los Confesores dan, no os harán adelantar un paso en el camino de la virtud, si perdeis este gusto de Dios, este amor santo del recogimiento, y esta delicadeza de conciencia, que nos hacen aprovechar con ardor quantas ocasiones

se nos presentan de meditar los años eternos, y renovar nuestro corazon en el seno de nuestro Dios. Solo este atractivo divino, esta inclinacion filial, que siente nuestra alma para quanto nos recuerda la presencia de nuestro Libertador y nuestro Padre, nos pueden asegurar la estabilidad de nuestra virtud, y sellar la firmeza de nuestra adopcion para la gloria de Dios.

¿Sabeis, señor, por qué tantos hombres débiles, despues de haber dado algunos pasos vigorosos en el camino de la virtud, desmayan y vuelven á precipitarse en el abysmo? ¿Y sabeis quál es la causa de su desgracia, que suele conducirlos á la eterna? No es la determinacion súbita y expresa de su voluntad, que se ha mudado de repente: es la relajacion insensible y progresiva del cuidado y atencion, que ponian en recogerse á adorar y orar, como se tiene de ordinario al principio, quando se siente la dicha de haber recobrado la virtud. Vivid pues, señor, con la atencion mas vigilante; y si alguna vez sentis, que renace en vuestra alma la necesidad de esparciros y correr tras de diversiones frívolas, volved sobre vos mismo, deteneos, y consideraos como un hombre, cuya imprudencia lo ha vuelto á poner en el borde del precipicio, de que habia salido con tanta alegría.

No digo por esto que sea un crímen distraerse, ó divertirse en las inocentes ocupaciones de la vida; pero digo que es muy mala disposicion, y corre mucho peligro el corazon, á quien este movimiento y diversidad de placeres se hacen necesarios. Empieza á descaecer aquel, que quando los

concede á la flaqueza humana, ó á la decencia y necesidad de su estado, no tiene la esperanza de encontrar placeres mas sólidos y puros en el silencio de la vida doméstica, ó en la soledad de su corazon. Porque entónces toda la fuerza interior se destruye en degradaciones insensibles: el alma vuelve á anudarse otra vez con todos los hilos con que se hallaba como atada á los obgetos sensibles: el corazon se seca: el espíritu vuelve á perderse en sus fútiles pensamientos.

Aquella inmensa Magestad, que con tanta actividad dirige todas nuestras acciones, va retirando una parte de su influencia y fuerza, á medida que las ilusiones vanas se apoderan nuevamente de nuestra alma. En breve las sérias y austéras verdades de la fe se alejan, se esconden y se desaparecen. Si alguna vez se nos presentan es á gran distancia, y como si fueran extrangeras; y entónces los sentidos libres del freno que los contenia, no necesitan ya mas que su propio impulso para desviarse, para hacernos perder en un instante el fruto de nuestros largos gemidos, y sumergirnos de nuevo en una miseria mas deplorable y desesperada que la primera.

Y así no hay cosa mas cierta, que el recogimiento interior, ó sea el cuidado del propio corazon, es la primera basa de las virtudes, el mas importante esfuerzo del Christiano, y la única prueba segura de la verdad y solidez de nuestra conversion. Siempre me ha causado extrañeza ver, que hombres llenos de luces y de religion hablen de la vida interior como de un grado de perfeccion que no obliga á todos. Me parece que esto es trastornar el

edificio de la fe, y decir que es el último punto de altura, á que puede llegar, lo que es su cimiento necesario.

Por eso dijo Jesu Christo [a]: Que el Reyno de Dios está dentro de nosotros mismos; y por eso la calma de los sentidos, y el recogimiento de una alma que vive dentro de sí, son esencialmente los preceptos elementares de la vida Evangélica, y la substancia de las obligaciones del Christiano. Jesu Christo nos arma contra todo lo que nos saca de nosotros mismos, para que buscando el Reyno de los Cielos por medio de las virtudes, logremos la mas alta y mas gloriosa empresa, que jamas ha podido proponerse á los hombres; y en esto no hace otra cosa, que prescribirnos la precaucion que cada hombre toma naturalmente en los negocios mas ordinarios de la vida.

Es tan cierto, señor, que este cuidado de huir del tumulto, y concentrarse en su interior es el primero y el mas natural movimiento del corazon, quando se convierte á su Dios, que vos mismo podeis ser testigo de esta verdad. ¿No es cierto que desde el momento en que vuestro corazon se hizo el throno en la gloria Divina, vos os habeis sumergido en él como en el único asilo que podia presentaros sólidos consuelos? ¿No es verdad que habeis sentido, que una luz extraordinaria brillaba en medio de vuestra alma, y que os habeis encerrado con ella, sin que fuera menester que nadie os advirtiese de lo que debiais adorar? ¿Y que vos mismos fuisteis á buscarlo dentro de vos mismo,

*a Luc. XVII. 21.*

donde ántes no lo podiais hallar? Yo confesé al Padre la exâctitud de su observacion, y continuó:

Es imposible, señor, que por mas síncera que haya sido la conversion; por mas eficaz que sea la disposicion del alma, pueda sostenerse largo tiempo en la pureza de la vida, si no se ayuda con los remedios Christianos, sobre todo con la oracion y vigilancia. Muchos convertidos piensan que les basta mudar de costumbres, y se contentan con la resolucion de no volver á pecar. Sin duda que esta es la primera disposicion. Pero no reflexîonan, que para no volver á pecar no basta la simple resolucion, y que es menester reforzar la propia flaqueza con los medios que la Religion nos enseña. El que no los practique tendrá contra sí todos los enemigos conjurados: el mundo con todos sus errores é ilusiones: el demonio con todas sus sugestiones y sus artes: la carne con todos sus atractivos y placeres: y su propio corazon con toda su corrupcion y su flaqueza. Para vencer tantos y tan poderosos enemigos es menester todo nuestro esfuerzo ayudado de la Divina gracia; pero esta gracia no se da de ordinario sino al que por su parte tambien se esfuerza, se desvela y la pide.

Se puede asegurar, que por mas resuelto que esté á mejorar su vida el convertido, si no se emplea en la oracion, la vigilancia, la buena lectura, los buenos egemplos y los Sacramentos, no tardará mucho tiempo en volver á peores y mas funestas relajaciones. Si vos pues no quereis recaer en tan fatal desgracia, usad continuamente de todos estos devotos egercicios. Dos grandes obgetos deben ocu-

par vuestra atencion. El primero lo que debeis á Dios, y este lo cumpliréis con los actos de vuestra religion y la obediencia de su Ley. El segundo lo que debeis al próximo, y esto se egecuta cumpliendo con las obligaciones del estado y con las obras de misericordia.

Pero para observar uno y otro es indispensable reglar en quanto se pueda toda la extension del tiempo, dando á cada dia con regla y méthodo lo que cabe en él con proporcion á nuestras obligaciones respectivas. Debeis pues reglar el vuestro dando á Dios todo lo que podais sin embarazo de lo que vuestro estado exîge, y siempre mirando á Dios en todas vuestras acciones, aun en vuestras recreaciones inocentes. El tiempo así empleado nos conduce á la eternidad, libra de tentaciones, afirma en la virtud, y nos facilita los socorros del Cielo.

Empezad pues por ofrecer á Dios las primicias del dia, y emplead la primera hora en adorarlo y meditar su santa Ley. No bùsqueis ni me pregunteis jamas el méthodo que se debe observar en este egercicio tan glorioso como consolador. No os sugeteis jamas á formas que no harian mas que cautivaros y turbaros en una accion propia del corazon y de los afectos. No hay reglas para amar, y todo debe ser amor. Todo es bueno, grande, heroyco y Divino quando procede de una alma que no busca mas que á su Dios, y que solo arde en deseos de unirse con él íntimamente.

El que ama, adora, invoca, agradece, crée, espera, se arrepiente y hace quanto debe hacer. El avaro está inmóvil en su thesoro. No habla, pero lo mira y goza. Dios es el vuestro, señor; y

si vuestro corazon se halla bien quando se lo dice, repetídselo millares de veces, dejad que se abandone al atractivo de tan hermoso y puro sentimiento. Quando no le digerais otra cosa, y que pasarais toda vuestra vida en penetraros de este único pensamiento, no la pudierais ocupar en mas perfecto y sublime egercicio. Id á Dios en derechura, y buscad su bondad amorosa como el niño busca la presencia del padre que ama y de quien necesita. El niño no se inquieta por saber cómo se presentará al autor de sus dias, no estudia lo que dirá á su padre, su ternura le basta, su amor le inspira el modo de explicar lo que siente y de pedir lo que desea.

Esta oracion de la mañana no debe ser mas que el principio de la de todo el dia, porque todo el dia debe ser una oracion continua. No olvideis jamas, que en qualquier parte que esteis, Dios os está viendo. Acostumbraos á no perder de vista esta imágen. La idea habitual de la presencia de Dios es el mayor estímulo del Christiano para elevarlo á las mas sublimes virtudes, y el mas poderoso correctivo para fortalecerlo contra las tentaciones. Que todo lo que hagais hasta el comer y dormir sea por Dios, porque Dios lo ha ordenado así, y porque son los medios que nos ha dado para recobrar nuestras fuerzas, y volver al egercicio de nuestras obligaciones.

Que de tiempo en tiempo, y en medio de qualquier ocupacion vuestro corazon se levante á Dios que lo mira: que lo adore y le pida su socorro. Para que la oracion sea eficaz no es menester que sea larga, sino fervorosa. Decid como el Prophe-

ta [a]: "Mis ojos estarán siempre delante del Señor, "porque él solo puede librarme de los riesgos en "que estoy." Este es el modelo de la buena oracion quando el alma dirige constantemente al Señor la atencion de su espíritu y los afectos de su corazon, y quando se presenta á su Dios como un infeliz rodeado de peligros, cercado de enemigos, y pone toda su confianza en la celestial proteccion.

La oracion de los hombres por lo ordinario es estéril, no porque es corta, sino porque es superficial, porque no es humilde, ó porque no es confiada. Estaba David siempre en presencia de Dios con todo su corazon, como un pobre que pide limosna, como un preso que ruega por su libertad, y con la confianza de que el Señor lo libraria. Si quereis pues que vuestra oracion llegue hasta el Cielo, y no vuelva vacía, sea frecuente, fervorosa, humilde y confiada. Así pidió el Publicano del Evangelio, y al instante quedó justificado. Desconfiad solo de vos mismo, y de los enemigos que os rodean; los mas peligrosos son nuestras pasiones, pedid pues socorro contra ellas.

Esta especie de oracion es tan necesaria al justo como al pecador, porque el primero á pesar de su justicia sufre en sí mismo continuamente terribles tempestades, movimientos de concupiscencia que le combaten, y malas inclinaciones que le afligen. El pecador está en un estado tan deplorable, que cada dia se agravan sus cadenas, se desordenan mas sus pasiones, y su conducta se endurece. ¡Si-

a *Psalm.* XXIV. 15.

tuacion espantosa ! ¡Dichoso si alguno lo conoce y se humilla!

Buscad al Señor. Esta palabra contiene grandes sentidos, y pocos conocen su extension. Buscad al Señor, decia Isaias [a], ahora que se le puede hallar. Todos deben buscarlo, y mas los pecadores, que por una dispensacion de la gracia han salido de tan fatal estado, y se sienten movidos á renovarse sirviendo á Dios, dándose á la oracion, huyendo del mundo, y entregándose al amor divino. Si no siguen con fervor esta voz interior que los llama, corren mucho peligro; y deben temer, que de la tibieza caerán en el pecado, y del pecado en la reprobacion.

Buscadle pues, y esperadle tambien. Si á pesar de vuestros esfuerzos no sentis la uncion de la gracia, no hay que abatirse ni desesperarse. Paciencia, constancia, humildad, y el Señor vendrá. Es fiel, y no engaña jamas. Es inexplicable la confianza de los Santos en el Señor. Nada desean, nada temen ni esperan del mundo, porque para ellos su Dios es el todo.

Buscadle pues, señor, esperad en su benigna providencia, y penetrado de un sentimiento vivo, habitual y profundo de la necesidad que teneis de unir y encadenar vuestra flaqueza con esta grande fuerza, en quien reside el principio de quanto exîste; buscadle con una vigilancia impenetrable en alejar de vos lo que puede debilitar la impresion de las verdades eternas, y buscadle con una atencion continua á este pensamiento tan po-

a *Cap. LV. 6.*

co meditado como poco sentido, que el seno de Dios es tan necesario á la vida espiritual de nuestras almas, como el de los rios á quanto vive en ellos.

Despues de lo que debeis á Dios y á la Religion, nada sea para vos tan sagrado, tan precioso y tan querido como lo que debeis á vuestro estado y al lugar que ocupais en la sociedad. El cuidado de su alma no es otra cosa, que cumplir con las obligaciones de su estado; y la exâctitud con que se procura desempeñar los cargos que nos impone nuestra posicion social es tan esencial para la santidad, que Dios arroja de sí las adoraciones y sacrificios que le ofrecemos en los momentos destinados al servicio de nuestros hijos, familia ó compatriotas. Nada de lo que turba el órden puede servir á la virtud, y nadie puede glorificar á Dios con obras, que aunque buenas en sí mismas, se han hecho á costa de un tiempo que se debia á otro.

¡Dichoso, señor, mil veces dichoso el hombre que ama el estado en que vive! ¡De quántas penas, disgustos y fastidios lo libra esta disposicion preciosa! Pero solo la Religion puede darla, porque solo ella da un precio infinito al cabal desempeño de las propias obligaciones; y por consiguiente ella sola puede inspirar, que aunque sean penosas se cumplan con amor y con gusto. El buen Christiano se tiene por feliz quando se oculta en el recinto de los encargos que la divina Providencia le ha señalado; porque sabe que allí solo es donde puede hallar los thesoros verdaderos; porque sabe que aunque se aplique á las mas bajas

y humildes ocupaciones, es mas grande á los ojos de Dios en su obscuridad, que si se ocupara en el brillante afan de gobernar la tierra; porque sabe que está donde Dios quiere que esté; que hace lo que Dios quiere que haga; por consiguiente que está en la mas noble y honrosa situacion en que puede verse una criatura; y porque sabe en fin que en ese rincon obscuro donde Dios le tiene, vive para aquel á quien el poder y la gracia pertenecen en el Cielo y la tierra, y que cada instante de su duracion le gana un bien inmenso en la eternidad de su gloria.

Con esto debeis ver, señor, que los caminos de Dios son regularmente simples y llanos; y que para asegurar su salvacion no es menester recurrir á prácticas difíciles, ni hacerse un plan de vida sobre ideas nuevas y extraordinarias. La Religion nos encuentra y nos deja en la sociedad, en nuestra familia y nuestro estado. No nos prescribe sino lo que naturalmente debiéramos hacer todos los dias. Lo que únicamente pretende es elevar nuestras ideas, purificar nuestros motivos, y hacernos felices, imprimiendo á nuestras intenciones un carácter de sublimidad, que las haga útiles á nuestro interes eterno. Querer abrirse caminos nuevos y singulares suele ser una especie de fausto y ostentacion, que ofende á la modestia Evangélica, y degrada la verdadera penitencia.

El Discípulo de Jesu Christo teme todo lo que puede distinguirle. Su mayor seguridad consiste en hacer las cosas mas comunes con miras superiores y divinas; desempeñar las obligaciones mas ligeras con un corazon magnánimo y entero, y prac-

ticar en su casa ó en el Santuario del Señor lo que la Religion le prescribe; pero de manera que nadie entienda sino lo que basta para el buen egemplo. Entónces todo es verdad y substancia en sus acciones, todo es espíritu y vida en su interior; y sin separarse del modo regular de vivir de los otros hombres, le distingue Dios con un carácter, que lo eleva sobre las Dominaciones y los Thronos.

Considerad, señor, la Muger fuerte, de quien el Espíritu Santo hace tanto elogio en los sagrados Libros. ¿Dónde la encontrarémos? dice: El que la halle la debe admirar y colmar de alabanzas; todo el oro y las riquezas de la tierra no pueden compararse con el valor de tan raro thesoro. Oyendo tan ponderado elogio se persuadirá alguno, que habla de una criatura extraordinaria, de una persona destinada á asombrar el universo con prodigiosas y singulares acciones; pero no es así, y para que ninguno se engañe, el Espíritu Divino se apresura á explicarnos los títulos de su mérito y grandeza.

Nos la retrata diciendo [a]: Que está encerrada en su casa, y aplicada á todos los negocios domésticos de su administracion interior; que está en todo, que cuida de todo, que hace que todo esté en órden, y que en los intervalos que le dejan la direccion de sus negocios, el cuidado de sus hijos, y los afanes de sus criados, trabaja con su industriosa mano la lana y el lino: que miéntras su Esposo egerce en la Ciudad graves funciones, sosteniendo con dignidad un carácter pú-

[a] *Proverb.* xxxi. 10.

blico en el Senado con los Grandes, ella se divierte con un trabajo sosegado pero útil, pues no se desdeña de manejar la rueca en sus manos.

Esta pues es una Muger, que no se distingue en lo exterior de las mas regulares ciudadanas, que sin meter ruido vive en la paz y silencio de su casa, que camina en presencia del Señor con la inocencia y simplicidad de su corazon; y esta es la que en el último de los dias nadará en la alegría, la que por en medio de la innumerable muchedumbre de generaciones se levantará con tierna y noble confianza ante el terrible tribunal, cuyo formidable aparato hará temblar todos los Potentados de la tierra; y ella tomará su lugar en la Ciudad de Dios entre los Héroes de la gracia y de la eternidad.

No, señor; el espíritu y los preceptos de la fe no presentan nada, que pueda desalentar y sorprehender á los que conservan alguna impresion natural de todo lo que es virtud, órden y cordura. Nuestra propia conciencia da testimonio á la verdad, y siente la necesidad y la justicia del moral del Evangelio. Quando meditamos con buena fe no podemos dejar de conocer, que este moral es hecho para el hombre, y el que le puede ser mas ventajoso; y que aun quando tuviera un orígen ménos augusto no pudiéramos buscar regla mejor para nuestra vida y costumbres. Se pudiera decir, que este moral puro no hace otra cosa, que volver á conducir á nuestra razon y corazon á su propio centro, haciendo revivir en nuestras almas las luces y principios que habian nacido con nosotros. Lo único que hay en él de extraordinario y asom-

broso es en nuestro favor, y para el logro de nuestros deseos mas fervientes; pues es la revelacion y promesa de un destino eternamente feliz, que sin ella nunca hubiéramos podido conocer ni esperar.

La Sabiduría eterna no descendió á la tierra para enseñarnos á hacer milagros, ni para que hiciésemos obras portentosas. »La gracia de un Dios »Salvador, dice San Pablo [a], vino á resplandecer en »medio de los hombres, para enseñarles á arrojar »léjos de ellos toda impiedad, y todos los deseos »groseros de las pasiones y sentidos, á vivir en »la tierra con sobriedad y justicia y caridad, espe»rando el cumplimiento de la dichosa esperanza, y »el advenimiento de la gloria del Gran Dios y Sal»vador nuestro Jesu Christo, que se sacrificó por no»sotros á fin de purificarnos de toda mancha, y »consagrarse un Pueblo escogido, que no se apli»cará sino á la práctica de lo que es bueno, jus»to y honesto." Estas pocas palabras incluyen la mas sana y mas ilustrada Philosophía, que se ha presentado jamas á los hombres, y no tienen otra cosa que sea religiosa y sobrenatural, que añadir una sancion Divina, y prometer una eternidad de gloria á acciones y sentimientos, que residen naturalmente en el corazon de todas las personas honradas, elevándolos á tan alto fin.

Ved aquí pues el compendio de toda la Religion Christiana. Amar á Dios sobre todo y mas que todo: adorar al Criador del Universo por su Divino Verbo; obedecer la Santa Ley que este pro-

*a Ad Tit.* II. 11.

mulgó en el Evangelio; creer todo lo que la Iglesia su Esposa, á quien asiste, nos enseña; practicar todos los actos del culto que nos prescribe; hacer profesion pública de este culto; amar por Dios á todos los hombres como hermanos é hijos del mismo Padre; egercer con ellos tódas las obras de misericordia; y cumplir con todas las obligaciones del estado en que nos ha puesto sean altas ó bajas, penosas ó agradables. Todo esto es fácil y dulce á las almas sostenidas de la gracia; pero muy áspero y difícil á la naturaleza corrompida. El consuelo del Christiano es, que esta gracia se pide y se obtiene: que Dios la da siempre al que la implora, y este es el egercicio de la oracion. Tambien sabe que Dios no la niega á quien humildemente se la pide, y este es el necesario afan de la vigilancia Christiana: *Velad y orad*, decia Jesu Christo; y en estas palabras está encerrada toda la doctrina de la vida. 292

Muchos caminos conducen á este término. Uno de los mas trillados y que conduce mas presto, es la meditacion continua de la muerte y de la eternidad que le sucede. No hay asunto de tan grande importancia, pues sabemos que la vida presente acabará presto, que nuestra alma está ahora en nuestro cuerpo en estado de prueba, y que luego llegará el dia en que Dios la juzgará segun sus abras. El tiempo comparado con la eternidad es ménos que un instante. Los bienes de la tierra, honores, riquezas, placeres, salud y quanto la imaginacion presenta, son ménos que la nada quando se comparan con la gloria que nos espera. Es imposible que un hombre racional pueda estar contento de sí mismo, quando emplea toda su aplicacion y afan en

obtener bienes tan frívolos, y que duran tan poco. Nosotros quisiéramos ser siempre felices; pero como la muerte es inevitable, debemos mudar nuestras ideas, y buscar una felicidad que no pueda quitársenos.

La muerte es justa quando rompe nuestros designios, pues son desarreglados, y léjos de oponerse á nuestra dicha verdadera, es ella la que nos conduce á la felicidad eterna; su pensamiento solo nos hace despreciar lo que no merece aprecio. Ella es la que levanta el velo, y descubre la perfidia y falsedad de los bienes sensibles. Ella es la que nos hace conocer todo el precio y realidad de los bienes eternos, y nos los acerca tanto, que á su vista los otros se desaparecen. El cuerdo quiere en todo tiempo desengañarse y ver la verdad; pero el insensato y el carnal se complace con la ilusion.

El perezoso quiere dormir, y con tal que sus sueños sean agradables no pide mas. Si la muerte viene á despertarlo se espanta y se confunde. No ha considerado, que el tiempo que ha dormido era el que se le habia dado para adquirir una felicidad eterna. El vicioso prefiere relámpagos de gozo á placeres sin término. Conoce la alternativa de las penas, ó las recompensas eternas; no duda que su alma es inmortal, y quando dudara, la duda sola debia obligarlo á tomar el partido mas seguro; pero su estupidez es tan increible como inexcusable, vive como si no debiera morir; abraza el estado sin pensar en la muerte: entre los motivos que lo determinan, la eternidad no entra en la cuenta. No es posible conciliar esta ceguedad con el insuperable amor que tenemos de nuestro bien.

Es que somos como los niños á quienes los obgetos presentes los arrebatan y determinan sus movimientos. Los obgetos distantes por grandes que sean no les interesan ; las amenazas de léjos no los intimidan ; pero si una espina les pica , si un insecto les muerde , entónces se afligen ; tal es el imperio de los sentidos , y tan débil la razon. Para ver bien los obgetos es necesario , que la razon se fortifique , y que el espíritu se extienda , y esto se consigue por la meditacion. De lo presente pasa á lo futuro , de lo que tiene cerca á lo que vé distante ; con la comparacion que hace de las cosas se excitan el temor y la esperanza. Lo futuro se le hace presente , y no teme sufrir en el momento rudas penas por librarse de otras mucho mayores que le amenazan.

La desgracia es , que toda la extension de su vista circunscripta en la esfera del tiempo no se avanza hasta mas allá de los siglos. Los mas de los hombres trabajan hasta los treinta años para descansar en la vegez ; porque vén viejos pobres, y no quisieran serlo : esta vista les convence que un dia serán viejos ; pero estos mismos se quedan siempre niños quando se trata de los bienes eternos. Su vista no va tan adelante , no se detienen á considerarlos , no piensan que merecen ser preferidos á los que están gozando con placer ; y ved aquí por qué la Eternidad no entra en los motivos de sus deliberaciones. La Eternidad sin embargo es la luz que puede alumbrarnos en la obscura carrera de la vida , y conducirnos á esta felicidad por que tanto suspiramos.

Esta idea de la Eternidad es la que excita

la del temor de Dios, y este es el que puede seguramente afirmar los pasos del hombre por qualquier vereda que camine. Este es el que puede procurarle los verdaderos bienes, la paz del alma en este mundo, y la posesion de Dios en el otro. El que penetra bien el corazon del hombre descubre una grande verdad, y es que solo el temor de Dios puede hacer que él no sea doble, astuto, hypócrita y mentiroso. Sin duda que hay en estos vicios diferentes grados; pero tened por cierto, que el hombre aunque sea de suyo recto y síncero, si no tiene temor de Dios, dirá y mil veces hará muchas cosas contra la verdad.

Quando no hiciera otra cosa que estimarse mucho, y tener grande opinion de su imaginaria virtud, ya se mentirá á sí mismo; pues que ninguno tiene mérito propio, y todo nos viene de Dios. Los Gentiles que han sido mas estimados por su rectitud como Sócrates, Caton, Marco Aurelio, Epitecto y otros, no dejaban de tener algun temor de la divinidad; y con todo el que hubiera podido exâminar por dentro su virtud, hubiera visto muchos defectos de sinceridad. Tan cierto es que la verdad no puede habitar en un pecho, en que no habita el temor de Dios.

Dios os ha dado un nacimiento distinguido y muchos bienes de la tierra; dad gracias á su providencia: pero sabed, que con los bienes os ha dado muchos cargos y muchos peligros. Los profanos pueden mirar como una paradoja, que sea mas útil poseer pocos bienes que muchas riquezas; pero el Christiano sabe, que la medianía, y aun la pobreza misma, quando está unida con la jus-

ticia, vale mas que las grandes riquezas quando se usa mal de ellas. El pobre si es justo junta thesoros para el Cielo, y el mas rico hace mas profundo el abysmo de su perdicion. Los Gentiles conociéron las ventajas de la mediocridad; pero como no tenian idea de la verdadera virtud, su desinteres nacia del orgullo ó de la extravagancia; porque á la verdad para el que no tiene otras esperanzas que las del mundo, la abundancia es mejor que la escasez, pues con ella se procuran todas las comodidades de la vida, pero los ojos de la fe vén de otro modo; y Jesu Christo dijo: Que era muy difícil á los ricos entrar en el Reyno de los Cielos.

Si las riquezas se juntan con los vicios, entónces no solo será difícil sino imposible; porque como dice el Propheta: Los brazos de los impios serán rotos; esto es, todo su poder será destruido. En vez de que Dios sostiene al pobre con su misericordia; el impio, el poderoso y opulento á la hora de la muerte se verá despojado de todo; y el justo abandonando lo poco que tenia en la tierra, irá á poseer inagotables thesoros en el Cielo. Quizá, señor, si se nos diera la eleccion quando nacemos, debiéramos escoger la pobreza. Con ella tendríamos ménos riesgos, ménos pasiones, mas ocasiones de méritos y mas semejanza con nuestro Redentor.

Pero como Dios es quien reparte los bienes, si nos hace nacer con ellos, debemos adorar su providencia, aunque temblemos de nuestro peligro. No olvidemos que no somos propietarios sino ecónomos, que tomando para nosotros solo lo nece-

sario, debemos dar lo restante á los que no tienen; y que solo el buen uso de las riquezas puede transformar en un antídoto el veneno, haciendo que ellas mismas nos sirvan de escala para el Cielo.

Huid, señor, á toda costa y con esfuerzo varonil toda especie de mala compañía. No hay contagio tan rápido y pestilencial; no hay fuego voraz que con tanta violencia lo destruya todo. Este es el principio mas funesto, la mas emponzoñada fuente que corrompe en el mundo las costumbres; y advertid que hay tres especies de malas compañías: la primera la que se tiene personalmente con los malos, quando se les trata y se vive con ellos: la segunda la de los libros perniciosos; el hombre mas austéro y retirado del mundo corre peligro con las malas lecturas; en un instante puede perder quantos principios de fe y buenas costumbres habia adquirido, dejándose seducir de los sophismas de los incrédulos ó libertinos: la tercera es la de sus propios pensamientos, si se les da entrada en un corazon desocupado, que no vela en su custodia.

El enemigo comun aprovecha las ventajas que le presenta una imaginacion fecunda en ilusiones é imágenes impuras. El espíritu se deja arrastrar por esos obgetos seductores, quando la voluntad se abandona á tan falaces guias. Las malas compañías exteriores no son peligrosas, sino porque seducen á la íntima que tenemos en nuestros propios pensamientos. Es menester decir de ellos, de las gentes y de los libros lo que decia David á Dios [a]: »Se-

[a] *Psalm.* xxv. 4. 5.

„ñor, no quiero tener ninguna sociedad con los „vanos é injustos; ni sentarme con los impios y ma„lignos." Sin esta resolucion eficaz y constante serémos orgullosos, vanos y satisfechos de nosotros mismos; injustos con el próximo; malignos en nuestros juicios; y flojos, impios ó indiferentes en lo que interesa al servicio de Dios.

Este, señor, es el artículo mas importante y el punto en que debeis insistir con una determinacion que jamas vacile. Alejad de vos sin demora todo mal pensamiento, todo mal libro; pero mas aun á todo hombre vicioso ó corrompido que no teme á Dios. Si Jesu Christo nos manda sacarnos el ojo, cortarnos la mano ó el pie que nos escandaliza, ¿quánto mas debemos alejar de nosotros todo mal egemplo? Esta obligacion es mas estrecha en un Padre de familia; pues debe á sus hijos buen egemplo y educacion. Nada puede viciarla tanto como los malos egemplos; y el afan de muchos años en la instruccion de un jóven se malogra en un instante con la seduccion de un perverso. Tiene criados, y no solo debe ser espejo suyo con su arreglada conducta, sino cuidando tambien que vivan como Christianos. San Pablo decia: que el que no cuida de sus domésticos es peor que el infiel. Estas son almas que la Divina Providencia ha puesto á su cargo, y de que dará cuenta estrecha. Tiene amigos, y si son viciosos no harán mas que corromperle á él mismo, ó á lo ménos corromper su familia.

El que conoce la flaqueza de la naturaleza degradada, no puede ignorar la fuerza poderosa del mal egemplo. Uno solo puede bastar para derribar

en un instante todo el edificio que en muchos años habia levantado la virtud. Uno solo puede corromper una sociedad de Santos. Uno solo puede destruir todo el fruto de una larga y laboriosa educacion. Uno solo puede introducir el vicio y la muerte en una familia desde largo tiempo Christiana y arreglada. En fin no hay peste tan mortífera, y que comunique su infeccion con tanta rapidez como se propaga el vicio en nuestro débil corazon.

Sed pues inexôrable contra todo lo que pudiera exponeros y exponer á quanto os rodea á tanto daño. Esconded á los ojos de vuestros hijos y familia todo egemplo que pudiera tentarlos. Apartad sus ojos de todo discurso que los pudieran seducir; les debeis buen egemplo, instruccion y enseñanza; pero debeis cuidar tambien y con gran vigilancia, que nadie pueda destruir lo que vos edificais.

Vos debeis suponer, que no habiéndoos procurado en vuestra vida pasada criados Christianos ni amigos virtuosos, estais en nueva obligacion de exâminar su conducta, y de reparar este mal con el mayor esmero. Que vean en vuestras acciones otro modo de obrar, y que vuestros discursos les manifiesten otro modo de pensar. Pero ántes de convertirlos con las palabras, dejad que hablen vuestros egemplos, y que vuestra conducta práctica sea la primera de las exhortaciones. Si esto no basta, procurad persuadirlos con zelo, pero con dulzura y prudencia; y quando esto no bastare, no hay que detenerse, alejadlos de vos y de la parte de sociedad que la providencia os ha confiado.

Por otra parte, señor, reflexîonad, que el que

tos de los santos Libros, citándolos diminutos ó con alteraciones esenciales. Intérprete de mala fe, pues se esfuerza á darles el sentido que no tienen, y se sirve de quanto le puede sugerir su funesta erudicion para torcerlos á su depravada inteligencia.

Calumniador de la Religion, pues para hacerla aborrecer le atribuye dogmas que no tiene, y la acusa de las doctrinas que ella misma reprueba. Calumniador de la Iglesia, pues quiere hacerla responsable de todos los delitos de los hombres, cargándola de las faltas de los individuos, atribuyéndole las mismas supersticiones y excesos populares que mas la afligen, como si ella los adoptara y promoviera. Calumniador de sus Ministros, pues las mas veces sin pruebas contra todos los testimonios de la historia y las reglas de la verosimilitud los juzga y representa como culpados de todos los horrores de su siglo, y de todos los atentados de las pasiones.

Juez iniquo, que con una balanza desigual exâlta y eleva tanto las virtudes profanas y civiles, como abate y deprime las Christianas: tanto canoniza y celebra los Paganos ilustres, como desprecia y escarnece los Santos mas heroycos. En fin infiel en los hechos, falaz en los discursos, pérfido en las intenciones, capcioso en los raciocinios, y que emplea sin cesar con un arte insidioso los falsos colores de la mofa, del escarnio y de la ironía. Este hombre desdichado ha mentido en todo con imprudente desvergüenza: ha mentido á su Dios, á su conciencia, á sus contemporáneos y á la posteridad.

Por otra parte nada hay que nos inflame mas en el deseo de servir á Dios con fervor, que el comercio y trato de las buenas conversaciones que tenemos con ellos. Son una especie de oracion continuada, un egercicio habitual de adoracion y amor. Nuestro corazon se purifica y abrasa. Nos encendemos en su mismo fuego, y salimos llenos de ardor para renovar nuestra oracion, y presentar á Dios los egercicios de nuestro culto. ¿Cómo podeis esperar este efecto, no digo de los malos y escandalosos, sino de aquellos que viven en el siglo entregados á las sociedades profanas? ¿Qué sentimientos pueden llevar estos hombres al Templo del Señor? ¿Cómo pueden oir las alabanzas de Dios, penetrarse de la idea de su grandeza, y comunicarla á los demas fieles? ¿Qué figura pueden hacer en las juntas de la Religion? Léjos de enseñar á los Pueblos á celebrar las maravillas de Dios, les dan el egemplo de la inmodestia, de la disipacion, sin contar el fausto que ostentan á los pies de un Dios Crucificado.

Si quereis ser bueno, vivid con los buenos. Si quereis que vuestra familia sea arreglada, no degeis en ella ninguno que la desordene. Si quereis tener criados fieles, escogedlos entre los que temen á Dios. Y si quereis amigos sínceros, elegid á los que aman y respetan la Religion. Es menester ser buen Christiano para ser bueno en qualquier otra línea; solo los que profesan con sinceridad el Christianismo pueden ser fieles, honrados y seguros.

El verdadero Chrístiano reune dos calidades que parecen opuestas: sabe conciliar los inevitables males de la vida con la paz del corazon, con la alegría

interior y contento del alma. Es rico en la pobreza, y dueño de todo sin poseer nada. Se consuela quando vive, porque viviendo tiene tiempo para amar á su Dios; y desea morir para gozar de su Dios eternamente. Todo su thesoro, todos sus conocimientos, y todos sus amigos están en el Cielo. Procura ser útil á sus hermanos en la tierra, á lo ménos pide por ellos. Sus mejores y mas frecuentes alimentos son la oracion y la Sagrada Comunion, fuentes inagotables de riquezas. Sabe la vida de Jesu Christo, y la estudia sin cesar para imitarlo. Este es el primer estudio que le ocupa, y el que lo encanta, lo eleva y lo consuela. Habla poco, pero siempre con dulzura, caridad y cordura. Incógnito al mundo no desprecia á nadie, solo piensa en servir á Dios, y en imitar á Jesu Christo; siente no haberlo conocido mas pronto, y no haber consagrado á su amor todos los instantes de su vida.

Ved aquí, señor, los hombres á quienes debeis asociaros, si quereis no desviaros jamas de las sendas de la justicia. Ved aquí los hombres que debeis escoger por compañeros, amigos y criados; y yo os aseguro que no solo os serán útiles para sostener vuestra virtud, sino que tambien os libraréis de muchos disgustos, y tendréis todos los consuelos que se conceden á los hombres en la tierra. Otras muchas cosas me dijo el Padre en el discurso de esta feliz semana. En mi primera te contaré lo que me sucedió despues. Á Dios, amigo mio.

# CARTA XXXI.

## *El Philósopho á Theodoro.*

Acabóse por fin y con dolor mio, amigo Theodoro, aquella bienaventurada semana, la mejor y mas dichosa de mi vida. Semana como yo deseaba que hubiera sido todo el tiempo de mis dias infames. Toda entera se me hizo un soplo, y cada dia que pasaba, me afligia con la idea de que me quedaba uno ménos. Yo no hubiera imaginado jamas, que dias pasados en egercicios devotos, sin ninguna mezcla de distraccion y entretenimientos, corriesen tan rápidos, y se pasasen tan sin sentir, y fuesen mas agradables que los que se pasan en el mundo en medio de sus placeres y delicias.

Empecé, amigo mio, á comprehender por experiencia propia, que es la mejor manera de comprehender bien, quán engañados viven los hombres del siglo que buscan tan en vano la felicidad donde no se halla. ¡Ó quánto yerran, quando se figuran que la virtud es austéra, y que los egercicios de la devocion son penosos á los que los practican! Error deplorable que da tantos sectarios á los vicios. Pero por mi dicha solo la experiencia me ha enseñado, que la vida christiana y ocupada es mas agradable, y que los que viven en el retiro, en la inocencia y con la esperanza de la vida eterna son mas felices aun en la tierra, que

los que se entregan á las pérfidas dulzuras del placer.

Así lo ha dispuesto Dios ; y la razon alcanza que así es. El hombre siempre ansioso é insaciable de felicidad, desde que empieza á buscarla donde no la puede hallar, desde que ha errado el camino, á cada paso que da se extravía mas. Un placer engañoso que no le ha satisfecho, ó que le ha saciado, es un nuevo estímulo para buscar otro que no le satisface mas ó que no le sacia ménos. La ociosidad, que no piensa mas que en llenar aquel vacío del corazon, la necesidad de buscar sensaciones dulces, para que lo saquen de aquel letargo, y el falaz aspecto de placeres nuevos, que prometen lo que no cumplen, enredan al alma en una complicada y sucesiva cadena de errores y deseos, que la precipitan de vicio en vicio. ¡Dichoso aquel á quien una luz temprana lo ataja ántes que se despeñe, y le descubre el verdadero camino de la felicidad!

Entónces distingue mejor los obgetos, entónces alcanza á ver el término de la dicha, reconoce el camino que conduce á ella, y lo sigue con ardor y sin peligro. Este es ya el único deseo que le ocupa. Arroja de sí la ociosidad; el tiempo que le pesaba ántes tanto, que procuraba engañarlo á costa de su inocencia, entregándose á los placeres rápidos de los sentidos, era la causa verdadera de todo su desórden; ya léjos de sobrarle, no le basta para las ocupaciones sérias, y lo llena todo con la satisfaccion de saber al fin del dia que lo ha empleado bien.

Los mismos egercicios que parecen tan inso-

portables al profano, son los que contribuyen mas directamente á su felicidad, y á que se le pase el tiempo sin sentir: porque los que se destinan á llenar en compañía de otros y en prácticas de virtud todas las horas de su exîstencia, hallan en ellas mil ventajas, que no pueden tener los que viven entregados á sí mismos; y estas ventajas son tan visibles, que la razon y sana Philosophía debieran reconocerlas aun sin las luces de la Religion.

Los Christianos, que unidos entre sí por la misma fe y la misma esperanza marchan juntos al término que buscan, recíprocamente se refuerzan. Solo con estar ocupados, y tener todos los momentos del dia distribuidos en devotos pero variados egercicios, destierran la ociosidad, y con ella los vagos ó los malos pensamientos, que son padres de las acciones delincuentes.

La suave fatiga del dia les procura un apacible sueño, que los preserva de muchos peligros; porque los aleja de su imaginacion. El mutuo egemplo los fortalece, las continuas instrucciones los sostienen, y la santa emulacion los anima. Por eso las sociedades voluntarias y christianas, léjos de ser un trabajo de que deba afligirse la naturaleza, no son otra cosa que medios prudentes y bien entendidos, que la razon inspirada de Dios ha inventado para ayudar á su flaqueza, para socorrerla, y hacerle mas fáciles los caminos del Cielo.

Nada de esto habia yo comprehendido hasta que vi esta santa Comunidad, y no solo lo comprehendí, sino que lo sentí y experimenté. Aquellos pocos dias se me pasáron como un relámpago. Y no

se me escondia, que si esto sentia yo en mi corazon, sentirian mejor en el suyo este efecto divino aquellos Varones santos, que habian merecido mayor gracia, y que por una larga costumbre estaban mas habituados á sus sagrados egercicios. Pero tampoco era posible dudarlo, y me lo hacian ver con evidencia el zelo ardiente, la dulce alegría y la presurosa puntualidad con que los practicaban. Su egemplo hizo tal impresion en mi alma, que á pesar de mi corrupcion y mis vicios me reconocí lleno de ardor de imitarlos.

Quando los veia correr con tan alegre actividad á todos los establecimientos de su regla, me decia á mí mismo: ¡Dichosos vosotros, que despues de haber pasado tantos años en la inocencia, continuais siempre en buscar á vuestro Dios con tantas ansias! ¡Dichosos vosotros, que dais cada dia tantos pasos hácia la gloria, en que vuestro Dios os espera! ¡Y dichosos tambien, porque con ménos riesgos y penas que los mundanos habeis hallado la senda ménos áspera, y que un dia os encontraréis á las puertas de vuestra feliz eternidad, sin haber sentido el peso de la vida!

Inflamado con estas ideas, se las comuniqué á mi santo Conductor uno de los primeros dias de aquella feliz semana; y le pedí alargase mas el término de mi residencia en su santa Casa. Él me respondió: Me alegro, señor, de veros en tan santa disposicion. Dios nos favorece mucho, quando nos hace conocer las ventajas de la virtud. Para amarla es menester conocer que es amable. Pero unas virtudes son mas propias de unos estados que de otros; y la santidad no es otra cosa, que cum-

plir cada uno con las obligaciones del suyo. Estos Padres, á quienes Dios hizo la gracia de sacarles del mundo, no han dejado en él nada que les obligue á fijar allí su atencion. Libres de todo cargo han venido aquí á buscar á Dios. Se han sugetado á las prácticas que les impone la regla, y su virtud consiste en su observancia.

Pero vos, á quien el Cielo hizo Señor de vasallos, y le dió hijos, criados y amigos, teneis otras obligaciones, y vuestra virtud será cumplir con ellas. Ya os habeis reconciliado con Dios: ya habeis sosegado vuestra conciencia. Esto era lo esencial; así ahora debeis volver á vuestra casa y arreglarla; pensar seriamente en la educacion de vuestros hijos, cuidar de vuestros criados, y entablar una vida christiana; y si teneis proporcion, instruir y persuadir á vuestros amigos las verdades de la Religion, que Dios os ha mostrado, y sobre todo enseñar á todos con vuestro egemplo la práctica del Evangelio.

Ved aquí, señor, las virtudes de vuestro estado y circunstancias. ¿Y quién sabe los designios de la Providencia en vuestra conversion? No es posible errar, quando se sigue el camino que nos indica el Cielo por la situacion en que nos pone; en vez de que la senda que escoge nuestro arbitrio puede ser obra de la ilusion ó del amor propio. Dios no estima estas virtudes momentáneas, que produce un fervor súbito, y que despues suele entibiar el tiempo; y solo ama las que son estables y prudentes, las que la razon aprueba, y que el propio estado exîge.

Lo único que quisiera aconsejaros es, que pues

estais resuelto á pasar esta semana con nosotros, la aprovecheis, para prepararos de nuevo, y recibir otra vez el Domingo, que será último dia de nuestra compañía, los santos Sacramentos. Pero yo quisiera, que esta Comunion fuera pública; que la recibiérais en la Iglesia, para que la vieran todos; para que vuestro corazon diese á Dios este testimonio patente de Religion y culto; y que este fuera el primer paso de la profesion pública de Christiano, de que debeis gloriaros en adelante. Yo me sometí á todo lo que el Padre me dijo, y desde aquel instante volví á recoger mi corazon, para prepararlo al augusto Sacramento, que debia recibir otra vez. En efecto lo recibí el Domingo; y debo añadir, Theodoro, que me parece, que aunque aquella Comunion fué en la Iglesia, y á vista de todos, me fué muy saludable y provechosa por el recogimiento y devocion que experimenté.

Quando despues de concluidos estos santos oficios, el Padre y yo volvimos á mi aposento, encontramos en él á Simon, que en conformidad de mis órdenes me vino á buscar. Su vista excitó en mí un sentimiento de pena, despertándome la idea de que venia á separarme de una compañía y de una vida en que estaba tan bien hallado. Mi sumision á los consejos del Padre me hizo ocultar esta sensacion penosa. Simon me dijo, que no habia novedad en mi familia, y que todos me esperaban con impaciencia y alegría. Yo dige al Padre, que por lo ménos aquel dia era mio, y que pues estaba resuelto á partir en él, siquiera me permitiese pasarlo todo en aquella Casa, y partir al anochecer.

El Padre condescendió, añadiéndome: pues hoy es dia de recreacion, los Padres bajarán esta tarde á la huerta, y tendrán el gusto de veros, y así podréis tambien hablando con ellos edificaros de nuevo con la sinceridad y uncion de sus santos discursos. Simon nos pidió permiso para acompañarnos á todo. Yo lo extrañé, sabiendo que estas ocupaciones no podian ser de su gusto. Pero me pareció, que por un lado la curiosidad, y por otro el temor de no saber qué hacer si se quedaba solo, le hacian determinarse á venir con nosotros, y habiendo manifestado el Padre, que no habia en esto dificultad, le permitió que nos acompañara.

En efecto nos siguió á todo, y quando llegó la hora de ir á la huerta, fuimos todos juntos. Aquellos benditos Padres volviéron á rodearme, dándome nuevas muestras de aquel amor universal, con que aman á Dios en todas sus criaturas, y que tiene tanto carácter de santidad. Yo volví á sentirme enternecido de ver tanta benevolencia y atencion en favor de un indigno, que no merecia besar la tierra que pisaban. Nuestra conversacion fué muy devota y mas animada que la primera vez.

Me parecia que me trataban ya con mas cordialidad y confianza. Comprehendia quánto hubiera podido aprovechar con sus santos discursos, si los hubiera escuchado con mas frecuencia. Sentia que solo su venerable aspecto, al tiempo que me inspiraba veneracion, me infundia deseos y amor á la virtud. Pero al fin llegó el momento preciso. Á pesar de mi dolor, me fué necesario decir á Simon, que hiciera acercar nuestros caballos, y quando volvió á advertirme que estaban prontos, tuve que hacer-

me violencia para arrancarme de tan dulce sociedad.

No pude hacer tanto esfuerzo sin destrozarme el corazon, y anegarme en un diluvio de lágrimas. Todos los respetables Varones mostráron la misma sensibilidad, y me vinieron á acompañar hasta la puerta. Allí se despidiéron, y se dignáron de estrecharme en sus santos brazos; y yo sentí tanta confusion como consuelo de verme enlazado con tantos hombres, que eran sin duda gratos á los ojos de Dios. Yo les pedí sus oraciones. Ellos me las prometiéron, y tuvieron la humildad de pedir las mias. ¡Pero quánto me costó, Theodoro mio, arrancarme de los brazos de mi Director! ¡De aquel Ángel de luz destinado por el Cielo para mi regeneracion! ¡De aquel mas que Padre, á quien debo lo que puedo llamar mi eterna fortuna! Al fin fué indispensable, y tan lleno de amargo disgusto como cubierto de tierno llanto, monté á caballo, y partimos.

¡Pero ay! ¡Qué otras nuevas conmociones me esperaban en mi casa! Los primeros obgetos que se presentáron á mis ojos fuéron mis dos hijos, víctimas hasta entónces de mi desórden y descuido. Yo los amaba; pero con amor grosero. No era mas que aquel ciego sentimiento que la naturaleza inspira aun á los brutos. Hasta entónces no los habia visto sino como renuevos de mí mismo, y como destinados á continuar mi nombre y el esplendor de mi casa. Todas mis ideas no habian tenido otro obgeto, que el de criarlos y hacerlos adelantar en la educacion de Caballeros, para que se presentasen en el mundo con gentileza y gracia. Todas mis atenciones se limitaban á lo que podia contribuir

á su elevacion y fortuna. Estaba muy léjos de pensar en instruirlos en la Religion y en las obligaciones de Christianos.

No pude dejar de enternecerme quando se me arrojáron al cuello dándome el dulce nombre de Padre. Los estreché en mis brazos, y recibí sus dulces caricias, correspondiendo con las mias. Me sentí tan conmovido, que me saltáron por los ojos dos arroyos de lágrimas. Y este llanto no era solo de ternura sino de dolor; porque yo mismo me confundia de mi ceguedad, y me acusaba de mi mucha negligencia; pues habian perdido por mi descuido mucho tiempo, y rezelaba que á pesar de su corta edad mi mala conducta les hubiese producido alguna mala impresion.

Conocia muy bien quán funestos son los malos egemplos, que se graban con las primeras ideas. Pedia perdon á Dios, y le decia en lo íntimo de mi corazon: ¡Ó Señor de misericordia! Yo pongo desde este instante bajo las alas de tu providencia estas dos jóvenes plantas, que me has fiado para que las cultive para ti, para que las crie en tu amor y en la guarda de tu santa Ley. Perdona mi descuido pasado en favor del zelo con que me propongo desempeñar tan digna confianza en lo sucesivo. Dirige al Padre y protege á los hijos.

Volviendo los ojos encontré á su Ayo, que me cumplimentaba; y no pude verle, sin que me diese un vuelco el corazon. Yo habia escogido á este hombre precisamente por lo que hubiera debido alejarlo. Era un Ayo á la moda, hombre de algun talento, muy instruido en toda la erudicion profana; pero tambien muy propio para corromper la

juventud. Philósopho por orgullo, incrédulo por comodidad, ó á lo ménos indiferente en materia de Religion: con esto está dicho, que era de perversas costumbres.

Su aspecto solo me hizo estremecer, considerando las manos en que habia puesto la inocencia de mis hijos, y miéntras él me hacia sus cumplimientos, yo resolvia en mi interior separarlo quanto ántes, buscando medio de despedirlo con decencia. Pero entónces me pareció prudente disimular, y solo le dige, que esperaba aliviarle mucho de su aplicacion; porque conocia que mi primer deber era ocuparme seriamente en la crianza de mis hijos.

Despues vinieron á presentárseme los demas criados. ¡Ay Theodoro! Los mas de ellos habian sido los instrumentos ó los ministros de mi corrupcion, y todos eran testigos de mi desenfreno; pues jamas me contuvo el temor del escándalo. No pude verlos sin una especie de sentimiento penoso. Me llené de rubor, considerando que no podia volver los ojos á nadie, que no conociera toda mi pasada depravacion, y que no me causara un cierto rubor. Solo vi, y descansó mi corazon en un criado anciano llamado Ambrosio, que habia servido á mis padres, hombre de tan buen natural, que á pesar de toda la corrupcion que yo habia introducido en mi familia, habia conservado sus costumbres antiguas, manteniéndose siempre en una vida christiana y arreglada.

Por lo mismo habia sido siempre el obgeto de nuestros desprecios, el blanco de nuestras burlas. Lo teníamos por un insensato, y si yo lo conservaba en mi casa, era por pura humanidad,

por no despedir sin motivo á un criado de mis padres, que les habia servido muy bien, y por su misma utilidad. Pues bien, Theodoro, este Ambrosio tan despreciado y abatido, fué entónces entre todos el único obgeto que vi con satisfaccion: el único que fijó mis atenciones; ¿pero qué digo atenciones? Si ya empezaba á mirarlo con veneracion y respeto: ascendiente irresistible de la virtud, quando se sabe conocerla. Necesité de prudencia para contenerme, y no mostrarle de golpe las caricias que mi corazon me inspiraba.

En fin, Theodoro, todos los obgetos habian mudado de apariencia á mis ojos. Esta casa que yo habia despreciado siempre por su sencillez, me pareció por lo mismo un asylo muy oportuno para mi situacion. Los adornos brillantes, los muebles magníficos, que tanto habian lisongeado mi orgullo, me daban ahora en rostro, y no podia verlos sin enfado. Los ricos vestidos, que habian fomentado mi insensata vanidad, y con los que cubria mi corrupcion, me ocasionáron el mismo efecto. Mi mano los rechazó con horror, y escogí el mas sencillo para mi uso. ¿Quién pudo hacer tanta mudanza en mi alma? ¿Quién sino la gracia del Señor, la luz del desengaño, y la doctrina del Evangelio?

No solo sentí esta mudanza en mis gustos, sino tambien en mis opiniones. Mi transformacion fué general y tan completa, que precisamente lo que ántes apetecia ó estimaba mas, era lo que ahora me gustaba y apreciaba ménos.

Los hombres, que ántes me parecian desagradables ó de poco mérito, porque no tenian este

barniz ó colorido brillante, que el mundo estima tanto, ó porque no naciéron dotados de aquella viveza, perspicacia y gracias que tanto arrastran á la prevaricacion, me parecian ahora los solos que se debian estimar, quando mejoraban el defecto de estas calidades con la prudencia, moderacion y demas virtudes.

Los hombres consagrados á los egercicios de la Religion, que trabajan seriamente en sacar del mar del mundo y sus peligros su barca al puerto de la salud, me parecian los únicos discretos, los solos sabios, los que merecian únicamente nuestro respeto y nuestra emulacion: y al contrario, los que embriagados con las falsas ideas del lujo y del orgullo, no pensaban en otra cosa, que en riquezas, grandezas y placeres, me parecian insensatos, furiosos, y que ciegos corrian sin saberlo al precipicio.

Lo que mas me asombró de mí fué, que mi falsa Philosophía me habia inspirado una especie de rabia homicida y feroz contra los pobres. Como en sus principios no hay moderacion, y que las pasiones trastornan hasta las ideas mas sanas, llevándolas á un extremo en que ya no puede haber razon; yo me habia dejado seducir de un principio, que aunque justo en sí mismo, lo hacia odioso el exceso de su aplicacion. Yo sabia, que nada es tan útil al estado, como el que todos trabagen: que la ociosidad es un mal, y que seria útil extirparla. Yo repetia las máxîmas triviales de los Sophistas, de que no se debe dar limosna; pues si nadie la diera, no la pedirian los holgazanes; y adquirí con estas ideas inhumanas una aversion tan inflexîble, que quando se me

presentaba un pobre, lo veia con indignacion, y lo rechazaba con dureza.

Pero no me hacia cargo, de que miéntras el Gobierno no los recoge, y les procura socorrer, es indispensable socorrerlos; y que si hay muchos pobres fingidos que pudieran trabajar, hay otros verdaderos que no pueden. Que en la duda, mejor es dar al que no lo merece, que dejar de socorrer al que lo necesita, y aunque nada necesite tanto de ilustracion y prudencia como el uso y la aplicacion de la limosna, esta distribucion que debe ser bien entendida, no debe degenerar en rigor. Que Jesu Christo nos ha mandado dar lo superfluo. Que yo no era Juez de la causa pública, y sobre todo, que nadie me daba derecho para tratar á los infelices con dureza tan bárbara.

En verdad, Theodoro, que ahora que lo considero, no comprehendo qué es lo que ha podido tenerme tanto tiempo en una ilusion tan odiosa, dando á mi corazon sentimientos tan inhumanos. ¿Será que el aspecto de la miseria importunaba á mi amor propio, y queria alejarla de mi vista? ¿Será que endurecido con mis vanidades y placeres me habia hecho insensible á los males agenos? ¿Será que no pareciéndome nada bastante para satisfacer mi orgullo y contentar mis caprichos, una secreta codicia me detenia la mano, y cubria su injusticia con tan viles pretextos? ¿Será en fin que duro é insensible á toda humanidad mi corazon era de acero para los otros hombres? No lo sé, amigo, pero temo, que sea todo esto junto.

Lo que sé es, que desde que la luz del Evangelio brilló en mi alma, de repente y sin ninguna nueva reflexîon se disipáron estas inhumanas ilusiones. Que sentí toda la iniquidad de mi conducta, y que tuve horror y vergüenza de mí mismo. Como si Dios me hubiera querido mostrar lo absurdos que eran mis sentimientos, y lo opuestos que eran á su divina ley, me ha hecho reflexîonar en los sentimientos de compasion, con que los trataba Jesu Christo. Y me horrorizo de mi dureza, quando me acuerdo que el mismo Señor decia: Lo que hiciereis por uno de estos pobres, es como si lo hicierais por mí. Sí, amigo; mi corazon se ha mudado. Ya un pobre para mí es un obgeto de respeto interior. Envidio su pobreza, quando me parece que hace buen uso de ella; y estimo mas sus sufrimientos y miserias, si las lleva con paciencia y resignacion christiana, que todas las riquezas y las pompas del mundo.

Si me parece que por su edad ó su salud no debiera mendigar, lo despediré con moderacion; pero no me permitiré el bárbaro desprecio con que los rechazaba. ¡Ay, amigo! ¡Yo he estado muy engañado, muy pervertido! Este es uno de los artículos de mi corrupcion, que me atormenta mas. Yo he tratado á los miembros de Jesu Christo con tal indignidad, que su memoria es uno de los mas punzantes remordimientos de mi corazon. Pero espero vengarlos en mí, y honrar en ellos á Jesu Christo.

En fin, Theodoro, seria muy largo referirte por menor todos los desengaños que me ha traido esta divina luz. Lo que puedo decirte en ge-

neral es, que ella me ha hecho conocer, que toda mi presuncion era ridícula: que mi ciencia era ignorancia, y que estaba lleno de errores: que las ideas de mi entendimiento eran absurdas, y las pasiones de mi corazon viles y corrompidas: que yo procuraba cohonestarlas con los sophismas de una Philosophía temeraria; pero que sus frívolos pretextos no me alucinaban sino porque lisongeaban la corrupcion de mis pasiones.

Tan ciegos como yo, tan prevaricadores como yo están todos los que viven en el mundo, quando lo estiman y aman, quando se gobiernan por sus falsas máxîmas, quando adoptan esta Philosophía perniciosa. Todos, Theodoro; y tambien tú mismo. El Cielo te envíe la misma luz que á mí, y tú como yo te asombrarás de haberte dejado seducir de unos errores tan groseros, que no pueden resistir al menor rayo de la sana razon. El primer beneficio de la Religion es disiparlos. ¡Quántos he perdido ya! ¡Quántos me quedarán que perder! Este debe ser ahora el estudio de mi vida. Pero volvamos á la historia.

Al otro dia de mi llegada fuí á la Parroquia, conduciendo á mis hijos. Despues de haber oido con ellos la Misa, pregunté por el Cura, que no habia venido á verme, y me encaminé á su casa. Encontré á un Anciano venerable, que me recibió con atencion y urbanidad; pero que me pareció fria y circunspecta. Su conversacion me dió la idea de que era hombre instruido y sólido, y de que sabia unir la simplicidad de sus discursos con la seriedad de su carácter. Sentí una viva secreta satisfaccion, de que Dios me hubiese deparado un Cura tan respe-

table. Le dige que yo era un nuevo feligres, una oveja nueva, que venia á reconocer su Pastor y ponerse en su aprisco. Él me respondió tibiamente: me dijo, que hacia veinte años que era Cura de aquella Parroquia, y que se hallaba muy bien en ella. Pero aunque procuré hablarle con cordialidad, y abrir muchos asuntos de conversacion, observé siempre, que me respondia con sequedad, que no se prestaba á mis esfuerzos, y que no acababa de abrirse conmigo.

No era extraño, Theodoro: yo pagaba allí las deudas de mi reputacion. Despues supe, y el mismo Cura me lo ha confesado, que sabia la historia de mi mala vida; que la noticia de mi llegada habia traido la de mis escándalos; que las personas juiciosas del Lugar se habian afligido de mi venida; y que el buen Cura se habia consternado, temiendo que yo y mi familia acabásemos de corromper un Pueblo, que él trabajaba por convertir á Dios.

Como yo ignoraba esto, yo iba adelante en todo lo que podia satisfacer mi curiosidad, ó darme idea para el logro de mis futuros proyectos; y supe por él, que aquel Lugar era muy grande: que habia en él cerca de tres mil personas de comunion, pero la mayor parte pobres: que habia algunos labradores, pocas ó ningunas artes, y mucha miseria. Que su renta era corta, y que aunque él distribuia todo lo que era posible entre los pobres, como eran estos tantos, no podia socorrerlos á todos, y que esto era lo único que le hacia penosa su situacion, porque todos los dias era inútil y triste testigo de graves necesidades que no podia remediar.

Yo le respondí : El Cielo me ha concedido algunos bienes de fortuna , y sé que mi obligacion es distribuirlos entre los que no los tienen. Pues la Providencia me ha conducido á este Lugar , ya me ha indicado los pobres que debo socorrer , y me presenta en nuestro Pastor el órgano , por quien lo debo hacer. Yo deseo , señor Cura , contribuir al alivio de todos en quanto se extiendan mis bienes. Así os pido me hagais saber todas las necesidades que interesan vuestro buen corazon , y estad seguro de que os ayudaré en quanto alcance , y que en nada me daréis mayor gusto.

El buen Cura me escuchó con atencion , y observé que me miraba como con sorpresa. Entónces no me paré á hacer reflexîones , y ocupado con la idea de que era menester darle desde luego alguna cosa , para que socorriese las necesidades mas urgentes , no pensé mas que en sacar mi bolsillo. Por fortuna aquella mañana , vistiéndome , lo llené , y habia en él una cantidad razonable. Se la ofrecí al Cura , diciéndole : Ved aquí este socorro ligero por ahora. Es natural que tengais necesidades que exîjan un remedio pronto. Servios de esto ; otra vez nos verémos mas de espacio , y tomarémos medidas mas eficaces para socorrer la pobreza , ó lo que seria mejor , para desterrarla.

El Cura con mucho modo tomó el bolsillo , y me dijo : El Cielo , señor , os lo pagará , y debo deciros para vuestra satisfaccion , que es su Providencia la que os ha inspirado. Yo estaba en este momento muy afligido , y voy á explicaros la causa : Un Jornalero , hombre de bien y buen Christiano , que con su trabajo mantenia á su muger

y siete hijos, y el mayor de diez años, por un accidente fatal se quebró una pierna habrá ocho dias: fuí á verlo, hice venir á un Cirujano de la Ciudad mas inmediata, fué menester pagarlo, y hacer muchos gastos en los remedios necesarios. El infeliz no tenia nada. No hacia poco en mantener tristemente una familia tan numerosa, y en aquel momento en que no podia trabajar no solo era preciso pagar los gastos de su curacion, sino hacer subsistir á él y á toda su familia. Yo lo he hecho hasta ahora, apurando mis propios medios y los de las personas en quienes hay alguna caridad.

Pero esta mañana una de sus hijas ha venido á avisarme, que su madre ha parido esta noche y que me llama. Yo he quedado traspasado de dolor, considerando que esta pobre muger es la única que podia servir á su marido, que yace en su lecho todavía con las ligaduras, y que ahora léjos de que pueda servirle como ha hecho hasta aquí, necesita ella misma de que la sirvan, fuera de los gastos y cuidados inseparables de su situacion. Apénas tenia valor para presentarme á los ojos de esta familia desgraciada, no teniendo el menor socorro que llevarla, ni saber á quien pedirlo.

No obstante impelido por mi obligacion me disponia á salir para ir á verlos, quando la Providencia os ha hecho venir, y ha movido vuestro corazon á ofrecerme esta tan generosa limosna para los pobres. Yo creo deber referiros estas circunstancias para que alabemos á este Padre universal, que nunca nos olvida, para que os alegreis de haber sido escogido instrumento de tan urgente socor-

ro, y para que tengais el consuelo de saber el buen uso que voy á hacer de vuestra generosidad. Yo levanté el corazon á Dios dándole gracias de su inspiracion, y me propuse para toda mi vida no solo aprovechar estas felices ocasiones, sino buscarlas.

Tambien tuve otra agradable satisfaccion; porque quando el buen Cura nos contaba el estado de aquella triste familia, observé que mis hijos lo escuchaban con interes, y que las lágrimas se les asomáron á los ojos. Tambien vi la complacencia de su corazon, viendo los medios que habia presentado de remediarla: tuve mucho gusto en reconocer en ellos disposiciones tan felices, y me dige á mí mismo: Hijos queridos, si el Cielo os ha hecho el don inestimable de un corazon sensible, yo lo procuraré cultivar. Me ocurrió pedir al Cura nos llevase á la casa de los infelices para hacerlos testigos de aquella miseria; pero me pareció demasiado presto: pues yo acababa de llegar, y este paso podria tener el ayre de afectacion. Me reservé pues para tiempo venidero, en que podria hacerlo con mas oportunidad.

Vuelto á mi casa traté de arreglar las horas y las ocupaciones de todos. Yo debia levantarme muy temprano y el primero de todos, á fin de reservar la primera hora del dia para adorar á Dios y darle gracias de la vida que me conservaba. Mis hijos debian levantarse despues, y darlas conmigo y con su Ayo: todos debiamos ir juntos á la Iglesia á oir Misa, y á la vuelta desayunarnos. El Ayo debia darles leccion en mi presencia para que yo pudiera tomar parte en ella, si me parecia conve-

niente; y tanto en este tiempo como en el que la repasaban, yo queria estar á su vista, y aprovecharlo en mis propios negocios: y en efecto, querido Theodoro, este es el tiempo de que me he valido y me valgo para escribirte.

Quando mis hijos me parecen fatigados, los envío á correr por el jardin; y tengo el cuidado de interrumpir sus egercicios, así para que no se fastidien, como para que hagan en él mucho egercicio, que es tan necesario en su edad. Por esto despues de comer salimos al campo á tomar el ayre puro, yo los exhorto á correr y jugar; con lo que no solo se divierten, sino adquieren fuerzas y fortifican su temperamento. Al ponerse el Sol volvemos á casa á dar la segunda leccion; y yo continúo mis ocupaciones ordinarias.

Á las siete con corta diferencia se junta toda la familia. Se hace una lectura espiritual en comun, se reza el rosario de la Vírgen, y tambien las oraciones de la noche. Despues de esto se cena. Mis hijos van á acostarse, y yo me quedo para dar las órdenes que me parecen necesarias hasta que llega la hora de recogerme. Vé aquí el órden que quise establecer en mi familia miéntras lo permitan las circunstancias; y para que se siguiese con fidelidad, tomé las medidas convenientes.

Mandé que mis hijos habitasen en un quarto inmediato, y donde no se podia entrar sino por el mio. Hasta allí el Ayo habia tenido su lecho en el mismo quarto que mis hijos; pero yo le dige, que pues me hallaba allí debia dispensarle de esta pena; porque el Cielo y la naturaleza

me habian destinado para custodio de mis hijos. Reglé las horas de las comidas, y las comidas mismas, reduciéndolas á lo suficiente, simple y sano. Desterré todo fausto y ostentacion. En fin dispuse todo lo que creí mas oportuno para el régimen de una vida arreglada y christiana.

Mis criados estaban atónitos, y yo mismo leia en sus ojos la extrañeza y el espanto que les causaba una mudanza de conducta tan entera. No sabian á qué atribuirla, porque todos ignoraban mi retiro y residencia en la santa Casa. Simon me habia guardado el secreto con fidelidad. Pero el que estaba mas sorprehendido, y el que podia disimularlo ménos era el Ayo. Acostumbrado á mis discursos ligeros, á mis costumbres relajadas, y á ver todas mis pasiones en movimiento, no podia entender cómo tan de repente me escuchaba discursos cuerdos y medidos, me veia acciones justas y compasadas, y en fin pensar sériamente en establecimientos tan contrarios á mis procederes antiguos. Pero ni él ni los demas se atrevian á decirme nada. Obedecian sin réplica lo que yo mandaba; pero no sabian esconder su asombro.

En quanto á mí, yo tampoco me atrevia á mas. Me parecia que un infeliz como yo, que apénas salia de la inmundicia de una vida abominable, y que los perversos egemplos estaban todavía tan recientes, no debia permitirse el título ni los derechos de predicador: que no era lícito tomar el tono y el carácter de Apóstol al que apénas estaba convertido. Creí pues que no debia predicar sino con el egemplo: que no eran mis discursos, sino mi conducta la que debia persuadir,

sin dejar la determinacion de separar de mi familia todos aquellos á quienes un egemplo largo y sostenido no pudiera convertir.

Una de estas tardes salimos á correr una parte de las tierras y propiedades que me dejáron mis padres en las inmediaciones. Y esta fué la primera vez que reflexîoné, que aquellos pobres y honrados labradores, que habia visto hasta allí con tanto desden, son los que nos mantienen á costa de su propio sudor. Que siendo mas útiles, que los ociosos que ellos mismos alimentan con sus afanes, son tambien mas dignos de estimacion por la inocencia de sus costumbres, y porque por lo comun están mas esentos de sus vicios.

Explícame, Theodoro, ¿cómo ó por qué milagro, yo que estaba lleno de ilusiones y errores; yo que me habia pervertido tanto con las falaces máxîmas del mundo; yo que con tan intrépida osadía me habia forjado un systema de moral cómodo, y defendia con tenacidad y presuncion las mas absurdas y temerarias paradojas; cómo, digo, en tan breve tiempo he mudado tanto todas mis opiniones?

Explícame, ¿quién me ha quitado este velo tupido, que me cubria las potencias del alma? ¿Quién ha purificado el ayre infecto, que corrompia mi débil corazon? ¿Quién ha de ser, Theodoro mio, sino la luz del Evangelio? Ella me hace mirar las cosas no como parecen, no como el mundo las estima, sino como son en sí y como las estima Dios. Ella me ha arrancado de las manos la balanza engañosa de que se sirven las pasiones, para pesar los bienes y los males de la

tierra, y me ha dado la balanza del Santuario.

Ahora voy recorriendo y visitando las muchas tierras y posesiones que tengo en este vecindario, y aunque poco entendido en su administracion por el desden con que siempre he visto estos obgetos, me ha parecido que con algun cuidado y atencion pueden mejorarse mucho. Como ya los hombres simples, los de corazon sano, los pobres sobre todo si son aplicados, son para mí obgetos de veneracion; hablo con los Paisanos mis arrendadores, ó con los que dirigen y cultivan mis tierras, con dulzura y cortesía, y no solo les hablo de mis propios negocios, sino de los suyos. Me informo de sus familias, de las personas que las componen, les manifiesto interes y deseo de su prosperidad y disposiciones para contribuir en quanto pueda á su bien estar.

Pero debo decirte para oprobrio y vergüenza de nuestro siglo, que estas gentes sencillas están asombradas de verme hablar con ellas con tanta aficion y humanidad. Á cada instante me repiten que soy un Señor muy bueno; y no es esta una expresion de cortesía ó de humildad, pues veo en sus ojos, que es un sentimiento vivo que nace de la sorpresa y de la novedad: tan comun es el injusto desprecio con que los tratan las personas distinguidas; y tantas las humillaciones que experimentan de la insoportable dureza de los ricos.

Miéntras yo arreglaba mi casa, y quando ya me parecia que el interior iba bien, y que era tiempo de poner en planta otras ideas, observaba con pena, que Simon desde el momento que me

halló en la Casa santa habia mudado conmigo de estilo y de conducta. Ántes estaba acostumbrado á hablarme con aquella familiaridad y licencia á que da lugar, á pesar de la desigualdad de las personas, la igualdad de los excesos. Y aunque era justo se corrigiese entre nosotros la confianza del vicio, yo hubiera querido se mantuviese la de las personas; porque esta me parecia conveniente para los proyectos que yo tenia de su conversion.

Pero á pesar de mis esfuerzos no lo podian conseguir. Simon desde que me descubrió en mi retiro, me veia con cierto ceño y embarazo. Léjos de permitirse la antigua libertad, apénas respondia á lo que le preguntaba. Me obedecia sin replicar, y conservaba siempre un semblante obscuro y taciturno. Creí que el nuevo género de mi vida le desagradaba, y que previendo la tristeza y retiro en que yo me proponia vivir, estaba descontento.

Este pensamiento me afligió mucho, porque estaba determinado, si mi egemplo no lo mudaba, á alejarlo de mí. Sus largos servicios, y el mucho amor que le tenia, no hubieran bastado para dejarlo en mi casa. No era posible tener en mi familia y con mis hijos á un hombre envegecido en el desórden, y que si resistia á la fuerza de mis egemplos, no podia darles mas que malos. Pero me costaba mucha pena no persuadir á un hombre que yo habia corrompido tanto, y verme en la necesidad de separarme de él para siempre.

Una mañana miéntras el Ayo daba su leccion á mis hijos, y que yo me ocupaba en escribirte, Simon se llega á mí, y me dice con voz baja, que

tiene que hablarme. Yo me voy con él á un quarto donde nadie podia oirnos, y empezó entre nosotros el diálago siguiente:

Me parece, señor, me dijo Simon, que ya vuestra casa está arreglada, y que por ahora ya no teneis necesidad de mí. = »Yo tengo siempre necesidad de un amigo que amo. ¿Pero qué es lo que quieres? = »Yo quisiera hacer un viage. = »¿Viage? jamas nos hemos separado. = »¿Jamas nos hemos separado? ¿cómo si no hubierais estado mas de un mes sin que yo supiera dónde? ¿cómo si no hubierais ido al Convento sin mí? = »Aquel fué un accidente impensado, que yo no pude prevenir. ¡Pero qué! ¿te disgusta la novedad de mi vida, y no te puedes acomodar con ella? ¿Y á dónde pretendes ir? = »Al Convento. = »¿Al Convento? ¿y á qué? = »Á salvarme: ¿queréis salvaros solo? ¿No será justo que quando yo he sido el compañero de vuestra mala vida, lo sea tambien de vuestra penitencia? = »¡Qué me dices, Simon querido! ¿Dios te ha tocado tambien el corazon?

Sí, señor, me respondió Simon anegado en llanto, y poniéndose de rodillas me añadió: Yo no os pido otra cosa sino que me deis licencia para pasar allí algunos dias, y que me deis una carta para aquel buen Padre, que haga conmigo lo mismo que ha hecho con vos.

Yo quedé tan agradablemente sorprehendido, y mi corazon sintió tan viva conmocion, que tambien el llanto me salió á los ojos, y sin saber lo que hacia, me puse de rodillas exclamando: ¡Dios de misericordias infinitas, por quántos modos me muestras tu bondad! Fué menester algun tiempo para

que uno y otro pudiésemos sosegar la agitacion de nuestras almas. Quando me sentí algun tanto recobrado, lo hice sentar junto á mí, y le dige: Explícame bien, querido Simon, ¿quáles son tus ideas, tus intenciones, y quándo ó cómo Dios te ha alumbrado con su divina luz? Simon me respondió:

Señor, desde que logré hallaros en aquel Convento despues de tantas y tan varias solicitudes, sentí que el corazon me dió un vuelco. Apénas entré y vi aquellos largos y silenciosos cláustros, al punto me llené de estupor. Me pareció que respiraba un ayre muy diferente del de fuera, y que habia en aquel recinto alguna cosa que me inspiraba respeto y temor. Esta impresion se aumentó mucho, quando entré y os vi en aquella pobre y desnuda Celda, en que me pareció que estabais tranquilo y contento.

Vuestra figura me pareció tambien diferente: yo os encontré con un semblante serio y circunspecto, que no os era familiar, y que me inmutó mucho. La viveza natural de vuestro carácter se me figuró transformada en moderacion y cordura. Vuestras palabras lentas y sosegadas, dichas con peso y circunspeccion me asombráron. En fin yo vi otro del que siempre os habia visto, y no podia comprehender tanta mudanza en tan poco tiempo. Pero quando vi aquel Padre venerable con un aspecto que infundia devocion; quando le oí aquellas dulces palabras que salian de sus labios, me pareció ver y oir un Ángel del Cielo, y me dige á mí mismo: Este es otro mundo del que yo conozco, y parece que aquí son mejores las gentes que por allá.

Desde entónces yo hubiera querido no salir de aquella Casa y acompañaros; pero viendo que me dabais órdenes, me pareció que debia empezar por cumplirlas. Desde aquel instante no se han separado estas ideas de mi corazon. Los viages que hice despues las han fortificado mucho. Sobre todo el último dia en que tuve el tiempo y la ocasion de observar bien aquellos benditos Padres; todo lo que vi tanto en el Coro y demas oficios, como en el jardin, me ha hecho conocer, que los que estamos en el mundo, vamos errados; que los que se abandonan á sus gustos, son locos; y los que viven sin temor de Dios, son ciegos é insensatos.

Sí, señor; aquellas buenas almas lo entienden mejor. Allí son mas felices que nosotros, y despues tendrán la gloria. Yo soy un pobre ignorante; pero todos los dias doy gracias á Dios de que os haya llevado allá, y le pido que me lleve á mí. No me he atrevido hasta ahora á pediros licencia, porque vi que era menester serviros, hasta que pudiérais dejar corriente el establecimiento de esta vuestra casa; y pues ya lo está, permitidme que vaya al Convento, y que os imite en lo bueno como os imité en lo malo.

Si tú supieras, querido Simon, le respondí yo echándole los brazos al cuello, si tú supieras la enorme losa que me quitas del corazon; los motivos que me ofreces de dar gracias á Dios; y quán dulce es para mí saber, que ya puedo y estoy seguro de vivir siempre contigo en la mas estrecha é inalterable union, pudieras conocer lo feliz que me haces. Mira, Simon, yo habia interpretado mal tu triste severidad conmigo. La habia atribuido á tu

disgusto de verme mudar de sentimientos, y á tu poca disposicion de imitarlos. Esto me afligia mucho, porque me obligaba á la triste necesidad de separarme de ti; pues no es posible que yo dege cerca de mis hijos cosa alguna que no los edifique.

Yo te he juzgado mal, querido Simon; tus sentimientos eran muy diferentes, y Dios me da en ellos el consuelo de que no nos separémos nunca. Sí, Simon mio. Desde ahora te miro como mi mejor amigo. Ántes lo éramos; pero amigos funestos y fatales, que todos los dias nos dábamos uno á otro la peor de las muertes. Ántes nos empujábamos mútuamente al precipicio en el camino de la perdicion; y ahora nos ayudarémos en el de la felicidad.

Ningun motivo humano es capaz de obligarme á detenerte un instante en resolucion tan santa. Yo debo darte sin cesar buenos egemplos, para reparar en parte los grandes males que te he causado; y debo rogarte mucho, que me perdones haber sido el motivo infeliz de que por complacerme hayas faltado tanto á Dios. Espero que me lo perdones, y que pedirás á Dios por mí, como yo le pediré por ti. Simon, parte quando quieras; ántes hoy que mañana. Ese Ángel del Cielo que me ha curado de mi ceguedad, te curará de la tuya. Ponte en sus manos, y vuelve quanto ántes á gozar en nuestros brazos y compañía de la dulce union christiana, que formarémos entre nosotros. Simon me pidió que le diese una carta para el Padre. Yo se la di, y partió al dia siguiente.

Simon me hace mucha falta en mi actual situacion; pues aunque me hallo rodeado de una familia numerosa, estoy solo, á causa de que nin-

guno de los que me cercan puede servir á mis designios ; todos son los compañeros de mi mala vida , y ya pago la pena de los malos , que alejan de sí todos los buenos ; y quando una nueva luz los desengaña , no tienen á quién volver los ojos. Ya puedes considerar , que siendo los que están aquí conmigo los mismos que me servian en mis desórdenes , no pueden ayudarme en cosas útiles ; porque ocupados conmigo solo en vicios y placeres , han hecho lo que yo , que es no aprender nada.

Yo pruebo ahora y les doy tiempo para ver si quieren mejorar de costumbres , y empezar una vida christiana ; pero me parece que algunos todavía están léjos , y temo que me veré obligado á despedirlos. Lo que mas me aflige es conocer mi propia insuficiencia , que no soy capaz por mí de exhortarlos , ni de dirigirlos ; tengo bastante luz para ver toda la extension de mis deudas , y no la tengo para proporcionar las pagas. Dos hijos que criar : una casa que dirigir : muchas tierras que administrar : grandes riquezas que distribuir; todo esto es un peso enorme para mí , que no sé ni me he aplicado á nada. Siento la necesidad de tener á mi lado una persona inteligente y christiana , que quiera asociarse á mis trabajos : ¿ pero dónde la encontraré ?

No será en este Lugar , donde no es regular que las haya , aunque todavía no lo conozco bien. Sin duda que las habrá en esa populosa Capital que habitas. Pero yo no las conozco ni puedo conocerlas. Los buenos huyen de los malos , y los malos no los buscan. Despues de haber vivido

en ella muchos años, y consumido thesoros en fiestas, convites y sociedades, me hallo solo, aislado, y sin conocer á quién dirigirme, que esté en estado de buscarme sugetos de virtud y probidad. Tú mismo, Theodoro mio, estuvieras muy embarazado si me dirigiera á ti para este encargo. Sobre todo, si te pidiera que me buscaras un Ayo instruido y virtuoso para mis hijos, que es lo que en el dia necesito mas.

Félix tiene diez años cumplidos, y Paulino se acerca à los nueve. Esta es precisamente la edad en que mas necesitan de un guia atento que los instruya: de un Mentor christiano que les inculque las verdades de la Religion y los principios del moral, que debe dirigir su corazon al amor y á la práctica de las virtudes. Las impresiones que se reciben en esta edad són las mas tenaces, las que mas influyen en el discurso de la vida. Temo haberles hecho perder dos años enteros: esto es el tiempo que ha pasado despues que les falta su virtuosa Madre. Y quiera el Cielo que no les haya dado funestas impresiones este Preceptor Philósopho.

Esta memoria me amarga mucho. Yo no imaginaba, quando ahora dos años vi con tanta indiferencia la muerte de mi buena muger, que presto lloraria su falta, y conoceria muy tarde el bien que habia perdido; tan ciego estaba entónces, que no supe distinguir el resplandor de sus altas virtudes. Ahora es quando la reflexîon me las hace conocer. ¡Qué consuelo hubiera sido para ella verme volver á entrar en los caminos de la Religion y de la virtud! ¡Qué dulzura fuera pa-

ra mí pedirle perdon de mis iniquidades, y poder repararlas con el arrepentimiento y el amor!

Esta santa muger, que sufria con tan heroyca paciencia mis agravios, y disimulaba con tanta discrecion mis injusticias, no pensaba en su modesto retiro mas que en la educacion de sus hijos. Ella era la que los instruia en sus primeros años. Ella les enseñó á leer y escribir, y sobre todo los primeros elementos de la Religion. Parece que no los han olvidado, pues el otro dia exâminándolos por el Catecismo, no han dejado de repetirlos bien, y con una inteligencia superior á sus cortos años. Pero no creo que despues de dos años hayan aprendido nada. Es verosímil que el nuevo Ayo no se haya dignado de pensar en esto, y que si se ha aplicado á instruirlos en algo, no sea mas que en fábulas y en cosas profanas. Digo esto, porque el otro dia estaba muy satisfecho, porque les hizo repetir delante de mí una relacion de Comedia. Yo sufria, pero disimulaba; porque veia inútil toda reconvencion, y que este mal no se puede curar sino con remedios radicales.

Te añadiré, Theodoro, un rasgo de su conducta, que te lo hará conocer mejor. Yo no he mandado positivamente á ninguno, que venga á los egercicios de la noche. Me parece que mi conducta precedente, todavía tan fresca, me quita todo derecho de mandarlo con autoridad. Pero he dicho que podian venir los que quisieran, y aplaudo y acaricio á los que vienen. Con esto han venido los mas. Este Philósopho no ha venido nunca, y tiene el atrevimiento valor de dejarnos solos. Esta falta de pudor, me dió idea de su carác-

ter, y me determiné á separarlo de mis hijos. Ya lo despedí, y así me he quedado solo, y yo no soy capaz de tan dificil encargo.

Ya vés pues, que me es indispensable buscar alguna persona en que pueda fiarme, para que se dedique á la educacion de mis hijos; y ya vés tambien, que no es fácil encontrarla con las calidades que exîge una confianza tan elevada. No hay sacrificio que yo no hiciera en favor de un hombre, en cuya virtud y talentos pudiera reposar; porque conozco toda la importancia. ¿Pero dónde lo encontraré? Los sugetos de esta especie son raros. Y quando pudiera hallarse alguno, ¿cómo puedo esperar, que un hombre de mérito quiera encargarse de la educacion de unos niños, cuyo Padre por su mala reputacion lo ha de rechazar? En este conflicto me ha ocurrido una idea que voy á proponerte, y su logro me haria muy feliz.

Ya te acuerdas de Mariano, aquel pobre pariente mio, á quien á pesar de nuestro parentesco y relaciones nosotros veiamos poco; porque sus costumbres no se parecian á las nuestras, y porque nuestra relajacion no se acomodaba con su virtud. Á pesar de nuestra disonancia en el modo de pensar, siempre me ha tratado con cariño, ó para decirlo con mas propiedad siempre me ha visto con lástima. ¡Quántas veces me solia decir: Todavía no ha llegado el momento de la misericordia; pero llegará! ::: ¡Y quántas me han acordado mis remordimientos el desprecio que hice de sus exhortaciones, como se lo he referido á mi Director, quando le he pintado su virtud! Ya sabes tambien, que en los tiempos de nuestra edu-

cacion él era el que por su conducta y talentos se distinguia mas entre nosotros. Tampoco ignoras, que es hijo tercero ó quarto de un padre poco acomodado; que quedó con pocos bienes de fortuna, y que si vive independiente y contento, es únicamente por la sobriedad de su vida y por la moderacion de su espíritu.

Me parece, Theodoro, que el Cielo no me podia hacer mayor presente. Si fuera posible, que Mariano se resolviera á venir aquí, y á vivir conmigo, y encargarse de la educacion de mis hijos, nada pudiera contribuir mas á mi felicidad. Mis hijos tuvieran un Ángel tutelar, que los encaminara al Cielo: yo un amigo esclarecido, que me ayudara en mis buenos pensamientos, que me sostuviera en la virtud, y me dirigiera con sus buenos consejos. ¿Pero cómo esperar, que un hombre tan justo, tan virtuoso, que me conoce tanto, y que ha sido testigo tan inmediato de mi deplorable conducta, quiera vivir conmigo; pues mejor que nadie sabe, quan digno soy de desprecio? ¿Cómo he de pensar, que se digne de asociarse á una familia, que yo presido, ni criar hijos de tan mal Padre? ¿Cómo podrá perdonarme mis escándalos públicos? ¿No se creeria deshonrado, si habitara en la misma casa que yo?

Con todo, Theodoro, tengo tan alta idea de su humildad y su virtud, que no desespero de que la caridad le obligue á tanto sacrificio; y vé aquí el pensamiento que me ocurre. Hazme el gusto de remitirle todas las cartas que te he escrito, para que las lea sucesivamente: que dé gracias á Dios por mí: que vea que este momento que es-

peraba de la bondad divina , ya ha venido ; y que si quiere , puede ser el instrumento con que el Cielo acabe de cumplir y perfeccionar su obra. Que lea pues todo lo que te he escrito , y que llegando á este punto , halle y lea lo que escribo para él.

Querido y respetado Mariano : Levanta á Dios tu puro corazon , consulta su voluntad y su gloria , y si su bondad te lo inspira , corre al socorro de un amigo que necesita de tu amistad. Ya tengo buenas resoluciones : ven á sostenerlas. Ya amo la virtud y la busco : ven á enseñármela. Ya tengo pensamientos christianos y deseos de hacer todo el bien que pueda : ven á ayudarme.

Sobre todo ven á recibir mis dos hijos , que tomaré entre mis brazos para ponerlos en los tuyos. Recíbelos en nombre de Dios, que te destina para criarlos en su temor , y formarlos para su gloria. Recíbelos en nombre de la amistad que te implora, y que los fia á tu discrecion y vigilancia. Yo te cederé todos los derechos de padre : trae contigo algun criado de tu confianza , que bajo de tus órdenes pueda cuidarlos y servirlos. Yo estoy resuelto á separar de mí todos los que me han servido en el tiempo de mi depravacion , si la mudanza de mis costumbres no basta á mejorar las suyas.

Si conoces personas virtuosas que puedan reemplazarlos , no las pierdas de vista , y tenlas preparadas para quando vengas aquí , para que con conocimiento de las cosas las puedas hacer venir : tú dispondrás de todo ; tú lo arreglarás todo , como tu Religion y conciencia te lo inspiren. Yo te espero como al hombre que Dios me señala para ami-

go, maestro y compañero en sus caminos, y le pido que á tantas misericordias que me ha hecho, añada la de mover tu corazon y determinarlo por su amor á tanto sacrificio.

Que ese Dios de bondad que me da tantas señales de proteccion, te inspire, que con las alas de su Espíritu divino vueles á este retiro, que deseo consagrar al egercicio de todas las virtudes, y haga que yo te vea presto entrar por mis puertas, y que mi corazon pueda arrojarse entre tus brazos. Á Dios, Mariano querido, á Dios, hasta el dichoso momento en que Dios nos una para no volver á separarnos.

Y tú, Theodoro mio, sírveme de intercesor con Mariano. Haz por estar con él, y persuádele, que no resista á mis instancias. Dile que esta es una obra del Cielo. Que venga á socorrer una familia descarriada, que ha conocido sus errores, para que no se vuelva á descaminar: á una familia que desea gobernarse por su direccion y sus egemplos.

Ya te acordarás, que al principio de nuestra correspondencia te dige que no me respondieras, hasta que yo te avisara, porque queria que no me digeras nada, hasta que supieras toda mi historia, y que estuvieras enteramente instruido. Ya lo estás, Theodoro mio. Ya sabes todo mi suceso asombroso. Ya no te hablo de cosas pasadas, sí solo de los momentos presentes. Respóndeme pues, y dígnese el Cielo de mover tu corazon bueno, generoso y noble, pero iluso y engañado como el mio. Por otra parte me importa mucho saber la resolucion de Mariano, para tomar partido.

Lo que tambien me aflige en mi situacion ac-

tual es hallarme léjos de la santa Casa en que he renacido, y no poder ir á ella con la frecuencia que quisiera. Me seria muy dulce poder ir todos los dias: pero será preciso contentarme con ir á pasar un dia cada mes en tan agradable compañía. Me han informado de que á ménos de una legua de aquí hay cierta especie de Solitarios, que viven juntos con mucha edificacion. Yo quisiera hallar entre ellos una semejanza con los otros, que me pudiera suplir su falta, y llenar los momentos que me degen libres mis ocupaciones. Mañana iré á verlos, pues que su proxîmidad me lo facilita. Á Dios, Theodoro mio.

# CARTA XXXII.

*El Philósopho á Theodoro.*

En mi última te dige, Theodoro querido, que deseaba ir á ver cierta especie de Anacoretas ó Solitarios, que vivian con edificacion cerca de este Lugar. Y en efecto al dia siguiente despues de haber comido, salí con mis hijos al paseo: los degé al cargo de un criado, y me encaminé solo al sitio de su habitacion. Iba meditando las lecciones de mi santo Director, que son las delicias de mi alma, y las medito cada dia con una impresion mas viva; porque cada dia descubro en ellas nuevas luces, que ennoblecen mas á mis ojos las ideas de la Religion.

En fin quando estuve cerca del Lugar indicado, vi una mediana Aldea. Pregunté á un hombre dónde vivian los santos Solitarios; y me mostró una habitacion, que me pareció muy humilde. Me dirigí á ella, y sin encontrar nadie que me estorbase el paso, me hallé en una especie de huerta con alguna espesura de árboles. Di algunos pasos, esperando que pareciese alguno para hablarle, y vagando por un lado y otro divisé una Capilla.

Me llego mas cerca, y veo arrodillado en ella un hombre vestido con un saco: tenia en las manos un Crucifijo, cuyos pies acercaba con frecuencia á sus labios, y parecia tener en él fijos los ojos con la expresion del afecto mas compungido. No

dudé que fuese alguno de los Anacoretas. El respeto y la curiosidad me excitáron el deseo de verlo mas de cerca, y observando que un poco mas arriba habia un entretegido de árboles, en cuya espesura me podia esconder, me dirigí á ella con mucha precaucion para no ser sentido. Mi deseo era observarlo sin distraerlo.

Me pareció pálido, macilento, y que estaba cubierto de lágrimas. Pero quál fué mi asombro, quando mirándolo con mayor atencion, me pareció ver el semblante de Manuel, de aquel infeliz Manuel, cuya muerte lloraba yo tanto, y cuyo incierto y peligroso destino en la eternidad me tenia en la afliccion mas amarga. ¡Cómo te pintaré, Theodoro, la conmocion que me causó una aparicion tan impensada! Yo me estremecí. El corazon no me cabia en el pecho, y una semejanza tan entera me turbó de tal modo, que no sabia lo que me pasaba.

Queria persuadirme, que aquello no era realidad, y que era un sueño, un delirio de la fantasía, un fantasma de la imaginacion: pero quando para desengañarme volvia á mirarle con mas cuidado, me hacia temblar de nuevo la identidad de su figura. Algunos momentos duró esta perplegidad; y viendo que quanto mas lo exâminaba, mas me parecia él mismo, no fuí ya dueño de mí. Con un impulso superior á mi prudencia exclamé gritando. ¡Santo Dios! ¿no es Manuel? ¿Cómo el que yace en la tumba, puede adorarte entre los vivos? Y diciendo esto, con un movimiento indeliberado salí de la espesura para acercarme y reconocerlo mejor.

El ruido que hice, y el grito de una exclama-

cion pronunciada con tanta fuerza, sacáron al Anacoreta de su profunda meditacion. Alzó la cabeza, fijó los ojos en mí, me consideró algun tiempo con atencion y sorpresa, y levantándose vino hácia mí, diciéndome: No te engañas, amigo; yo soy el infeliz Manuel; ¿por qué vienes á turbar mi amada soledad? Yo esperaba sepultar aquí, ignorado de todos, los restos de una vida cargada de delitos. ¿Qué funesta fatalidad te ha conducido á descubrir un secreto, que debia morir conmigo en este retiro solitario?:::

¿Pero qué es esto? ¿Tú lloras? ¿Yo te veo con un trage tan simple, con un semblante modesto, con toda la apariencia de un hombre desengañado y convertido? ¡Gran Dios! ¿tus misericordias se han derramado al mismo tiempo sobre dos corazones, que las mismas pasiones habian pervertido? Amigo, explícame presto este mysterio: tú me asombras tanto como yo te asombro. La divina bondad me reservaba este consuelo. Era el único que faltaba á los muchos que derrama sin cesar sobre los dias de mi penitencia.

Quando al fin pude sosegar un poco el tumulto de mis sentidos, y me vi en estado de articular palabras, le pedí que nos sentásemos, porque no me podia sostener, y despues le conté con brevedad todo lo que me habia sucedido desde el momento de nuestra separacion y la falsa noticia de su muerte. Él me escuchaba con una admiracion y alegría, que no te la puedo ponderar. No hay colores ni pinceles para dibujar esta escena. Era menester verla en su original, y tener un corazon para sentirla. Despues que se informó de todos mis

sucesos; despues que derramó muchas lágrimas de consuelo, y que dió á Dios las mas rendidas gracias, empezó á informarme de las causas que habian contribuido á la mudanza de su corazon y á la determinacion de abandonar el mundo.

Tú has creido, amigo, y todos nuestros compañeros han debido creerlo, que yo era un disoluto, impávido y temerario: que mi corazon estaba empedernido: que era insensible á todo remordimiento, y superior á toda inquietud: que yo vivia dando entero contento á mis pasiones, y gozando en nuestra comun depravacion de la calma de una conciencia imperturbable. Así debia persuadirlo á todos la temeridad de mi desenfrenada conducta, y así yo mismo procuraba afectarlo. Pero ya comprehendes, que pues yo procuraba afectar esta insensata tranquilidad, no la tenia.

En efecto, amigo, á pesar de todos mis esfuerzos jamas pude adquirirla; jamas pude vencer un importuno y secreto terror, que me amargaba todos mis placeres; jamas pude acallar una voz interior, que me amenazaba con una eternidad de tormentos; y ahora conozco, que muchos que ostentan vivir tranquilos en el desórden, á pesar del gusano roedor que los devora, se engañan. Parece incomprehensible esta monstruosa conducta: pero tal es la ferocidad de las pasiones; su violencia y la corrupcion de los egemplos producen y sostienen esta loca é incompatible mezcla de contradicciones.

Yo me mostraba siempre el mas intrépido en todos los delitos, el mas fogoso, el mas resuelto á desafiar la cólera del Cielo; y á pesar de mi afectada seguridad era una continua víctima interior de

todos los terrores. Un trueno, un incidente repentino, la menor apariencia de la muerte me hacian temblar; y destrozado siempre por estas inquietudes no podia gozar en paz de mis perversidades. No obstante las multiplicaba, como si el medio de sosegar mis turbaciones fuera hacer mas execrables excesos; ó como si la reputacion de iniquo, que tanto me costaba, pudiera recompensarme de lo que sufria. En fin como otros son hypócritas de la virtud, yo lo era de la depravacion y de la incredulidad.

Tal era mi situacion, querido amigo, quando me aparté de vosotros aquella noche para preparar la infame diversion proyectada para el siguiente dia. Mi historia no será larga. Habiendo ya hecho una gran parte del camino, sin saber cómo, ni por qué, perdí el conocimiento. Sin la menor preparacion, sin el menor accidente, precursor que me advirtiese mi peligro, perdí el uso de los sentidos. Así no puedo dar razon de lo que me sucedió. La única idea de que conservo la memoria es, que al despertar de este fatal letargo me hallé en medio de una sala. Mis primeras percepciones fuéron débiles y confusas. Todo me inspiraba terror, y no podia distinguir nada. Poco á poco se fuéron disipando las nieblas que me ofuscaban, y al fin llegué á discernir los objetos.

¿Pero cómo me vi? ¡Gran Dios! En un lecho fúnebre: amortajado: con las manos y pies atados: con quatro luces que rodeaban mi féretro, y una cruz sobre el pecho. Este espectáculo me horrorizó. Volví los ojos á todas partes para exâminar si habia alguno, y vi que estaba solo.

Quise gritar y no pude, no tanto por falta de fuerzas, como por estar sobrecogido de terror. Entró poco despues una muger: yo le dige algunas palabras mal articuladas. Ella se espantó de verme vivo; dió pavorosos gritos, y salió huyendo.

Á poco rato vino un hombre vestido con el mismo trage en que me vés. Se llegó á mí con paso lento, como si fuera á mirar si era cierto lo que le refirió la muger, ó como si temiera incomodarme. Viéndome con los ojos abiertos, y oyéndome que le preguntaba, ¿qué era aquello? Me respondió con mucha dulzura: No os inquieteis, señor; sosegaos: Dios os vuelve á la vida, y espero que vais á recobraros. Al instante empieza á quitarme las ligaduras; me despoja de todos los arreos de la muerte, llama á dos Paisanos para que le ayuden; entre los tres me transportan á otra pieza, y me ponen en una cama.

Yo les dejaba hacer, sin comprehender nada. Pero quando al fin vi que todo estaba hecho, le pregunté: ¿Por qué me hallaba en aquel estado? Él me dijo: De todo os daré razon, quando os vea restablecido y en disposicion de oirme. Ahora estais delicado, y qualquiera impresion fuerte os pudiera hacer mal. Conviene pues que reposeis primero, que tomeis algun alimento, para reparar vuestras fuerzas, y sobre todo que no hableis ni os agiteis. Solo os diré con el fin de tranquilizaros, que en vuestro coche os ha sorprehendido un letargo tan profundo, que os hemos creido muerto; y esta es la causa por que os habeis visto en aquel estado. Pero Dios os ha conservado la vida. Espero, que no será nada, y que en poco tiem-

po con algunos remedios y mucho sosiego os veréis recobrado. Así, señor, os pido por ahora tranquilidad y silencio.

En este tiempo se iban desenvolviendo mis ideas. La primera fué extrañar el no ver conmigo los dos criados que me acompañaban, y á pesar de sus recomendaciones de silencio no pude dejar de preguntarle por ellos. Él me respondió: El uno, señor, persuadido de que ya habiais muerto, partió del mismo camino para avisar á vuestros amigos. El otro yace en el lecho gravemente enfermo. Esta casa es de mi padre. Está solitaria, y en medio del campo; pero mi padre ha ido al Lugar mas inmediato para llamar al Cirujano. No hay actualmente en ella mas que mi madre y una criada, que es la que se espantó quando le hablasteis. Ya estais enterado de lo mas preciso, y esto debe bastaros por ahora. Con esto hizo señas á su madre, para que se acercara. Yo la vi, pero volvió á recomendarnos el silencio.

Esta buena muger, y aquel bendito Ermitaño me asistiéron con mucho cuidado, y me diéron todos los socorros que mi situacion necesitaba. Pocas horas despues me sentí muy aliviado, y casi como si nada hubiera tenido. Dueño ya de mí y de mis ideas, les pedí me contasen mas por extenso todo lo que habia pasado por mí, ellos lo hicieron explicándome, que esta era una *Asphixia*, ó muerte aparente. Accidente no raro, pero que ellos esperaban no tendria consecuencias. Me volviéron á decir, que Jacinto, que era el criado que se quedó conmigo, no habiendo podido resistir al dolor y á la fatiga, habia caido con una fie-

bre violenta , y que estaba de peligro.

Todas estas noticias me inquietáron mucho. Este accidente tan impensado y súbito de que acababa de salir ; la idea de lo que hubiera sido de mí, si la muerte que me habia rodeado tan de cerca, hubiera descargado el último golpe contra mi vida , y el temor de que me volvicse á repetir , me turbáron mucho el corazon. Se me presentó á la vista con terrible aspecto el envegecido desórden de mi conducta , mis delitos , blasphemias y abominaciones. Vi con horror el profundo abysmo en que me encontraba sumergido , y al fin empezó á alumbrarme la luz del desengaño.

Poco despues se apoderan de mi corazon el pavoroso terror , las angustias devorantes , los feroces remordimientos. Hubiera dado quanto tenia por salir de aquel estado de congojas ; pero no sabia como. No me olvidé de la misericordia divina; pero el peso y la enormidad de mis delitos me abrumaba. Por otra parte ni veia allí á quien dirigirme , ni sabia por donde empezar. Estas mortales agonías me causaban frios y espesos sudores con que me sentia desfallecer. El temor de otro nuevo accidente me redoblaba las angustias.

Lo que mas me afligia era , que la suerte me hubiera traido á una casa sola en medio de un yermo , donde no habia un Sacerdote , que me pudiera socorrer ; y esta circunstancia me parecia un castigo de Dios , que no me queria perdonar. Los vuelcos que daba en la cama , los violentos suspiros que me arrancaba la inquietud , y los mal articulados acentos que se me escapaban de los labios , excitáron la atencion del Ermitaño , que

se acercó á mi lecho para ver si necesitaba de algo. Yo le pregunté, qué hora era: me respondió, que media noche: que su anciana y enferma madre se habia ido á acostar; pero que él me velaba, y estaba allí para asistirme en lo que fuera necesario.

Yo hubiera querido explicarle la causa de mi turbacion; pero una falsa vergüenza me detenia. Por otra parte, ¿qué adelantaba en descubrirme á un hombre, cuyo trage acreditaba su rusticidad, y que era incapaz de socorrerme en mi deplorable situacion? Combatido con esta lucha de temores y desconfianzas, sin ver un rayo de esperanza, ni medio que me pudiera salvar de tanto riesgo, me asaltáron al corazon algunos movimientos de despecho, y no pudiendo resistir á tanto tropel de angustias, caí de nuevo en el mismo accidente. Volví á cerrar los ojos á la luz, y á enagenarme por entero.

Quedé tan fuera de mí como la primera vez; pero supe despues, que este segundo accidente no fué tan largo como el primero, y que volví en mí á las quatro de la mañana. Lo que por mí puedo decir es, que habiendo vuelto á recobrar los sentidos con la misma pausada lentitud que la vez primera, me hallé otra vez en el lecho, sin estar bien en mi acuerdo, y que el primer objeto que se presentó á mi vista fué el Solitario, que leia en un libro. Dí un suspiro, y él vino presuroso con ayre alegre, y me dijo algunas palabras para consolarme; y me volvió á pedir con encarecimiento que no hablara, porque todo esfuerzo me seria peligroso. Pero mis deseos eran

diferentes ; porque entónces ya pude recoger mas pronto mis ideas , y conocí distintamente , que habia estado otra vez en un profundo letargo. Lo que mas me afligia era , considerar que caia en tan deplorable estado , sin la mas ligera indicacion precedente ; y que la naturaleza no me daba el menor aviso : que se repetian los accidentes ; pues en tan corto intervalo ya me habian acometido dos veces : que era verosímil me viniesen nuevos ataques : que alguno de ellos , y quizá el primero podia ser el último , y hallarme sin pensarlo en los abysmos de la eternidad.

Estas lúgubres ideas volviéron á renovar todas las ansias de mi terror , y sentí que se me erizaban los cabellos. Allí se me representáron como en compendio todos los horrores de mi vida , y se me figuró que no habia remedio para mí. ¡Qué hubiera dado entónces por tener un Sacerdote , que me aconsejase é instruyese! Porque mi mal no daba tiempo , ó podia no darlo á causa de los accidentes que se repetian tan continuos.

Tan amargas reflexîones , que se atropellaban unas á otras , me atormentáron tanto , que no siendo capaz de moderar mis movimientos , empecé á dar voces como un furioso. Mi buen compañero quiso consolarme con sus dulces palabras; pero yo no escuchaba nada , y prorumpia en discursos insensatos , sin saber lo que decia. Es natural , que se me escapase algo de mis remordimientos y temores ; pues aquel buen hombre despues de dejarme sosegar , me dijo : Señor , si teneis alguna inquietud de conciencia , yo soy Sacerdote. ¿Vos sois Sacerdote? Le respondí con an-

sia. ¿Pero qué importa, si parece que Dios no quiere perdonarme?

Entónces el buen Ermitaño empezó á decirme con suavidad algunas palabras para excitarme á confianza. Yo las escuchaba con interes; y me dijo tanto, que al fin mi corazon se abrió á la esperanza. Ni el tiempo ni el modo en que nos hallamos, me permiten referirte la larga é interesante conversacion que tùvimos entónces. Baste decirte, que yo temeroso de la repeticion del accidente, y gobernado por aquel hombre de Dios, que despues reconocí ser tan sabio como santo, hice una de aquellas confesiones apresuradas, á que obliga el miedo de la muerte con poco tiempo y disposiciones sospechosas: confesiones, que solo Dios puede saber si son buenas. Y yo le doy muchas gracias de que no ha permitido, que fuese á darle cuenta con la mia.

No obstante que esta confesion no debia dejarme satisfecho, conseguí alguna calma con la esperanza de hacerla mejor, si Dios me daba tiempo. Me sentí algo mas sosegado. El Ermitaño que yo habia visto hasta allí con indiferencia, porque me habia parecido lego é ignorante, ya me inspiraba un gran respeto. Su calidad de Sacerdote, de que no tenia ántes idea, me hacia lo mirase con otros ojos; y su prudencia, zelo y caridad me habian ya ganado el corazon. Por otra parte este hallazgo súbito é impensado, esta dicha de haber encontrado en él contra toda mi esperanza un Ministro de la Religion, excitó en mí la reflexîon de que Dios me lo habia deparado para remedio mio; y este pensamiento me llenó de indecible consuelo.

Yo resolví pues dejarme conducir por él, mirándolo como un Ángel venido del Cielo, que la misericordia divina me habia enviado. Su zelo no se desmayó un instante, y aunque observé que procedia con mucho miramiento por el temor de fatigarme, vi tambien que aprovechaba todos los momentos, y que me hablaba sin cesar, aunque con mucha dulzura, de la bondad de Dios, de su deseo de perdonar al verdaderamente arrepentido. En fin se valia de todos los medios para desahogar mi corazon, y para avivar mi confianza. Todo su afan era excitarme á contricion, amor y propósito de mudar de vida.

En este tiempo volvió el Amo de casa trayendo consigo un Cirujano, que me suministró algunos remedios. Su venida me pareció tambien muy oportuna para el infeliz Jacinto: pero ¡ay! no lo pudo salvar: su calentura lo arrastró al sepulcro; y yo tuve el consuelo de saber, que por lo ménos murió en las manos de mi buen Director, que lo confesó y lo auxîlió en sus últimos alientos. ¡Quántos nuevos remordimientos se aviváron en mi alma con la muerte de este criado, que tenia tanta parte en mis iniquidades! ¡Quántos nuevos motivos de agradecimiento de que Dios se dignase darme mas tiempo para prepararme mejor á una saludable confesion!

Dos dias mas se habian pasado en este estado, sin que me volviese á atacar el accidente. Yo me sentia tan recobrado, que me quise vestir, y lo hice sin peligro. El santo Ermitaño me asistia á todo, y me servia hasta de criado. Yo me confundia de ver un hombre á quien veneraba, ocuparse conmigo en tan bajos oficios; pero su humildad no re-

paraba en nada, y la necesidad me forzaba á recibir sus obsequios.

Quando estuve vestido me hizo sentar, y poniéndose de rodillas me dijo: El primer paso despues de recobrar la salud sea, señor, dar gracias al Autor de todo bien por este beneficio, y prometerle de nuevo una entera reforma de vida, y empezar desde ahora á preparar con tiempo y de espacio una buena confesion general, que repare los inevitables defectos que ha podido tener la pasada: una confesion, que os abra con seguridad las puertas de la misericordia divina, los brazos de nuestra Santa Madre la Iglesia, y que os establezca mas firmemente en su divina amistad.

Este discurso, y el ademan fervoroso y caritativo con que me lo dijo, me conmoviéron mucho. Las lágrimas me viniéron á los ojos. Yo pensé tambien ponerme de rodillas; pero me lo embarazó, diciéndome, que Dios no queria mas que el corazon. Con este motivo se levantó él mismo; y yo confirmé todas las promesas que pedia de mí. Despues se sentó á mi lado. ¿Pero cómo es posible te repita todo lo que me dijo este siervo del Señor acerca de lo poco que hay que fiar en una confesion hecha tan de prisa, y únicamente inspirada por el temor de la muerte? ¿Quánto era necesario, que empezase á hacerla de nuevo, aplicándome á egecutarla con todo el ardor de mi alma, y con sentimientos mas dignos del Dios de misericordia, que me daba tiempo, y me llamaba visiblemente á la enmienda de mi vida?

Este santo hombre me hizo deshacer en llanto. Yo le respondí, que pues el Cielo lo habia destina-

do para mi bien, estaba dispuesto á dejarme conducir por sus consejos, y que haria quanto me mandase. Él me replicó, que pues aquellos accidentes eran tan súbitos y traidores, era prudente no malograr un instante; y desde el momento mismo volvímos á renovar las memorias de mi confesion primera, y desde el mismo instante empezamos á desenredar la enmarañada madeja de mi desastrada vida.

Tres dias habiamos dado ya á este egercicio, quando estando ocupados en él, se avisó al Ermitaño, que un Propio lo buscaba con una carta, que leyó en mi presencia. Advertí en su semblante una sensible alteracion, y preguntándole el motivo, me dijo: Es, señor, una novedad, que siento mucho, porque me pone en la precision de hacer un viage, y separarme de vos por algun tiempo. Mi Comunidad me llama; uno de nuestros compañeros está en el artículo de la muerte, y desea que yo le asista en sus últimos momentos.

¡Y qué, amigo! le dige yo asustado, ¿me abandonaréis en estas circunstancias? Es imposible, me respondió, que pueda negarme á oficios, que son entre nosotros de la mas estrecha obligacion. Espero, que de un modo ú de otro presto estaré de vuelta, y volverémos á anudar el hilo, que dejamos suspendido: ¿Pero si entre tanto, le repliqué yo con viveza, me sorprehende otra vez el parasismo? No lo querrá Dios, me volvió á decir: el Señor no empieza sus obras para dejarlas imperfectas.

Yo quedé sumergido en el mas profundo dolor. Él queria, que miéntras se disponia su viage, renovásemos nuestra confianza. Pero yo no estaba en estado. Mi turbacion era extrema, y me sentia des-

fallecer. Él me hizo reflexîonar de nuevo las razones, que le hacian este viage indispensable; y con este motivo me explicó, que su Comunidad se componia de doce Individuos, que voluntariamente se habian unido con la intencion de vivir en comun, y egercitarse en actos de religion y penitencia: que siendo todos Legos, habian buscado un Sacerdote para que viviese con ellos, les digese la Misa, y les administrase los Sacramentos: que á pesar de su indignidad, habian echado los ojos sobre él, y le habian hecho esta proposicion; y que él la habia aceptado con mucha complacencia.

Me añadió, que hacia tres años, que esta Comunidad se habia establecido á doce leguas del Lugar en que estábamos, en una casa, que pertenecia á uno de ellos, y que habia cedido para el uso de todos. Que en ella se habia erigido una Capilla con licencia del Obispo y de los Magistrados: que él habia vivido allí continuamente desde su principio; pero que su madre le habia hecho tantas instancias para que la viniese á ver una vez ántes de morir, que él habia creido no deber negarse á su tierna solicitud, y que con licencia de sus compañeros habia venido con el designio de pasar pocos dias en compañía de sus padres, y con la precaucion de haber dejado á su Superior noticia de su paradero, para que le avisasen si habia necesidad de su ministerio.

Ya veis, señor, concluyó, que yo soy el único Sacerdote de aquella Casa: ¿cómo puedo pues dejar de ir en un momento tan esencial como la muerte de un Compañero? Yo le confesé, que conocia toda la fuerza de su razon; pero que eso

no sosegaba mi inquietud, ni me disipaba el temor. En esto me ocurrió, que yo podia ir con él, y se lo propuse. Pero me respondió, que mi estado de salud no permitia emprender aquel viage: que por otra parte allí no encontraria ni las comodidades á que estaba acostumbrado, ni los remedios que exîgia mi situacion actual. Yo le dige, que en quanto á mi salud, me sentia en disposicion de hacer viage tan corto; y que en quanto á mis comodidades, un pecador como yo debia tenerse por dichoso si participaba de las austeridades de aquella santa Comunidad. El buen Ermitaño quiso replicarme todavía: pero le hablé con tanta resolucion, que no se atrevió á insistir mas. Al fin le dige: Amigo, si no me teneis por indigno de vuestra compañía y la de vuestros santos compañeros, llevadme con vos, llevadme á ver los egemplos de esos penitentes, que no tienen que llorar tantos pecados como los mios. El buen Sacerdote me dijo: No replico mas. No permita Dios, que yo me oponga á designios que tal vez son inspiraciones.

Al otro dia ántes de ponerse el Sol llegamos á esta humilde Casa: Cabaña á los ojos de los hombres, pero espléndido Palacio á los del Cielo. Esta es una habitacion de Santos. Mi corazon ya prevenido por el impulso de la divina gracia, no pudo resistir á la impresion de los graves y austeros egemplos de virtudes y religion que se me presentaban todos los dias en el recinto de este augusto retiro. ¡Qué hombres, amigo! ¡Qué silencio! ¡Qué fervor! ¡Qué felicidad tan pura! La vista de este órden, de esta severa harmonía, tan nueva para mí como digna de veneracion, me elevó el alma.

Conocí que habia otras delicias en la tierra muy superiores á las que yo experimentaba, quando vivia á gusto de mis sentidos y segun las máximas del siglo. Los benditos Ermitaños me recibiéron con aquella dulce y síncera benevolencia que el mundo afecta, y solo es propia de la caridad christiana.

Aquí fué donde acabé mi Confesion general. Aquí se dignó el Señor asistirme para mi reconciliacion por medio de su santo Sacerdote. Aquí recibí el Pan del Cielo. El tiempo y la circunstancia en que estamos, porque ya se llega la hora de ir á la Capilla, no me permiten extenderme. Pero si podemos vernos otra vez mas despacio, te contaré cosas admirables, en que verás los prodigios de la Providencia, y la extension de sus misericordias.

Solo te diré, que despues de haber hecho todo lo que debia, me apliqué por consejo de mi Confesor á repasar todos los cargos de mi conciencia, y á poner órden en mis negocios; pero que hice todo esto en secreto y de manera, que no se supiera que era yo. Mi intencion era morir al mundo, y no desmentir la noticia que habia corrido de mi muerte, para llorar aquí mis errores, y consagrar el resto de mis dias á los gemidos de la penitencia. Mis santos Hermanos se dignáron de admitir entre ellos al que no es digno sino de admirarlos; y despues de algunos dias procuro imitar aunque muy débilmente sus egemplos.

Puedo añadirte, que jamas he sido tan feliz: que nunca he pasado dias tan serenos ni tan llenos de consuelo y de paz: que no puedo ahora explicarte ni todo lo que debo á Dios, ni la dul-

ce tranquilidad de que gozo. Conténtate ahora con haber sabido la razon por qué me hallas aquí; cómo Dios me ha conservado la vida; y dale gracias de encontrar al antiguo y pérfido Apóstol de la incredulidad, al insensato predicador de iniquidades y delitos, en la Casa del Señor y vestido con el trage de la penitencia. Lo único que me afligia era considerarte todavía sumergido en el error. Así puedes considerar el consuelo que recibo, quando veo, que el mismo suceso que me ha conducido al arrepentimiento y al dolor, ha contribuido para conducirte á la Religion y á la virtud. ¡Qué asombrosa! ¡Qué admirable que es esta tan incomprehensible y escondida combinacion de las ideas del Señor! ¿Quién podia preveer, que en los consejos del Omnipotente estaba señalado el mismo instante para la conversion de dos hombres tan estragados, de dos monstruos que se habian entregado tan desenfrenadamente á la perversidad de las opiniones y costumbres? Mas ::: pero la campana toca: á Dios, amigo; que aquí no nos hacemos esperar. Manuel se fué, y yo quedé tan sorprehendido como el caminante á cuyos pies cae precipitado un rayo. Necesité de mucho tiempo para salir del profundo estupor en que me hallaba sumergido. ¡Ó Dios! decia yo saliendo de esta dichosa huerta, en que acababa de ver y oir cosas tan inesperadas. ¡Ó Dios! ¿Quién que de buena fe exâmine el orígen de una transformacion tan universal y tan completa puede desconocer la fuerza de tu brazo?

¡Pero qué! ¿Dios de bondad, este descubrimiento tan increible como impensado no es un avi-

so tuyo para advertirme, que yo no he cumplido todavía con todo el designio de tu misericordia? ¡Qué, Señor! ¿Debo yo buscarte ménos? ¿No debo siquiera hacer lo mismo que hace el amigo, el compañero á quien he igualado, y quizas excedido en la multitud y enormidad de los vicios? Dios de misericordia :: Yo prometo en presencia del Cielo, único testigo de mi entrevista con Manuel, que pues le imité en los excesos, le imitaré en la enmienda: que seguiré sus huellas, y que vendré á sepultar mi vida y expiar mis delitos en el mismo sepulcro.

¡Qué! Miéntras el compañero de mis desórdenes llora su iniquidad con la austera librea de los Mártyres de la abnegacion; quando lo veo incorporado en la penitente sociedad de los Atletas de la Cruz; quando pasa sus dias en la meditacion de los años eternos, y unc los tiernos gemidos dc su doliente voz con los sagrados cánticos, que resuenan en el largo silencio de las noches; quando Manuel sobre la dura tierra, y en un lugar consagrado á los suspiros y á las lágrimas pide á Dios sin cesar perdon de los delitos que hemos cometido; quando en fin la imágen de su austeridad y penitencia me seguirá por todas partes, ¿tendré la temeridad de verme sin rubor en una casa cómoda, y vivir en el seno de la abundancia? No, no: pues le acompañé en los delitos, es justo que lo acompañe en las expiaciones.

Dios mio, sosten mi resolucion. Espero que te será agradable; pues que tú me la inspiras. No me has hecho venir aquí en balde, sino para en-

señarme el camino que debo seguir. Sin duda que la aprobará el santo Director de mi conducta, pues es tan conforme á sus principios, y á la firmeza de los propósitos que me ha inspirado. Al instante que llegué á mi casa, le escribí lo que me habia sucedido, y el ánimo en que me hallaba. Le dirigí mi carta con un expreso, y este al cabo de tres dias me trajo la respuesta que te voy á copiar. Dice así:

¡Qué admiracion, qué placer me ha causado vuestra carta! ¡Quánto debemos adorar y amar á este gran Dios, que en medio del tumulto, que producen las pasiones y movimientos de la tierra, forma en silencio sus escogidos para sacarlos del abysmo en que su flaqueza los sumerge, y levantarlos hasta su luz inaccesible! ¡Cómo este mundo tan miserable y tan pequeño por la calidad de los intereses que lo agitan, se transforma á los ojos del Sabio, que observa con la luz del Evangelio, en un inmenso y magnífico theatro, en que se reconoce la mano poderosa de la eterna Sabiduría que lo dirige y gobierna: esta mano dulce y próvida, que del fondo del barro mas deleznable saca Seres en que reverbera el esplendor de su divinidad: esta mano sábia, que por caminos inexplicables y profundos los dirige al término excelso de su Reyno: esta mano misericordiosa, que quiere conducirlos para que en el dia triumphante de la ascension de los miembros de Jesu Christo vayan con ellos y tengan asiento en el seno de su reposo, de su alegría y perpetuidad!

¡Quántos motivos de admiracion me produce el suceso que me referis! Vos no buscabais mas que el inocente placer de un paseo silencioso; y Dios os ha hecho conocer en el fondo de un austero retiro toda la invencible fuerza de su poder: y con un egemplo extraordinario y que os toca tan de cerca, os ha manifestado, que en medio de los males que ocasiona la corrupcion humana, se ocupa en separar de ella á los que quiere glorificar en su mansion divina; y que con una rapidez que asombra á los Espíritus celestes, sabe hacer que los mas perversos de los hombres pasen á la clase mas augusta y venerable de sus Escogidos.

¿Cómo ó por qué Don Manuel ha podido en tan poco tiempo ser obgeto del amor y las atenciones del Eterno? ¿De dónde le ha venido esta fuerza, que de repente y contra sus propias esperanzas lo ha hecho superior al mundo, á sus sentidos, y á toda esa multitud de vicios y cadenas que lo hacian un monstruo de incredulidad y depravacion? ¿De dónde descendió esta nueva luz, que le hizo ver tan prontamente las vanidades de la vida y los arcanos de la eternidad? ¡Dios infinito! ¡Dios bueno! Estas son tus obras siempre grandes y admirables. Solo tu brazo invisible y omnipotente puede egecutar en la tierra prodigios y vocaciones de un órden tan superior al poder humano, y tan contrario á todas las verosimilitudes de nuestras ideas.

Vos habeis hallado, señor, sin esperarlo una repeticion asombrosa del gran milagro de misericordia, que la bondad divina ha obrado en vues-

tro corazon. Este Dios piadoso os ha proporcionado este encuentro maravilloso, para haceros mas completa vuestra felicidad por haber salido de un abysmo. Tambien ha querido quitaros la amargura por el temor que Don Manuel hubiese muerto sin haber tenido tiempo para llorar sus escándalos, y purificar sus últimos suspiros. Dadle gracias, señor; pero considerad, que la terrible imágen de una muerte imprevista y precipitada no pierde nada de su verdad ni de su fuerza, por no haberse realizado en aquella circunstancia, que os produjo una impresion tan profunda como saludable. Miéntras el amigo que llorabais muerto, estaba vivo, la desgracia que él no sufria, se verificaba en muchos lugares de la tierra en personas igualmente culpadas y tan mal dispuestas á presentarse en el Divino Tribunal.

Tambien me ha causado mucha complacencia la noble y valerosa emulacion que os inspira este egemplo; porque anuncia un corazon dispuesto á todo, y capaz de los mayores sacrificios. Sin duda que los tabernáculos del Señor son amables, y que en ellos habitan los dichosos. Pero hay reglas de moderacion y de prudencia, que no debemos olvidar ni aun quando buscamos á Dios y la virtud. San Pablo quiere que seamos reservados y discretos hasta en el bien. Todos debemos obedecer á la ley del Evangelio. Pero este nos enseña diferentes caminos para la santidad, y ninguno debe escoger los que pueden alterar las leyes de la naturaleza, quando esta nos ata con vínculos y lazos mas estrechos, y despues de tomar estado, de superior importancia á las mas santas instituciones,

Dios que es el Autor supremo de la Religion, ha sabido unirla con la naturaleza de manera, que siempre aliado con ella, léjos de contradecirla, no hace otro que sublimarla. Así quiere que vayan de concierto; y que el Christiano respete en cada una los designios del Autor de las dos. Entre todas las relaciones que produjo en la Sociedad, á ninguna dió un carácter tan tierno y tan augusto como el título de Padre. Quando bajó á la tumba la virtuosa compañera de vuestra vida, dejó en vuestros brazos dos hijos; y vos les debeis cuidados, instrucciones y egemplos.

Don Manuel no tenia estas obligaciones. Se hallaba libre, y no vivia sino para sí mismo. Así su retiro no podia producir quiebra ni falta en el órden social. Le era pues permitido entregarse todo entero al ardor de su zelo y de su penitencia. Pero Dios os ha dictado vuestras ocupaciones, quando os dió esta preciosa posteridad, que debe crecer y criarse á vuestro lado: si este imperioso impulso no ha detenido algunas almas extraordinarias; si á pesar de los gemidos de la naturaleza se les ha visto volar á los desiertos; si han tenido el valor de romper las barreras que les ponia su propia sangre, estas son excepciones, que solo puede autorizar la profundidad de la inspiracion divina, y no pueden servir de regla en el curso ordinario de la vida, ni determinar el género de nuestros sacrificios y expiaciones.

Quando viviais sin ley y sin principios, entónces hubiera sido útil á vuestros hijos, que os separaseis de ellos, para esconderles la contagiosa vista de costumbres irreligiosas y desenfrenadas. Pero

ahora que pueden ver en vuestra conducta, lo que los hará muy dichosos si lo imitan; vuestra separacion les seria muy nociva, porque los privaria del mejor preservativo, que ha podido proporcionarles la piedad divina contra el contagio de este Siglo. Vos no sois verdaderamente Padre, sino desde que temeis al Señor; y quando ya sois capaz de manifestar su gloria á dos inocentes criaturas, por cuyas venas corre vuestra sangre.

¡Ay, señor! Pues vuestra tierna esposa fué digna de vuestro respeto, y lo es ahora de vuestra pena, tened por cierto que no pudo morir sin el dolor de no ver logrado el mas ardiente de sus deseos, y la mas dulce de sus esperanzas. No dudeis que murió, pidiendo al Dios que iba á juzgarla, que moviera vuestro corazon, y os hiciera digno del título sagrado de Padre. Haced pues ahora con vuestro zelo paternal, que ella goce en el Cielo del fruto de su oracion postrera, y recompensadla con vuestra aplicacion de las amarguras con que habeis emponzoñado su inocente vida: trabajad con ardor en la educacion y la felicidad de los hijos, que llevó en su vientre, que crió con tan solícitos afanes, y que estrechó tantas veces con su materno corazon.

Quedaos pues, señor, en medio de esos tiernos y sagrados frutos de una union, que vos hubierais debido enlazar mejor, y cuyos agravios estais obligado á reparar. Nada hay tan grande ni tan meritorio en la tierra, como formar hombres religiosos, enseñándoles el conocimiento de Dios y el amor de la virtud. Nada es tan delicioso ni tan dulce como egercer este sublime empleo con aque-

llos cuya felicidad nos interesa, porque amamos en ellos nuestra propia substancia. Imaginad qué gozo debe ser para un corazon iluminado por la fe poder decirse á sí mismo: Este niño tierno que amo tanto, que es á mis ojos tan amable y precioso, va á ser santo de Dios; será llamado hijo del Altísimo, y se verá dentro de poco elevado á la posesion de un imperio, que ninguna revolucion podrá destruir. ¡Ó Religion Divina! ¡Solo tú puedes coronar con tanta magnificencia los afectos de la naturaleza! ¡Solo los que se gobiernan por tu luz pueden gustar con tanta dulzura la dicha de ser Padre!

Me ha parecido, señor, haceros estas reflexîones para confirmaros en la resolucion de pensar muy seriamente en la educacion de vuestros hijos: sobre todo en la educacion Religiosa. Yo quisiera poder indicaros aunque ligeramente el punto de vista, ó el aspecto en que me parece debiérais enseñarles el espíritu y las intenciones del christianismo, y si me lo permitis lo podré hacer otra vez mas despacio. Este asunto es el mas esencial de todos; porque la Religion bien conocida es el mejor preservativo para las costumbres, y el antídoto mas seguro contra la incredulidad.

Hay ciertas gentes por la mayor parte buenas, pero muy tímidas, que quisieran prohibir á los simples todo exámen en materias de Religion. Esto nace de que no la conocen bien. Acaso este systema de fe sencilla y ciega pudiera ser mas seguro si las costumbres y el carácter del Siglo la respetaran, si la dejaran intacta, y no trabajaran por alterar su pureza. Pero quando la corrupcion de los sentidos,

y los errores de los Sophistas multiplicando sus ataques hacen tantas conquistas sobre la brillante juventud que se jacta de instruida, fuera culpable indolencia no servirse para defenderla de las armas superiores, que le aseguran la victoria.

Esta juventud seducida, porque no está ilustrada mas que á medias, no tiene con qué instruirse mejor, y desengañarse de los sophismas que la pervierten. Y como por las ventajas de su nacimiento é instruccion da el tono á lo que la rodea, sus discursos y sus egemplos se propagan hasta las clases inferiores; y ved aquí como se inficiona progresivamente toda la masa de la sociedad. El grande remedio de este mal es enseñar bien la Religion: reproducir continuamente los sólidos fundamentos que la prueban, las evidentes é irresistibles razones que la demuestran; y no teman esos genios pusilánimes el que la Religion sea exâminada por todos sus aspectos; pues ninguna cosa la puede hacer adorar tanto como un exâmen apurado y circunspecto. En los tímidos cesaria esta inquietud, si ellos mismos la conocieran mas á fondo.

Pero en fin, señor, esto toca al Gobierno, y no podemos hacerlo nosotros. Me parece que en nuestras primeras conversaciones ya os dige algo sobre quánto contribuye á la incredulidad la insuficiencia de nuestra educacion, y si os lo repito aquí es para haceros conocer la indispensable necesidad en que están los padres de familia de egercer una especie de Magisterio doméstico, y de ser en medio de sus hogares los Ayos y los Apóstoles de sus hijos. Un padre que conoce la fe, y vive con la esperanza de sus promesas, no puede

ver sus tiernos renuevos que crecen á su vista sin derramar lágrimas de alegría y de consuelo, quando considera el alto destino, que puede preparar á estos obgetos de su amor con la instruccion y la vigilancia.

¡Ó infancia inocente y preciosa! ¿Quién puede verte sin amarte, y quién puede amarte sin deplorar la incomprehensible ceguedad de estos padres crueles, que no procuran darte mas instruccion que la que puede pervertirte, atormentarte y perderte como se pierden ellos?

Esto basta por hoy. No quiero detener mas vuestro correo. Mi designio por ahora es solo responder á vuestra carta, y haceros conocer la necesidad de corresponder á vuestra vocacion, cumpliendo con las oligaciones del estado en que Dios os ha puesto, y que entendais, que vuestros hijos, familia, criados, vasallos y conciudadanos son los obgetos que ha puesto á vuestro cargo el Gran Padre de la Familia humana. En esta he procurado haceros conocer, que esta obligacion es necesaria. En otra os expondré algunas reflexîones, que podrán ayudaros al desempeño de tan alta confianza. Yo pido á Dios que os sostenga y os guarde muchos años.

¿Qué dices, Theodoro, de esta carta? Yo no esperaba esta resolucion. ¿Pero qué puedo hacer, sino someterme á dictámen tan luminoso y christiano? ¿Qué puedo hacer sino recibirlo como oráculo dictado por la voluntad soberana? Mil veces bendigo cada dia al hombre virtuoso, que del todo se sirve para confirmarme en la fe; y que prometiéndome un plan para que enseñe la Re-

ligion á mis hijos, me facilita los medios de que yo mismo la aprenda.

Pero en fin, Theodoro, ¡qué cargo, qué empresa es la que se me prepara! La crianza de mis hijos: el gobierno de una familia numerosa: su conversion, pues que tanto he contribuido á pervertirla: la distribucion de mis rentas, en que los indigentes deben tener la mejor parte: el buen egemplo que debo á todos para contrarestar mis públicas disoluciones, y restablecer mi perdida reputacion: los medios de hacer el bien que pueda con oportunidad, ilustracion y prudencia. ¡Quántas cosas tan superiores á mis fuerzas, y para que necesito de un amigo sólido, de un guia esclarecido, que no solo me dirija, sino que me sostenga!

Theodoro mio, haz tambien leer á Mariano esta carta, y todas las demas que te escriba: invoca su amistad: excita su zelo: apresura su diligencia: no le des quartel; y dile que un amigo que lo necesita, lo aguarda con inquietud: que ya tiende los brazos para recibirlo: que venga á conducirlo al Cielo, despues de haber enseñado el camino á sus hijos y á toda esta familia, que va á adoptarlo por su padre comun y bienhechor universal. Á Dios, Theodoro.

# CARTA XXXIII.

*El Philósopho á Theodoro.*

Querido Theodoro. Ya recibí la nueva carta, que me habia prometido mi zeloso Director, y me apresuro á enviarte una copia. Dice así:

Señor, para explicaros mis ideas sobre los medios de hacer conocer y amar la Religion á vuestros hijos, debo empezar por deciros, que el logro de este digno afan depende de hacerles entender bien el espíritu y el verdadero obgeto de la Fe. Y para esto debeis principalmente ocuparos en la meditacion de los santos Libros; porque solo en esta pura inagotable fuente se bebe el agua cristalina que purifica nuestras almas, y nos hace capaces de heroycos y sublimes esfuerzos.

Solo en las sagradas Escrituras se pueden hallar los principios verdaderos, que nos pueden instruir, fijando nuestras ideas de órden, de justicia y de felicidad. Solo en ellas podemos encontrar espectáculos dignos de la grandeza de nuestra imaginacion: obgetos proporcionados á la necesidad y propension que sienten los espíritus nobles y elevados de contemplar, y admirar lo que es grande y magnífico: y afectos dignos de excitar la sensibilidad de un corazon tierno y generoso.

Si conociéramos bien la constitucion humana, veríamos con claridad, que lo que por lo comun aleja á los hombres de los bienes que la Fe pro-

mete, es una enfermedad de su naturaleza mas fuerte que todo el poder de su razon. Y el que supiere persuadir, que la naturaleza misma hallará su interes unido con el de la Religion, ese es el que podrá hacerla amar. Es mas raro de lo que parece, que la razon sola determine la estimacion, las preferencias y la conducta de los hombres. La imaginacion y la voluntad son potencias mas poderosas, y logran por lo comun inspirarnos sus opiniones.

Esta disposicion general que nace de nuestra flaqueza, es mayor en los niños, y es, digámoslo así, su carácter. Sus almas inexpertas solo saben mirar y sentir. Apénas pueden creer, que verdaderamente exîsta, sino lo que vén con sus ojos, ó lo que tocan con sus manos; y nosotros por la mayor parte somos niños toda nuestra vida. Así vemos por experiencia, que no creemos lo que no vemos; ó si impelidos por la autoridad lo creemos, es con frialdad, y de manera que aquellos obgetos no nos producen impresiones fuertes.

Por eso quando nuestra razon convencida no puede resistir á las demostraciones acerca de la Fe, procuramos excitarnos al amor de la Religion, presentándola á nuestra alma por obgetos mas capaces de ser imaginados ó sentidos: y para esto preferimos las imágenes mas análogas ó que son mas parecidas á las que nos interesan y conmueven en el órden de la naturaleza y de la sociedad.

El gran secreto que puede hacernos amar la Religion, es hacernos conocer, que de ella pende todo lo que mas deseamos, lo que buscamos

con mas ansia, y que es el fin último de nuestra felicidad; las verdaderas riquezas, la sólida gloria, la prosperidad soberana, la inmensa fortuna: en fin que todo lo que mas halaga al corazon humano, todo está comprehendido en la grande salud que trajo á la tierra Jesu Christo.

Bien sé, que el establecimiento del Reyno de Dios no es obra de la prudencia de los hombres; pero como ha subrogado en estos el decoroso encargo de preparar los ánimos á los triumphos de su gracia, los hombres deben servirse de todo hasta de nuestras pasiones y flaquezas para conducirnos al conocimiento y amor de la verdad, y para disponernos á recibir aquella gran luz con la que ya no se necesita ni de exhortaciones ni documentos.

Por eso Dios, que queria abrir las puertas de la vida eterna, así á los mas incultos hijos de los hombres, como á los ingenios mas sublimes, se dignó de encerrar toda la Religion en una órden ó serie de sucesos, que son palpables para todos, y que adquieren un ascendiente victorioso en las almas sensibles y rectas. Desde aquel instante solemne en que Dios rompió su eterno silencio, y mandó á la luz, que saliera del caos de la noche, hasta el establecimiento de su Pueblo en la tierra prometida, y el triumpho de su culto en medio de Jerusalem y del mundo, todo es una cadena de hechos y prodigios, que por sí sola debiera excitar á curiosidad, aun quando un aparato tan augusto no tuviera otro fin mas alto, ni nos produgera un interes tan personal.

En la Historia Sagrada se lee, que los hijos de

los Patriarcas y Prophetas no halláron el consuelo de sus tardías esperanzas, ni verdaderos motivos de paciencia y constancia en las vicisitudes alternadas de sus destinos, sino en los continuos recuerdos de las maravillas que hizo Dios para establecer su antiguo Imperio. Sus padres para enseñarles la religion, les mostraban los monumentos de lo que habia hecho Dios por sus mayores; y exponian á sus ojos la larga historia de los hechos milagrosos, que preparáron aquel gran dia en que debia consumarse todo con la Muerte y Resurreccion del divino Mesías.

Así lo hicieron tambien nuestros ascendientes; y nuestros Abuelos estaban mejor instruidos que nosotros, porque en los siglos pasados hubo Escritores que hicieron renacer este méthodo tan natural, tan cierto y seguro para conocer y amar la Religion. En efecto las mejores pruebas de su divinidad se sacan de su historia, y de la magestad de su grande espectáculo. Hasta ahora exîsten como memorias, como reliquias que guarda la curiosidad, monumentos antiguos en que el buril y el pincel grabáron ó dibujáron todos los hechos, guardando el órden chronológico. Por este medio los niños con placer de sus ojos y deleyte de su imaginacion grababan los sucesos en su memoria, y aprendian casi divirtiéndose su Religion.

¿Cómo pues un méthodo de aprender, que fué tan útil á nuestros antepasados, ha podido perderse en nuestros dias? ¿Cómo el arte superior á todos los artes, la enseñanza únicamente necesaria, ha podido descuidarse tanto? ¿Cómo ha podido acaecer, que se haya casi abandonado para la instruc-

cion pública el depósito de las divinas Escrituras, que es el patrimonio de los hijos de Dios, y el thesoro de todos los Christianos? ¿Y cómo no gemimos al ver la ignorancia lamentable de tanto número de fieles, que no saben ni los principios, ni las pruebas, ni los hechos de que se compone la substancia de su Religion? Quando un Israelita religioso queria recogerse para admirar la conducta y las altas ideas de la divina Ley, le bastaba recapacitar la memoria de Noé, de Abraham, Isaac y Jacob. El inflamado David se presentaba á la suprema Magestad con una alma asombrada de considerar la inefable grandeza de sus planes, y fuera de sí de contento entonaba este cántico [a]: "¡Ó Eterno Dios! Nosotros hemos oido, y "nuestros padres nos han contado las magníficas "obras que viéron, y que tu poder egecutó en los "siglos antiguos.

Y hoy que la historia de la Religion se ha completado; hoy que ya casi tocamos el cumplimiento y término de las Prophecías antiguas y de las nuevas; hoy que ya apénas queda revolucion que ver, y que el estado actual del Christianismo se debe conservar inviolable hasta el dia feliz de la triumphanto ascension de la Iglesia á la gloria de Dios; hoy que todos los secretos y designios divinos están ya descubiertos; hoy que todo anuncia el fin y la consumacion total de la empresa sublime: quando el Leon de Judá ya ha vencido: quando los templos de Christo están levantados sobre los profanos monumentos: quando torres innumerables ponen cerca

a *Psalm.* XLIII. 1. 2.

del Cielo la señal adorable de la Cruz en que se obró la redencion humana : hoy en fin que todo está revelado y descubierto , los Christianos no tienen mas que ideas imperfectas , noticias confusas y obscuras. ¿ Cómo podrán ver á un tiempo toda la magestad del edificio de la fe ? ¿ Cómo podrán admirar el modo con que todas sus partes se corresponden , se comunican y se enlazan ? Pues apénas perciben ángulos y superficies : ignoran el principio y el fin de las ideas que nos ha revelado el Eterno : no se les demuestran las relaciones admirables , las conexîones íntimas que atan y eslabonan los sucesos de la antigua economía con los mysterios de la Alianza postrera.

¿ Y qué ha resultado del abandono de tan saludable estudio ? Que la inteligencia de las divinas Escrituras casi se ha perdido en la mayor parte de los fieles : que su lectura parece ingrata y fastidiosa al comun de los hombres : que pocos tienen justas ideas del gran designio y verdadero espíritu de la Fe ; y que miramos como extrangero todo lo que ha pasado ántes de nuestros dias : nos hemos olvidado de que Dios nos tenia presentes en la creacion del mundo ; que entónces fuimos obgeto de sus ideas divinas ; que hoy somos la realidad de las figuras y el cumplimiento de las Prophecías : que por nosotros ha habido un Abraham y Patriarcas , un Moyses y Prophetas , una Jerusalem y un Templo , y en fin que todo se ha hecho y se conserva por los Santos.

¿ Y de esto qué ha nacido ? El poco aprecio de nuestra vocacion : la instabilidad ó flaqueza de nuestra virtud : el ascendiente casi siempre vence-

dor de nuestras pasiones: la facilidad de sacrificar todos los dias las esperanzas eternas con que nos anima el Evangelio al pérfido placer de la concupiscencia y del orgullo; y en fin, el deplorable progreso de una Philosophía perversa, que se atreve á desacreditar la Religion, aniquilar toda creencia, y desterrar toda virtud.

En el orígen del Christianismo bastaba que un Apóstol explicase á una concurrencia numerosa, como los mysterios de Jesu Christo estaban enlazados con los acontecimientos dispersos en la inmensidad de los tiempos, que precediéron á su Resurreccion, para que millares de hombres se postrasen á los pies de la Cruz, y pidiesen ser incorporados en su alianza. Pero hoy vemos con dolor, que ni los incrédulos se convierten, ni los creyentes perseveran; porque los primeros nunca han visto la luz; y los segundos apénas la han brujuleado. Ni aquellos ni estos han conocido el don de Dios en toda su excelencia y extension. Y solo esto puede explicar, por qué los unos lo reprueban, y los otros lo abandonan.

Despues de su Resurreccion Jesu Christo explicó á sus Discípulos el modo con que se habia cumplido quanto los Prophetas habian anunciado. ¿No es verdad, decian ellos, que quando nos explicaba el sentido de las Escrituras, ardian nuestros corazones con un fuego divino? Lo que el Salvador les manifestó de sus humillaciones y su gloria estaba enlazado con todos los sucesos, todos los oráculos, y con la historia entera de los tiempos figurativos. Y esta conexîon, esta dependencia entre la antigua y la nueva Alianza, es la que forma un mismo cuerpo de Religion, una misma serie

de designios, un concierto harmonioso en que reluce la magnificencia de la obra y la ciencia del Redentor. Esta admirable consonancia de las predicciones con los sucesos era la que producia en los discípulos aquel embeleso, aquel calor celeste que les inflamaba el corazon.

Estéban, dicen los Actos de los Apóstoles [a], lleno de gracia y de fuerza, asombraba á quantos escuchaban sus discursos. No era posible resistir á la abundancia y magestad del espíritu que hablaba por sus labios. *Hermanos mios*, les decia, *estad atentos.* ¿Qué es lo que va á decirles? Les pone á la vista las maravillas del Señor. Les recuerda, que las Prophecías mas recónditas en la obscuridad de los siglos antiguos acaban de cumplirse en la Muerte y Resurreccion de Jesu Christo: que una voz del Cielo separa á Abraham del Pais de la idolatría: que Dios lo acompaña en su fuga: que lo hace amable á los ojos de los extrangeros, y lo llena de bendiciones y riquezas: que hace volar su nombre hasta los confines del mundo, y consuela su vegez con el nacimiento de un hijo milagroso: que esta familia querida del Señor se extiende y multiplica como las arenas del mar tanto, que en breve tiempo ya no era una familia, sino una nacion que merecia las atenciones del Omnipotente.

Les añade, que desde que los descendientes de Abraham se viéron tan multiplicados, Dios les suscitó un Conductor, en cuyas manos puso su authoridad y su poder: que Moyses habla, y los

*a Act. VI. a v. 8.*

milagros van siguiendo sus huellas : que las olas le obedecen : que el mar separa en dos montañas sus ondas espumosas, y que el abysmo levanta al Cielo sus enormes masas : que el Eterno hace que se desplome de las nubes el alimento para un pueblo innumerable : que de los áridos peñascos, únicos pobladores del desierto, nacen torrentes abundantes para refrescar los fatigados pasageros, y regar sus arenas inflamadas.

Que los hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob entráron en la tierra prometida : que el solo nombre de Josué hizo temblar sus enemigos : que á su voz los astros se detuvieron ; las murallas se desmoronáron ; los Imperios y Estados se deshicieron. Y que al fin Israel cantó en paz las misericordias del Dios que lo sacó de Egypto, en el Templo mas magnífico que ha visto el universo. Vé aquí los augustos preparativos de la venida del Mesías, la luminosa Aurora que precedió al gran dia del Evangelio : y estos obgetos, que diéron asunto á David para entonar los mas sublimes cánticos que los hombres oyéron, son los mismos que hacen brillar el semblante de Estéban con tan divino resplandor.

Del mismo méthodo se vale el grande Apóstol para anunciar el Evangelio. ¡Con qué enérgicos pinceles dibuja quanto le ha precedido! En su pluma esta Religion es eterna, y desciende á la tierra de la altura de la inmensidad divina. Adam es su primer Templo. Nos explica, por qué Dios ha criado al mundo : por qué crió unas Inteligencias capaces de adorarlo : cómo á pesar de la degeneracion de la especie humana, la virtud

del Todo poderoso le conservó un Santuario, y la salvó con Noé de las aguas, que sumergiéron la tierra, y con ella todos los vicios y pasiones que la tenian pervertida.

Nos pinta la magestuosa y circunspecta lentitud, con que por entre las revoluciones, choques y ruinas de los Imperios se encaminaba al último de los dias: las prudentes y suaves gradaciones, con que en su pausada marcha se va desembarazando del velo mysterioso que la cubre: cómo todo cede en el universo al que ha resuelto hacerla triumphar de toda dominacion y potestad: cómo todos los Reynos y todos los hombres por sus vacilaciones, empresas, victorias y derrotas, en fin por todos los movimientos con que se agitáron, preparáron sin saberlo las vias á la aparicion de esta grande y radiosa luz que los conducia consigo.

Cómo en fin en nuestros dias, que son ya la plenitud de los tiempos, se manifiesta subsistente y visible en medio de nosotros; por haberse cumplido el gran mysterio predicho y esperado desde el orígen del mundo: el océano de bienes y riquezas, en que hoy hace nadar á sus fieles discípulos: cómo se incorpora con nosotros: cómo eleva nuestra naturaleza: cómo hace adquirir á los hijos de su alianza la inmortalidad y la gloria del Christo Hijo de Dios: cómo de su Cabeza universal, que tambien es Príncipe del siglo futuro, y de todos los que han recibido sus promesas, se forma un mismo cuerpo, una sociedad, una sola familia, que el Dios de la eternidad acogerá en el seno de su esplendor el úl-

timo dia, para que viva con él por los siglos de los siglos.

Estos son, señor, los grandes obgetos, que la Escritura nos propone; el magnífico espectáculo que la Religion nos presenta: y este es el hermoso aspecto con que en todos tiempos la han visto y la vén los espíritus humildes y aplicados, á quienes con el fuego del amor alumbra la antorcha de la Fe. Estas son las luces que muestra Dios á los pequeños, y esconde á los soberbios. Y este es el camino por donde debeis conducir á vuestros hijos. ¡Dichoso vos, si alcanzais á ponerlos en posesion de esta grande sabiduría, si lograis guiarlos por este Plan sublime! Yo os lo indico muy ligeramente; pero vos conoceréis su importancia, y veréis que su egecucion no es difícil.

Seria de desear, que una Nacion tan Religiosa como la Española; que una Nacion en que el Christianismo tiene su primer throno, adoptase en general un méthodo tan simple, tan cómodo y seguro para la educacion christiana de sus hijos. Nunca se pudiera lograr mejor esta idea, que en el tiempo presente, pues en nuestros dias el arte de la Imprenta ha llegado entre nosotros á un grado de perfeccion, que nunca tuvo, y que es hoy la envidia y emulacion de los Extrangeros. El grabado tambien se ha extendido y perfeccionado. ¡Quántos talentos eminentes abundan entre nosotros, que ilustran la Nacion con producciones estimables! Así por la reunion de estas artes han salido de nuestras prensas ediciones soberbias, que son el asombro de las naciones. El Sa-

lustio apénas conoce igual, y el Don Quijote ha admirado á la Europa por su riqueza y perfeccion.

¿En qué pudieran ocuparse mejor estas Imprentas y estos Grabadores, que en imprimir y estampar todos los sucesos de la historia de la Religion desde la creacion del mundo hasta el establecimiento de la Iglesia, y formar una coleccion completa y seguida, guardando el órden chronológico de los tiempos? Cada hecho digno de memoria, y que está enlazado con los que le preceden y le siguen, debia tener su estampa separada, que representase con exâctitud la historia del hecho que refiere: y á fin de conservar la verosimilidad en lo posible, los Pintores debieran dar la misma fisonomía á los principales personages, cuya figura haya de repetirse con freeuencia.

Cada estampa debia tener al pie una sucinta explicacion; pero exâcta, clara y en términos que hasta el pueblo pudiera comprehenderla; de modo que los niños y los grandes, incultos y groseros, que en su capacidad son como los niños, puedan aprenderla sin trabajo. Los que por defecto de edad ó de instruccion tienen pocas ideas, apénas pueden figurarse, que puede exîstir lo que no vén. Los ojos son los únicos órganos que les conducen las ideas; y un quadro, ó una imágen es lo único que en su ánimo puede suplir á la realidad ó presencia de los obgetos.

Esta coleccion pudiera dividirse por épocas, para grabarlas mejor en la memoria, á lo ménos por el antiguo y nuevo Testamento. Yo quisiera que se hiciera una edicion magnífica, y tal como la pueden hacer los hábiles artistas que hoy residen entre

nosotros; porque este seria un glorioso monumento que haria honor á la Nacion, y que daria nuevo estímulo al progreso de estas Artes: pero como su precio fuera costoso, y yo deseo que esta instruccion sea general, y se extienda á todas las clases del Pueblo, tambien quisiera que se hiciera otra mas barata para aprovechar á todos.

Esta empresa mirada por todos sus lados me parece digna de un Gobierno ilustrado. No solo facilitaria el medio mas cómodo y fácil de aprender la Religion, sino producirla utilidades pecuniarias al Estado. Tengo por cierto que una obra de esta especie hecha con la perfeccion de que son capaces nuestros Artistas, seria buscada por todas las Naciones cultas, que se apresurarian á comprar un obgeto precioso que satisface á todos los gustos.

Pero dejando consideraciones que no son de mi asunto, me basta que se hagan dos ediciones, una que pueda servir á la clase rica, y otra para que de ella se aproveche la pobre; porque yo quisiera que se distribuyeran egemplares á las Escuelas con encargo á los Maestros de enseñarlos á toda especie de niños. No tengo duda de que este estudio léjos de serles molesto seria el de mayor recreo de su educacion, y de que por este medio se propagaria presto la enseñanza de la historia de la Religion aprendida con órden y exâctitud.

Pero como esta idea no es mas que un pensamiento, y la edad de vuestros hijos exîge un remedio mas pronto, os aconsejo que os sirvais del mismo méthodo por otros medios. En los siglos pasados quando los hombres pensaban que era mas glorioso y seguro seguir la Religion de sus mayo-

res, se eligió el méthodo de enseñarla como ahora os propongo. La Philosophía hizo abandonar este estudio, porque se dedicó á las ciencias profanas; pero estas obras subsisten todavía como monumentos. He visto diferentes ediciones de estas estampas, con sus explicaciones chronológicas. Hago memoria de una en fólio, que se intitula la Biblia de *Mortier*; de otra en quarto que se llama: *Figuras de la Biblia*; otra muy á propósito de *Royaumont*; y las que se están grabando para la Biblia Española; y sobre todas las de Árias Montano.

Quizas habrá otras y mejores. Pero como para la educacion particular de vuestros hijos no hace nada la perfeccion del arte, y basta la exâctitud y el órden de los hechos, os aconsejo que os procureis una de estas obras, y que hagais de ella vuestra ocupacion y su entretenimiento. Me parece que no debeis proponerles esto como un estudio serio, y que merezca vuestra primera atencion, aunque así sea, sino como recreo ó recompensa de los otros. Quiero decir, que vuestro arte debe ser esconderles la importancia que hay en eso; y que pues los niños gustan tanto y se divierten con las estampas, os aprovecheis de esta disposicion, para persuadirles que esta ocupacion no es mas que un descanso de los otros estudios, y una diversion que les dais para desquitarlos de las otras ocupaciones.

Con este ardid haréis que se ocupen en este obgeto sin fastidio, que lo aprendan con gusto; y quando tuviereis motivos de mostraros contento de ello, podeis darles algunas de estas estampas para que las pongan en su quarto. Haced de modo, que al fin se las deis todas, y que su habitacion esté

guarnecida de estas imágines puestas por sus manos; pero con el cuidado de que nunca se altere el órden de sus datas, á fin de que se fige en su espíritu con la noticia de los hechos la chronología de los tiempos.

Esto es sin duda bueno para instruir y ocupar la infancia; pero no dispensa de la primera y esencial atencion, que es enseñarles los motivos y fundamentos que hay para creer que estos hechos son verdaderos, y la conexîon y enlace que tienen con los demas de la Religion. Estudio serio y capital, que debeis reservarles para quando con mas edad lo puedan hacer con fruto. Pero este los preparará á recibirlo mejor.

Pasemos ahora al trato de un Christiano con sus iguales. Vos me decis en vuestra carta, que deseais vivir solitario, y que ántes de haber sido llamado al retiro por el egemplo de Don Manuel, estabais ya resuelto á vivir en vuestra casa separado del mundo, y partiendo vuestro tiempo entre Dios y el cuidado de vuestros hijos. Yo no apruebo, señor, las resoluciones prontas, sobre todo quando son demasiado severas. La de romper sin particular motivo todo comercio con los hombres, no es del espíritu de la devocion sólida y amable, ni puede servir mas que de desfigurar á los ojos del mundo su augusto y venerable carácter.

Las roturas violentas son las mas veces hijas del humor, y suele haber en ellas una especie de dureza triste, que da pretexto á la malignidad para desacreditar la virtud, y hacer ridículos los principios de los hombres religiosos. Los espíritus frívolos, que no conocen la Religion en ella misma,

la juzgan por el carácter y las costumbres de los que la profesan. Suponen que la conducta de los discípulos del Evangelio es la práctica de su doctrina. Así quando el mundo vé Christianos tétricos, que toman con extrema inquietud precauciones desconfiadas, atribuyen á la Religion lo que es defecto del genio : imaginan que el Christianismo destruye nuestras calidades sociales : que no es bueno mas que para hacer inútiles ; y los que se sienten con algun deseo de volver á la virtud, resisten á sus remordimientos y temores por no parecer incomunicables y rudos.

Al contrario, señor, los buenos Christianos deben ser amables y de la mas dulce sociedad. La mayor gloria de nuestra Religion es, que quando es bien entendida, y se practica segun su espíritu, inspira un gusto de benevolencia general, y produce un humor apacible, un corazon benéfico y tratable, y aun inclinaciones amigables y tiernas. ¿Quántos genios violentos y feroces ; quántos naturales difíciles ó salvages se han transformado en hombres amenos y pacíficos, sin mas estímulo que el de la Religion ? Santos hay que debiéron el primer movimiento de su retorno á la virtud á la dicha de haber encontrado justos llenos de blandura y de indulgencia.

Jesu Christo no manda á los que reciben su espíritu y su nombre, que se separen por entero del mundo, ni que se escondan de los hombres. Al contrario, les dice, que su luz brille en medio de los profanos, para que admiren el poder de su doctrina, para que viendo como el Evangelio los ha transformado en útiles y buenos, procuren be-

ber en la fuente pura, de donde mana la verdadera dicha de la tierra. Compara su Iglesia con un campo en que crecen mezclados el trigo y la zizaña hasta el dia de la cosecha; y esta mezcla entra de tal manera en el plan de la Sabiduría divina, que tal vez lo que admirarémos mas en el dia de la revelacion de su gloria, será ver como todo ha servido á la formacion, al aumento y á la consumacion del cuerpo eterno de sus escogidos, y que los mas horribles y escandalosos delitos concurriéron al triumpho de la gracia.

Amemos pues, señor, á los hombres, y procuremos serles útiles. Nuestra santa y caritativa Religion, que muda el corazon de los mas pervertidos, y que transforma en humanos y sensibles los naturales mas feroces y mas duros, no puede enfriarnos nunca con nuestros hermanos. Parece que el que los huye, los desprecia, á lo ménos no les puede servir; y jamas será bueno darles una idea tan triste y tan injusta de los efectos que debe inspirar la Religion á los que la aman. Lo que ella nos prohibe, no es el trato ni la sociedad de los que no han sido iluminados por el Cielo, y están todavía sometidos al yugo de las ilusiones y de los errores: solo nos advierte, que no nos conformemos con el espíritu del siglo, y que estemos con cuidado para no corrompernos con el contagio de los malos egemplos.

Quando Dios convierte á un pecador, su intencion tal vez no se limita á su conversion personal: y sus ideas suelen multiplicarse con una extension digna de la inmensidad de su misericordia. Quiere que cada conquista de su gracia sea una fecunda

almáciga de escogidos ; y que aquel á quien su poderosa voz hace salir de la obscuridad de su sepulcro , sea la luz que destierre otras tinieblas , y el instrumento de muchas resurrecciones. Señor, una alma es una cosa tan grande por la excelencia de su naturaleza , y por su capacidad de conocer y gozar del infinito, que aun en las mas depravadas debemos respetar la posibilidad de su conversion. Debemos venerar en ellas este poder , que un soplo de la gracia puede animar, para manifestar su gloria y la superioridad de la Bondad divina sobre todas las verosimilitudes humanas.

Reflexîonad pues , que la Fe y la Religion no mudan nada á nuestras relaciones y correspondencias honestas con los demas hombres : que la sociedad humana no es ménos obra de Dios que la creacion del universo : que el Evangelio que es su mejor apoyo, no puede ser contrario á su conservacion: que su espíritu es ilustrarnos y santificarnos en nuestro estado de Ciudadanos ; y que por consiguiente nuestra santidad debe como nuestra exîstencia servir á la utilidad de nuestros hermanos. ¿Qué fuera del mundo , si no quedaran en él mas que hombres sin Religion, sin costumbres , sin ley ni principio alguno de verdadera sociabilidad?

¿Sabeis, señor , por qué el vicio conserva todavía algun miramiento, y no se atreve á pasar de ciertos límites ? Es porque la virtud le impone la necesidad de la decencia , y que la presencia de los hombres de bien opone una resistencia invisible y sorda á la intemperancia de las pasiones , y al desacato de los excesos. Por mas que la licencia y la incredulidad afecten una independencia desenfre-

nada, reside en los siervos de Dios una secreta fuerza que modera su osadía, que contrabalancea sus escándalos, y que lucha sin cesar contra el esfuerzo iniquo que trabaja por corromperlo todo. Si se destruyera la comunicacion y trato de los hijos de Dios con los hijos de los hombres, y que estos se viesen libres de toda sugecion y miramiento, no quedara en el mundo un principio de seguridad ó consistencia social; y se perderia enteramente el freno de las costumbres públicas, que es el asylo que queda en la declinacion de las virtudes.

Si quereis conocer mejor la fuerza de estas reflexîones, volved los ojos á vuestra antigua vida. ¿No es verdad, que quando estabais solo con Don Manuel, haciais entre los dos una sociedad muy depravada? ¿Que vuestras máxîmas eran horribles, vuestros discursos abominables, y que vuestras acciones, proyectos y delirios se distinguian por un carácter espantoso de abandono total y corrupcion? ¿No es verdad, que entónces hubierais dejado perecer el mundo entero por satisfacer vuestras pasiones: que el uno hubiera sacrificado al otro por su interes personal; y que hubierais trastornado un imperio, si vuestra fuerza igualara á vuestra perversidad, y si esta hubiera podido contentar la viveza de vuestros deseos?

Decidme mas. ¿No es tambien verdad, que si en estas circunstancias hubiera venido á veros un hombre virtuoso, tal como me habeis pintado á Don Mariano, al instante vuestra sociedad hubiera presentado otro aspecto, y que un Extrangero no hubiera visto en ella mas que tres hombres de-

centes, corteses y modestos? ¿No es verdad, que no hubiera podido este observar mas qué moderacion; que hubiera oido otros principios; y que el aspecto exterior fuera tan diferente, que le hubiera sido imposible distinguir al verdadero virtuoso de los que solo imitaban el estilo, y guardaban las apariencias? Así es verdad, señor; y podeis aplicar este egemplo á toda la sociedad. Por él podréis tambien formar una idea de lo que esta debe á la ventaja de conservar en su seno algunos fieles discípulos de la Religion.

Y no me digais, que todo el fruto de este imperceptible y mudo Apostolado, que egercen en el mundo los buenos, que viven confundidos con los malos, se reduce á formar algunos hypócritas, y que estas falsas apariencias no pueden producir bienes verdaderos. Porque ya desde luego es una grande gloria de la Religion, que los que violan sus preceptos, se vean forzados á fingir su carácter; y que les sea preciso esconderse para atropellar en secreto las virtudes y las obligaciones. Los buenos Christianos son los que con su buen egemplo hacen infame y deshonrada la profesion del vicio: y nada debiera alentar tanto á los perversos á abrazar el Evangelio, como la experiencia de que es necesario observar sus leyes aun para vivir estimados.

Rara vez es la depravacion tan extrema, que un hombre virtuoso no la contenga en los límites de la decencia. Lo mas comun es, que reciba la impresion íntima y verdadera que producen la Religion y la virtud; y que se esfuerce á no parecer lo que es, para obrar y hablar co-

mo el justo. Pero este esfuerzo no es desmentido ni por su razon ni por su conciencia. Ántes al contrario quisiera tener la realidad ; y si la aparenta es porque conoce las ventajas , y porque se avergüenza de su mala conducta. Todavía hay en su alma una parte sana , que le hace percibir que la semilla de la virtud está en su corazon.

Vos mismo habeis sentido esta disposicion secreta , quando tratabais con Don Mariano. Entónces viviais abandonado á la ciega Philosophía , que procuraba borrar los sentimientos de Dios y de la conciencia ; y con todo os acordais distintamente , que en el tono de cordura que el ascendiente de su virtud os forzaba á tomar , habia alguna cosa mas que fingimiento. Quizá estuvierais hoy en las mismas tinieblas , si no hubierais tenido la dicha de tratar con un justo en los dias de vuestros errores , y si no hubierais tenido un amigo entre los amigos de Dios.

Considerad , señor , que conservando las relaciones á que os obligan vuestro estado y vuestra clase , no correis mas peligro del que corria Don Mariano , que trataba con vos en aquel tiempo, en que se os parecia tan poco. Si el espíritu del mundo y las costumbres de hoy no pretendieran como en los siglos pasados mas que relajar la austeridad del Evangelio con opiniones dictadas por la indolencia y la sensualidad , y solo quisieran conciliar el Christianismo con nuestras flaquezas y defectos ; su comercio seria mas peligroso , nos seria mas difícil perseverar en la alianza de Jesu Christo. Entónces fuera menester huir y buscar en las montañas ó en las cavernas de la tierra un re-

fugio contra la seduccion de tan pernicioso artificio.

Pero hoy puede decirse, que el mundo á fuerza de depravarse ha dejado de ser peligroso. Hay tanta diferencia de las costumbres de un Christiano á las de los insensatos de este siglo, que la vista de los excesos que nos circundan no puede hacer vacilar nuestro amor y confianza en el Evangelio. Al contrario un espectáculo tan escandaloso debe confirmar nuestra Fe, y estrechar mas los lazos que nos unen con Jesu Christo. Porque no hay Christiano que al salir de las asambleas ó concurrencias en que ha visto y oido los delirios de los hijos de la tierra, no se diga á sí mismo lo que se decia Salomon: ¡Ó inocencia! ¡Ó virtud! *Yo* volveré á encontrarte en mi estancia solitaria, y allí reposaré en tu amable seno.

Nunca los Israelitas observáron mejor la santa Ley, que en medio de los escándalos y abominaciones de Babylonia. Desde aquella tierra extrangera sus ojos cubiertos de lágrimas se volvian sin cesar hácia Jerusalem, viendo la sacrílega profanacion, con que se derramaba el incienso á Dioses de metal; y recogidos en su afligido corazon, exclamaban: *¡Ó Dios! ¡ó Dios de Israel! tú eres el solo Dios que se debe adorar.* Su trato con los Escribas y Phariseos en medio de Jerusalem les era mas contagioso, que todos los excesos de la idolatría; porque es mas difícil, cuesta mas, y se tiene mas horror en atropellar de repente la Religion y la virtud, que no ceder insensiblemente á la lenta y porfiada tentacion que nos induce á alterar su austeridad, y á acomodarla á nuestros gustos y pereza.

Quando los fieles en el nacimiento de la Iglesia no se viéron cercados mas que de Judíos ciegos y endurecidos, que blasphemaban el nombre de Jesus; ó de Gentiles que desconociendo al verdadero Dios se abandonaban á los excesos de la corrupcion mas brutal; los Apóstoles no necesitaban de prevenir á sus discípulos contra el contagio de tan malos egemplos; y jamas las virtudes del Christianismo se practicáron con tan sublime perfeccion.

La idea de alejarse del mundo y buscar asylos en los desiertos, no nació entre los Christianos por evitar el trato de los incrédulos, ni por esconderse á la vista de las persecuciones. Los primeros Anacoretas no empezáron á temblar sino quando viéron que las costumbres evangélicas iban flojamente declinando en la misma Iglesia de Jesu Christo. Quando el Evangelio que era ya la Religion pública empezaba á desfigurarse con las interpretaciones y temperamentos, que el espíritu del mundo introducia en la severidad de su doctrina; entónces fué quando los Christianos fervorosos se espantáron del peligro que les amenazaba; entónces empezáron á separarse de los hombres, á despojarse de sus bienes, y á esconderse en las grutas para conservar puro el incorruptible depósito de la Doctrina y del Moral de Jesu Christo.

Este fué el orígen de la poblacion de los desiertos, y el de los establecimientos Monásticos. No fué el temor de imitar á los perversos, ni el de ser seducidos por los sophismas de los impios ó por las imágenes de una grosera corrupcion; fué el peligro de perecer al pie mismo de

la Cruz ; fué el temor de resbalarse á los abusos y relajaciones de un Moral, que pretendia rebajar la sublimidad de la divina Ley á la flaqueza de las imperfecciones y miserias humanas. Esto fué principalmente lo que pobló de repente los parages mas agrestes y rústicos : lo que obligó á los hombres á ocupar las cavernas de las fieras. Las máxîmas relajadas de los que viven con nosotros pueden tener mas fuerza para pervertirnos ; pero la evidencia y el exceso de los escándalos son por lo comun un estímulo para la virtud.

Por desgracia, señor, nosotros no vivimos en aquellos tiempos ménos corrompidos, en que á lo ménos la fragilidad del corazon se conciliaba y podia consolarse con el respeto de la ley, y con la esperanza de la enmienda. En medio del naufragio no se perdia de vista el fanal, que dirige al puerto de la Cruz. Pero hoy en varios parages el vicio ha llegado hasta el último extremo, y no ha dejado una señal de Christiandad ni en el estilo ni en las acciones de los que ha logrado corromper. Hoy la osadía de no reconocer ninguna obligacion, el arrojo de destruir todas las verdades, la infamia de renunciar á la virtud, y la disolucion de las costumbres ha producido el horrible monstruo de la incredulidad.

Hoy pues el mundo debe parecer muy espantoso á todo corazon recto, y no hay peligro de que pueda ser su seductor. Los buenos que están forzados á tratarlo, no pueden hallar en él mas que motivos para amar y practicar el Evangelio, y repetir sin cesar en su interior : *Señor, tú eres el solo Dios que se debe adorar* ; para volver con nue-

vo placer, y encontrar mayores embelesos en el recogimiento de sus pacíficos y amados asylos; y conversar transportados de gozo con los amigos de Dios de las bellezas y dulzuras de su Santa Ley: como aquellos descaminados peregrinos, que despues de haber atravesado con terror por entre naciones bárbaras y feroces hallan al fin habitadores humanos y apacibles. ¡Ó Dios! exclamaba David [a]: *Los insensatos me han contado fábulas; ¡pero qué diferentes son de tus leyes admirables!*

No digo que debais arrojaros en el tumulto y torbellino de las falsedades mundanas. Solo quiero persuadiros, que eviteis la afectacion de alejaros de vuestra familia: que no rompais rudamente con los amigos que estaban acostumbrados á veros: que os presteis con dulzura y bondad á todo lo que os prescribe la decencia quando no se opone á vuestras obligaciones: que veais con indulgencias y soporteis todo lo que puede soportarse sin ofensa de Dios: que no seais el primero á romper con vuestras antiguas relaciones: que sepais como Jesu Christo, amable modelo de indulgencia, recibir y comer con los pecadores; y tened por cierto, que los que á pesar de vuestra reforma continuarán en ser vuestros amigos, no os servirán de obstáculo para que permanezcais en la vida christiana; y que aquellos á quienes vuestra sociedad no acomode, se retirarán ellos mismos, librándoos de la pena de verlos y oirlos, sin darles motivo para que se quejen de vuestros procederes.

Por otra parte vos sois de una clase en que

a *Psalm.* CXVIII. 85.

todos respetarán la religiosa delicadeza de vuestros principios. Vuestra devocion no se hallará en el caso de devorar el amargo disgusto de oir blasphemar lo que adora. Las personas de vuestro nacimiento, sean las que fueren sus costumbres y opiniones, son de ordinario reservadas, circunspectas y decentes. Su educacion, el hábito de producirse en todas partes con atencion noble y cortesana, los hace capaces de acomodarse en todas circunstancias sin chocar en ninguna. Las irrisiones y las discusiones impias están hoy desterradas de toda sociedad decente. Los Detractores de la Religion no se manifiestan, porque saben que serian mal recibidos principalmente en nuestra Nacion, en que al desprecio comun añadieran el peligro de ser denunciados á los zelosos Conservadores de la Fe.

Fuera de esto el respeto del culto nacional forma una parte de la probidad; y los ménos delicados al fin han conocido, que el empeño de desacreditar la creencia y el moral, solo cabe en la furia de un mal Ciudadano, que pretende perjudicar al bien público. Vos mismo, quando estabais alucinado por el mundo, no hubierais querido lastimar los oidos de los hombres respetables, que se encontraban en las concurrencias; y debeis esperar igual procedimiento de los que han tenido la misma educacion y viven con el propio decoro. Los que son verdaderamente decentes saben conciliar el talento de no escandalizar á los hombres con la desgracia de ser ingratos á su Dios; y es lástima que esta calidad no sea un efecto de la virtud, sino de la crianza.

¿Por qué pues no tomaréis vuestra parte en las

recreaciones inocentes y moderadas de vuestros amigos y parientes? *Alegraos*, decia David [a]: *alegraos en el Señor*. La virtud no es triste, no tiene mal humor, ni es desconfiada; es franca, dulce, benévola, paciente, todo lo sufre, todo lo perdona, se fortifica, se alimenta con todo. Es verdad que un penitente debe llorar hasta el sepulcro la desgracia de haber dado entrada en su corazon á la iniquidad. Pero este mismo dolor por mas vivo que haya sido, ha de ir acompañado de un sentimiento tierno y afectuoso, que se hermana con la alegría de la virtud.

En efecto no es posible acordarse del antiguo y pasado daño, sin hacer memoria del remedio y de la regeneracion presente. Así pues debe haber un arrepentimiento filial de haber conocido demasiado tarde á un Padre que nos engrandece tanto, y nos hace tan felices; y este arrepentimiento debe ser la perfeccion de nuestra alegría, como el recuerdo de una gran dificultad superada aumenta el gozo que produce un gran logro; y como la memoria de la miseria pasada añade dulzura al placer de la abundancia actual. Los que han pasado por los insensatos tormentos del amor profano, son mas capaces de entender mejor esta verdad.

Ved aquí una idea compendiosa de los principios con que podeis gobernaros con vuestros iguales. Ahora voy á hablaros de vuestros inferiores, y espero que la suprema Sabiduría á quien imploro, no me abandonará. Yo no tengo mas gusto, quando las ocupaciones diarias de mi estado me dejan algun tiempo, que emplearlo en la edificacion

a *Psalm.* xxxi. 11.

y utilidad de una alma que Dios me ha hecho preciosa, dándole derechos tan santos á todas las solicitudes de mi zelo. Empezaré por los criados que tienen con vos relaciones necesarias y domésticas, y despues hablaré de los pobres.

»Si alguno, dice San Pablo, [a] no cuida de los »que le pertenecen, sobre todo si son sus domés»ticos y habitan en su casa, ya negó la Fe en »su corazon, y es peor que el infiel." ¡Sentencia terrible! pero que no espanta como debia, porque los Amos irreligiosos, que renuncian para sí mismos las esperanzas de la Fe, están muy léjos de pensar en que tambien les prescribe obligaciones para otros, y que Dios los hace responsables de la condenacion de sus criados. Y el hombre justo, que no necesita mas que de su buen corazon para procurar la salvacion de quantos le rodean, cumple con todos los preceptos de este artículo, aun ántes de saber que condena con tanto rigor la negligencia.

No es mi designio ni fuera posible explicar en una carta todo lo que se debe á los criados; pero Dios que os ha hablado con tanta eficacia y claridad sobre su ley divina, os dará sobre un artículo tan fundamental de las obligaciones evangélicas mas luces que pudieran daros las lecciones de todos los Doctores de la tierra. Desde que os hizo conocer la excelencia y grandeza de vuestra naturaleza, debisteis conocer el precio y la dignidad de toda criatura, que tiene el mismo orígen y el mismo destino que vos. Ya debeis conocer, que to-

*a* 1. *Ad Timoth. v.* 8.

das estas distinciones que ponen tanta distancia entre los criados y los amos, son pequeñas y como la nada á vista del excelso y eterno carácter, que Dios ha dado á los unos y á los otros; y que la Religion y la virtud aniquilan todos los intervalos con que los hombres viven separados.

Jesu Christo considerando esta unidad de dichas y bienes inmortales con que debia elevar á los Apóstoles, exclamó con amorosa complacencia [a]: ¡Ah! *Ya no os llamaré mis siervos, sino mis amigos.* Este divino Maestro nos dió á entender, que solo este nombre correspondia á la grandeza de los que su gracia santifica, y nos manifestó el amor con que mora en quantos deben vivir y reynar con él en la perpetuidad de su propio esplendor.

La Religion pues confirma y consagra la fraternidad en que la naturaleza hace nacer á los hombres. Pero hay esta diferencia, que aunque la naturaleza nos dice que todos somos hermanos, no consuela á ninguno de la dependencia y miseria, en que la inevitabe imperfeccion de las sociedades tiene sugeta á la mas numerosa porcion de los que la componen. La Religion sola nos consuela á todos, haciendo imperceptibles estas desproporciones, y absorviéndolas todas en la inmensidad de la gloriosa perspectiva, que presenta á los hombres sin distincion.

La naturaleza no sabe confortar al débil; no tiene con qué acallar las quejas de los infelices, ni puede moderar el orgullo de los ricos y los grandes, sino diciéndoles á todos: »Un dia

a *Ioann.* xv. 15.

»vuestros huesos serán confundidos en el mismo »polvo." Pero la Religion hace desestimar á los mas desgraciados, á los esclavos mismos que sufren el peso de sus cadenas toda otra ventaja que la de ser eternos, hace despreciar á los grandes su grandeza misma y todos los títulos que los pudieran seducir; porque dice á todos: »Los que »yacen sepultados y duermen en las entrañas de »la tierra, se despertarán; los justos subirán á »la gloria de Dios, y los malos serán precipita»dos á los eternos suplicios.

Vos, señor, á quien la fe ha dado ya sus ojos, sus sentimientos y su epíritu: vos que ya sabeis, que solo la virtud puede dar al hombre un grado de verdadera superioridad sobre los otros: vos que aprendeis todos los dias en la escuela del Evangelio, que nada de lo que es humano puede ser ménos que vos: que la menor porcion de gracia en el corazon del mas mínimo de vuestros criados le da mas excelencia, que son capaces de dar todos los cetros y coronas: vos digo, ¿cómo pudierais tener por indignas de vuestro zelo y atencion unas criaturas que tienen tanto derecho á la eternidad como vos, y que os igualan en la calidad que únicamente puede haceros grande, que es la capacidad de ser santo, y la esperanza de reynar con Jesu Christo en su Imperio indestructible? ¡Ó hombres! ricos y pobres, grandes y pequeños, amos y criados, todos podeis ser Reyes. ¿No es pues ridículo, que os detengais en las pueriles y pasageras diferencias, que os distinguen en el rápido camino que haceis para llegar á vuestro throno?

Con esto solo, señor, ya es inútil articularos lo que debeis hacer. No es por falta de conocimiento, que se descuidan las obligaciones privadas y domésticas; es por falta de Religion; es por defecto de atencion á los altos motivos que la fe nos presenta. Y ved aquí el orígen de tantas omisiones tan graves y tan culpables: ved aquí lo que nos endurece tanto el corazon, que no sentimos la menor inquietud. Esto es lo que nos hace ver con fria indiferencia, que lo que depende de nosotros se desarregle y corra á su eterna perdicion. ¿Cómo un hombre, que circunscribe toda su atencion á la vida presente, y que no aprecia su propia inmortalidad, se afanará por cuidar de la salvacion de sus criados?

El que es malo para sí, decia el Salvador, ¿para quién puede ser bueno? Por eso quando se quiere conocer el carácter y los principios de los que ocupan los palacios suntuosos, no es necesario entrar en su interior ni informarse de su conducta. Basta ver esos pórticos soberbios, en que un pueblo de criados ociosos ostenta todos los dias con estupidez su grosero orgullo. Esos zaguanes en que una multitud de domésticos sin ningun principio de Moral, y cuya inutilidad sola es un escándalo público, se atreve acaso á insultar á la modestia del artesano y á la miseria del pobre. Este es el rótulo que indica el espíritu y las costumbres de muchos ricos. No es menester verlos para conocerlos. Basta pasar por las puertas de sus casas.

Vos no me habeis explicado vuestras ideas sobre las mudanzas ó reformas que pensais hacer

en vuestra casa. Pero no importa. Porque desde luego imagino los proyectos que puede tener una alma que la gracia dirige. Estoy cierto que vuestro primer pensamiento será alejar de ella á todos los que no conseguiréis hacer mejores : que volveréis los ojos como un Santo Rey de Judá á los fieles de la tierra para incorporarlos en vuestra familia , y que no confiaréis el servicio de vuestra casa sino á personas de corazon recto y que marchen en el camino de la inocencia.

Tambien estoy persuadido de que no permitiréis que se vuelvan á oir al rededor de vuestra habitacion esos discursos libres, esos clamores indecentes de criados perezosos , que fiados en la indiferencia del Amo para el bien , y revestidos de la librea de su grandeza, pierden el hábito del trabajo , de la modestia y de la sobriedad , preparándose dias infelices, y una vegez llena de oprobrio y de miseria. Sin duda que escogeréis para criados hombres que debais estimar , que podais amar como honrados, y tal vez respetar como justos.

Estoy seguro de que vuestra casa , ántes theatro de una licencia sin freno , y de una disipacion sin medida , se trasformará por vuestro zelo en una Region de paz , de harmonía , de tranquilidad , de buen órden y de caridad arreglada: que no se verán en ella hombres inútiles : que desaparecerán las superfluidades del fausto y los excesos de la vanidad. En fin que no volveréis á caer en la culpa imperdonable de los ricos del siglo , que para sostener el miserable cortejo de su orgullo , quitan los Labradores á los campos,

los Soldados á la Patria, los Artesanos á la sociedad, y contribuyen á los estragos del lujo y de la opulencia.

Espero que la regleréis de modo, que cada criado tenga su empleo, y cada hora su ocupacion: que velaréis para que todo se administre con órden y economía: que no desdeñaréis la primera y mas esencial de las obligaciones, la que es mas digna de un Padre de familia, que es ponerse á la frente de su régimen doméstico, presidir á la conducta de todos sus negocios, verlo todo y verificarlo con sus propios ojos. Esto es lo que el Espíritu divino llama saber gobernar su casa. El amor del órden y la justicia deben dirigir estos afanes, y aquel que los descuida y se descarga sobre otros de cuidados que tanto le interesan, no conoce la sabiduría del Evangelio. Merece lo que sucede de ordinario á los que por pereza ó por orgullo abandonan esta vigilancia; que es ver presto su ruina, perder los medios de conservar su estado, la tranquilidad de su vida y la fortuna de sus hijos.

En fin, señor, yo me represento vuestra casa como los Apóstoles nos pintan las santas familias de los Christianos primitivos. Entónces se llamaban Iglesias ó Congregaciones de escogidos. Los Amos eran buenos, dulces, indulgentes y moderados; porque no consideraban á los que les estaban sometidos, sino como hermanos y compañeros de la vocacion celeste. Los criados eran dóciles, humildes, laboriosos y fieles; porque temian ménos la cólera y el desagrado de sus Amos, que los remordimientos de su propia conciencia.

En las horas consagradas á los egercicios diarios de la Religion desaparecian todas las diferencias de fortuna, de estado y edad. Padres, hijos y criados se juntaban en el mismo lugar, dedicado al culto doméstico, y los criados eran siempre advertidos para que concurriesen así á las lecturas devotas como á las santas instrucciones, que los Padres de familia daban en tiempos arreglados á sus tiernos hijos. ¡Ah, señor! Solo un buen corazon es capaz de apreciar y sentir, quánta gloria se encierra en la sublime práctica de una conducta arreglada. ¡Qué feliz es el hombre, que sabe ser tan útil á los que Dios ha confiado á su cuidado y zelo!

Considerad quán hermoso es y quán admirable ver como la Religion aniquila los errores de las pasiones, y como inspira á muchos grandes de la tierra procederes tan contrarios á los del mundo. Ella les hace respetar como dotados de un espíritu inmortal y eterno á los mismos miserables, que el infortunio y la pobreza reducen á la servidumbre, á los mismos que parecen ménos que hombres á aquellos Amos orgullosos, que parecen tan sordos á la voz de la naturaleza como á la del Evangelio.

Yo he visto algunas veces con sumo gozo costumbres patriarcales y antiguas en medio de las Ciudades populosas, entre familias recogidas. Tambien las he encontrado en las habitaciones solitarias de personas desengañadas, que se han retirado al sosiego tranquilo de los campos; y os aseguro que nunca se han reposado mis ojos sobre esta imágen apacible sin derramar con abundancia lágrimas de-

liciosas. Jamas he pasado algunos dias en medio de costumbres tan christianas y amables, sin afligirme de que mi vida no pueda ser una eslabonada cadena de momentos dulces; jamas he cesado de admirar estos asylos de paz en que Dios es tan grande, y los hombres tan buenos y felices.

Penetraos pues del espíritu de los tiempos Apostólicos, y nunca os olvideis de que los que os sirven son hombres. Tened presente, que si ellos sirven al Señor, han de ser Reyes, y que un dia juzgarán con Jesu Christo á los Jueces de la tierra y á los Amos del mundo. Que el primero y el mayor de los Soberanos del universo, si no es religioso y justo, será infinitamente inferior al mas obscuro de los siervos de Dios; y que quando sea santo, tampoco será mas que su hermano. Y que ninguna criatura puede tener otra excelencia ni otro precio, que aquel que recibe de sus relaciones con el Hombre Dios por el valor que le comunica su soberana Santidad.

Esta verdad es muy gloriosa á Dios, y debe consolar mucho á los pequeños y los pobres. San Pablo estaba tan persuadido de ella, que se le vió hablar y ocuparse en la suerte de un pobre esclavo con un zelo tan vivo y tan ardiente, como hubiera podido hacer por el destino de los Césares, ó por el interes de todas las Naciones. El hecho que me da motivo á este discurso, merece que os lo refiera.

Onésimo era Esclavo de un Christiano: Onésimo no confesaba á Jesu Christo, ni conocia su doctrina y promesas. Así no es mucho que fuera un servidor infiel: en efecto engañó á su Amo. Conven-

cido de infidelidad huye , y por su dicha cae entre las manos de San Pablo , por entónces cargado de cadenas en las prisiones de Roma. Este grande Apóstol se aplica á enseñarle la Fe de Jesu Christo , y hace un Santo de un infeliz , que estaba cerca de alistarse entre los salteadores. Pero admirad con qué fuerza y ternura lo recomienda á su Amo, y con qué términos solicita el perdon de un esclavo , que ya llora á los pies de Jesu Christo su infidelidad y su desercion.

Yo imploro , le escribe , vuestra bondad , por mi querido hijo Onésimo , por este hijo que he engendrado en el Señor , hallándome en esta prision. Os lo restituyo como un bien que os pertenece ; pero ya apto para serviros con utilidad. Recibidlo como mi sangre , y como un obgeto muy precioso á mi corazon. Quizá Dios ha permitido , que se alejase de vos algun tiempo , para que vuelva mas digno de vos , que os quede unido eternamente. Él me ha servido con tierna aficion en la cautividad que sufro por el Evangelio ; y lo miraba ménos como siervo , que como hermano querido y respetable. Si me amais , recibidlo como á mí mismo ; y cargadme de todas sus faltas. Este es el consuelo mas dulce que me podeis dar en las penas que sufro , y haréis respirar mi corazon , que está oprimido de angustias y de aflicciones.

¿Y quién escribe esto ? San Pablo : un hombre divino : el terror de los Magistrados Romanos : el destructor de la idolatría : el reformador del culto y de las costumbres del mundo entero : la antorcha mas brillante que ha mostrado la verdad del universo : la admiracion de Athénas : el oráculo de los

Césares, y el mas venerable de los Doctores y bienhechores de la tierra. Este hombre, uno de los mayores de los hombres, y del mas alto y elevado carácter se interesa con tanto ardor, y ruega con estilo tan expresivo por un pobre esclavo que se ha huido de la casa de su Amo.

¡Ay, señor! Es muy dulce repetirlo. La Religion christiana es la única Philosophía que sabe reparar las desigualdades, que las instituciones sociales hacen inevitables: y por eso la porcion mas desgraciada y débil de la humanidad tiene muchos motivos para amarla; muchas razones para ser religiosa y adorar un Evangelio, que la restablece con tanta gloria en su dignidad de hombres y en su igualdad original con todo lo que el mundo llama grandeza y poder.

Quando la Religion no hiciera otro bien á los hombres; quando no tuviera otro influjo que el de enseñarnos la bondad, dulzura, estimacion y amor, que debemos á todo lo que es de nuestra naturaleza y nuestra sangre, esto bastara para confesar, que Jesu Christo y sus Apóstoles, á quienes debemos estos documentos, han sido verdaderos amigos de los infelíces, y que tambien lo son de los poderosos; pues los hacen benéficos y humanos. Los Sophistas de nuestro siglo, que sin cesar se quejan del orgullo y de la dureza de los ricos, debian poner todo su estudio en hacer que reciban y adoren la doctrina del Evangelio.

Aquí era el lugar de hablaros de los pobres. Pero esta carta es ya demasiado larga, y temo importunar vuestra atencion, tanto mas quanto es dificil hablar poco de los pobres, porque la mate-

ria es rica. Me parece mejor reservarlo para la primera que os escriba. Pedid á Dios, que me dirija como yo le pido, y que os guarde muchos años.

¿Theodoro, no admiras la fecundidad y el infatigable zelo de este Varon incomparable? No me canso de dar gracias al Cielo, de haberme deparado un Director, que cada dia me hace descubrir nuevas hermosuras y grandezas en el carácter de la Religion. ¡Qué léjos estaba yo de conocerlas! ¡Quánta razon tiene él, me digo yo cada instante, para asombrarse de que pueda haber incrédulos ó malos sobre la tierra, despues que el Evangelio ha brillado á la vista de los hombres! Al que llega á ver la Religion con ojos como los suyos, debe parecer imposible la demencia feroz de desconocerla ó profanarla. Yo te remitiré copia de la nueva carta que me promete; porque copiándolas las leo mejor, y las estudio mas. Puedan ellas serte tan útiles, como á mí. Á Dios, Theodoro querido.







